

Si quieres ser amado, ama.

MORAL UNIVERSAL

Ó

DEBERES DEL HOMBRE

FUNDADOS EN SU NATURALEZA.

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

POR EL BARON DE OLBACH;

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR D. MANUEL DIAZ MORENO.

TEORÍA DE LA MORAL.

Natura enim duce utendum est:
Hanc ratio observat, hanc consulit.
Idem est ergo beate vivere, et secundum naturam.
SENECA, *de vita beata*, *cap.* 8. *init.*



PRIMERA PARTE.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE D. MATEO REPULLÉS.
1821.

PRÓLOGO.

En tantos siglos como hace que el entendimiento humano trabaja sobre la Moral, no vemos que esta ciencia, la mas interesante á los hombres, haya hecho todos aquellos progresos que debiamos prometernos; sus principios están todavía sujetos á disputas, y los Filósofos en todos tiempos han estado poco acordes sobre sus fundamentos. En manos de la mayor parte de los de la antigüedad, la Filosofía Moral, cuyo objeto es ilustrar igualmente la conducta de todos los hombres, fué en lo jeneral abstracta y misteriosa; y por una fatalidad comun á todos los conocimientos humanos, sin atender á la esperiencia, se dejó guiar desde luego por el entusiasmo y el deseo de lo maravilloso. De aquí las diferentes hipótesis de tantos Filósofos antiguos y modernos, que léjos de aclarar la Moral, y de hacerla popular, no han hecho mas que rodearla de espesas tinieblas, de suerte que el estudio mas importante al hombre ha llegado á serle inútil por el empeño que se tomó en hacerle impenetrable. Por una debilidad casi comun á todos los primeros sábios, diéron éstos á sus lecciones un tono de inspiracion y de misterio, para hacerlas de este modo mas respetables al imbecil y sencillo vulgo.

La antigüedad no ofrece sistema alguno de Moral de partes bien unidas; sólo nos presenta en los escritos de la mayor parte de los Filósofos voces vagas é insignificantes, principios sueltos y frecuentemente contradictorios; en ellos no encontramos sino un corto número de preceptos, bellísimos y mui ciertos á veces, pero desunidos, y que no forman un todo perfecto, ó un cuerpo de doctrina capaz de servir de regla constante en la conducta de la vida.

Pitagoras, que fué el primero que tomó el nombre de *Filósofo*, ó de amigo de la sabiduría, adquirió sus conocimientos misteriosos entre los Sacerdotes del Egipto, de la Asiria y del Indostan; de él no tenemos sino algunos preceptos obscuros, ó mas bien unos enigmas recojidos por sus discípulos, de los cuales sería mui dificil formar un tratado completo. Sócrates, á quien se tiene por el padre de la Moral, se dice que la hizo bajar del Cielo para ilustrar á los hombres; mas sus principios, tales como nos los presentan Xenofonte y Platon, sus discípulos, aunque adornados de un estilo elocuente y poético, sólo manifiestan al entendimiento nociones confusas, é imperfectas ideas, hormoseadas con la fuerza de una imajinacion ardiente y exaltada, pero incapaces de producirnos una instruccion sólida y verdadera.

El Estoicismo, con sus máximas fanáticas y feroces, de ninguna manera hizo amable y atractiva la virtud para los hombres; las perfecciones imposibles que exijía, sólo podian formar del sábio un ente de razon. La Moral puramente humana, que pretenda sacar al hombre de su esfera, elevarle sobre su naturaleza, hacerle insensible, indiferente al placer y al dolor, impasible á fuerza de razonamientos, y ensuma que le prescriba que deje de ser hombre, podrá mui bien ser admirada por algunos entusiastas; mas nunca podrá convenir á los que, como al hombre, hizo la naturaleza sensibles y sujetos á necesidades y deseos. Los hombres admirarán siempre esta Moral austéra, reverenciarán á los que la predican, los mirarán como á unos entes raros y divinos; pero nunca por sus solas fuerzas llegarán á practicarla.

Si la Moral de Epicuro fuese como nos la representan sus contrarios, que la imputan el haber dado una libre rienda á todas las pasiones, ciertamente no era propia para regular la conducta del hombre; pero si, como sostienen sus partidarios, estimulaba al hombre á la virtud presentándola con los nombres de *placer*, de *bienéstar*, de *deleite*, es mui verdadera, y nada tiene que temer á las

imputaciones de sus enemigos: su único defecto consiste en no haber sido bien esplicada.

¿Qué Moral podia fundarse sobre los caprichosos y ridículos principios de los Cinicos, que sólo se proponian llamar la atencion del vulgo con su repugnante impudencia y con su afectada singularidad? La ciencia de las costumbres no podia hacer grandes progresos en la escuela de un Pirron y de sus sectarios, cuyo principio era dudar de las mas claras y evidentes verdades; tampoco podia ménos de obscurecerse y de llegar á ser la mas vaga é incierta en Aristóteles, cuyos discípulos á fuerza de distinciones y sutilezas sólo se habian formado, al parecer, el proyecto de embrollar las verdades mas claras y sencillas: sinembargo la doctrina de estos últimos Filósofos, sirviendo por mucho tiempo de guia á la Europa, impidió descubrir los verdaderos principios de la Filosofía, manteniendo aprisionado al espíritu humano bajo el yugo de una autoridad tiránica, á la que hubo por fuerza de reverenciar como infalible. Entre los Escolásticos sólo fué la Moral un juego de espíritu y de imajinacion, y un conjunto de sofismas y enredos, que hacian casi imposible el descubrimiento de la verdad.

Estas reflexiones ciertas y evidentes nos dan á conocer el juicio que debe formarse de la preocupacion que en tanta veneracion y respeto tiene la sabiduría de los antiguos, así como de la que se persuade que en la Moral *todo está dicho.* Se hallará, pues, que los antiguos Filósofos no tuviéron ideas puras y claras de los verdaderos principios de esta ciencia; y que si algunas veces los descubriéron, los perdiéron con prontitud de vista, y casi nunca sacáron de ellos las consecuencias mas inmediatas y precisas. Encuanto á los que se persuaden que sobre la Moral nada resta que decir, creemos poder demostrarles que hasta aquí no se ha hecho mas que ir acopiando los materiales suficientes para construir un edificio, que las meditaciones reunidas de los hombres podrán algun dia concluir y perfecionar: los antiguos nos han suministra-

...

do una parte de estos materiales y algunos modernos despues los han aumentado considerablemente; asíque la posteridad, aprovechándose de las luces y de los defectos de sus predecesores, podrá dar con el tiempo la última mano á esta grande obra. El famoso Templo de Efeso se edificó á costa de todos los reyes y pueblos del Asia; el templo de la sabiduría debe erijirse con los trabajos comunes y reunidos de todos los entes racionales.

En jeneral puede decirse con verdad, que los primeros esfuerzos de la Filosofía, por falta de sólidos principios, sólo produjéron muchos errores mezclados con algunas verdades. El espíritu sútil de los Griegos los alejó de la sencillez; su imajinacion llevó las cosas al estremo; la Filosofía vino á ser entre ellos una pura charlatanería, que cada uno encarecía y ponderaba en su favor; el amor propio de todo cabeza de secta le hizo creer que él solo habia encontrado la verdad, al paso que todas las sectas se apartaban igualmente de ella por caminos diferentes; así el objeto de estos pretendidos sábios no parece que fué otro sino el de contradecirse, desacreditarse, combatirse, enredarse y confundirse los unos á los otros con sofismas y sutilezas interminables. La sana Filosofía, sinceramente ocupada en la indagacion de lo útil y verdadero, no debe ser fanática ni escesiva, ni proponerse cosas incomprensibles é impracticables; debe prevenirse y armarse igualmente contra el entusiasmo que contra una vanidad pueril y contra el espíritu de oposicion: siempre de buena fé consigo misma, siempre serena, sólo debe seguir la razon ilustrada con la esperiencia, la única que nos muestra los objetos tales como son en sí: debe recibir la verdad de manos de cuantos se la presenten, y desechar el error y las preocupaciones, sea cual fuere la autoridad en que se apoyen.

Además, los Filósofos de la antigüedad tuviéron sin duda un fin particular en cubrir de nieblas su doctrina: los mas, para hacerla mas inaccesible al vulgo ignorante, usáron de *doctrina doble*, una pública, y otra particular

ó privada, que es mui dificil distinguir en sus escritos, sobre todo despues que el transcurso de tantos siglos ha hecho perder la clave. La Filosofía, para ser útil en todas las edades y á todos los hombres, debe ser franca y sincera; la que solo es intelijible en cierto tiempo y para los iniciados en ella, viene á ser un enigma inesplicable á la posteridad.

Por lo tanto no sigamos ciegamente las ideas de los antiguos: no adoptémos sus opiniones ó sus principios sino encuanto el examen nos los muestre evidentes, luminosos y conformes á la naturaleza, á la esperiencia y á la utilidad constante de los hombres de todos los tiempos: aprovechémonos con agradecimiento de una multitud de máximas sábias y verdaderas, que los mas célebres Filósofos de la antigüedad nos han transmitido envueltas con una multitud de errores; distingámoslas, si es posible, de las que el entusiasmo ha producido. Sigamos á Sócrates cuando nos recomienda que nos *conozcamos á nosotros mismos*; escuchémos á Pitágoras y á Platon cuando nos dan preceptos intelijibles; recibamos los consejos de Zenon cuando los hallemos conformes á la naturaleza del hombre; dudémos con Pirron de aquellas cosas cuyos principios hasta aquí no han sido bien desentrañados; empleémos la sutileza de Aristóteles para descubrir lo verdadero tan frecuentemente confundido con lo falso. Mas en el momento mismo que descubramos el error, no debe la autoridad de estos nombres respetables avasallarnos ni obcecarnos en manera alguna.

Discurriendo sobre la Moral, no profundicémos hasta los abismos de una metafísica sútil ó de una tortuosa dialéctica: las reglas de las costumbres, como que son universales, deben ser claras, sencillas, demostrativas y á la comprehension y alcance de todos los hombres: los principios fundamentales de nuestras obligaciones han de ser tan evidentes, eficaces y jenerales, que cada uno pueda convencerse y sacar de ellos las consecuencias relativas á sus necesidades y á la clase ó estado que ocupa en la sociedad.

Las nociones obscuras, abstractas y complicadas, las autoridades á veces sospechosas, un fanatismo exaltado no pueden ilustrar ni servir de guía segura. Para que la Moral sea eficaz, es necesario dar al hombre razon de sus preceptos; es preciso hacerle conocer los motivos poderosos que le estimulan á seguirlos; es forzoso enseñarle en qué consiste la virtud; es indispensable, en fin, hacérsela amar, mostrándosela como el oríjen de su felicidad. El entusiasmo y la autoridad *humana*, si para algo sirven, es sólo para gobernar por algun tiempo á pueblos ignorantes ó inespertos, cuyo entendimiento no está bien ejercitado todavía.

Asombrar á los hombres para persuadirlos, trastornar el entendimiento humano con enigmas y misterios, deslumbrarle y sorprenderle con maravillas, tal fué por lo comun el método de los primeros sábios que se encargáron de la instruccion y gobierno de las naciones groseras; mas si estos primeros Lejisladores recurriéron por imposturas á lo sobrenatural para someterlos á las reglas que quisiéron prescribirlos; si para gobernarlos se valiéron del entusiasmo que nunca piensa ni reflexiona, y de lo maravilloso que hace mas impresion en el vulgo que los mejores raciocinios, estos medios no son ya oportunos ni á propósito, cuando se habla á pueblos ménos salvajes, y que han salido de su infancia. El hombre, cuanto es mas racional, mas debe obedecer á la razon; los Filósofos deben consultar y seguir su propia naturaleza; y los Lejisladores obligarle á obedecerla.

Los Moralistas modernos, casi siempre arrastrados de la autoridad de los antiguos, han seguido fielmente sus huellas sin esforzarse por su parte en abrir nuevos caminos para el descubrimiento de la verdad: los mas de ellos, por no examinar al hombre con bastante atencion, no le han visto como es en sí: creyéron segun algunos antiguos, que recibia de la naturaleza ideas que llamáron *innatas*, con cuyo ausilio juzgaba sanamente del bien y del mal: miráron la razon, la virtud, la justicia, la benevolencia, la piedad como cualidades inherentes á la naturaleza humana: segun ellos, ésta ha grabado en todos los corazones las verdades primitivas, el amor del bien, el aborrecimiento del mal moral, sobre todo lo cual el hombre juzgaba sana y rectamente ayudado de un *sentido moral*, esto es, de una cualidad oculta, de un cierto *criterio* que traia consigo al nacer, y que le facilitaba el pronunciar y decidir sobre el mérito ó demérito de las acciones. Envano ha demostrado el profundo Locke que las idéas *innatas* son unas verdaderas quimeras; estos Moralistas persisten en su preocupacion, y creen, ó intentan persuadir, que el hombre, aun ántes de haber esperimentado el bien ó el mal que resulta de las acciones, es capaz de resolver si son buenas ó malas. Nosotros, con el dictámen de Filósofos mas ilustrados, harémos ver que el hombre nace solamente con la facultad de sentir, y que su modo de sentir es el verdadero *criterio*, ó la sola regla de sus juicios ó de sus sentimientos morales sobre las acciones, ó sobre las causas cuyos efectos esperimenta: verdad tan palpable, que sorprende ciertamente que haya habido y aun haya hombres á quienes sea necesario demostrársela. En fin, harémos ver que las leyes ó reglas que se supone escritas por la naturaleza en todos los corazones, no son mas que consecuencias necesarias del modo con que los hombres han sido instituidos segun ella, y de la manera con qué cultiváron sus disposiciones particulares. El verdadero sistéma de nuestros deberes ha de ser el que resulte de nuestra propia naturaleza convenientemente modificada.

Otros, con Cudworth, fundáron la Moral en las *reglas* ó en las *conveniencias eternas é inmudables*, que suponen anteriores al hombre y totalmente independientes de él. Es claro que estos no han hecho mas que transformar en realidad las abstracciones, y suponer modificaciones ó cualidades anteriores á los entes ó sujetos susceptibles de ellas, y relaciones independientes de las cosas entre quienes unicamente pueden subsistir. Sinembargo, si

la Moral es la regla de los hombres que viven en sociedad, sólo puede existir con ellos, y fundarse en las relaciones que se estableciesen recíprocamente. Una Moral anterior á la existencia de los hombres y de sus relaciones, sino es por el principio de que deriva la verdadera sancion, es una Moral aërea, una verdadera quimera. No puede haber ni reglas, ni deberes, ni relaciones entre entes que solamente existen en los espacios imajinarios.

No hablamos de la Moral relijiosa, cuyo objeto es conducir á los hombres por caminos sobrenaturales. Sólo pretendemos proponer en esta obra los principios de una Moral humana y social, conveniente al mundo en que vivimos, en el que la razon y la esperiencia bastan para guiar á la felicidad presente que se proponen los hombres viviendo en sociedad; los motivos que esta Moral presenta son puramente humanos, ésto es, unicamente fundados en la naturaleza del hombre, tal y como ella se muestra á nuestros ojos, prescindiendo de las opiniones que dividen al jénero humano, en las cuales no debe entrar una Moral universal para todos los hombres. Antes somos hombres que relijiosos, y cualquiera que sea la relijion que se abrace, su Moral no debe ni puede destruir la naturaleza ni la sociedad.

Los Filósofos están todavía divididos acerca de la naturaleza del hombre y sobre el principio de sus operaciones y facultades, tanto visibles como ocultas: unos, en gran número, pretenden que sus pensamientos, sus voluntades y sus acciones no deben atribuirse á su cuerpo, el cual no es mas que un conjunto de órganos materiales, incapaces de pensar y de obrar, sino fuesen movidos por un alma ó por un ajente espiritual, distinto de este cuerpo, que sólo le sirve de cubierta ó de instrumento. Otros, pero mui pocos, contradicen la existencia de este motor invisible, y creen que la organizacion humana basta para obrar el bien y el mal, y para producir los pensamientos, las facultades y los movimientos de que es el hombre capaz.

No nos detendrémos, pues, en discurrir estas opiniones tan diferentes: para saber lo que el hombre debe hacer en sociedad no es necesario remontarse tan alto. Así, no exâminarémos ni la causa secreta que puede mover al cuerpo, ni los resortes invisibles de que se halla compuesto, dejando estas investigaciones á la Metafísica y á la Anatomía. Para descubrir los principios de la Moral contentémonos con saber que el hombre obra, y que su modo de obrar es en jeneral el mismo en todos los individuos de su especie, sinembargo de las variaciones esteriores que los distinguen. El modo de ser y de obrar, comun á todos los hombres, es bastante conocido para poder deducir de él con certeza la manera con que deben conducirse en el camino de la vida. El hombre es una criatura sensible; esta disposicion, calquiera que sea la causa que produzca su sensibilidad, reside esencialmente en él, y basta para hacerle conocer tanto lo que se debe á sí mismo, como lo que debe á los otros con quienes se halla destinado á vivir sobre la tierra.

Las variedades casi infinitas que se observan entre los individuos que componen la especie humana, no impiden que una Moral les convenga á todos; ellos son unos mismos en el fondo, y solamente se diferencian en la forma esterior: todos desean ser felices, aunque no pueden serlo de una misma manera. Si se encontrasen hombres de tal modo conformados, á quienes no pudiesen convenir los principios de la Moral, no dejaría de ser menos cierta por esto: todo lo que se podia inferir en este caso era que no se habia hecho para unos hombres constituidos diferentemente de todos los demas. No exîste Moral alguna para los monstruos ó para los insensatos; la Moral universal sólo pertenece á las criaturas racionales y bien organizadas; en estas la naturaleza no varía, y solamente hai que observarla bien para deducir de ella las reglas invariables que deben cumplir.

No es éste lugar de exâminar si el hombre está des-

tinado para otra vida; ésto es, si su alma sobrevive á la ruina de su cuerpo, ó si la muerte le destruye enteramente: á la Metafisica y á la Teología pertenece el discutir estas cuestiones, que no pretendemos tocar de modo alguno. La Moral que presentamos es el conocimiento natural de los deberes del hombre en la vida de este mundo; cualquiera que sea la opinion que se adopte acerca de su alma y de la suerte futura de ella, bien que sea mortal ó que no lo sea, los deberes de la vida social serán siempre los mismos, y para descubrirlos basta saber que el hombre es sensible al placer y al dolor, y que vive con hombres que sienten como él, cuyo afecto y benevolencia debe granjearse para lograr lo que le place, y para alejar de sí lo que puede desagradarle.

Sean cuales fueren las teorías que se adopten en este punto; por mucho que sea el esceptismo ó la incredulidad, procediendo de buena fé, jamas podrá nadie deslumbrarse de tal modo que dude de su propia existencia, ni de la de los entes que se nos asemejan, de los cuales estamos rodeados, en quienes influyen nuestras acciones, y que recíprocamente influyen en nosotros segun el modo con que los afectan estas mismas acciones. En una palabra, jamas podrá dudarse que existen relaciones necesarias entre los hombres que viven en sociedad, y que contribuyen á su bienéstar ó á su infelicidad recíproca.

Si alguno adoptase el sistéma de Berckley, escéptico estravagante, en cuya opinion no existía cosa alguna real y verdadera fuera de nosotros, existiendo sólo en su imaginacion y en su propio cerebro todos los objetos que la naturaleza presenta al hombre, aun esta hipótesis sutil y caprichosa no escluiría la Moral; porque si, como este Filósofo supone, todo lo que nosotros vemos en el mundo no es mas que una ilusion ó un sueño continuo, siguiendo los preceptos de la Moral los hombres tendrian al menos sueños seguidos, agradables, útiles á su reposo, conformes á su bienéstar durante su sopor en este

mundo, y los individuos que así soñasen, no se molestarian los unos á los otros con sueños dañosos y funestos.

To no dudo, dice un moderno, *que hai virtud y vicio, asi como hai salud y enfermedad.* Las nociones primitivas de la Moral son inconcusas y evidentes: de ellas solas pueden deducirse todos los deberes del hombre social, y segun ellas fijarse el camino que conduzca á la felicidad de la vida presente en los diferentes estados que el destino le coloque, y conforme á las diversas relaciones que medien entre él y las criaturas de su especie.

Esto supuesto, el sistema que intentamos presentar no ataca de ningun modo los cultos ni las opiniones relijiosas establecidas en los diferentes pueblos de la tierra; sólo se propone indicar á los hombres, de cualquier pais ó relijion que sean, los medios que la naturaleza les suministra para obtener el bienéstar á que ella misma les impele necesariamente, é indicarles los motivos naturales que los escitan y estimulan tanto á obrar el bien como á huir del mal. En una palabra, una Moral humana no tiene por objeto sino la conducta de los hombres en este mundo, dejando á la Teologia el cuidado de conducirlos á la otra vida. Las relijiones de los pueblos varían en los diferentes paises de nuestro globo; mas los intereses, los deberes, las virtudes y el bienéstar son unos mismos para todos cuantos le habitan.

Algunos sabios de la antigüedad pretendieron que la Filosofía era *la meditacion de la muerte*; (1) pero ideas ménos lúgubres y mas conformes á nuestros intereses harán que nosotros la definamos *la meditacion de la vida*. El arte de morir no necesita aprenderse; el arte de vivir bien interesa mucho mas á los entes dotados de razon, y debiera ocupar todos sus pensamientos en este mundo.

---

(1) *Tota Philosophorum vita commentatio mortis est.* Cicer. Tuscul. I. C. 30. 31.

El que haya meditado bien sus deberes, y los haya cumplido fielmente, gozará de una felicidad verdadera durante su vida, y la dejará sin temor y sin remordimientos. *La vida*, dice Montagne, *no es de suyo ni un bien ni un mal, sino el lugar del bien y del mal, segun que en él se practica el uno ó el otro. En mi dictámen, no el morir sino el vivir felizmente es lo que constituye la humana felicidad.* Una vida adornada de virtudes es necesariamente feliz y dichosa, y ella nos conduce tranquilamente á un término, en el que ninguno se arrepentirá de haber seguido el camino designado por la naturaleza. Una Moral conforme á la naturaleza nunca jamas podrá desagradar á su Autor.

El hombre es siempre un ente sensible, ésto es, capaz de amar el placer y de temer el dolor: en toda sociedad se halla rodeado de criaturas sensibles que como él buscan el placer y temen el dolor; estas no contribuyen al bienéstar de sus semejantes sino es cuando el placer que recíprocamente se causan los determina á ello; y reusan contribuir á este bienéstar siempre que los otros los molestan ú ofenden. Hé aquí los principios en qué se puede formar una Moral universal ó comun á todos los individuos de la especie humana. Por no conocer estos principios incontestables, los hombres se hacen mútua y frecuentemente desgraciados, tanto que muchos sabios han creido que la felicidad se hallaba para siempre desterrada de esta vida.

No adoptémos, pues, estas ideas aflictivas; creamos firmemente que el hombre ha sido criado para ser feliz; no le aconsejemos que renuncie á la vida social bajo el pretesto de sustraerse de los inconvenientes que la acompañan; mostrémosle que estos están contrapesados de otras mucho mayores y mas apreciables ventajas. Los vicios, los delitos y los defectos que atormentan á la sociedad, son consecuencias de la ignorancia, de la inesperiencia y de las preocupaciones que tiranizan todavía á los pueblos, porque son muchas las causas que se han

opuesto y oponen de continuo al uso y ejercicio de la razon. La Moral, como la mayor parte de los conocimientos humanos, ha sido hasta aquí tan imperfecta y tenebrosa, á causa de que no se ha consultado suficientemente la esperiencia, y porque ha sido loca y temerariamente contrariada la naturaleza, que debió seguirse constantemente por guia. Las costumbres de los hombres se hallan tan corrompidas, porque los mismos que debian conducirlos á la felicidad por la observancia de los preceptos de la Moral, á causa de no haber conocido sus propios intereses, juzgaron que era preciso que los hombres fuesen ciegos é irracionales para oprimirlos y esclavizarlos mejor de este modo. Si la Moral no ha contenido y morijerado á los pueblos, fué porque las potestades de la tierra no la han prestado nunca el ausilio de las recompensas y de los castigos que tienen en sus manos. Los gobiernos injustos han temido la verdadera Moral; los gobiernos neglijentes la miraron como una ciencia de pura especulacion, cuya práctica era totalmente indiferente á la prosperidad de los Imperios; no conocieron que la Moral sola es la base firme y segura de la felicidad pública y particular, y que sin ella se arruinan y aniquilan los Estados mas poderosos y opulentos.

Asiqué no admitamos los principios insensatos de un Filósofo célebre por sus paradojas, que hizo el mayor empeño en probarnos que *los vicios particulares se convertían en provecho de la sociedad*; (1) á no ser que este autor haya querido probar á sus conciudadanos con una sátira injeniosa la imposibilidad de conciliar las vir-

(1) Madeville, *en la fábula de las abejas.* Es mui probable que el verdadero designio de este injenioso Autor en su obra ha sido el hacer ver que era preciso renunciar enteramente á las buenas costumbres en un pais como el suyo, donde las miras del Gobierno y de los particulares se fijan demasiado en las riquezas. *Vease sobre esto el Cap. I.* de la *Seccion IV.*

tudes sociales con la pasion desordenada de las riquezas y del luxo, que enteramente las destruye y aniquila. Dirémos, por el contrario, que los vicios de los particulares influyen siempre de un modo mas ó menos funesto en el bienéstar de las naciones. Los vicios epidémicos les causan frecuentes trastornos y desórdenes, de los qué al cabo vienen tarde ó temprano á ser víctimas. Los vicios de los individuos destruyen la felicidad de las familias, y la union de éstas forma las Naciones. La pretendida actividad que los vicios dan á los hombres, es igual á la que produce una fiebre; los paises donde domina el luxo, se asemejan á los enfermos imprudentes, en quienes los alimentos escesivos se convierten pronto en veneno. Las riquezas desmedidas de un pueblo sólo sirven para hacerle de dia en dia mas vicioso y miserable.

Se nos dirá, quizá, que á un gobierno le es indiferente, con tal que sea rico y poderoso, el cuidar de las costumbres de los hombres; mas responderémos que estas costumbres interesan á todos los ciudadanos, á quienes nunca puede ser indiferente el que sus asociados sean buenos ó perversos cuando tienen que vivir con ellos; dirémos ademas que un Estado, para ser floreciente y poderoso, necesita mas de virtudes que de riquezas; dirémos, en fin, que á una nacion le es mucho mas importante el ser feliz, que el tener grandes tesoros y fuerzas, de las que estará mui á peligro de abusar á cada paso. La opulencia y la fuerza de una nacion, malamente confundidas con su verdadera felicidad, son para ella frecuentemente causas próximas de ruina y destruccion.

Los vicios y las pasiones de los particulares jamás son útiles al Estado; podrán quizá serlo á los Déspotas, á los Tiranos y á sus cómplices, que se valen de los vicios de los súbditos para dividirlos de intereses, y sojuzgar á los unos por medio de los otros; pero si la utilidad de estos personajes es la única que tuvo presente el autor de quien hablamos, entonces ha confundido el inte-

rés de una nacion con el de su mas crueles enemigos. En fin, toda esta obra presentará en cada linea una refutacion de este sistéma temerario, y hará ver las funestas consecuencias de la tiranía ó de la neglijencia de los que debieran regular las costumbres de los hombres.

Por un efecto de esta misma perversidad ó indiferencia se descuidó la educacion enteramente, ó la que se dió nunca fué capaz de formar hombres sociables y virtuosos. En fin, en el seno de la disipacion y de los insípidos placeres no se estudia ni se aprende una Moral demasiado austéra y molesta para hombres viciosos y frívolos; la mayor parte se contenta con algunas nociones superficiales, creyendo saber bastante para vivir en el mundo. Pocas personas se toman el trabajo de exâminar y seguir la serie de los principios y motivos que regulan constantemente sus acciones. Todos pretenden ser buenos jueces en la Moral, al paso que nada es mas raro que hallar hombres que tengan de ella unas ideas puras y sencillas; todos en la teoría reconocen su utilidad, pero mui pocos se afanan por practicarla; todos con las palabras respetan y ensalzan la virtud, y casi ninguno ha llegado á definirla bien. En fin, en la multitud inmensa de tratados sobre la Moral que inunda el universo, apénas se encontrarán maxîmas y preceptos capaces de ilustrar al hombre sobre sus deberes.

Por otra parte, una preocupacion mui general intenta persuadir no sólo que los antiguos lo han dicho todo, sino tambien que las costumbres antiguas eran mejores que las presentes. Muchas personas admiten sin dudada la fabula de la *edad de oro*, ó al menos se imajinan que los pueblos en su orijen eran mas virtuosos y mas felices que sus descendientes. Basta la menor reflexîon sobre los anales del mundo para destruir semejante opinion. Las naciones en sus principios no han sido mas que unas tribus salvajes, y los salvajes no son ni felices, ni sabios, ni verdaderamente sociables. Si acaso estuviéron esentos de las infinitas necesidades que des-

pues inventáron el luxo y los vicios que éste produce, también fuéron feroces, crueles, injustos, turbulentos, y enteramente ajenos de justicia y humanidad. Si los primeros tiempos de Roma nos ofrecen en los Curios y en los Cincinatos ejemplos de frugalidad, nos hacen ver por el contrario en todos los Romanos una ambicion injusta, pérfida é inhumana, que en ningun modo previene en favor de su Moral. En la República de Esparta, cuyas virtudes tanto se nos ensalzan, el hombre de bien vé sólo una tropa de forajidos tan malvados como austéros.

La antigüedad nos presenta pueblos guerreros, pueblos poderosos, pero no pueblos virtuosos y sábios. Esto no debe admirarnos; las costumbres de las naciones son siempre el fruto de las ideas que les inspiran los que las gobiernan. La verdadera Moral ha tenido que combatir siempre y constantemente las preocupaciones arraigadas en el espíritu de los pueblos, los usos y las opiniones consagradas por el tiempo, y sobre todo los falsos interéses de los que movían la máquina política. ¿Qué Moral y qué virtudes sólidas y verdaderas podian tener los Romanos, á quien todo inspiraba desde la mas tierna infancia un patriotismo esclusivo que los hacía injustos con los demas pueblos de la tierra? ¿Un Filósofo que en Roma hubiese recomendado las virtudes sociales, habría sido escuchado favorablemente por un Senado perverso, cuyo interés consistía en que el pueblo estuviese siempre en guerra, para de este modo oprimirle mas facilmente y tenerle mas sujeto á sus decretos? Semejante Filósofo habría quizá sido admirado como un elocuente Sofista; pero sus máxîmas se considerarían como contrarias á los interéses del Estado. Un hombre verdaderamente sensible, justo y virtuoso hubiera pasado en Roma por un mal ciudadano.

Los verdaderos principios de la Moral repugnan en todo á las nociones, costumbres é instituciones opuestas á la sociabilidad que se hallan establecidas en casi todos

los pueblos; desenvolviendo á sus ojos las reglas de la justicia, los fundamentos de la autoridad, los derechos de los ciudadanos, ¿cuál es el Gobierno que no sospeche al instante que se crítica su conducta, y que se quiere atacar su poder? No habiendo sido ni siendo todavía, por lo comun, la política sino el arte fatal de cegar á los pueblos y de esclavizarlos, se ha creido casi siempre interesada en obscurecer las luces y las ideas, y en reducir la razon á un eterno silencio. En fin, la verdadera Moral encontró siempre contradictores tercos y obstinados en la ignorancia, la pusilanimidad y la inercia de aquellos mismos ciudadanos, que tenian mas necesidad de que ella moderase las pasiones de los que de continuo la oprimian y tiranizaban.

Estos obstaculos son incapaces de arredrar á las almas que están poseidas de un sincéro y ardiente deseo de ser útiles al jénero humano, é inflamadas del amor de la virtud. La Moral es la verdadera ciencia del hombre, la mas importante para él, la mas digna de ocupar toda la atencion y conato de una criatura verdaderamente sociable. A la Moral, pues, pertenece fortalecer el espíritu humano, dar racionalidad al hombre, quitarle los andadores de la infancia, y enseñarle á caminar con seguridad y firmeza ácia los objetos realmente apreciables y dignos de que el entendimiento los desee y los busque. Los talentos reunidos de los hombres que piensan, debieran conspirar en dar á conocer así á los pueblos como á sus Jefes sus verdaderos intereses, para desengañarlos de tantas vagatelas, de tan vanos juguetes, y de tantas pasiones ciegas y miserables, que causan sus desgracias é infelicidades. Sobrado tiempo han empleado los talentos en lisonjear baja y torpemente al poder y á la grandeza, en propagar los errores, en fomentar los vicios, y en ocupar y distraer el fastidio de los hombres; el talento y el injenio debieran ya trabajar en su instruccion y felicidad. ¿Hai un objeto mas digno de nuestra curiosidad que la ciencia de vivir bien y ser felíz?

***

La Moral es la ciencia de la felicidad; es útil y necesaria á todos los habitantes de la tierra, es útil á las Naciones, á los Príncipes, á los Ciudadanos, á los Grandes y á los pequeños, á los Ricos y á los pobres, á los Padres y á los hijos, á los Amos y á los criados, porque á todos estimula igualmente á buscar su bienéstar y su dicha. Sin ella, se probará que la política no es mas que un arte infame y funesto para destruir las costumbres de los pueblos: sin ella el jénero humano se vé de continuo perturbado por la ambicion de los Reyes: sin ella una sociedad no reune sino enemigos siempre prontos á dañarse: sin ella las familias desavenidas y en continua guerra sólo se acarrean desgracias é infelicidades, atormentándose incesantemente con sus caprichos y locuras: sin ella, en fin, todo hombre es continuo juguete y víctima constante de los vicios y escesos á que le abandona su ciega imprudencia.

En una palabra, la Moral es la que regula el destino del Universo; abraza y reune los intereses de toda la especie humana; y manda con razon y justicia á todos los pueblos, á todos los ciudadanos, sin que sus decretos sean nunca jamás impunemente violados. La *Política*, como bien pronto verémos, no es mas que la Moral aplicada á la conservacion de los Estados; la *Lejislacion* es la Moral consagrada por las leyes; el *Derecho de Jentes* es la Moral aplicada á la conducta de las Naciones entre sí; el *Derecho Natural* no es otra cosa que el conjunto de las reglas de la Moral fundadas en la naturaleza del hombre. Con tan justo título puede llamarse esta ciencia *universal*, pues que su vasto imperio comprende todas las acciones del hombre en todas las situaciones de la vida.

Los hombres que meditan, deben contribuir á disipar de esta ciencia importante las nubes que por tanto tiempo la han rodeado, hasta que sus principios, cuidadosamente discutidos y aclarados, tengan aquel grado de certidumbre que convenza los espíritus. Guiada la Mo-

ral por la esperiencia no debe afectar el lenguaje de la alegoría, ni pedir y presentar del alto Empireo oráculos ambiguos; debe renunciar los delirios y estravagancias del Platonismo; abandonar el tono enfadoso y molesto del Estoicismo; abjurar la singularidad del Cinismo; librarse de los laberintos del Aristótelismo: en fin, guiada por la rectitud y la buena fé, debe hablar con sencillez y franqueza, no asombrar con paradojas, y avergonzarse y detestar la charlatanería, de la que frecuentemente la han revestido hombres vanos y engañosos.

Para que la Moral sea útil (lo dirémos una y muchas veces) debe ser sencilla y verdadera, y esplicarse con claridad: entonces no se propondrá deslumbrar y sorprender con vanos adornos y aparatos, que regularmente desfiguran la verdad: no prometerá un supremo bien ideal, vinculado á una apatía insociable, á una dañosa misantropía y á una obscura y permanente tristeza; no aconsejará á los hombres que huyan unos de otros, ni que se aborrezcan mútuamente: no entibiará su amor á la virtud con austéros preceptos, con impracticables consejos, ni con perfecciones inaccesibles: nunca les prescribirá virtudes contrarias á su naturaleza; antes bien los consolará en sus aflicciones y penalidades, diciendoles que esperen su fin, y que busquen sus remedios: les ordenará que sean hombres, que reflexîonen y se conozcan á sí mismos, y que consulten á su razon, la cual siempre los hará justos, benéficos y sociables, enseñándoles en qué consiste su verdadero bienéstar, permitiéndoles los placeres honestos, é indicándoles los medios lejítimos de asegurar una sólida felicidad durante una vida libre de oprobio y de remordimientos.

Este es el fin y el objeto de esta Obra, en la que se intenta exâminar la naturaleza del hombre, su tendencia invariable, los deseos ó pasiones que le mueven, los principios de la vida social, las virtudes que mantienen, y los vicios que perturban su armonía. En la primera Parte se procura dar una sencilla teoría de la Moral, es-

poniendo con claridad y precision los principios de esta ciencia de las costumbres. En la Segunda se aplican los principios establecidos en la primera á todos los estados de la vida. Aunque temerosos de incurrir en la nota de difusos, no hemos podido ménos de repetir y aplicar á veces unos mismos principios, a fin de recordarlos y traerlos á la memoria de aquellos lectores que no pudieren comprenderlos de una vez con esactitud y perfeccion. Una Moral elemental exije que se sacrifique la brevedad al deseo de que la entiendan todos. Las obras de un estilo conciso, aunque mas agradables ciertamente á las personas ilustradas, no son siempre útiles á las que buscan en ellas la instruccion; resultando ademas muchas veces obscuridad del laconismo escesivo.

En fin, para unir la autoridad á la razon, se ha enriquecido esta Obra con pensamientos notables y máximas útiles sacadas de los antiguos y de los modernos, con el objeto de formar una especie dé concordancia, que haga mas fuerte cada uno de los eslabones del Sistema Moral que se intenta establecer.

RAZON DE LAS SECCIONES Y CAPÍTULOS en que está dividida toda la Obra.

PRIMERA PARTE.

TEORÍA DE LA MORAL.

SECCION I.

Principios Generales y Definiciones.

Cap. I. De la Moral: de los Debéres: de la Obligacion moral.
Cap. II. Del Hombre y de su naturaleza.
Cap. III. De la Sensibilidad: de las facultades intelectuales.
Cap. IV. Del Placer y del Dolor: de la Felicidad.
Cap. V. De las Pasiones: de los Deseos: de las Necesidades.
Cap. VI. Del Interés personal ó del amor propio.
Cap. VII. De la utilidad de las Pasiones.
Cap. VIII. De la Voluntad y de las Acciones.
Cap. IX. De la Esperiencia.
Cap. X. De la Verdad.
Cap. XI. De la Razon.
Cap. XII. Del Hábito: de la Instruccion: de la Educacion.
Cap. XIII. De la Conciencia.
Cap. XIV. De los Efectos de la Conciencia en la Moral.

SECCION II.

Debéres del Hombre en el estado de Naturaleza y en el de Sociedad: De las Virtudes Sociales.

Cap. I. Debéres del Hombre en soledad, ó en el estado de Naturaleza.
Cap. II. De la Sociedad: de los Debéres del Hombre social.
Cap. III. De la virtud en jeneral.
Cap. IV. De la Justicia.
Cap. V. De la Autoridad.
Cap. VI. Del Pacto social.
Cap. VII. De la Humanidad.
Cap. VIII. De la Compasion ó de la Piedad.
Cap. IX. De la Beneficencia.
Cap. X. De la Modestia: del Honor: de la Gloria.
Cap. XI. De la Templanza: de la Castidad: del Pudor.
Cap. XII. De la Prudencia.
Cap. XIII. De la Fortaleza: de la Grandeza de Alma: de la Paciencia.
Cap. XIV. De la Veracidad.
Cap. XV. De la Actividad.
Cap. XVI. De la Dulzura de carácter. De la Induljencia. De la Tolerancia. De la Complacencia. De la Urbanidad, ó de las dotes agradables en la vida social.

SECCION III.

Del Mal moral, ó de los Delitos, Vicios y Defectos de los Hombres.

Cap. I. De los Delitos: De la Injusticia: del Homicidio: del Hurto: de la Crueldad.
Cap. II. Del Orgullo: de la Vanidad: del Luxô.
Cap. III. De la Cólera: de la Venganza: del mal Humor: de la Misantropía.
Cap. IV. De la Avaricia y de la

Prodigalidad.
Cap. V. De la Ingratitud.
Cap. VI. De la Envidia: de los Zelos: de la Murmuracion.
Cap. VII. De la Mentira: de la Adulacion: de la Hipocresía: de la Calumnia.
Cap. VIII. De la Pereza: de la Ociosidad: del Fastidio y sus efectos: de la pasion del Juego, &c.
Cap. IX. De la relajacion de las Costumbres: de la Disolucion: del Amor: de los Placeres deshonestos.
Cap. X. De la Destemplanza ó Gula.
Cap. XI. De los Placeres honestos, y de los torpes.
Cap. XII. De los Defectos: de las Imperfecciones: de las Ridiculeces, ó de las cualidades desagradables en la vida social.

SEGUNDA PARTE.

PRÁCTICA DE LA MORAL.

SECCION IV.

Moral de los Pueblos, de los Soberanos, de los Grandes, de los Ricos, &c. ó Debéres de la vida pública y de los diferentes estados.

Cap. I. Del Derecho de Jentes, ó de la Moral de las Naciones, y de sus debéres recíprocos.
Cap. II. Debéres de los Soberanos.
Cap. III. Debéres de los Súbditos.
Cap. IV. Debéres de los Grandes.
Cap. V. Debéres de los Nobles y de los Militares.
Cap. VI. Debéres de los Majistrados y de los Juristas.
Cap. VII. Debéres de los Ministros de la Relijion.
Cap. VIII. Debéres de los Ricos.
Cap. IX. Debéres de los Pobres.
Cap. X. Debéres de los Sábios, de los Literatos, y de los Artistas.
Cap. XI. Debéres de los Comerciantes, de los Fabricantes, de los Artesanos y de los Labradores.

TERCERA PARTE.

SECCION V.

De los Debéres de la vida privada.

Cap. I. Debéres de los Esposos.
Cap. II. Debéres de los Padres y las Madres; y de los Hijos.
Cap. III. De la Educacion.
Cap. IV. Debéres de los Parientes ó de los miembros de una misma Familia.
Cap. V. Debéres de los Amigos.
Cap. VI. Debéres de los Amos y de los Criados.
Cap. VII. De la conducta en el Mundo: de la Urbanidad: del Decoro: del Talento: de la Alegría: del Gusto.
Cap. VIII. De la Felicidad.
Cap. IX. De la Muerte.

ÍNDICE

DE LAS SECCIONES Y CAPÍTULOS

DEL TOMO PRIMERO.

PRIMERA PARTE.

TEORÍA DE LA MORAL.

Prólogo. . . . . Pág. III.

SECCION PRIMERA.

PRINCIPIOS GENERALES Y DEFINICIONES.

Cap. I. *De la Moral: de los deberes: de la obligacion moral.* . . Pág. 1.
Cap. II. *Del hombre y de su naturaleza.* . . . . 3.
Cap. III. *De la sensibilidad: de las facultades intelectuales.* . . 5.
Cap. IV. *Del placer y del dolor: de la felicidad.* . . . . 8.
Cap. V. *De las Pasiones: de los Deseos: de las Necesidades.* . . 14.
Cap. VI. *Del interés personal ó del amor propio.* . . . . 19.
Cap. VII. *De la utilidad de las pasiones.* . . . . 27.
Cap. VIII. *De la voluntad y de las acciones.* . . . . 31.
Cap. IX. *De la esperiencia.* . . . . 34.
Cap. X. *De la verdad.* . . . . 37.
Cap. XI. *De la razon.* . . . . 39.
Cap. XII. *Del hábito: de la instruccion: de la educacion.* . . . . 42.
Cap. XIII. *De la conciencia.* . . . . 46.
Cap. XIV. *De los efectos de la conciencia en la Moral.* . . . . . 52.

SECCION SEGUNDA.

Deberes del hombre en el estado de Naturaleza y en el de Sociedad. De las Virtudes sociales.

Cap. I. *Deberes del hombre en soledad ó en el estado de Naturaleza.* . . . . 57.
Cap. II. *De la sociedad: de los deberes del hombre social.* . . . . 60.
Cap. III. *De la Virtud en jeneral.* . . . . 63.

. . . . 70.
Cap. IV. *De la Justicia*. 72.
Cap. V. *De la Autoridad*. . . . . 75.
Cap. VI. *Del Pacto social*. . . . . 81.
Cap. VII. *De la Humanidad*. . . . . 85.
Cap. VIII. *De la Compasion ó de la Piedad*. . . . . 90.
Cap. IX. *De la Beneficencia*. . . . . 97.
Cap. X. *De la Modestia: del Honor: de la Gloria*. . . . . 104.
Cap. XI. *De la Templanza: de la Castidad: del Pudor*. . . . . . 109.
Cap. XII. *De la Prudencia*. . . . . 112.
Cap. XIII. *De la Fortaleza: de la Grandeza de Alma: de la Paciencia*. . . . . 119.
Cap. XIV. *De la Veracidad*. . . . . 123.
Cap. XV. *De la Actividad*. . . . .
Cap. XVI. *De la Dulzura de carácter. De la Induljencia. De la Tolerancia. De la Complacencia. De la Urbanidad, ó de las dotes agradables en la Vida social*. . . . . 126.

SECCION TERCERA.

Del Mal Moral, ó de los Delitos, Vicios y defectos de los Hombres.

Cap. I. *De los Delitos: de la Injusticia: del Homicidio: del Hurto: de la Crueldad*. . . . . 135.
Cap. II. *Del Orgullo. De la Vanidad. Del Luxô*. . . . . 148.
Cap. III. *De la Cólera. De la Venganza. Del mal Humor. De la Misantropía*. . . . . 163.
Cap. IV. *De la Avaricia y de la Prodigalidad*. . . . . 176.
Cap. V. *De la Ingratitud*. . . . . 181.
Cap. VI. *De la Envidia: de los Zelos: de la Murmuracion*. . 187.
Cap. VII. *De la Mentira: de la Adulacion: de la Hipocresía: de la Calumnia*. . . . . 194.
Cap. VIII. *De la Pereza. De la Ociosidad. Del Fastidio y sus efectos. De la Pasion del Juego, &c*. . . . . 205.
Cap. IX. *De la relajacion de las costumbres. De la Disolucion. Del Amor. De los Placeres deshonestos*. . . . . 217.
Cap. X. *De la Destemplanza ó Gula*. . . . . 229.
Cap. XI. *De los Placeres honestos; y de los torpes*. . . . . . 235.
Cap. XII. *De los Defectos. De las Imperfecciones. De las Ridiculeces, ó de las Cualidades desagradables en la Vida social*. 243.

MORAL UNIVERSAL.

SECCION PRIMERA.

PRINCIPIOS GENERALES Y DEFINICIONES.

CAPÍTULO PRIMERO.

De la Moral: de los deberes: de la obligacion moral.

La Moral es la ciencia de las relaciones que exîsten entre los hombres, y de los deberes que nacen de estas relaciones. Ó de otro modo: la moral es el conocimiento de lo que deben necesariamente hacer ó evitar los seres inteligentes y racionales que quieren conservarse y vivir felices en sociedad.

Para que la moral sea universal, debe ser conforme á la naturaleza del hombre en general, esto es, fundada sobre su esencia, ó sobre las propiedades y cualidades que se hallan constantemente en todos los seres de su especie, por las cuales se distingue de los otros animales. De donde se infiere que la moral supone la ciencia de la naturaleza humana.

Ninguna ciencia es ni puede ser mas que el fruto de la esperiencia. Saber una cosa es haber esperimentado los efectos que produce, la manera con que obra, los diferentes aspectos por los que puede ser considerada. La ciencia de las costumbres, para que sea cierta y segura, debe ser una conti-

nuacion y encadenamiento de esperiencias constantes, reiteradas é invariables, las cuales solas pueden producirnos un conocimiento verdadero de las relaciones que exîsten entre los seres de la especie humana.

Las *relaciones* que exîsten entre los hombres, son las diferentes maneras con que los unos obran sobre los otros, y por las cuales influyen en su recíproca conveniencia.

Los *deberes* de la moral son los medios que un sér inteligente y capaz de esperiencia debe tomar para conseguir la felicidad á que le impele incesantemente su naturaleza. El andar es un deber para el que quiere ir de un lugar á otro: ser útil es un deber para el que desea grangearse el afecto y estimacion de sus semejantes: no hacer mal es un deber para el que teme acarrearse el odio y resentimiento de los que pueden contribuir á su propia felicidad. En una palabra, el deber es la conformidad de los medios con el fin que uno se propone: la sabiduría consiste en proporcionar estos medios al fin, esto es, en dirigirlos útilmente para lograr la felicidad que el hombre naturalmente desea.

La *obligacion* moral es la necesidad de hacer ó evitar ciertas acciones para la exîstencia y felicidad que buscamos en la vida social. El que quiere un fin, debe querer los medios que le conduzcan á él. El que aspira á ser feliz, está obligado á seguir el camino que le conduzca á la felicidad, y á separarse del que le desvie de este objeto, só pena de ser desgraciado. El conocimiento de este camino y de estos medios es el fruto de la esperiencia, la cual sola puede darnos á conocer tanto el fin que debemos proponernos, como los caminos mas seguros de llegar á él.

Los *vínculos* que unen á los hombres entre sí,

no son mas que las obligaciones y deberes á que están sujetos, segun las relaciones que exîsten entre ellos. Estas obligaciones ó deberes son las condiciones sin las qué no pueden hacerse felices. Tales son los vínculos que unen á los padres con los hijos, á los soberanos con los súbditos, á la sociedad con sus miembros, &c.

Estos principios bastan para convencernos de que el hombre no nace con el conocimiento de los deberes de la moral, y que nada es tan quimérico como la opinion de los que le atribuyen sentimientos morales *innatos*. Las ideas que tiene del bien y del mal, del placer y del dolor, del orden y del desorden, de los objetos que debe buscar ó huir, desear ó temer, son precisamente los resultados de sus esperiencias, con las cuales el hombre no puede contar sino encuanto sean constantes, reiteradas, y hechas con razon, juicio y reflexîon.

El hombre al venir al mundo sólo trae consigo la facultad de sentir, que es la que desarrolla sus potencias intelectuales. Decir que nosotros tenemos ideas morales anteriores á la esperiencia del bien ó del mal que nos producen los objetos, es decir que conocemos las causas sin haber esperimentado sus efectos.

CAPÍTULO II.

Del hombre y de su naturaleza.

El Hombre es un sér sensible, inteligente, racional, sociable, que en todos los instantes de su duracion anhela incesantemente por su conservacion y felicidad.

Á pesar de la variedad prodigiosa que se observa entre los individuos de la especie humana, todos tienen una naturaleza comun, que no se contra-

dice jamás. No hai hombre que no se proponga algun bien en todos los instantes de su vida; ninguno hai que por los medios que supone los mas acertados no busque la felicidad, y huya de las penalidades. Es verdad que muchas veces nos engañamos en el fin y en los medios ya por falta de esperiencias, ya por no saber usar de las que tenemos recogidas. La ignorancia y el error son las verdaderas causas de los estravios de los hombres y de las desgracias que ellos mismos se acarrean.

Por no haberse formado ideas ciertas de la naturaleza del hombre, muchos Moralistas se han engañado sobre la moral, y nos han dado fábulas y romances en lugar de la verdadera historia del hombre, siendo para ellos la voz *naturaleza* una palabra vaga é insignificante. Mas como la moral sea la ciencia del hombre, es necesario que desde un principio nos formemos ideas verdaderas y esactas de ella, porque de lo contrario erraríamos á cada paso. Para conocer al hombre no es menester que investiguémos como otros con una metafisica incierta y engañosa los resortes ocultos que le mueven; sino que basta considerarle tal y como se presenta á nuestra vista, y segun obra constantemente á nuestros ojos, y que exâminemos atentamente las cualidades y propiedades que le son particulares, constantes y visibles.

Esto supuesto, llamarémos *naturaleza* en el hombre el conjunto de propiedades y cualidades que constituyen su sér, que son inherentes á su especie, que la distinguen de las otras especies de animales, ó que le son comunes con ellas. Sin subir hasta el origen que produce en el hombre la sensacion y el acto de pensar, basta saber, tratándose de la moral, que todo hombre siente, piensa, obra, y busca su bienéstar en todos los intantes de su duracion: estas son las cualidades que constituyen la naturaleza humana, y que se hallan constantemente en todos los individuos de nuestra especie; sin que haya necesidad de saber mas para descubrir la conducta que todo hombre debe observar para el logro del fin que se propone.

CAPÍTULO III.

De la sensibilidad: de las facultades intelectuales.

En el hombre, como en todos los animales, la sensibilidad es una disposicion natural á recibir impresiones agradables ó desagradables de parte de los objetos que obran inmediatamente sobre él, ó por medio de algunas relaciones. Esta facultad depende la estructura del cuerpo humano, de su organizacion particular, y de los sentidos de que se halla dotado. La organizacion hace al hombre capaz de recibir impresiones durables ó pasageras de los objetos que hieren sus sentidos. Estos sentidos son la vista, el tacto, el gusto, el olfato y el oido. Las impresiones que el hombre recibe por estos diferentes conductos son las impulsiones, movimientos y mutaciones que suceden en él, y de las que tiene una ciencia interior, que no es mas que el conocimiento íntimo de las variaciones ó de los efectos que producen en su máquina los objetos que le tocan. Estos efectos se llaman *sensaciones ó percepciones*, porque recibidas por sus sentidos le advierten que los objetos obran sobre él.

Las sensaciones producen las ideas, esto es, las imágenes, vestigios ó impresiones que nuestros sentidos han recibido. El sentimiento continuo ó renovado de las impresiones ó de las ideas que se han trazado en nosotros se llama *pensamiento*. La facultad de contemplar estas ideas impresas ó trazadas dentro de nosotros mismos por los objetos que han obrado sobre nuestros sentidos, se llaman *reflexîon*.

La facultad de representarnos de nuevo las ideas ó imágenes que nuestros sentidos nos han comunicado, despues que han desaparecido los objetos que las causaron, se llama *memoria*. El *juicio* es la comparacion de los objetos que tocan ó han tocado nuestros sentidos, la de las ideas que estos objetos han producido ó producen en nosotros, ó la de los efectos que nos hacen ó han hecho sentir. *Talento* se llama la facilidad de comparar con prontitud las relaciones de las causas con los efectos. La *imaginacion* es la facultad de representarnos con viveza y energía las imágenes, las ideas ó los efectos que han producido en nosotros los objetos. La inteligencia, la razon, la prudencia, la prevision, la destreza, la industria, &c. no son mas que modificaciones de nuestros modos de sentir.

Todos los animales dan evidentemente señales mas ó menos notables de sensibilidad: lo mismo que el hombre los vemos afectados por los objetos que obran sobre ellos; los vemos buscar con ansia lo que es util á su conservacion, y lo que contribuye á su bienéstar; vemos que huyen de los objetos que en alguna ocasion les han causado sensaciones dolorosas; hallamos en ellos reflexîon, memoria, prevision, sagacidad; en fin, es bien cierto que algunos tienen en sus órganos una finura superior á la del hombre. Lo que llamamos *instinto* en los animales es la facultad de procurarse los medios de satisfacer sus necesidades, el cual se asemeja á lo que se llama en el hombre *inteligencia*, *razon*, *sagacidad*. Muchos hombres hai que por su conducta dan tan pocas señales de inteligencia y de razon, que sus facultades intelectuales parecen mui inferiores á lo que se llama *instinto* en las bestias. El que se entrega á la intemperancia, á la embriaguez, á la cólera, á la venganza ¿se manifiesta realmente superior á las bestias?

El hombre se diferencia del resto de los animales, y se muestra superior á ellos por su actividad, por la energía de sus facultades, por la eficacia de su memoria, por la multiplicidad de sus esperiencias, por su industria y destreza, con las qué satisface mas facilmente todas sus necesidades: en una palabra, el hombre, á fuerza de esperiencias y de reflexîones, no sólo recibe las sensaciones presentes, sino que recuerda las pasadas, y prevé las futuras: una sagacidad superior le pone en estado de hacer que la naturaleza entera contribuya á su propia felicidad. Mas para esto es necesario que sus facultades se desenvuelvan y ejerciten; porque de lo contrario el hombre se quedaria en un embrutecimiento igual al de las bestias, á pesar de las disposiciones naturales con que nace: estas bien ó mal cultivadas le hacen racional ó insensato; bueno ó malo; prudente ó inconsiderado; capaz ó incapaz de reflexîon y de juicio; sabio ó ignorante.

Por otra parte, aunque todos los hombres parecen en general formados de una misma manera, y sujetos á unas mismas necesidades, sinembargo la sensibilidad no es la misma en todos los individuos de la especie humana. Esta sensibilidad es mas ó menos viva segun la mayor ó menor finura y movilidad con que la naturaleza ha dotado sus órganos, y segun la calidad de los fluidos y sólidos que componen su máquina, de donde nace la diversidad de sus temperamentos y facultades.

El *temperamento* es el modo de ser ó de exîstir particular á cada individuo de la especie humana, que resulta de la organizacion ó de la conformacion que le es propia; de suerte que por una consecuencia de este temperamento, entre los hombres unos son mas sensibles que otros, es decir, mas capaces de ser prontamente movidos y escitados por los objetos que hieren sus sentidos; unos tienen vi-

gor, talento, imaginacion, pasiones vivas, entusiasmo, impetuosidad; y otros son débiles, flojos, estúpidos, perezosos y lánguidos: unos manifiestan una memoria feliz, un juicio recto, son capaces de esperiencia y prevision; al paso que otros aparecen enteramente privados de estas facultades. Á unos vemos alegres, vivos, inquietos, disipados; y á otros poltrones, melancólicos, serios, metidos en sí mismos, &c.

En una palabra, los diferentes grados de sensibilidad producen esta diversidad maravillosa que observamos entre los caracteres, las inclinaciones naturales y los gustos de los hombres; cualidades que los distinguen tanto como sus fisonomías. Si los hombres se diferencian entre sí, es porque no todos sienten de una misma manera, y por lo tanto no pueden tener precisamente las mismas sensaciones, las mismas ideas, las mismas inclinaciones, las mismas opiniones, ni por consecuencia seguir la misma conducta de vida.

CAPÍTULO IV.

Del placer y del dolor: de la felicidad.

Siendo las fisonomías de los hombres tan diferentes que no se encontrarán dos enteramente semejantes, hai no obstante un punto general sobre el que todos estan de acuerdo; el amor del placer y el temor del dolor. En una misma familia de plantas no se hallan dos que sean esactamente conformes; no hai dos hojas en un mismo arbol que no descubran diferencias á los ojos atentos del observador; y sinembargo estas plantas, estos árboles y estas hojas son de la misma especie, y sacan igualmente sus jugos nutritivos de la tierra y de las aguas. Puestas en un buen terreno preparado á propósito, beneficiadas por los rayos de un sol apacible, y rega-

das cuidadosamente, estas plantas se animan, vegetan, crecen, y se ofrecen á nuestra vista alegres y lozanas; mas por el contrario, si se hallan en un suelo árido y malo, se consumen, se marchitan y perecen, por grande que sea el afan en cultivarlas (1).

Entre las impresiones ó sensaciones que producen en el hombre los objetos que hieren sus sentidos, unas, por la conformidad con la naturaleza de su máquina, le agradan y causan placer; y otras, por la turbacion y trastorno que le ocasionan, le desagradan y producén dolor. Por consecuencia aprueba aquellas, y desea que continuen ó se renueven; mientras que desaprueba estas, y procura que huyan ó desaparezcan. Segun el modo agradable ó molesto con que nuestros sentidos son afectados, amamos ó aborrecemos los objetos, los deseamos ó tememos, los buscamos ó los huimos.

Amar un objeto es desear su presencia, es querer que continúe produciendo en nuestros sentidos impresiones convenientes á nuestra naturaleza, es as-

---

(1) El ingenioso autor de la obra *De l' Esprit* es de dictamen que la educacion basta para hacer de los hombres lo que se quiera; mas este célebre filósofo no ha observado al parecer, que si la naturaleza no presenta un sugeto idóneo, es imposible educarle bien. En vano sería sembrar en una roca ó en un pantano. Este punto se tratará mas estensamente cuando se hable de la educacion. *Vease la seccion V. cap. III. de la segunda parte.* Plutarco dice, segun la traduccion de Amiot: *La naturaleza sin doctrina y enseñanza es una cosa ciega; la doctrina sin la naturaleza es defectuosa; y el solo uso, sin las dos primeras, es una cosa imperfecta. Ni mas ni menos que en la labranza, es menester que, en primer lugar, la tierra sea buena; en segundo, que el labrador sea un hombre esperimentado; y en tercero, que sea escogida la semilla. Asi la naturaleza representa la tierra, el maestro al labrador, y la enseñanza y los ejemplos son la simiente.* V. Plut. *Comme il faut nourrir les enfans.* Pag. 2. B. tom. 2. op. edic. de Paris de 1624.

pirar á poseerle para gozar continuadamente y á-
nuestra voluntad de sus efectos agradables. Aborre-
cer un objeto es desear que se aparte de nosotros para que termine la impresion molesta y dolorosa que nos produce. Asiqué, amamos á un amigo porque su presencia, su conversacion y sus apreciables cualidades nos causan un placer; y huimos de encontrarnos con un enemigo porque su sola presencia nos turba y molesta.

Toda sensacion ó todo movimiento agradable que se escita en nosotros mismos, y cuya duracion deseamos, se llama *bien*, *placer*, y el objeto que produce esta impresion en nosotros, se llama *bueno*, *útil*, *agradable*. Toda sensacion de la cual deseamos su fin, porque trastorna y desarregla el orden de nuestra máquina, se llama *mal ó dolor*, y el objeto que la produce se dice *malo*, *perverso*, *dañoso*, *desagradable*. El placer constante y continuado se llama *dicha*, *bienéstar*, *felicidad*; y el dolor continuo y permanente *desgracia*, *infortunio*. La felicidad, pues, es un estado de consentimiento y aprobacion de los modos de sentir que hallamos agradables y conformes á nuestra existencia y conservacion.

El hombre, por su naturaleza, ama necesariamente el placer y aborrece el dolor, porque el placer es conveniente á su existencia, esto es, á su organizacion, á su temperamento, al orden necesario á su conservacion; y el dolor, por el contrario, perturba el orden de su máquina, impide que sus órganos llenen sus funciones, y daña su conservacion.

El *orden*, en general, es el modo de ser y de exîstir, por el que todas las partes de un todo conspiran sin obstáculos al fin para el que le ha destinado su naturaleza. El orden en la máquina humana es esta manera de ser ó exîstir, por la cual todas las partes de nuestro cuerpo concurren á su

conservacion y al bienéstar del todo que componen. El *orden moral ó social* es el felíz concurso de las acciones y voluntades de los hombres, del que resultan la conservacion y la suerte dichosa de la sociedad. El *desorden* es toda perturbacion y trastorno del orden, ó todo aquello que daña el bienéstar de los hombres y de la sociedad.

El placer es un bien cuando es conforme al orden; mas si produce el desórden, ya sea inmediatamente ó en sus consecuencias, este placer es un mal real y verdadero, puesto que la conservacion del hombre y su felicidad permanente son bienes mas apetecibles que los placeres pasageros seguidos de penalidades. Una persona que estando acalorada ó sudando bebe un vaso de helado, siente sin duda un placer mui vivo en aquel momento, mas puede mui bien sobrevenirle una enfermedad que le quite la vida.

El placer deja de ser un bien, y se convierte en mal, cuando produce en nosotros proxîma ó remotamente efectos dañosos á nuestra conservacion, y contrarios á nuestro perpetuo bienéstar. Por otra parte, el dolor puede convertirse en un bien preferible al placer mismo, cuando conduce á nuestra conservacion, y nos procura ventajas verdaderas. Un convaleciente sufre con paciencia los estímulos del hambre que le mortifican, y se abstiene de los alimentos que momentáneamente lisongearian su paladar, porque conoce que asi recobrará mas pronto la salud, que mira con razon como una dicha mas apetecible que el placer pasagero de contentar su apetito.

La esperiencia sola puede enseñarnos á conocer los placeres á que podemos entregarnos sin temor, y á distinguirlos de los que pueden atraernos consecuencias peligrosas. Aunque el amor del placer sea esencialmente inherente al hombre, debe sinembar-

go estar subordinado al amor de su propia conservacion y al deseo de un bienéstar durable, que es lo que procura y anhela de continuo: si quiere ser felíz, todo le convence que para conseguir este fin debe hacer eleccion entre sus placeres, usarlos con moderacion, rehusar como dañosos los que fueren seguidos de amarguras, y preferir los dolores momentáneos, cuando estos pueden producirle una felicidad mayor, mas sólida y mas duradera.

Segun estos principios, los placeres deben distinguirse por su influencia sobre la felicidad de los hombres. Los *placeres verdaderos* son aquellos que la esperiencia nos muestra conformes á la conservacion del hombre, é incapaces de producirle dolor. Los *placeres engañosos* son los que, alhagando por algunos momentos, llegan á causarle males duraderos. Los placeres racionales son los que convienen á un sér capaz de distinguir lo util de lo dañoso, lo real de lo aparente: los placeres honestos son aquellos que no son seguidos de arrepentimiento, de vergüenza, ni de remordimientos. Los placeres torpes son los que nos avergüenzan, porque nos hacen despreciables á los demas hombres; y el placer acaba siempre atormentándonos cuando no es conforme á nuestros deberes. Los placeres legítimos son aquellos que son aprobados por los seres con quienes vivimos en sociedad. Los placeres ilícitos son los que nos estan prohibidos por la ley, &c.

Los placeres ó las sensaciones agradables que sentimos inmediatamente en nuestros organos, se llaman placeres *físicos*, los cuales, aunque producen en el hombre un modo de exîstir agradable, no pueden durar largo tiempo sin causar el cansancio y debilidad de los mismos organos, cuya fuerza es naturalmente limitada; asiqué los mismos placeres pronto llegan á fatigarnos, sino ponemos entre ellos intervalos que dejen á los sentidos reposar y recibir

nuevas fuerzas. La vista de un objeto resplandeciente nos agrada en un primer momento, pero luego cansa nuestros ojos si por mucho tiempo los tenemos fijos en él. Los placeres mas vivos son por lo comun los menos duraderos, porque producen sacudimientos mui fuertes y violentos en la máquina humana; de donde se sigue que el hombre sabio y prudente debe ser mui económico y arreglado en el uso de ellos por el bien mismo de su conservacion. La templanza, la moderacion y la abstinencia de ciertos placeres son virtudes fundadas sobre la naturaleza humana.

Como el hombre tiene muchos sentidos, necesita ejercitarlos alternativamente, porque si no bien pronto se apoderarian de él una languidez y fastidio insoportables. La naturaleza exîge que el hombre varíe sus placeres para evitar el hastío, el cual no es otra cosa que la fatiga de nuestros sentidos, causada por las sensaciones uniformes.

Los placeres *intelectuales* son aquellos que esperimentamos dentro de nosotros mismos, ó que son producidos por el discurso y contemplacion de las ideas que nuestros sentidos nos han comunicado, ó por la memoria, el juicio, el talento y la imaginacion. Estos goces verdaderos nos los agencian el estudio, la meditacion y las ciencias, siendo estos placeres preferibles á los físicos, porque llevamos dentro de nosotros mismos las causas que los producen y renuevan á nuestro arbitrio y voluntad. Cuando la lectura de algun pasage histórico ha gravado en la memoria hechos curiosos, agradables é interesantes, repasando estos hechos y contemplándolos en su interior, el hombre erudito esperimenta un placer análogo, y superior en parte, al de un curioso que recorre los cuadros y colecciones de una vasta galería. Cuando la filosofía ha hecho conocer al hombre sus relaciones, sus variedades, sus pasio-

nes y sus deseos, el filósofo se goza en sus meditaciones con la contemplacion de los preciosos materiales que deposita en su cabeza. En fin, el hombre virtuoso disfruta en su interior del bien mismo que hace á los demas, y se alimenta agradablemente con la idea lisonjera de ser amado.

Ademas, los placeres intelectuales y los gustos que producen nos son mas propios que los que nos inspiran las ventajas esteriores, como las riquezas, las grandes posesiones, las dignidades, el crédito ó el favor, que da y quita á su antojo la fortuna; y podemos disfrutar de ellos siempre y constantemente, como que llevamos dentro de nosotros mismos su orígen y manantial, del qué ningun hombre puede privarnos; siendo sólo las enfermedades las que son capaces de impedirnos gozar de nuestras facultades intelectuales y de nuestras virtudes. Estas cualidades inherentes al hombre son las unicas que pueden merecerle una aficion sincera y un amor desinteresado. Amar á uno por sí mismo, es amarle no por su opulencia, sino por las cualidades agradables y por las disposiciones interesantes de que goza en la sociedad; que residen habitualmente en él; que le son constantes; y de las cuales sólo pueden privarle ciertos accidentes poco comunes en la vida.

CAPÍTULO V.

De las Pasiones: de los Deseos: de las Necesidades.

Las pasiones humanas son los movimientos mas ó menos vivos de amor ácia los objetos que juzga el hombre capaces de producirle impresiones, sensaciones é ideas agradables; ó por el contrario, son los movimientos de odio y aborrecimiento ácia los objetos que supone capaces de afectarle de una manera dolorosa. Todas las pasiones se reducen á de-

sear algun bien, algun placer, alguna felicidad real ó imaginaria; y á temer y huir algun mal, sea verdadero ó aparente. Los *deseos* son los movimientos de amor ácia un bien verdadero ó imaginario, cuya posesion no se tiene. La *esperanza* es el amor de un bien que se aguarda, pero del cual aun no se goza. La *cólera* es un odio ó aborrecimiento repentino del objeto que se considera dañoso, &c.

Nada es mas natural en el hombre que el tener pasiones y deseos: estos movimientos de atraccion que siente á ciertos objetos, y de repulsion respecto de otros, son consecuencias de la analogía ó de la contrariedad entre sus órganos y las cosas que ama ó aborrece. Los niños gustan mucho de la leche, de las frutas dulces, de los alimentos azucarados, y detestan las cosas amargas, porque las primeras sustancias producen en su paladar sensaciones agradables, y lo amargo los disgusta y desagrada.

Los Estoicos, y otros muchos Moralistas como ellos, han reputado las pasiones por *enfermedades del alma* que debian ser enteramente desarraigadas; mas las pasiones de los hombres no son mas enfermedades que lo es el hambre, deseo tan natural que los incita á comer para alimentarse, y á buscar los manjares mas conformes á sus gustos, y que los avisa de una necesidad de su máquina que deben satisfacer, si quieren conservarse. De qué muchos hombres sobrecarguen su estómago de alimentos dañosos á la salud, no debe deducirse que el hambre sea una enfermedad, ni que sea desatendible ó vituperable el deseo de satisfacerla. El fanatismo es causa de que en la Moral los hombres casi nunca hayan podido convenirse en nada.

Á poco que se reflexione, se hallará que las pasiones en sí mismas no son ni buenas ni malas, y que sólo llegan á ser tales por el uso que se hace

de ellas. Naciendo todo hombre con necesidades, nada le es mas natural que el deseo de satisfacerlas; susceptible de placer ó de dolor, nada mas consiguiente que el amar el uno y aborrecer el otro. De donde se concluye que las pasiones y los deseos son esenciales al hombre, inherentes á su naturaleza, inseparables de su existencia, y necesarias á su conservacion. Un sér sensible que aborreciese el placer, que no procurase su bienéstar, que desease el mal; en fin, que no tuviese necesidades algunas, dejaria de ser hombre; y siendo incapaz de conservarse á sí mismo, sería enteramente inútil á los otros hombres.

Se llaman necesidades todas las cosas útiles ó necesarias á la conservacion ó á la felicidad del hombre. Las necesidades *naturales* son el alimentarse, vestirse, y propagarse. Las necesidades de todos los hombres son unas mismas, y sólo varían en los medios de satisfacerlas. Un pedazo de pan seco le basta al pobre para satisfacer la necesidad de su hambre, cuando el opulento ha menester una mesa suntuosa cubierta de los mas raros manjares para contentar su apetito, y sobre todo su vanidad, que para él ha llegado á ser una necesidad mas urgente que el hambre, á causa de que su imaginacion le representa habitualmente el fausto como un bien necesario á su felicidad. La piel de los animales sirve para que se cubra un salvage, en vez de que el habitante de un pais donde reina el lujo se considera desgraciado y se avergüenza, sino tiene magníficos y costosos vestidos, en los cuales su imaginacion le presenta un medio de dar á los demas hombres una idea alta de sí mismo.

De este modo la imaginacion, las convenciones, el hábito y las preocupaciones nos aumentan las necesidades que nos alejan de nuestra naturaleza, constituyéndonos en un estado deplorable si

no podemos satisfacerlas. No hai cosa mas importante que el limitar nuestras necesidades á fin de poder contentarlas sin penalidad. Nuestras necesidades naturales son en pequeño número y limitadas; mas las necesidades creadas por la imaginacion son insaciables é infinitas. Cuántas mas necesidades tengan los hombres, tanto mas dificil les será el ser felices. La felicidad consiste en el acuerdo de nuestras necesidades con la facultad de satisfacerlas.

Siendo los diferentes grados de sensibilidad en los hombres, segun hemos dicho, las causas de la diversidad prodigiosa que se observa entre ellos, este mismo es el origen de la variedad de sus pasiones, de sus apetitos, de sus necesidades, de sus gustos, y de la voluntad que determina sus acciones. Segun la organizacion particular de cada hombre, que es la que constituye su temperamento, son tambien diversas su imaginacion y sus necesidades. Aunque todos los hombres tengan necesidad de sustentarse, no agradan á todos los mismos alimentos; el estómago de unos pide mayor cantidad que el de otros; y los manjares que aprovechan á unas personas, á otras les perjudican y causan enfermedades peligrosas.

De aqui resulta esta grande variedad que se advierte en las pasiones, las cuales se diferencian no sólo en el fin á que se dirigen, sino tambien en su fuerza y duracion. Las necesidades en el hombre suscitan las pasiones; mas como estas necesidades nacen ó del temperamento, ó de la imaginacion, ó del hábito, ó de la educacion, son por lo tanto diferentes en todas las criaturas de nuestra especie, y variables en un mismo individuo. Todos tienen sed ó necesidad de beber; pero á unos les basta el agua para apagarla, y otros necesitan vino, como preciso para fortalecer su estómago; otros, acostumbrados á la delicadeza, han menester vinos generosos; y los mejores vinos, en fin, repugnan á ciertas per-

sonas enfermas, ó que han perdido el paladar. Este mismo deseo y la necesidad de beber son mucho mas fuertes en un hombre fatigado del trabajo, que en un hombre ocioso y descansado. Aquel á quien una imaginacion exáltada pinta con viveza los gustos del amor y la hermosura de su dama, siente en sí una pasion que la necesidad ocasiona, y que la imaginacion irrita sin descanso: y esta pasion es en él mas activa que en otros hombres menos ardientes é irritables.

Las necesidades en los hombres son las cosas que creen ó suponen equivocadamente necesarias á su conservacion, á sus placeres, á su bienéstar. Las necesidades *naturales* son, como acabamos de decir, las cosas que nuestra naturaleza ha hecho necesarias al mantenimiento de nuestro sér en el estado de una vida feliz. Las necesidades imaginarias son las que una imaginacion comunmente desordenada nos pinta como indispensables para nuestra felicidad. Una imaginacion á quien inflama de contínuo el egemplo, la opinion y los hábitos establecidos en la sociedad, nos hace esclavos de una infinidad de necesidades, que incesantemente nos atormentan y nos condenan á depender de los que pueden satisfacerlas.

Para sér feliz é independiente conviene no tener mas necesidades que las que cada uno pueda satisfacer por sí mismo y sin mucha penalidad; porque si son inmensas, requieren inmensos trabajos, y aun estos no suelen bastar, haciéndonos ya entonces tan desgraciados, que para cortarlas de raiz han creido muchos filósofos que se debian violentar los deseos mas inocentes de la naturaleza; ponerse en contradiccion con los deberes sociales; y hacerse imprudentemente verdugos de sí mismos.

Esta moral rigorosa no es propia de los hombres; otra mas sabia y humana les prescribe que

satisfagan sus necesidades de un modo que no sea dañoso ni á sí mismos ni á los otros; que las limiten para no ser desgraciados por no poder satisfacerlas; y que pongan cuidado en no multiplicarlas, porque de lo contrario los arrastrarán á vicios y delitos. Las necesidades producen los deseos; disminuyendo aquellas, se disminuyen ó se aniquilan éstos. Si tantos hombres son infelices y malvados, es por que se forjan necesidades que hacen indomables sus deseos. La felicidad consiste en no desear sino lo que lícitamente se puede obtener.

CAPÍTULO VI.

Del interés personal ó del amor propio.

Nuestros deseos, escitados por las necesidades verdaderas ó imaginarias, constituyen el *interés*, en cuya denominacion se comprende generalmente todo lo que desea el hombre como útil ó necesario á su propia felicidad; en una palabra, la cosa en cuyo goce y posesion cree cada uno que consiste su placer ó su dicha. El interés del voluptuoso está en el goce de los placeres sensuales; el avaro pone el suyo en la posesion de sus tesoros, el hombre vano y fastuoso fija el mayor intéres en hacer una loca ostentacion de sus riquezas; el ambicioso, cuya imaginacion se enardece con la idea de dominar á los demas, pone todo su interés en el goce y uso de un gran poder; el literato en la celebridad; en fin el interés del hombre de bien consiste en ser estimado y querido de sus semejantes. Cuando se dice que los intereses de los hombres son varios, se indica que sus necesidades, sus deseos y sus gustos no son en todos unos mismos, y que cada cual fija la idea de su bien en diferentes cosas.

No hai, pues, la menor duda en que todos los

hombres obran, y les es necesario obrar por interés. La palabra *interés*, como la palabra pasion, sólo presenta á nuestro entendimiento la idea de un bien, ó el amor y el deseo de la felicidad. No se puede vituperar en los hombres que sean *interesados*, (cuya palabra significa que tienen necesidades y deseos) sino cuando sus intereses, sus pasiones y sus necesidades les son dañosas á ellos mismos, ó á los otros con cuyos intereses no se avienen los suyos.

Segun sus intereses los hombres son buenos ó malos. En el bien y en el mal obramos siempre con la mira de alguna ventaja que juzgamos debe resultarnos de nuestra conducta. La idea del bienéstar ó el interés que ponemos en los placeres ó en los objetos contrarios á nuestra propia felicidad constituye lo que se llama *interés mal entendido*, que es el orígen y manantial de los errores y estravíos de aquellos que, faltos de razon, de esperiencia y de reflexion, desconocen con demasiada frecuencia sus verdaderos intereses, y sólo escuchan las necesidades imaginarias y las ciegas pasiones que proceden de su ignorancia, de sus preocupaciones, ó de los ímpetus violentos de una imaginacion desarreglada.

El interés personal y las pasiones de que este se vale, no son disposiciones reprehensibles, sino cuando son contrarias á la felicidad de aquellos con quienes vivimos, es decir, cuando nos hacen observar una conducta que los daña ó incomoda: los hombres no aprueban sino lo que consideran que les es útil y provechoso; y asi su interés les obliga á despreciar, aborrecer y condenar todo aquello que contraría su tendencia á la felicidad.

El interés es laudable y legítimo, cuando tiene por objeto cosas verdaderamente útiles para nosotros y para los demas. El amor de la virtud es el interés aplicado á las acciones ventajosas al género

humano. Si un sórdido interés es el movil de las acciones del avaro, otro mas noble anima al hombre benéfico que aspira al afecto, á la gratitud y al amor de aquellos en quienes recaen los efectos de su generosidad.

Sacrificar su interés quiere decir sacrificar un objeto que agrada, ó que se ama, á otro objeto que agrada ó que se ama con mas fuerza. Un amigo sacrifica por otro una parte de su fortuna, porque estima en mas á su amigo que los bienes que sacrifica. El entusiasmo es la pasion por un objeto que nos ocupa esclusivamente, llevada al estremo de una especie de embriaguez y de delirio, que hace al hombre sacrificarlo todo, y aun á sí propio; mas, como pronto verémos, aun en este caso es siempre á su propio interés, es á sí mismo á quien el hombre hace este sacrificio.

Obrar sin interés sería obrar sin fin ó sin motivo. Un sér inteligente, esto es, que atiende de contínuo á su felicidad, y que sabe emplear los medios propios y conducentes á este fin, no puede por un sólo instante perder de vista su interés; mas para que este interés sea laudable, debe conocer que habiéndole colocado la naturaleza en sociedad, su verdadero interés exîge que se haga útil y agradable, porque los otros hombres que le rodean, sensibles, amantes de la felicidad, é *interesados* como él, no contribuirán á su bien sino en razon del bien que pueden esperar dél mismo. De donde se deduce que la moral debe fundar sólidamente sobre el interés todos sus preceptos para que sean eficaces. La moral debe pues probar y convencer al hombre que su verdadero interés le prescribe que ame y practique la virtud, sin la cual no hai para él felicidad sobre la tierra.

Algunos filósofos han fundado la moral en una *benevolencia* innata que suponen inherente á la na-

turaleza humana; pero esta benevolencia no puede ser mas que efecto de la esperiencia y de la reflexîon, las cuales nos manifiestan que los demas hombres nos son útiles, y capaces de contribuir á nuestro propio bien. Una benevolencia desinteresada, esto es, de la que no resultase para nosotros de parte del que nos la inspira ni cariño, ni correspondencia, sería un sentimiento sin motivo, ó un efecto sin causa. Por su propio interés muestra el hombre su benevolencia á los demás. Quiere grangearse amigos, esto es, personas que por él se interesen; ó egercita este afecto con aquellos cuyas disposiciones beneméritas tiene ya comprobadas; ó desea, en fin, merecer su propia estimacion, y la de los otros con ella.

Se nos dirá, quizá, que hai ciertas personas virtuosas que llevan su desinterés al estremo de mostrar benevolencia á los ingratos, y que otras la egercitan con los desconocidos á quienes no vieron ni verán jamás. Mas tampoco esta benevolencia es desinteresada, porque si nace de la compasion, luego verémos que el hombre compasivo se consuela á sí mismo cuando hace bien á sus semejantes. En fin, harémos ver que todo bienhechor halla siempre en sí propio la recompensa que los ingratos le reusan, ó que un desconocido no puede demostrarle.

Las pasiones, los intereses, las voluntades y las acciones de los hombres tienen por obgeto constante la satisfaccion de su amor propio. Este *amor propio* tan vituperado por algunos Moralistas, y confundido malamente por otros con un egoismo insociable, no es real y efectivamente mas que el deseo permanente de conservarse y ser dichosos. Condenar al hombre porque se ame á sí mismo, es condenarle por ser hombre; pretender que este afecto proviene de su naturaleza corrompida, es lo mismo que decir que una naturaleza mas perfecta le haría desatender su conservacion y su propia felicidad; sostener que este principio de las acciones humanas es vil y bajo, es decir que es bajo y vil el ser hombre.

Si, libres de las preocupaciones de que tanto abundan las obras de muchos Moralistas, exâminamos al hombre tal como nos le presenta la naturaleza, reconocerémos que no pòdria exîstir si perdiese de vista el amor de sí mismo: miéntras goza de unos órganos sanos y bien constituidos, no puede odiarse á sí propio, ni manifestarse indiferente al bien ó al mal que le sucede, ni dejar de apetecer la felicidad que no tiene, ni de temer el mal que le amenaza, ni amar, en fin, á las criaturas de su especie, sino encuanto las halla dispuestas y favorables á sus deseos, á su conservacion y á su felicidad. Siempre con relacion á sí mismo el hombre ama, y se une con los demas hombres.

Por el placer que causan á nuestro corazon la presencia, los consejos, los consuelos de un amigo, le amamos tiernamente; nosotros somos los que esperimentamos los efectos agradables del trato y comunicacion que nos estrechan con él. Por el placer que produce un objeto amado en la imaginacion y en los sentidos de su amante, le ama hasta el estremo á veces de sacrificarse por él. Por el placer que inspira á una tierna madre la vista de un hijo querido, le prodiga sus cuidados aun á costa de su salud y de su propia vida. Á nosotros mismos es, pues, á quien amamos en los otros, asi como en todas las cosas en que fijamos nuestro amor: á sí propio es á quien ama el amigo en su amigo, el amante en la persona amada, la madre en su hijo, el ambicioso en los honores, el avaro en las riquezas, el hombre de bien en el afecto de sus semejantes, y á falta de estos motivos, en la satisfaccion interior que inspira la virtud.

Si algunas veces parece que el amor propio no tiene parte alguna en nuestras acciones, consiste en que entonces el ánimo se turba; el entusiasmo ciega al hombre, que ni raciona ni calcula; y en el desorden en que se halla, es capaz de sacrificarse por el objeto cuya pasion asi le domina, porque con él creía ser dichoso. Hé aqui como la sincera amistad ha hecho algunas veces que un amigo se sacrifique por su amigo.

De nosotros mismos nos compadecemos cuando mezclamos nuestras lágrimas con las de un desgraciado; á nosotros nos lloramos cuando lloramos sobre las cenizas de quien merecia nuestro afecto por los placeres de que le eramos deudores. En fin, al amor de la gloria que le inmortalizará, ó al temor de la ignominia que recaeria sobre él, es á lo que se sacrifica y ofrece el héroe en los combates; entonces no hace mas que sacrificar su vida al deseo de la admiracion y la fama, cuya idea acalora su imaginacion, y le oculta el peligro, ó bien se sacrifica por el temor de vivir deshonrado, que sería para él el colmo de la desgracia. Por sí mismo es, pues, por quien el guerrero busca el aprecio y teme la ignominia; por su amor propio es por lo que arriesga la vida y desprecia la muerte; sin que en el calor que agita su imaginacion exámine ni reflexîone, que si él perece, nada serán para él en realidad los frutos de este honor, en que por hábito ha hecho consistir su felicidad.

Asique, no vituperemos el amor que el hombre se tiene á sí mismo: este afecto es natural y necesario á su propia conservacion, á su utilidad y á la de la sociedad. El hombre que se aborreciese, ó que mirase con indiferencia su felicidad, sería un insensato, incapaz de hacer bien alguno á sus semejantes. El hombre que no se amára á sí propio, sería un enfermo, para quien el vivir llegaria á ser-

le incómodo y fastidioso, y ningun interés tomaria por los demas. De esta clase son los melancólicos que se quitan la vida á sí mismos, ó los misantrópos y anacoretas, que enemigos de su especie se retiran del mundo é inutilizan para la sociedad. Mas no por esto se hallan esentos de interés ó de amor propio, puesto que su aborrecimiento del mundo, de sus placeres y de las cosas que los otros desean, se funda en la esperanza alagüeña de que serán algun dia mas dichosos, privándose durante una corta vida de los objetos que escitan las pasiones de los demás; de que se infiere, que en hacerse infelices por algun tiempo consultan á su interés y á su verdadero amor propio.

En el hombre que reflexîona, va siempre el amor propio acompañado del amor á los otros hombres; y en amar á los que con él tienen relaciones, no hace mas que amarse á sí mismo con mayor eficacia, pues ama en ellos los instrumentos de su propia felicidad. *El que se ama mucho*, dice Séneca, *ama á los demas hombres* (1). En otra parte dice tambien, *que al hombre es necesario enseñarle el cómo ha de amarse, porque sería una locura el dudar de que se ame á sí mismo* (2). En efecto, un sér so-

---

(1) *Qui sibi amicus est, scito hunc amicum omnibus esse.* SENECA Epist. VI. *in fine.*

(2) *Modus ergo diligendi præcipiendus est homini, id est quo modò se diligat aut prosit sibi: quin autem se diligat aut prosit sibi dubitare dementis est... Omne animal simul ut ortum est, seipsum et omnes partes suas diligit.* CICERO DE FINIBUS Lib. II. Cap. XI. Arriano dice que todos los actos de los seres animados, y aun los de la Divinidad, nacen del amor propio. V. ARR. LIB. I. CAP. XIX. Ciceron reconoce ademas »que todos nuestros deseos, aversiones y proyectos »tienen por único movil el placer ó el dolor; de donde se »sigue que todas las acciones buenas y laudables no tie-

ciable no puede amarse á sí mismo verdaderamente sino interesando á sus semejantes en su felicidad, la que solamente llegará el hombre á conseguir cuando los obligue de antemano con las previas y buenas disposiciones de su corazon. Siempre es pecar uno contra sí mismo el violar sus deberes para con los demas hombres.

Lejos, pues, de formar el proyecto imprudente de estinguir en el corazon del hombre el amor esencial y natural que se tiene á sí mismo, la moral debe servirse de él para mostrarle el interés que tiene en ser bueno, humano, sociable y fiel á sus deberes: lejos de intentar destruir las pasiones inherentes á su naturaleza, la moral debe dirigirlas á la virtud, sin la cual no puede hombre alguno sobre la tierra gozar de una felicidad verdadera. Esta moral prescribirá á todo hombre el que se ame á sí mismo, indicándole los medios acertados de satisfacer esta necesidad, que le hace estar sobre sí incesantemente, y tomar parte en el bien de los que le rodean. Las pasiones asi dirigidas contribuirán á su bienéstar, ya sea que viva solo, ó en sociedad: le harán apreciable como esposo, como padre, como amigo, como ciudadano, como soberano, como súbdito: y en fin, sus pasiones y sus intereses, de acuerdo con los de la sociedad, le harán feliz y

---

„nen otro objeto sino una vida cómoda y feliz." Vid. CICERO DE FINIBUS LIB. I. Cap. 12. Antes que todos estos autores Aristóteles habia refutado la opinion de los que en su tiempo, como algunos en el nuestro, miraban el intéres ó el amor propio como un principio vil y vicioso. ARISTOTELES ETHICA LIB. IX. Cap. 8. Se vé pues, que muchos filósofos antiguos conocieron mui bien el verdadero movil de las acciones humanas ó el verdadero principio de toda moral, del cual si se alejaron no obstante, fué por no haberle dado toda la debida estension.

dichoso á consecuencia de la dicha y felicidad que gocen por su causa los otros.

Aquel, cuyo amor propio sofoca el que debia tener á los demas, es un ente insociable, es un insensato que no vé ni conoce que viviendo el hombre con otros hombres como él, se halla en una absoluta imposibilidad de ser felíz sin la asistencia y favor de ellos. Nuestras ciegas pasiones, nuestros intereses mal entendidos, nuestros vicios y defectos nos separan de la sociedad, é indisponiendo contra nosotros á nuestros asociados, los constituyen enemigos contrarios á nuestros deseos. Los perversos, á quienes detestamos, viven como si se hallasen solos en la sociedad: el tirano que la oprime, vive temblando en medio de un pueblo que le aborrece: el rico avaro vive despreciado, como un sér inútil: el hombre, cuyo corazon por nadie se enternece, no debe esperar que otro se interese por él: en una palabra, no hai en la moral una verdad mas clara y evidente, que la de que el hombre en sociedad no puede ser felíz sin el socorro de los demas hombres.

CAPÍTULO VII.

De la utilidad de las pasiones.

Plutarco compara las pasiones á los vientos, sin los cuales un navío no puede navegar. Nada es ciertamente mas inutil que declamar contra las pasiones; nada mas impracticable que el proyecto de destruirlas. El Moralista debe esponer las ventajas de la virtud y los inconvenientes del vicio: la obra del Legislador ha de ser mover, interesar y compeler á cada uno, por su propio bien, á que contribuya al interés general. Instruir á los hombres, es indicarles lo que deben amar ó temer; es dirigir

sus pasiones á objetos útiles y provechosos; es enseñarles á reprimir, y no irritar los deseos que pudieran causarles efectos perjudiciales á sí y á los demas. Oponiendo unas pasiones á otras, el temor á la impetuosidad de los deseos desordenados, el odio y aborrecimiento á las acciones dañosas, los intereses reales y verdaderos á los aparentes é imaginarios, un bienéstar permanente á los caprichos momentáneos, se podrá hacer de las pasiones un uso ventajoso, y dirigirlas á la utilidad pública, con la cual va estrechamente unida la de los particulares. Hé aqui como los diversos intereses pueden convinarse con el interés general.

Un hombre libre de pasiones ó deseos, léjos de ser un hombre perfecto, como algunos filósofos han pretendido, sería inútil para sí mismo y para los otros, y contrario á la vida social. El que no fuese susceptible ni de amor ni de odio, ni de temor ni de esperanza, ni de placer ni de dolor; en una palabra, el sabio del Estoicismo, sería una masa inerte, incapaz de accion y movimiento (1). ¿Cómo podriamos modificar, instruir y educar á un niño que privado de pasiones careciese de móvil, y fuese insensible al placer y al dolor, á los castigos y á las recompensas? ¿Cómo escitar al bien á unos entes desnudos de pasion y de interés, y por tanto destituidos de motivos que les compeliesen á obrar? ¿Qué podria hacer un legislador de una sociedad de hombres igualmente insensibles á las amenazas que á las recompensas, á las riquezas que á la indigencia, á las alabanzas que á los vituperios, á la gloria que á la ignominia?

La ciencia del Político y la del Moralista, cu-

(1) Oyendo las máximas de Epicteto dijo un sabio que este filósofo era o un *leño* o una *estátua*.

yas miras deben ser unas mismas, consiste en mover, dirigir y arreglar las pasiones de los hombres de un modo que conspiren por ellas á su bien y mútua felicidad. No hai pasion alguna que no pueda ser útil al cuerpo social, y que no sea necesaria á su conservacion y mayor bien.

La pasion del amor, tan justamente combatida por sus terribles estragos, es efecto de una necesidad natural é indispensable á la conservacion y multiplicacion de nuestra especie; asiqué sólo debe tratarse de regular el amor de un modo que no sea dañoso ni al amante, ni al objeto amado, ni á la sociedad.

La cólera y el odio, afectos tan funestos algunas veces por sus terribles consecuencias, si se contienen dentro de unos justos límites, son pasiones útiles y necesarias para repeler de nosotros y de la sociedad las cosas que pueden dañarnos. La cólera, la indignacion y el odio son afectos legítimos que la moral, la virtud y el amor del bien público deben escitar en los corazones rectos contra la injusticia y la perversidad.

La codicia del mando, que se llama *ambicion*, y que nos es tan detestable, es un afecto natural en el hombre que aspira á que los demas contribuyan á su propia felicidad; mas este afecto es útil á la sociedad, cuando empeña y estimula al ciudadano á ser digno por sus talentos y virtudes del mando y del poder.

La pasion de la gloria, que regularmente se mira como un humo que se lleva el viento, no es otra cosa que el deseo de ser estimado de los otros hombres; pero este deseo es necesario á la sociedad, en la cual produce el valor, el honor, la beneficencia, la generosidad, el heroismo y los talentos que sirven á la felicidad ó á los placeres del género humano.

El deseo de las riquezas no es otra cosa que el deseo de los medios de subsistir cómodamente, empeñando á los demas á contribuir á nuestra felicidad particular. Esta pasion bien dirigida es el manantial de la industria, del trabajo, y de la actividad tan necesaria á la vida social.

El temor, que es por lo comun causa de cobardías y bajezas, es útil y necesario para contener las pasiones, cuyos efectos podrian ser fatales para nosotros mismos y para los demas. El temor de dañar á nuestra conservacion, á nuestra felicidad permanente, es un freno natural de todo el que se ama verdaderamente; el temor de disgustar á los otros es el vínculo de toda sociedad, el principio de toda virtud; en fin, el temor del castigo reprime muchas veces á los hombres mas desenfrenados.

El amor de nosotros mismos que se llama *orgullo*, ó *amor propio*, y que es tan incómodo é insoportable cuando deprime á los demas, es una pasion mui laudable, cuando nos retrae de envilecernos con acciones bajas y despreciables.

La *envidia*, esta pasion tan comun y tan víl, se ennoblece cuando, en vez de hacernos aborrecer á los hombres grandes y á los sublimes talentos, nos empeña y estimula á imitarlos y á merecer, como ellos, el aprecio de nuestros conciudadanos; convirtiéndose entonces en una laudable emulacion.

No démos, pues, oidos á las vanas declamaciones de una filosofia que hace consistir la virtud y la felicidad en una total privacion de pasiones y deseos. Procurémos, sí, que la educacion siembre en los corazones pasiones útiles á nosotros y á los demas hombres; que sofoque ó corte de raiz en tiempo oportuno los hábitos de los males que resultarian para nosotros y para nuestros asociados; que escite y promueva la actividad necesaria en la sociedad; que comprima ó destruya las causas de

los males y vicios; que dirija las voluntades de los particulares al bien general del cuerpo con el qué el bien de los miembros está siempre estrechamente ligado; en fin, que el Gobierno, de acuerdo con la moral, se sirva de las pasiones de los hombres para hacerles querer y obrar de un modo el mas conforme á su verdadero interés. El hombre de bien no es el que desconoce las pasiones, sino el que tiene pasiones conformes á su bienéstar permanente, inseparable del bienéstar de aquellos que han de concurrir con él al logro de su propia felicidad. La Sabiduría no nos prohibe el amar; nos prescribe, sí, que amemos sólo aquello que es verdaderamente digno de amor; que no deseemos sino lo que podemos lícitamente obtener; que no querámos sino lo que puede hacernos sólidamente dichosos. " *Todo hombre*, dice Ciceron, *debe proponerse el hacer solamente lo que siendo útil á sí propio, lo sea tambien á todos los hombres*" (1).

CAPÍTULO VIII.

De la voluntad y de las acciones.

La voluntad en el hombre es una direccion, una tendencia, una disposicion interior, que produce el deseo de obtener los objetos que mira como útiles ó agradables, ó el temor de los que juzga contrarios á su bienéstar. Esta direccion llega á determinarse por la idea del bien ó del mal considerados en el objeto que escita el deseo ó el temor, el apetito ó la aversion. Nuestra voluntad está vacilante, vaga é indeterminada, miéntras que no

(1) *Unum debet esse omnibus propositum, ut eadem sit utilitas uniuscujusque et universorum.* CICERO DE OFFICIIS LIB. I.

estamos seguros del bien ó del mal que pueden resultarnos del objeto que contemplamos. Entónces titubeamos, y nos hallamos, por decirlo asi, puestos en una balanza que se alza y se baja, hasta que un nuevo peso la inclina ácia algun lado. Estos pesos que determinan la voluntad del hombre, son las ideas de un interés ó de un placer mas grande, que comparadas con las ideas de un mal ó de un interés menor, hacen que nos resolvamos, deciden nuestra voluntad, y nos dirigen ácia el fin ú objeto que juzgamos mas útil para nosotros. Miéntras no conocemos suficientemente las cualidades de un objeto, es decir, sus efectos útiles ó dañosos, estamos en la incertidumbre; nos sentimos ya atraidos, ya repelidos por este objeto; en fin, deliberamos. *Deliberar* sobre un objeto es alternativamente amarle por las cualidades útiles que juzgamos hallar en él, ó aborrecerle por las propiedades dañosas que le atribuimos. Deliberar acerca de nuestras acciones es pesar las ventajas ó los perjuicios que pueden resultarnos de ellas. Cuando ya nos creemos seguros de los efectos de nuestras acciones, no vacilamos, la voluntad se fija en una cosa, y esta nos dirige y determina conforme á la idea de felicidad considerada en el objeto sobre el cual estabamos inciertos, y ya en este caso obramos para obtenerle ó huir de él.

Las *acciones* son los movimientos orgánicos producidos por la voluntad, determinada con la idea del bien ó del mal que reside en un objeto. Todas las acciones del que busca el placer y teme el dolor, se dirigen á conseguir la posesion de los objetos que considera útiles, ó á huir de aquellos que juzga perjudiciales.

Un sencillo ejemplo nos hará entender mejor esta teoría. Si en el momento en que me veo acosado del hambre, mis ojos descubren una fruta

que la esperiencia me ha dado á conocer como agradable y provechosa, su vista produce al punto mis deseos; mi voluntad se dirige ó determina ácia este objeto; no titubeo, porque estoi seguro de su bondad: en consecuencia obro ó produzco los movimientos necesarios para obtenerla; corro, me acerco al árbol, tiendo el brazo para coger el objeto de mis deseos, y sin dudar un solo instante le meto ansiosamente en mi boca. Pero si desconozco la naturaleza de esta fruta que se ofrece á mi vista, dudo, titubeo, la exâmino, la huelo, la aparto para desentrañar su forma y sus cualidades, y con temor y cautela la acerco á mis labios. Cuando el resultado de mi exâmen me da á conocer que la fruta es mala ó que puede dañarme, la voluntad que me escitó el hambre, se disipa con el temor del peligro; el deseo de conservarme contrapesa el deseo de lograr un gusto pasagero; me abstengo de comer esta fruta, y la arrojo con desprecio.

Se alaba ó vitupera á los hombres por las acciones que nacen de su voluntad, porque esta es capaz de ser dirigida ó regulada de un modo conforme al bien de la sociedad. El hombre que vive con otros, se debe suponer que está acostumbrado á no querer sino lo que puede ser agradable á sus asociados, y á detestar ó desatender lo que produzca su ódio ó resentimiento. Ademas, el que busca incesantemente la felicidad, debe querer solamente lo que le conduzca á ella con seguridad, y suspender sus acciones hasta que la esperiencia y el exâmen le hagan conocer claramente lo que es útil que quiera ó que practique. Si ignoramos la naturaleza de los objetos, nuestro propio interés nos prescribe que los consideremos atentamente, á fin de llegar bien á conocer si son en realidad útiles ó dañosos, y si las acciones necesarias para conseguirlos están ó no sujetas á inconvenientes. Una

criatura racional es aquella que en todas sus acciones se vale de los medios mas seguros para obtener el fin que se propone, y cuyas voluntades y deseos van constantemente dirijidos por la reflexîon y la prudencia.

CAPÍTULO IX.

De la esperiencia.

La moral, como toda otra ciencia, tiene sus sólidos y seguros fundamentos en la esperiencia. Toda sensacion, todo movimiento agradable ó molesto que se escita en nuestros órganos, es un acto; por el placer ó el dolor que sentimos al tiempo que nos hace impresion un objeto, formamos la idea de él, nos instruimos de su naturaleza por sus efectos en nosotros, y adquirimos la esperiencia, la cual podemos definir *el conocimiento de las causas por sus efectos en los hombres.*

El hombre es susceptible de esperiencia, esto es, capaz por su naturaleza de sentir, de recordar sus sensaciones con el ausilio de su memoria, de meditar en ellas y en las ideas que ocasionan en él, de compararlas entre sí, y de saber con esto lo que debe amar ó temer. La esperiencia es la facultad de conocer las relaciones ó el modo con que las cosas criadas obran de un modo recíproco las unas con relacion á las otras. Aplicando el fuego á la pólvora, veo que esta pólvora se inflama con esplosion, y que imprime en mí una sensacion de dolor, si me acerco ó me alcanza alguna parte de ella; de esto resulta una esperiencia, y la idea de la pólvora se presentará siempre á mi memoria, acompañada de la idea de inflamacion, de esplosion, y dolor.

La moral, para ser segura, debe ser una continua serie de esperiencias sobre las cualidades esenciales, las pasiones, las voluntades y las acciones de los hombres y sus efectos. Tener esperiencia, en orden á la moral, es conocer con certeza los efectos que resultan de la conducta de los hombres. Por falta de esperiencia un niño comete una accion que desagrada á su padre, y éste le castiga; así el niño se abstiene de reiterar la misma accion, porque la memoria se la representa acompañada del castigo, es decir, del dolor.

Á fuerza de esperiencias es como los hombres pueden conocer lo que deben hacer ó evitar; la esperiencia sola nos descubre la verdadera naturaleza de los objetos que debemos desear ó temer, y las acciones útiles ó dañosas á nosotros y á los demas: sin esperiencia y reflexîon el hombre permanece en una perpetua infancia. *El que repite sus esperiencias*, dice un Arabe *aumenta sus conocimientos; mas el hombre crédulo aumenta su ignorancia* (1).

Los hombres están sujetos á engañarse en sus esperiencias; asi la demasiada sensibilidad, como la dureza de sus órganos, hacen que muchas veces sean incapaces de formarse de los objetos ideas verdaderas; que no puedan recordar con esactitud las impresiones recibidas; ni prevean las consecuencias remotas que sus efectos producirán sobre ellos. Un temperamento demasiado ardiente, una imaginacion mui viva, las pasiones impetuosas y los deseos desarreglados impiden juzgar sanamente de las cosas, trastornan la memoria, y hacen la esperiencia inútil ó defectuosa. Llamamos estúpido al hombre cuyos sentidos estan entorpecidos, que apenas siente, que une con dificultad sus ideas, que enlaza penosamente las relaciones de ellas, que tiene falta de memo-

---

(1) SENTENT. ARAB. In Erpenii Grammatic. Arab.

ria. Con tales disposiciones es casi imposible adquirir la esperiencia ó juzgar sana y rectamente de las cosas. Por otra parte, el hombre de talento es por lo comun demasiado sensible, vivo con esceso, de una imaginacion ardiente; y de aqui los errores y los frecuentes estravios de la imaginacion y del talento, cuya fogosidad daña á la reflexîon, y por consecuencia á la esactitud de los esperimentos. En fin, el tumulto de las pasiones, la disipacion, el amor desordenado de los placeres, lo mismo que la insensibilidad, la apatía y la estupidez ponen obstáculos continuos á los progresos de la razon humana, fruto de la esperiencia.

Asiqué, para lograr esperiencias ciertas y seguras, se necesitan un temperamento bien equilibrado, órganos sanos, juicio y reflexîon. Estár bien constituido, ó tener una buena constitucion, es haber recibido de la naturaleza las disposiciones, que se perfeccionan con la educacion para juzgar sana y rectamente de las cosas. La mano trémula, y agitada violentamente, traza con imperfeccion los caractéres de la escritura, los cuales forma con facilidad y hermosura cuando está el pulso sosegado.

Nuestros sentidos nos engañan, ó nos dan relaciones inciertas de las cosas, cuando no los llamamos sucesivamente en nuestro socorro. Una torre cuadrada nos parece á los lejos redonda, hasta que acercándonos á ella, ó tocándola, rectificamos el error de nuestra vista. Asi tambien la primera impresion de un objeto me le suele pintar como un bien apetecible; mas la esperiencia, ayudada de la reflexîon, me enseña luego que este objeto puede dañarme, y que el placer momentáneo que parece prometerme, será tarde ó temprano seguido de pesares y de arrepentimiento.

La prevision está fundada sobre la esperiencia, que me advierte que las mismas causas deben producir los mismos efectos. El que una vez ha gustado una fruta amarga, se abstiene de ella en adelante, porque prevé y presiente la misma sensacion desagradable. Hé aquí como la esperiencia, el juicio y la memoria ponen al hombre en estado de presentir lo venidero, esto es, de ver con anticipacion los efectos que obrarán en él las cosas cuya naturaleza conoce.

CAPÍTULO X.

De la verdad.

La esperiencia acompañada de todas las circunstancias que la hacen segura, nos descubre la *verdad*, que es la conformidad de nuestros juicios con la naturaleza de las cosas, esto es, con las propiedades, las cualidades, y los efectos próxîmos ó remotos de los objetos que obran ó pueden obrar en nosotros, cuyos efectos la esperiencia nos hace conocer ó prevér.

Cuando digo que el fuego escita dolor, digo una verdad, esto es, formo un juicio conforme á la naturaleza del fuego, fundado en la esperiencia constante de todas las criaturas sensibles. Cuando digo que la intemperancia y la disolucion de las costumbres destruyen la salud, formo un juicio confirmado por la esperiencia diaria, la cual nos hace ver que las consecuencias naturales de estos vicios son enervar el cuerpo y reducirle tarde ó temprano á una vida infeliz. Si digo que la virtud es amable, juzgo de una manera conforme á la esperiencia constante de todos los siglos y de todos los hombres.

La verdad consiste en ver las cosas tales como ellas son, en atribuirles las cualidades que realmente tienen, en prevér con certidumbre sus efectos buenos ó malos, en distinguir lo útil, laudable y ape-

tecible de lo quimérico y aparente.

El *error* es fruto de las esperiencias mal hechas, de los juicios precipitados, de la inesperiencia total que se llama *ignorancia*, del delirio de la imaginacion, de la turbacion de nuestros sentidos. En una palabra, el *error* es la oposicion entre nuestros juicios y la naturaleza de las cosas. Yo estoi en un error si creo que los placeres deshonestos producen la felicidad; porque la reflexîon, la esperiencia y una justa prevision hubieran debido darme á conocer que estos placeres, seguidos de largas penalidades, me hacen despreciable á los ojos de mis conciudadanos.

Las preocupaciones son juicios destituidos de esperiencias suficientes. Los individuos y los pueblos están dominados de una multitud de preocupaciones miserables que los alejan de continuo de la felicidad, ácia la cual creen encaminarse. Las opiniones de los hombres, sus instituciones, sus usos y sus leyes, tan contrarias muchas veces á la razon, son debidas á la falta de esperiencia, consagradas por el hábito, y que se transmiten sin exâmen de padres á hijos. Hé aquí como los mas perniciosos errores, las mas falsas ideas, las costumbres mas depravadas y mas opuestas al bien de las sociedades, y los mas crueles abusos se perpetúan lastimosamente entre los hombres.

Por no ver las cosas como ellas son en sí, los principios de la moral son desconocidos á la mayor parte de los hombres. Por eso los vemos sometidos á las preocupaciones mas destructoras, á los mas bárbaros usos, á las opiniones mas falsas, á una ciega rutina, cuyo efecto es engañarlos é impedirles el conocer sus intereses y los objetos que deben apetecer ó menospreciar: la verdadera gloria, el verdadero honor, los mas evidentes deberes, y las verdades mas demostradas están obscurecidas por

una inmensidad de errores que forman un laberinto, del que dificilmente puede salir el entendimiento humano.

¡Qué moral sería la que se fundase sobre las preocupaciones, las opiniones y las costumbres por lo comun tan abominables, como son las que se ven establecidas en la mayor parte de los pueblos de la tierra! En casi todo pais la violencia y la fuerza constituyen el derecho y la ley.

Los mas frívolos intereses enemistan á unos pueblos con otros. El homicidio, la guerra, el duelo, la crueldad, el adulterio, el robo, y la infidelidad, no son crímenes á los ojos de muchas naciones que se llaman civilizadas. En una palabra, á vista de la conducta que la mayor parte de los hombres observan entre sí, muchos han creido que la moral no tenia principios seguros, que era una pura quimera, y que sus reglas y deberes pendian únicamente del capricho de los legisladores y de las convenciones de los hombres.

La verdad, fundada sobre la esperiencia, es la que debe juzgar de los hombres, de sus instituciones, de su conducta y de sus costumbres. La ignorancia y el error son los manantiales del mal moral: la verdad sola, ilustrando á los mortales acerca de la naturaleza de las cosas, podrá hacerlos algun dia mejores y mas racionales.

CAPÍTULO XI.

De la razon.

En la moral, la razon es el conocimiento de la verdad aplicada á la conducta de la vida: es la facultad de distinguir el bien del mal, lo útil de lo dañoso, los intereses verdaderos de los aparentes, y de arreglar por aqui su conducta.

Cuando se dice que el *hombre es un sér racional*, no se quiere dar á entender por esto que traiga consigo al nacer el conocimiento de lo que es ventajoso ó perjudicial, sino solamente que goza de la facultad de sentir, y de conocer y distinguir lo favorable de lo adverso, lo que debe amar y buscar de lo que debe aborrecer y huir, lo que causa un bien permanente de lo que sólo produce un placer momentáneo y pasagero. De donde es forzoso concluir, que la razon en el hombre no puede ser sino el fruto tardío de la esperiencia, del conocimiento de la verdad, y de la reflexîon; para lo cual se requiere, como se ha visto, una buena organizacion, un temperamento moderado, una imaginacion arreglada, y un corazon libre de preocupaciones y pasiones turbulentas. De esta felíz y rara combinacion de circunstancias resulta una razon ilustrada, la única capaz de guiar á los hombres en la conducta de la vida. *Sola la ciencia del bien y del mal*, dice Séneca, *es la que perfecciona el espíritu* (1).

En su infancia muestra el hombre tan poca razon como los brutos: ¡mas qué digo! mucho menos capaz de ayudarse que la mayor parte de las bestias, sin el socorro de sus padres el hombre pereceria á cada instante desde su nacimiento; sólo á fuerza de las esperiencias que se graban con mas ó ménos facilidad en su memoria aprende á conservarse, á conocer los objetos, á distinguir los que le agradan de los que le disgustan, los que le causan un bien de los que le producen un mal. Un niño acosado del hambre lleva naturalmente á la boca cuanto coge en sus manos: si percibe entónces

(1) *Una re consumatur animus, scientia bonorum et malorum immutabili.* Seneca epis. 88. pag 389. Tom. 2. Edit. Varior.

por medio del sentido del gusto una impresion agradable, esta esperiencia basta para que fije la idea de placer en el objeto que se le ha producido: desde entónces ama este objeto, le desea, se habitúa á él, tiende la mano para obtenerle, y se irrita y llora si se le reusa: al contrario, si un objeto ha escitado en su paladar una sensacion dolorosa ó desagradable, le aborrece; su sola vista le repugna, porque recuerda la impresion de disgusto que le ha causado; y no se le puede obligar á que le tome sin gritos y lágrimas.

Al nacer, el hombre no es mas que una masa inerte, pero capaz de sentir. Poco á poco va aprendiendo á conocer lo que debe amar ó temer, lo que debe querer ó no querer, y los medios que necesita emplear para obtener las cosas que desea, y para evitar ó huir aquellas que pueden dañarle: á fuerza de tiempo aprende á moverse, caminar, hablar, y espresar sus pasiones y deseos. En una palabra, con mucha lentitud aprende á obrar; y reiterando las esperiencias que sus padres, su nutriz, ó sus maestros le ayudan á hacer, adquiere el hábito ó facilidad de hablar, escribir y pensar como los demas hombres (1).

(1) Los Autores antiguos, y algunas relaciones modernas, nos hablan de pueblos tan groseros que ignoraban todavía el uso de la palabra. Diodoro de Sicilia atribuye esta ignorancia á los *Ictiophagos*, que segun él, sólo tenian algunos gestos para comunicarse sus ideas. Garcilaso de la Vega refiere lo mismo de algunas poblaciones vecinas al Imperio de los Incas del Perú.

CAPÍTULO XII.

Del hábito: de la instruccion: de la educacion.

Educar, instruir á un niño, desenvolver su razon, es ayudarle á hacer sus esperiencias, es comunicarle las que cada uno ha hecho por sí mismo, es transmitirle las ideas, nociones y juicios que ha formado. La esperiencia superior, ó la razon mas egercitada de los padres y de los maestros es el fundamento natural del imperio ó de la autoridad que tienen sobre la infancia y la juventud. El respeto que se muestra en la sociedad á los ancianos, á los magistrados, á los soberanos, supone en ellos mas esperiencia, mas razon y mayores luces que en los demas hombres. La consideracion que se tiene para con los sabios, los ministros de la religion, los médicos, &c., se funda en la idea de la esperiencia que han adquirido relativamente á los objetos de su profesion. El sabio es digno de aprecio y estimacion, porque goza de una razon mas ilustrada que el vulgo.

El hombre llega á ser lo que es con el ausilio de sus esperiencias ó de las que otros le comunican, siendo la educacion quien le modifica y le forma. De una masa que sólo siente, de una máquina casi inanimada, con el socorro de la cultura llega poco á poco á ser un hombre esperimentado que conoce la verdad, y que segun el modo con que ha sido modificado, manifiesta despues mas ó menos razon.

El hombre en la infancia aprende no solamente á obrar, mas tambien á pensar. Nuestras ideas, nuestras opiniones, nuestros afectos, nuestros intereses, las nociones que tenemos del bien y del mal, del honor y del deshonor, del vicio y de la virtud, nos son inspiradas primeramente por la educacion, y

despues por la sociedad: si estas son verdaderas y conformes á la esperiencia y la razon, nosotros somos racionales, rectos y virtuosos; mas si estas ideas son falsas, nuestra alma se llena de errores y preocupaciones, viniendo á ser como animales sin razon, incapaces de ser felices y de contribuir á la felicidad de los otros.

En la infancia contraemos nuestros hábitos buenos ó malos, esto es, los modos de obrar útiles ó dañosos á nosotros mismos y á los demás. El *hábito*, en general, es una disposicion en nuestros órganos, causada por la frecuencia de unos mismos movimientos, de donde resulta la facilidad de producirlos. Un niño aprende trabajosamente á caminar; mas poco á poco, y á fuerza de egercitar sus piernecitas, adquiere el hábito, anda con soltura, y se mortifica despues cuando se le prohibe el correr. En la tierna infancia el hombre solamente prorumpe gritos ó sonidos inarticulados; mas poco á poco su lengua con el egercicio pronuncia las palabras, consiguiendo luego hablar con rapidez.

Nuestras ideas, en lo moral, son los efectos del hábito (1). Las nutrices, los maestros y los padres comunican á sus alumnos las nociones verdaderas ó falsas de que estan imbuidos: si sus nociones son conformes á la esperiencia, sus alumnos formarán ideas verdaderas de las cosas, y contraerán hábitos ó costumbres convenientes; mas si sus nociones son falsas, las personas, á quienes desde la infancia se les hubiese dado á beber en la copa del error, serán irracionales y viciosas.

---

(1) *El carácter*, dice Hobbes, *es fruto del temperamento, de la esperiencia, del hábito, de la buena ó mala fortuna, de las reflexiones, de los discursos, del ejemplo, de las circunstancias. Cambiad estas cosas, y el carácter se cambiará tambien. Las costumbres resultan del hábito convertido en carácter.*

Las opiniones de los hombres son las asociaciones verdaderas ó falsas de las ideas, las cuales llegan á serles habituales á fuerza de reiterarse en sus cerebros. Si desde la infancia se mostrase la idea de la virtud enlazada siempre con la del placer, de la felicidad, del aprecio y de la veneracion; si los ejemplos perniciosos no desmintiesen despues estas asociaciones de ideas, era ciertamente de esperar que un niño, criado de este modo, fuese un hombre de bien y un apreciable ciudadano. Pero si desde su mas tierna infancia, el hombre, por las ideas de sus padres ó de sus maestros, se habitúa á fijar la idea de la felicidad en la pompa, el oro, la nobleza del nacimiento y el poder, ¿qué es de admirar que sea un hombre vano, avaro, soberbio y ambicioso?

La razon es el hábito contraido de juzgar sanamente de las cosas, y de conocer con prontitud lo que es conforme ó contrario á nuestra felicidad. Lo que se llama *instinto moral*, es la facultad de juzgar prontamente, sin dudar, y sin que parezca que la reflexîon tenga parte en nuestros juicios. Este instinto ó esta prontitud de juzgar es un efecto natural del hábito adquirido por el ejercicio frecuente. En lo fisico nos dejamos llevar por instinto ácia los objetos apacibles á nuestros sentidos; y en lo moral sentimos un afecto repentino de aprecio, de admiracion y de amor á las acciones virtuosas, y de horror á las criminales, de las que conocemos al primer aspecto su tendencia y fin.

La prontitud con que las personas ilustradas y virtuosas ejercen este *instinto* ó tacto moral, ha hecho creer á muchos Moralistas que esta facultad era innata en el hombre; pero ciertamente no es otra cosa que el fruto de la reflexîon, del hábito y de la cultura, que aprovecha nuestras disposiciones naturales, ó que nos inspiran los sentimientos que debemos tener. En la moral, como en las artes, el

gusto ó la aptitud para juzgar de las acciones humanas, es una facultad adquirida por la esperiencia, la cual es nula en un gran número de hombres. El hombre sin cultura, el salvage, el hombre vulgar, no tienen ni el instinto ni el gusto moral de que hablamos; por el contrario, estos por lo comun juzgan mal de las cosas (1): la multitud admira á veces los enormes delitos, las injusticias y las violencias mas crueles en los héroes y en los conquistadores, á quienes llama grandes hombres. Sola la reflexîon y el hábito nos enseñan á juzgar sana y prontamente en la moral, ó á descubrir en un solo momento las bellezas ó deformidades de las acciones de los hombres.

Estas reflexîones nos dan á conocer la importancia de una buena educacion: ella sola puede formar hombres racionales, virtuosos por hábito, capaces de hacerse felices á sí mismos, y de contribuir á la felicidad de sus semejantes. El hombre no debe ser considerado como inteligente y racional, sino cuando toma los medios verdaderos y acertados de ser felíz; y es irracional, imprudente é ignorante, cuando sigue un opuesto camino.

Los placeres del hombre son racionales, cuando contribuyen á procurarle un bienéstar solido, siempre preferible á los deleites pasageros. Las pasiones y las voluntades del hombre son racionales, siempre que se proponen objetos verdaderamente ventajosos para sí; las acciones del hombre son racionales, cuando conducen al lógro de verdaderos bienes sin dañar á los otros. El hombre, pues, guiado por la razon no quiere, ni desea, ni hace sino lo que le es verdaderamente útil; jamás pierde de

---

(1) *Interdùm vulgus rectum videt, es ubi peccat.* HORAT. EPIST. I. LIB. II. VERS. 63.

vista lo que se debe á sí mismo, y lo que debe á los otros con quienes vive en sociedad. Toda la vida de un sér sociable debe ir acompañada de una atencion contínua sobre sí y los demas hombres.

CAPÍTULO XIII.

De la conciencia.

Las esperiencias que hacemos, las opiniones verdaderas ó falsas que formamos ó que otros nos comunican, nuestra razon mas ó menos cultivada, los hábitos que contraemos, y la educacion que recibimos, desenvuelven en nosotros un sentimiento interior de placer ó de dolor que se llama *conciencia.* Esta puede ser definida, el conocimiento de los efectos que nuestras acciones producen en nuestros semejantes, y por reaccion en nosotros.

Á poco que se reflexîone se conocerá que la conciencia, lo mismo que el *instinto* ó el sentimiento moral de que acabamos de hablar, es una disposicion adquirida, y que con mui poco fundamento muchos Moralistas la han mirado como un sentimiento innato, es decir, como una cualidad inherente á nuestra naturaleza. Cuantas observaciones se hagan en la moral, nos probarán que el hombre es una tabla rasa, mas ó menos dispuesta á recibir las impresiones que se hicieren en ella. *Las leyes de la conciencia*, dice Montagne, *que creemos nacidas de la naturaleza*, *nacen de la costumbre*; *porque respetando cada uno en su interior las opiniones y las costumbres aprobadas y recibidas universalmente*, *no puede desprenderse de ellas sin remordimiento*, *ni observarlas sin celebridad.* Plutarco habia dicho mucho ántes, que *las costumbres y los caractéres son cualidades impresas por el largo transcurso del tiempo*; *y*

quien diga que las virtudes morales se adquieren tambien por la costumbre, *á mi parecer no hablará fuera de propósito.* (1)

Un hombre que no tenga ideas puras de la justicia, ¿cómo podrá tener la conciencia de haber cometido una accion injusta? Es menester haber conocido por nuestra propia esperiencia, ó por la que nos es comunicada, los efectos que las causas producen en nosotros para juzgar de estas causas, esto es, para saber si nos son favorables ó dañosas. Se necesita de esperiencias y reflexîones multiplicadas para descubrir y prevér las influencias de nuestra conducta con los otros, ó para presentir sus consecuencias á veces mui remotas.

Una conciencia ilustrada es la guia del hombre moral; mas esta es solamente fruto de una grande esperiencia, de un conocimiento perfecto de la verdad, de una razon cultivada, de una educacion reguladora del temperamento, capaz de aprovecharse de la cultura que se le haya dado. Semejante conciencia, lejos de ser en el hombre el efecto de un *sentido moral* inherente á su naturaleza, lejos de ser comun á todas las criaturas de nuestra especie, es en estremo rara, y sólo se encuentra en un pequeño número de hombres escogidos, de una fina constitucion, y dotados de una imaginacion viva, y de un alma sensible y rectamente educada.

Á poco que uno mire al rededor de sí verá confirmadas estas verdades, y hallará pocos hombres capaces de hacer las esperiencias y reflexîones necesarias á la conducta de la vida. Son mui raros los que tienen la calma y la tranquilidad de es-

---

(1) Essais de Montagne, lib. 1. c. 22. Plut. Traité: *Comment il faut nourrir les enfans.* Traduc. de Amiot. Plutarc. opp. tom. 2. pag. 2. F. pág. 3. A. Edit. cit. ub. sup.

píritu que se requieren para pesar y prevér las consecuencias de sus acciones; en fin la conciencia de la mayor parte de los hombres está depravada con los ejemplos, las falsas ideas y las preocupaciones, las perversas instituciones que tiranizan la sociedad.

La mayor parte de los hombres tienen una conciencia *errónea*, esto es, que juzga de un modo contrario á la naturaleza de las cosas: esto proviene de las opiniones falsas que se han formado, ó que han recibido de los otros, segun las cuales atribuyen la idea del bien á las acciones que tendrian en realidad por perniciosas, si las exâminasen con mayor madurez. Muchas gentes obran el mal, y aun cometen delitos con seguridad de conciencia, porque sus preocupaciones la pervierten.

No hai vicio que no pierda su deformidad cuando se ve aprobado por la sociedad en que vivimos: el delito mismo se ennoblece con el número y la autoridad de los culpados. Ninguno se avergüenza del adulterio ó de la disolucion de costumbres enmedio de un pueblo corrompido. Ninguno se sonroja de ser bajo y adulador en la corte. El soldado no se horroriza de sus robos y crímenes, ántes bien se jacta y hace alarde de ellos á presencia de sus camaradas dispuestos á obrar como él. A poco que se tienda la vista se encuentran hombres mui injustos, mui perversos, inhumanos, y que sinembargo no se arrepienten ni de sus frecuentes injusticias, considerándolas como acciones y derechos legítimos, ni de sus crueldades, que miran como efectos de un valor laudable, ó como una obligacion. Vemos ricos á quienes su conciencia nada dice por haber adquirido una fortuna inmensa á costa de sus conciudadanos. Los viageros nos hablan de salvages que se creen obligados á matar á sus padres luego que la decrepitud los hace inútiles. Hallamos fanáticos y falsos celosos, cuya conciencia infatuada

por las ideas falsas de virtud no perdona medios para exterminar sin piedad y sin remordimientos á cuantos no profesan sus mismas opiniones: en una palabra, hai naciones corrompidas, en que la conciencia no condena á los hombres los robos, los homicidios, los desafios, los adulterios, las seducciones, &c. porque estos delitos y estos vicios estan aprobados ó tolerados por la opinion general, ó no los reprimen las leyes; asiqué cualquiera se entrega á ellos sin vergüenza ni remordimientos. Semejantes escesos solamente los evitan algunos hombres mas moderados, mas tímidos y mas prudentes que los otros.

La *vergüenza* es un afecto doloroso, que escita en nosotros la idea del desprecio en que sabemos haber incurrido.

El *remordimiento de la conciencia* es el temor que produce en nosotros la idea de que nuestras acciones han podido merecernos el odio ó resentimiento de los otros.

El *arrepentimiento* es un dolor interior de haber hecho alguna cosa, de la cual conocemos las consecuencias desagradables ó peligrosas para nosotros mismos.

Los hombres no tienen comunmente ni vergüenza, ni remordimientos, ni arrepentimiento de las acciones que ven autorizadas con el ejemplo, toleradas ó permitidas por las leyes, y practicadas por la multitud: estos sentimientos sólo se escitan en ellos cuando conocen que sus acciones son universalmente condenadas, ó que pueden ser castigados por ellas. Un Espartano no se avergonzaba de un hurto ó de un robo hecho con maña y destreza, el cual autorizaban las leyes de su pais. Un Déspota, continuamente aplaudido por sus aduladores, no se avergüenza del mal que hace á sus súbditos. Un arrendador ó administrador de las rentas públi-

cas no se avergüenza de unos tesoros mal adquiridos bajo los auspicios de su soberano. Un duelista no se arrepiente de un asesinato que le honra muchas veces á los ojos de sus conciudadanos. Un fanático, en fin, se complace en las ruinas y desastres que su falso celo causa en la sociedad.

Las reflexîones profundas y continuas sobre los respetos inmutables y deberes de la moral, son las únicas que pueden ilustrar la conciencia, y mostrarnos lo que debemos hacer ó evitar, á pesar de las falsas nociones que hallemos establecidas. La conciencia es nula, ó poco menos, en las sociedades ó poblaciones mui numerosas, donde los hombres no pueden ser particularmente observados, y los perversos se confunden entre la multitud. Hé aqui porque las grandes ciudades y las cortes son ordinariamente el centro y abrigo de los pícaros que se vienen á ellas de los pueblos ó de las provincias. Los remordimientos bien pronto se evaporan, y la vergüenza desaparece en el torbellino de los placeres y la disipacion contínua. El atolondramiento, la superficialidad y la frivolidad forman á veces hombres tan peligrosos como la perversidad misma. La conciencia del hombre superficial nada le redarguye, ó su voz se ahoga mui pronto en aquel que se halla en una contínua agitacion, que no pesa ni reflexîona cosa alguna, y que nunca pone la atencion necesaria para prevér las consecuencias de sus acciones. El hombre que no reflexîona, no tiene tiempo para juzgarse á sí mismo. En los grandes delincuentes, los golpes reiterados de la conciencia producen con el tiempo un endurecimiento que la moral no puede destruir.

La conciencia solamente habla á los que se retiran dentro de sí mismos, y reflexîonan sus acciones, y en quienes una buena educacion ha producido el deseo, el interés de agradar, y el temor

habitual de hacerse odiosos ó despreciables. Un hombre así educado es un juez de sí mismo, que se condena cuando ha cometido alguna accion que puede alterar los sentimientos que quisiera escitar continuamente en aquellos, cuya estimacion y cariño son necesarios á su felicidad: que se avergüenza, se confunde y arrepiente, si alguna vez llega á obrar mal; que se observa en fin, y se corrige temeroso de esperimentar en adelante estos afectos dolorosos que le obligan al aborrecimiento de sí propio, porque se mira entónces con los mismos ojos que los demas le miran.

Se deduce, pues, que la conciencia supone una imaginacion que nos pinte de un modo vivo y eficaz los afectos que suscitamos en los otros: un hombre sin imaginacion poco ó nada se representa estas impresiones ó afectos, y nunca se pone en el lugar de los otros. Es mui dificil hacer un hombre de bien de un estúpido, á quien su imaginacion nada dice; lo mismo que de un insensato en quien esta imaginacion está en una demencia contínua.

Todo nos prueba que la conciencia, léjos de ser una cualidad innata ó inherente á la naturaleza del hombre, es sólo fruto de la esperiencia, de la imaginacion guiada por la razon, del hábito de exâminarse el hombre, de la atencion á sus acciones, de la prevision de las influencias de éstas sobre los otros y de su reaccion sobre nosotros mismos.

La buena conciencia es la recompensa de la virtud; y consiste en la seguridad de que nuestras acciones merecen los aplausos, el aprecio y el afecto de la sociedad en que vivimos. Para estar justamente contentos de nosotros, es indispensable que sepamos que los otros lo están, ó deben estarlo. Vé aqui en lo que se funda la bienaventuranza, el reposo de la buena conciencia, la tranquilidad del alma, la felicidad duradera que el hombre desea y busca

incesantemente, y á lo que debe encaminarle la moral. *El bien supremo consiste en la buena conciencia, y la virtud es el único medio que nos guia á este fin.*

CAPÍTULO XIV.

De los efectos de la Conciencia en la moral.

Por una ley constante de la Naturaleza, el malvado nunca puede gozar de una felicidad pura en en el mundo (1). Ni sus riquezas ni su poder le aseguran de sí mismo; porque si en los lucidos intervalos que le dejan sus pasiones entra en su interior, es sólo para oir los clamores y acusaciones de una conciencia atribulada con las horribles ideas que la imaginacion le ofrece. Así es que el asesino, en sueños y aun despierto, se le figura que vé la sombra dolorida de aquellos en cuyas gargantas ha embotado sin piedad el cuchillo; vé las miradas espantosas del público irritado que clama por venganza; vé los jueces rectos y severos que pronuncian su sentencia; vé, en fin, y aun le parece que toca los aparatos del suplicio que tan justamente há merecido. Estos espectáculos son algunas veces tan vivos y crueles en las almas de una imaginacion fogosa, que se han visto delicuentes ofrecerse ellos mismos al rigor de los jueces, buscando en los suplicios y en la muerte un asilo contra el remordimiento que los atormentaba sin cesar. Tales son los terribles efectos de la desesperacion en aquellos hombres, á quienes el horror de sus delitos hace imposible la reconciliacion consigo mismos.

Nos engañariamos sinembargo si creyésemos que la conciencia obra de un modo tan poderoso en todos los culpados. Ella casi nada dice á los de torpe entendimiento; á los hombres sin madurez y distraidos habla de paso y á hurtadillas; en el tumulto de las pasiones enmudece; y en vano se opone á las inclinaciones del hábito, porque éste se transforma en necesidad irresistible que cierra los oidos del hombre al clamor de la conciencia.

(1) *Nemo malus felix.* JUVENAL. SATIR. IV. VERS. 8.

No nos admiremos de que tantos hombres cometan el mal sin pensar en él, ni de que persistan hasta el sepulcro en los vicios y desórdenes de que raras veces se acusan, ni de que jamás procuren reparar las injusticias que han causado á sus semejantes. El mal se enmienda cuando la conciencia nos atormenta de continuo. Las incesantes y profundas llagas que nos hace, nos obligan no sólo al arrepentimiento sino tambien á destruir, en cuanto nos es dable, el mal cuya idea nos asedia, y nos hace odiosos á los hombres. En la reparacion del mal, todo hombre trata de ponerse bien consigo mismo y con los otros; procura entónces desterrar de su espiritu las imágenes horrorosas que le afligen; y se esfuerza en borrar del alma de los otros las impresiones de odio y resentimiento que su conducta ha debido producir en ellos.

Hai vicios, hai faltas, y aun hai delitos que pueden ser reparados. Una injusticia hecha á otro se repara haciéndole justicia, indemnizándole generosamente del mal que se le ha causado. La restitucion enmienda el hurto. Una declaracion solemne puede reparar las ofensas hechas á la reputacion agena. Las demostraciones de sumision y arrepentimiento pueden desarmar el ódio que una injuria ocasiona. El corazon humano se dilata y reanima siempre que satisface el mal, cuya idea le oprime y atormenta. Empero nada suele ser tan raro y dificil como una reparacion completa, esto es, capaz de disipar enteramente en nosotros las cicatrices de la con-

ciencia, y en los otros la memoria de la ofensa ó mal que les hacemos. El hombre siente un dolor en su interior, y un oculto afecto de desprecio á sí mismo, siempre que se acuerda de que se ha hecho aborrecible á los ojos de sus semejantes; y á éstos, por otra parte, les suele ser mui dificil olvidar las acciones que les han afligido cruelmente.

Á mas de esto, la reparacion del mal cuesta siempre infinito á la vanidad y á la codicia de los hombres. Esta reparacion requiere una grandeza de alma y un valor, de que un malvado no es capaz, sin mudar enteramente de caracter. He aquí porque tantos culpados se arrepienten de su conducta y al parecer desean enmendarla; mas suele ser mui raro que reparen el mal que han hecho. Este arrepentimiento infructuoso, estos deseos abortados de justicia son efectos de la ignoracia, de la falta de fortaleza, de la debilidad de los aguijones de la conciencia, la cual no aflige ni atormenta bastante para romper por todo. La mayor parte de los hombres, cuando no están confirmados en el vicio y el delito, pasan su vida luchando al principio consigo mismos y acriminándose sus acciones; mas despues buscan é inventan sofismas con que adormecen su conciencia, siempre que ésta despierta á fin de incomodarlos.

Los hombres temblarian si pensasen en las consecuencias que de sus pasiones les resultan. La Naturaleza, para castigar al delicuente, ha permitido que haya crímenes que carecen de enmienda. ¿Cómo volver la vida á un amigo fiel, á quien su colérico amigo ha muerto en desafio? ¿Cómo un tirano, cuyos escesos hicieron desgraciado á todo un pueblo por muchos siglos, podrá reconciliarse consigo mismo? ¿De qué modo podrán cesar los remordimientos de un conquistador, cuando su imaginacion le represente los gritos y clamores de las naciones desoladas? ¿Cómo apaciguar la conciencia de un Mi-

nistro, cuyos pérfidos consejos han destruido el bien y la felicidad de sus conciudadanos? ¿Hai acaso medio alguno para inspirar tranquilidad al corazon de un Juez, cuya ignorancia ó iniquidad han quitado la vida al inocente? En fin, ¿cómo sosegar el espíritu del que se ha enriquecido y cebado con la sangre del pobre, de la viuda y del huérfano?

Semejantes hombres ni aun perciben siquiera los clamores de la conciencia, porque su voz se ahoga en el tumulto de los negocios, el bullicio de los placeres, el desenfreno de los vicios, los aplausos serviles, y los pérfidos consuelos de los impostores que los rodean. Cuando por casualidad la conciencia alza dentro de estos su voz; cuando su imaginacion sobresaltada les pinta las consecuencias transcendentes, y muchas veces irreparables de sus pasiones, se la procura sosegar con remedios imaginarios; la superstición se encarga de satisfacer todos los crímenes, y con el favor ó auxilio de ciertas esterioridades y práticas establecidas les ofrece los medios de aplacar los Manes de los que han sido sacrificados por su ambicion, su codicia ó sus venganzas; y con esto los delincuentes mas odiosos se creen lavados de sus manchas y torpezas; pero bien pronto vuelven á cometer los mismos crímenes, sin sentir ya un remordimiento tan facil de aquietar. ¡Hé aquí las artes con que se procura consolar la conciencia de aquellos, cuya conducta influye del modo mas cruel sobre la felicidad y las costumbres de las naciones!

La moral, fundada en la Naturaleza, no tiene medicina para curar las llagas cancerosas de la conciencia de los hombres endurecidos en el crímen: á sus ojos, un arrepentimiento estéril nada puede enmendar; ni cree que un inútil dolor baste á tranquilizar al malvado que persiste en sus iniquidades; le condena, sí, á gemir hasta el sepulcro bajo el

azote de las furias, sin permitir que sus heridas cesen de arrojar sangre; y la conciencia, en fin, hace que, á falta de los castigos de los hombres, de que se burlan los tiranos, sea ella misma su verdugo. Es una crueldad, es una traicion contra la especie humana el designio de calmar los remordimientos de los que causan la infelicidad y desolacion de la tierra. Por el contrario, que esperimenten ellos, si es posible, todos los tormentos de la ignominia, del terror, y del desprecio de sí mismos hasta que hagan cesar las desgracias é infelicidades que producen. La sola espiacion que la moral puede ofrecer á un delincuente, es abominar y separarse del delito. Sólo haciendo los mayores bienes á los hombres, se les puede hacer olvidar las penalidades que se les han causado; reconociendo sus estravíos el hombre aprende á corregirlos; la idea de la felicidad que procura á los otros es el único medio de acallar su conciencia, cuando le acuse los daños y desastres de que en otro tiempo fue causa. La serenidad de la conciencia es fruto y recompensa de la inocencia y la virtud. La conciencia del malvado le pone á la vista sus llagas espantosas: la conciencia del vicioso desengañado le enseña sus cicatrices ya cerradas: la conciencia del hombre de bien le asegura una salud constante. Hacer que los hombres disfruten de paz interior, y vivan satisfechos de sí mismos por el placer y la felicidad que proporcionan á los otros, es el fin sublime que se propone la moral.

Fin de la Seccion primera.

SECCION SEGUNDA.

DEBERES DEL HOMBRE EN EL ESTADO de Naturaleza y en el de Sociedad.

DE LAS VIRTUDES SOCIALES.

CAPÍTULO PRIMERO.

Deberes del hombre en soledad ó en el estado de Naturaleza.

El hombre puede ser considerado bajo dos aspectos generales; como solitario, ó como acompañado de otros hombres con quienes tiene relaciones. Los Moralistas y filosófos llaman *estado de Naturaleza* la posicion del hombre solitario, esto es, sin consideracion á sus relaciones con el resto de la humanidad. Aunque el hombre no se halle, ó al ménos rara vez, en este estado de abstraccion, sinembargo cuando se encuentra solo, libre de toda union con los otros, incapaz de influir en ellos con sus acciones, y de sentir el influxo de las acciones de los otros, no deja por eso de estar sujeto á ciertos deberes relativos á él.

Los deberes, como hemos visto, son los medios necesarios para obtener el fin que nos proponemos. El hombre en soledad, ó en el estado natural, tiene sin duda un fin, que es conservarse y ser felíz; el hombre solitario, siendo un sér sensible, esto es, capaz de sentir el placer y la pena, está obligado

por su naturaleza á desear uno y temer otra; tiene deseos, temores, pasiones y voluntades; puede obrar y hacer esperiencias; y por débiles que sean los conocimientos que adquiere en este estado de abandono, puede no obstante reunir suficientes esperiencias para arreglar su conducta en la soledad en que se encuentra.

Un salvage que vive enteramente solo, ó un hombre á quien un naufragio arroje á una isla desierta, si quieren conservarse, están obligados á poner los medios necesarios á este fin; por consecuencia cuidarán de buscar el sustento, harán diferencia de las frutas dulces y amargas que produzca su isla, se abstendrán de los alimentos que les causen dolor y enfermedades, usarán de los que la esperiencia les muestre saludables, y só pena de sufrir el castigo que su imprudencia les irrogue, resistirán la tentacion de comer aquellas cosas que, aunque gratas al paladar y deleitables, ocasionen algun desórden en su máquina.

Se infiere, pues, que el hombre, en cualquier estado que se encuentre, está sujeto á ciertos deberes, esto es, se halla obligado á tomar las medidas necesarias para obtener la felicidad que desea, y apartar de sí el mal que por su naturaleza teme.

Es verdad que cuando un hombre vive solo, sus acciones no pueden influir sobre los otros, pero influyen sobre él mismo, lo que un ser sensible, inteligente y racional no puede perder jamás de vista; aunque no tenga entónces testigos de su conducta, él es testigo de sí propio, sabe que se hace bien ó mal, y siente pesares y remordimientos, luego que conoce que por su imprudencia se ha causado males que pudiera haber evitado consultando la esperiencia y la razon.

La conciencia del hombre en soledad es el conocimiento adquirido con la esperiencia de los efec-

tos que sus acciones pueden producir en él mismo. La conciencia del hombre en sociedad es, como hemos dicho, el conocimiento de los efectos que sus acciones deben producir en los otros, y por reaccion en él.

La vergüenza en el hombre solitario, es el desprecio de sí mismo, que ocasiona la idea de su propia debilidad y sinrazon; y el remordimiento la idea del castigo que la naturaleza reserva á su imprudente conducta.

Si reflexîonamos sobre lo que pasa en nosotros cuando nos hallamos enteramente solos, cada uno reconocerá que el hombre en este estado no puede menos de juzgarse á sí mismo; de arrepentirse de sus pasiones y procedimientos inconsiderados, cuando le producen consecuencias dañosas; de avergonzarse de sus vicios y debilidades; en una palabra, de fallar contra sí, si ha faltado á lo que á sí mismo se debe. Aunque enteramente solo, un sér inteligente debe amar el orden y aborrecer el desórden, cuyo teatro es su mismo interior; debe sentir inquietud y molestia, siempre que sus funciones orgánicas se alteren; es forzoso que esperimente sensaciones de temor; y no podrá menos de enojarse consigo, cuando vea que sus fuerzas y facultades no son capaces de proveerle de los bienes que necesita, ni de alejar de él los males que le amenazan. Por el contrario, el hombre en soledad se aplaude y celebra á sí propio, cuando todo le sucede bien y ordenadamente; cuando sus facultades le sirven á su arbitrio; cuando sus fuerzas, su agilidad y su industria corresponden á sus designios, y facilitándole el logro de su felicidad, le preservan de riesgos.

Estas reflexîones nos muestran claramente que el hombre solitario, ó en el estado natural, debe ser racional, consultar la esperiencia, suspen-

der aquellas acciones cuyos efectos le parezcan inciertos, abstenerse de los placeres acompañados de dolor, y reprimir sus pasiones desordenadas; porque aun cuando fuese el único morador de la tierra, esta soledad absoluta no le dispensaria de vivir de un modo conforme á su naturaleza. La fortaleza, la prudencia, la moderacion, y la templanza son tan necesarias al hombre solitario como lo son al hombre en sociedad: si el hombre solo no se somete á estos deberes, se verá castigado de achaques y dolencias é imposibilitado de disfrutar los bienes que codicia: la vida le será enojosa, y conocerá que su locura es la ocasion de los males que sufre; y por último, lleno siempre de dolor é inquietud, deseará la muerte para sacudir de sus hombros el peso de la vida.

Aunque este estado de Naturaleza, ó del hombre totalmente privado de relaciones con sus semejantes, sea puramente ideal, sinembargo cada uno de nosotros se encuentra muchas veces por algun tiempo en una soledad completa, durante la cual no tiene otro testigo que á sí mismo. En este caso debe aplicar á su conducta los principios antecedentes; ellos le enseñarán á respetarse y temerse, á enfrenar sus pasiones, á no ejecutar acciones á las qué seguiria el arrepentimiento, á no abandonarse á torpes é ilícitos pensamientos que inflamasen su imaginacion, en una palabra, á evitar y abstenerse de todo aquello que le haria avergonzarse á sus propios ojos de su imprudencia ó debilidad.

CAPÍTULO II.

De la sociedad: de los deberes del hombre social.

Por abstraccion y no de otra manera puede el hombre ser considerado en absoluta soledad, ó pri-

vado de toda relacion con la especie humana. Esto que llaman *estado de Naturaleza* sería un estado repugnante á la Naturaleza misma, es decir, opuesto á la tendencia de las facultades del hombre, dañoso á su conservacion, y contrario á la felicidad que naturalmente desea. El hombre es fruto de una asociacion formada por la union de sus padres, sin cuyos socorros habria perecido sin remedio. Nacido en sociedad, y rodeado de otras criaturas útiles y necesarias á su conservacion, á sus placeres y á su felicidad, sería contra su naturaleza el pretender que renunciase á un estado, cuya necesidad esperimenta cada instante, y fuera del cual sería necesariamente desdichado.

Cuando se dice que el hombre es un sér sociable, se indica de este modo que su naturaleza, sus deseos y sus hábitos le obligan á vivir en sociedad con sus semejantes, á fin de preservarse con el ausilio de ellos de los males que teme, y de adquirir los bienes necesarios á su felicidad.

Una sociedad es la union de muchos hombres reunidos con la mira de trabajar de concierto en su mutua felicidad. Toda sociedad supone invariablemente este designio, porque sería contrario á la naturaleza que unos entes animados de contínuo del deseo de conservarse y hacerse felices, se reuniesen los unos con los otros para trabajar en su destruccion ó infelicidad recíproca. Luego que dos hombres se asócian, es de inferir qué necesitan uno de otro para obtener algun bien que desean en comun: asiqué la felicidad universal de los asociados es el fin necesario de toda sociedad que se compone de criaturas inteligentes y racionales.

El género humano en su total estension, es una vasta sociedad compuesta de todos los hombres. Las diferentes naciones deben ser consideradas como individuos de esta sociedad general. Los diversos pue-

blos que vemos sobre nuestro globo, son sociedades particulares, distintas de las otras por el nombre de los paises en que habitan: si estas fuesen mas racionales, en vez de guerrear y destruirse, procurarian hacerse recíprocamente dichosas y felices. En una nacion cada ciudad, villa ó aldea forma una sociedad particular, compuesta de un cierto número de familias y de ciudadanos interesados igualmente en el bienéstar de esta sociedad particular, y en la conservacion de la nacion entera, de la que son parte. Una familia es una sociedad mas limitada todavía, compuesta de un número mayor ó menor de individuos nacidos del mismo tronco, y distintos por el apellido de los que tienen un orígen diferente. El matrimonio es una sociedad formada por el hombre y la muger con el fin de socorrerse mútuamente en sus necesidades y de hacerse recíprocamente felices. La amistad es una sociedad de dos ó mas hombres que se consideran capaces de contribuir á su recíproca felicidad. Las reuniones durables ó pasageras de los que se asocian para algunas empresas, para el comêrcio, &c. no tienen ni pueden tener otro objeto que el reunir sus fuerzas para comun utilidad.

En una palabra, en el hecho mismo de congregarse muchos individuos con el designio de obtener un fin comun, ya forman una sociedad. La reunion de diferentes naciones y de sus Soberanos se llama *alianza*, y tiene por objeto su defensa, su conservacion, sus intereses recíprocos, en fin, las ventajas que no podrian conseguir solos.

El conocimiento de los deberes del hombre para consigo mismo le conduce directamente al descubrimiento de lo que debe á sus semejantes y asociados. Cualquiera que sea la variedad entre los individuos que componen el género humano, todos unánimemente, como hemos visto, buscan el placer y huyen del

dolor; asiqué la menor reflexîon bastaría para dar á conocer á cada cual lo que debe á unos entes organizados y sensibles como él, de cuya asistencia, afecto y benevolencia necesita para su propia felicidad en todos los momentos de su vida. Por tanto cada hombre en sociedad deberia decirse: "yo soi hombre, y »los hombres que me rodean son mis semejantes en »todo. Yo soi sensible, y todo me demuestra que »los otros son del mismo modo sensibles al placer y »al dolor: yo busco el primero, y temo el segundo; »los otros, pues, semejantes á mí deben tener los »mismos deseos y los mismos temores. Yo aborrezco »á los que me hacen mal, ú oponen obstáculos á mi »felicidad; con que yo tambien seré odiado y aborrecido de aquellos á cuyos deseos me oponga con »mi voluntad y mis acciones. Yo amo á los que »contribuyen á mi felicidad; yo estimo á los que me »procuran una exîstencia agradable; por ellos no habria cosa que no hiciese; luego para sér estimado »y querido de mis semejantes, debo igualmente con»tribuir á su bienéstar y á su felicidad."

CAPÍTULO III.

De la virtud en general.

La virtud, en general, es una disposicion habitual y permanente de contribuir á la felicidad constante de aquellos con quienes vivimos en sociedad. Esta disposicion debe fundarse sólidamente en la esperiencia, la reflexîon y la verdad, con cuyo ausilio conocemos nuestros intereses, y los intereses de aquellos que tienen relaciones con nosotros. Si carecemos de esperiencias obramos casualmente y sin reglas; confundimos el bien y el mal; y podemos perjudicarnos á nosotros mismos y á los otros, aun pensando obrar el bien. La virtud no consiste en

ciertos deseos pasageros que nos inclinan al bien, sino en los hábitos permanentes y sólidos (1). No es ser virtuosos procurar á los hombres placeres momentáneos y frívolos, trás los cuales vienen el arrepentimiento y el contínuo dolor. No hai virtud en favorecer á los hombres en sus vicios, en sus preocupaciones, en sus falsas ideas, en sus desarregladas inclinaciones. La virtud debe ser ilustrada, y proponerse el bien durable de los individuos de la especie humana. La virtud debe ser amada, porque es útil á la sociedad y á cada uno de sus miembros; siendo útil verdaderamente solo aquello que produce en todo tiempo la mayor suma de felicidad.

Esta disposicion que se llama *virtud* debe ser habitual y permanente en el hombre. Un hombre no es virtuoso porque haya hecho algunas acciones útiles á los demas hombres: solamente merece este nombre cuando el hábito escita en él un constante amor á las acciones conformes al bien de los otros hombres, ó el aborrecimiento á las que pueden serles dañosas. Este hábito, contraido desde mui temprano, se indentifica con el hombre, y le dispone en todo tiempo á practicar lo que es útil y ventajoso, y á privarse de todo lo que puede ser contrario á la felicidad de los demás.

Es verdad que el hombre virtuoso puede ser algunas vez engañado ó seducido por el primer aspecto de las cosas; mas acostumbrado á reflexîonar sobre las consecuencias de sus acciones, luego se reprime por el temor de sus efectos; temor que haciéndose habitual, le contiene y le impide entregarse á la seduccion de las pasiones y de la imagina-

(1) *To noto*, dice Montagne, *una gran diferencia entre los ímpetus virtuosos é instantáneos del alma, y un hábito decidido y constante. Essais lib. 2. cap. 29.*

cion, de quien debe siempre desconfiar. Sin dejar de ser virtuoso, un hombre puede mui bien desear el placer; pero la razon le acuerda sus deberes, y le hace ver las consecuencias de las acciones que ejecutaria para obtenerle. La virtud supone reflexîon, esperiencia, temor y moderacion. El hombre de bien es un hombre que calcúla, que convina con esactitud, y que teme desagradar; mas el malvado se deja arrastrar de sus vicios, y jamás raciocina en su conducta. *La veleidad é incertidumbre*, dice Juvenal, *fueron siempre el carácter del malo* (1).

Con razon, pues, nos dice Séneca que *la virtud es un arte que se debe aprender* (2). Ella es ciertamente el fruto, por desgracia demasiado raro, de la esperiencia y reflexîon. El hombre aprende la virtud exâminándose á sí mismo; y de este modo se acostumbrará á ella, y con ella se identifica: á fuerza de práctica y ejercicio se adquiere el hábito; y ponderando las ventajas que nos acarrea, saboreándonos con sus dulzuras, considerando, en fin, los tiernos afectos que suscita en los que sienten sus influjos, se hace á nuestros ojos amable y familiar. El conocimiento de su mérito y valor dá al hombre fortaleza para resistir á vanos intereses y á placeres que no puede apreciar el que desconoce las ventajas que resultan de la virtud.

Cuando se dice que *la virtud es su propia recompensa*, se quiere dar á entender que todo hombre que la practica es merecedor del cariño, de la estimacion, del aprecio, de la celebridad; en suma, de una felicidad propia y privativa de una conducta conforme al bien de la sociedad. El que hace

(1) *Mobilis et varia est fermè natura malorum.* SATYR. XIII. vers. 236.

(2) *Discenda est virtus, ars est bonum fieri.*

felices á los que tienen relaciones con él, adquiere un derecho á su afecto y estimacion, y con justicia se aprecia á sí mismo, complaciéndose en disfrutar de la tranquilidad y buena conciencia, que le recompensan de la ingratitud de los hombres.

Algunos pintan la virtud difícil y penosa, como un sacrificio contínuo de nuestros intereses, como un implacable aborrecimiento de los placeres que la Naturaleza nos inspira, como un combate sangriento contra nuestras pasiones y nuestras mas dulces inclinaciones; pero no es amar la virtud aborrecernos á nosotros. Esta no nos prescribe que renunciemos de los placeres, sino que hagamos eleccion y buen uso de ellos: no nos prohibe gozar de los beneficios de la naturaleza, sino el que nos entreguemos ciegamente y fundemos en ellos nuestra felicidad duradera: no ordena el sacrificio imposible de todas nuestras pasiones, sino que exâminemos y conozcamos bien los objetos que debemos amar, y que á éstos les sacrifiquemos las pasiones inconsideradas de aquellas cosas que nos darian unos deleites momentáneos seguidos de eternos remordimientos. En una palabra, la virtud no es contraria á las inclinaciones de la naturaleza, sino, como dice Ciceron, la *perfeccion de la naturaleza* (1); la virtud no es austéra ni feroz, no es un entusiasmo fanático; sino una suave costumbre de complacerse de contínuo en el buen uso de nuestra razon, y que nos hace participar del bien y de la felicidad que proporcionamos á los otros.

No, la verdadera virtud no consiste en una renuncia total al amor de sí mismo, en un desapego afectado de lo que los hombres desean, en un caprichoso é ideal desprecio de todo interés; consiste, sí, en amarse verdaderamente, en colocar su interés en las cosas laudables, en practicar sólo aquellas acciones de las cuales pueda resultar la estimacion, el afecto, la consideracion, la verdadera gloria; en suma, en grangearse por caminos rectos y seguros lo que los hombres quieren obtener por sendas inciertas y falsas. ¿Es, por ventura, lo que buscamos el afecto de nuestros conciudadanos? Haciéndoles todo el bien posible podrémos merecerle. ¿Es la gloria la que constituye nuestros deseos? Pues la gloria no puede ser otra cosa que el premio de nuestras acciones universalmente útiles. ¿Es el poder á lo que aspira nuestra ambicion? ¿Hai acaso uno mas dulce y mas seguro que aquel que nuestros beneficios lograrán sobre nuestros semejantes? ¿Es, en suma, el contento y la tranquilidad interior lo que nuestro corazon desea? Estémos, pues, mui seguros de gozarlos por medio de la virtud, la cual sola nos dará el derecho de aplaudirnos y apreciarnos, aun cuando la injusticia de los hombres nos prive del agradecimiento de que nos son deudores.

Por tanto, no creamos que es la virtud un sacrificio cruel de su propio interés: ninguno mejor que el que la ejerce conoce y sabe cómo se ha de amar á sí mismo. ¿Qué es, en efecto, lo que mas deseamos en este mundo, sino el hacernos estimar, querer, honrar y respetar de los demás; darles una buena opinion de nosotros mismos, y gozar perennemente de una satisfaccion interior, que ninguno puede quitarnos? La virtud, causando todas estas ventajas, es el medio mas seguro de conquistar los corazones, de lograr la consideracion, de adquirir la superioridad, y de ejercer sobre los hombres un poder que ellos mismos aprueben y consientan.

El *honor* verdadero es, como verémos adelante, el derecho que la virtud nos dá á la estimacion de

(1) *Est autem nihil aliud virtus quàm in se perfecta et ad summum perducta natura.* CICERO de Legib. lib. 1. cap. 8.

nuestros semejantes. El *mérito*, en general, es la reunion de las cualidades utíles ó laudables que la sociedad aprecia. La superioridad de un hombre con relacion á otro se funda sólo en las ventajas mas sensibles que aquel hace gozar á éste: la autoridad legítima, esto es, reconocida por los mismos en quienes se ejercita, no puede tener otra base que el bien que se les hace disfrutar por medio de ella. La verdadera gloria no puede ser á los ojos de un ente racional otra cosa que la gratitud pública y la admiracion general que producen las acciones, los talentos y las disposiciones universalmente útiles al jénero humano.

Tales son las recompensas que la sociedad, por su propio interés, debe señalar á la virtud. Cuando ofuscada por la ignorancia la sociedad le niega el premio merecido; cuando el error la hace insensible al mérito; cuando el gobierno, en lugar de escitar los ciudadanos al trabajo en beneficio público ó comun, trata á la virtud con desden ó con ódio, no tarda la sociedad en sentir el castigo de su locura é injusticia. Las virtudes necesarias al órden, á la social armonía, á la concordia y á la paz, desaparecen; los intereses particulares hacen olvidar el interés de todos; los vínculos de la sociedad se relajan ó se rompen; los ciudadanos se dividen, y el mundo se transforma en campo de batalla, donde lidian furiosos los vicios y pasiones humanas.

La virtud es tan rara, porque la locura de los hombres la priva frecuentemente de las recompensas que de justicia le competen. Asi los reinos como los individuos, dominados de funestos errores, desconocen sus intereses, tienen falsas ideas del honor, de la gloria y de la felicidad, y rinden sus homenajes á objetos futiles, y muchas veces aun á los mas horrendos delitos. Por esta causa, en la mayor parte de los pueblos de la tierra la equidad es del

todo desconocida; la fuerza se confunde con el derecho; la autoridad es fruto de la violencia y no de los beneficios; la gloria se confiere á crímenes y ofensas contra la especie humana: el honor á la ferocidad y barbarie; y la idea de superioridad la atribuyen los hombres á vanidades y distinciones pueriles, de que no resulta bien alguno á la sociedad.

Por falta de razon y de luces la mayor parte de los hombres ignoran lo que es virtud, y prostituyen este nombre respetable á las disposiciones mas contrarias á la felicidad del jénero humano. Naciones enteras ¿no han mirado como la virtud por escelencia el valor guerrero, cualidad bárbara y cruel que tantas lágrimas cuesta á las mismas naciones?

Para amar la virtud es necesario formarse de ella ideas verdaderas, es preciso haber meditado sus efectos; es indispensable conocer sus ventajas permanentes; es forzoso haber esperimentado su necesaria influencia en la felicidad jeneral de las sociedades y de los individuos. El amor de la virtud es el amor del órden, de la concordia, y de la felicidad pública y privada. No hai sociedad alguna que no tenga necesidad de virtudes para conservarse y gozar de los beneficios de la naturaleza: no hai familia que no halle en la virtud deleite, consuelo y fortaleza; no hai, en fin, individuo que no necesite de la virtud de los otros, y de ser virtuoso con ellos. Bajo cualquier aspecto que se exámine la idea de virtud está necesaria é intimamente unida con la de utilidad, de felicidad, de satisfaccion, y de paz. En la sociedad mas corrompida el hombre de bien, condenado á llorar la depravacion pública de que es víctima, se consuela entrando consigo, y se aplaude y complace en hallar en su corazon una pura alegría, una satisfaccion sólida, y un sagrado derecho al amor y estimacion de aquellos en quienes su destino le permite influir. Vé aqui en lo que

consiste el reposo de la *buena conciencia*, el cual no es otra cosa que la seguridad de merecer el afecto y estimacion de los hombres, y la idea de su propia superioridad sobre los perversos, atormentados por sus vicios, y hechos juguetes de sus miserables locuras.

Cuanto acabamos de decir prueba con evidencia que el hombre virtuoso es el solo hombre verdaderamente *sociable*, es decir, un miembro que contribuye de buena fé al fin que toda sociedad se propone. Exáminemos ahora en particular las virtudes sociales, ó las disposiciones que la esperiencia nos indica como necesarias para que las naciones y los individuos logren una felicidad permanente.

CAPÍTULO IV.

De la Justicia.

La moral, hablando con propiedad, sólo tiene una virtud que proponer al hombre (1). La única obligacion del sér sociable es la justicia. La justicia es la virtud por escelencia y la base de todas las demás. La justicia es una voluntad habitual y permanente de mantener á los hombres en posesion de sus derechos, y de hacer por ellos todo lo que querriamos que hiciesen por nosotros.

Los *derechos* del hombre consisten en el libre uso de su voluntad y de las facultades que la

(1) Segun Plutarco, el filósofo Menedemo decia que ninguna diferencia real y verdadera habia entre las virtudes, y que solamente existia una bajo diferentes nombres; pues siempre era la misma la que unas veces se llamaba justicia, otras prudencia, otras templanza, &c. *Plutarco, de la virtud moral.*

naturaleza le concede para procurarse los objetos necesarios á su felicidad. En el estado natural el hombre solitario tiene derecho á usar de cualesquiera medios que juzgue convenientes para conservarse y lograr su bienéstar, porque en este estado á nadie ofende. Sinembargo hemos visto que en este mismo estado los derechos del hombre están limitados por la razon, que le prescribe el no usar de sus facultades sino de un modo conforme á su conservacion y á su felicidad verdadera. Ningun hombre, á no estar loco y su máquina interior descompuesta, puede usar de la libertad de hacerse mal ó destruirse; todo ente inteligente y racional debe ser justo para consigo mismo: sus obligaciones en este punto están prefinidas por la Naturaleza, pues no sería usar sino abusar de sus derechos el dañarse á sí mismo voluntariamente.

En el estado de sociedad los derechos de los hombres, ó la libertad de obrar, están limitados por la justicia, la cual les enseña que deben obrar de un modo conforme al bienéstar de la sociedad, cuyo interés jeneral es el mismo que el particular de sus miembros. Todo hombre que vive en sociedad sería injusto, si el ejercicio de sus derechos propios ó de su libertad dañase á los derechos, á la libertad y al bienéstar de sus consocios. Asiqué los derechos del hombre en sociedad consisten en el uso de su libertad, conforme á la justicia que debe á sus conciudadanos.

La justicia no quita al hombre la libertad ó la facultad de trabajar para su propia felicidad; le impide solamente el ejercitar este poder de un modo dañoso á los derechos de los otros, los cuales la sociedad está obligada á defender. Esto supuesto, la libertad del hombre en la vida social es el derecho que cada ciudadano puede ejercer sin causar perjuicio á sus asociados. El uso de un poder que

perjudique á otros, es injusto, y se llama *licencia*. Cada hombre, no consultando frecuentemente sino su propio interés, sus pasiones y sus deseos desarreglados, puede ser injusto, y desconocer los derechos de los otros causándoles por lo tanto un mal; asiqué, por el bien de todos, la sociedad le obliga á observar la justicia con sus asociados, y arreglar su conducta á fin de conformarla al interés comun.

Con las leyes la sociedad arregla las acciones de sus miembros, impidiendo que se dañen recíprocamente. Las leyes son las voluntades de la sociedad, ó las reglas de vida que prescribe á cada uno de sus miembros para que observen entre sí los deberes que la justicia los impone, ó para que no se turben los unos á los otros en el uso y ejercicio de sus facultades.

Las leyes son justas cuando mantienen á cada miembro de la sociedad en sus derechos; cuando le preservan y defienden contra toda violencia; cuando facilitan á todos el derecho y el uso de la libertad personal, y el goce de los bienes necesarios á su conservacion y felicidad. Estos son los objetos que la sociedad debe asegurar igualmente á todos sus miembros: su autoridad en ellos sólo tiene por base las ventajas que les proporciona: esta autoridad es justa, cuando es conforme al fin de la sociedad, esto es, cuando contribuye á la felicidad que esta debe á sus miembros.

CAPÍTULO V.

De la Autoridad.

La *Autoridad* es el poder ó facultad de regular las acciones de los hombres. Toda sociedad, por el bien de sus miembros, debe ejercer su poder sobre ellos, porque sin esto sus discordes pasiones, sus deseos é injustos caprichos, y sus diversos intereses turbarian de contínuo la tranquilidad pública y la felicidad particular de las familias y de los ciudadanos. Los hombres viven en sociedad con la mira de su bienéstar; cada uno de ellos encuentra en la vida social la seguridad, las ventajas, los socorros y los placeres de que se vería privado fuera de ella; por consecuencia todo miembro de una familia, de un cuerpo, de una asociacion cualquiera depende forzosamente de la sociedad jeneral.

Depender de alguno es necesitar de él para conservarse y ser felíz. La necesidad es el principio y el motivo de la vida social: dependemos de los que nos procuran los bienes que no podriamos alcanzar por nosotros mismos. La autoridad de los padres y la dependencia de los hijos tienen por principio la necesidad contínua que estos tienen de la esperiencia, de los consejos, de los socorros, de los beneficios y de la proteccion de aquellos para lograr las ventajas que son incapaces de buscarse por sí solos. Sobre estos cimientos se funda la autoridad de la sociedad y de sus leyes, las cuales, por el bien de todos, deben á todos mandar.

La diferencia y desigualdad que la Naturaleza ha puesto entre los hombres, dan una superioridad natural á los que se aventajan á los otros en las fuerzas del cuerpo, en los talentos del alma, en una grande esperiencia, en una razon mas ilustrada, ó en virtudes y cualidades útiles á la sociedad. Es mui justo que aquel que hace gozar á los otros grandes bienes, sea preferido al que para nada es bueno. La Naturaleza no somete unos hombres á otros sino por las necesidades que los da, y que no pueden satisfacer sin sus socorros recíprocos.

Toda superioridad, para ser justa, debe fundar-

se en las ventajas reales de que hace gozar á los hombres. Estos son los títulos lejítimos de la soberanía, de la grandeza, de las riquezas, de la nobleza y de toda especie de poder: este es el orijen racional de las distinciones y de las diversas clases de la sociedad. La obediencia y la subordinacion consisten en someter el hombre sus acciones á la voluntad de aquellos que considera capaces de ajenciarle los bienes que desea, ó privarle de ellos. La esperanza de algun bien ó el temor de algun mal, son los motivos de la obediencia del súbdito al Príncipe, del respeto del ciudadano á sus majistrados, de la deferencia del pueblo con los grandes, de la dependencia en que se hallan los pobres de los ricos y de los poderosos, &c.

Mas si la justicia aprueba la preferencia ó superioridad que los hombres dan á los que son mas útiles á su bienéstar, la misma condena esta preferencia luego que los superiores abusan de su autoridad para dañar. La justicia se llama *equidad*, porque, á pesar de la desigualdad natural de los hombres, quiere que los derechos de todos sean igualmente respetados, prohibiendo á los mas fuertes prevalerse de sus fuerzas contra los menos poderosos.

De estos principios se deduce que la sociedad, ó los que ella ha elegido para la ejecucion de sus leyes, ejercen una autoridad que debe ser reconocida de todos los que gozan de las ventajas de la vida social. Si las leyes son justas, es decir, conformes á la utilidad y á la felicidad jeneral de los socios, á todos obligan igualmente, y castigan con mucha justicia á los que las violan. Castigar á uno es causarle un mal, es privarle de las ventajas de que gozaba, y de las que hubiera seguido gozando, si hubiese observado las reglas de justicia, indicadas por la prudencia y sabiduría de la sociedad.

La ley, destinada á conservar los derechos de los hombres, y á preservarlos de sus mutuas pasiones, debe castigar á los que se muestran rebeldes á la voluntad jeneral; esto es, puede privar de su bienéstar y reprimir á los que turban la felicidad pública, á fin de contener con el temor á los que sus inclinaciones y deseos impiden oir la voz pública, y reusan cumplir con las obligaciones del *Pacto Social.*

CAPÍTULO VI.

Del pacto social.

Este pacto es la suma de las condiciones tácitas ó espresas, bajo las cuales cada miembro ó individuo de una sociedad se obliga con los otros á contribuir á su conservacion y felicidad, y á observar de su parte los deberes de la justicia. En una palabra, el pacto social es la suma de los deberes que la vida social impone á los que viven juntos para sus ventajas comunes.

Puesto que los hombres se reunen con el fin de su felicidad recíproca, no cabe duda alguna en que, segun el fin que se proponen, se constituyen en necesidad y obligacion de seguir el camino mas recto que les conduzca á él. Y bien sea que sus obligaciones hayan sido espresadas, escritas y publicadas, ó bien que nó, siempre son unas mismas; es facil el conocerlas; ellas son indispensables y sagradas; y se fundan en la necesidad de emplear los medios mas acertados para lograr el fin que los hombres se proponen al reunirse en sociedad.

Basta el vivir en ella para que el hombre esté obligado á concurrir al fin y designio de la sociedad, y para que se empeñe, aun sin una formal declaracion, en servirla segun sus fuerzas y talentos, en socorrer y defender á sus asociados, respetar sus de-

rechos, conformarse á la justicia, y someterse á las leyes que mantienen el órden necesario á la conservacion del todo. En cambio, la sociedad entera ó los depositarios de su autoridad se hallan natural y necesariamente obligados á socorrer, defender, proteger y mantener en sus justos derechos á el que bajo esta confianza se obliga á desempeñar fielmente los deberes de la vida social.

En virtud de estas obligaciones naturales y recíprocas, cada miembro adquiere un derecho sagrado sobre la sociedad, es decir, puede esperar que la obediencia que ácia ella manifiesta, que el afecto que la profesa, que los servicios que la hace, serán recompensados con la proteccion, la seguridad de su persona y de sus bienes, y la parte de felicidad que le cabe en la vida social. Todo individuo de la sociedad tiene derecho á exîjir una comodidad mayor que la que disfrutaría si no viviese en ella; y la sociedad no puede, sin injusticia, privarle de este derecho, porque sino contravendria á sus mismos fines, obraría de un modo contrario á su conservacion, y se compondria solamente de hombres injustos y perversos, movidos de intereses personales, cuyas pasiones estarian en continua guerra con el bien público.

El amor síncero de la Patria no puede ser otra cosa en los ciudadanos que el efecto de las ventajas que la Patria les proporciona: una sociedad sin justicia, ó sujeta á leyes inicuas y parciales, incita á todos sus miembros á la injusticia y la maldad, ó los hace indiferentes á los intereses de los otros.

Por la imprudencia y locura de los pueblos y de los que gobiernan, los hombres son dirijidos mui frecuentemente por leyes injustas, por usos perversos, por opiniones erróneas y por preocupaciones destructoras de la felicidad pública. Esclavas de costumbres ó hábitos perniciosos, las míseras naciones

se componen por lo comun de ciudadanos ocupados de continuo en perjudicarse en secreto ó en público por sus intereses particulares, opuestos siempre al interés del todo.

La reunion de los intereses particulares con el interés jeneral sólo se verifica en una sociedad que es fiel en cumplir las obligaciones del pacto social. En esta, las leyes imparciales obligan á los ciudadanos, sin acepcion ni distincion, á observar las leyes de la justicia, y todo hombre racional se halla en necesidad de ser virtuoso, esto es, en disposicion habitual de respetar los derechos de sus semejantes.

Las leyes, las costumbres y las instituciones humanas han de ser pesadas en la balanza de la equidad: para distinguir el bien del mal, lo útil de lo dañoso, lo justo de lo injusto, son necesarias la razon y la esperiencia. Por defecto de reflexion la mayor parte de los hombres tienen por justo todo lo que las leyes ó los usos ordenan ó permiten, y por injusto lo que prohiben ó condenan. Semejantes principios deben necesariamente confundir, obscurecer y destruir las ideas de la justicia natural.

Todo lo que las leyes ó los usos de un pueblo permiten, se llama *lícito*; todo lo que prohiben, se llama *ilícito*. Mas lo que es lícito ó permitido por la ley ó por el uso puede ser injusto algunas veces. Entre los Lacedemonios, el hurto ó el robo hecho con destreza era permitido ó lícito, sin que por eso dejase de ser una accion injusta. La mas pequeña reflexîon nos persuade que es ofender los derechos de los hombres el robarles los bienes de que la sociedad se ha constituido defensora. En una cuadrilla de bandidos como eran los Romanos, conquistadores del mundo y azote del jénero humano, el robo, el homicidio, la violencia, ejercidos contra los otros pueblos, eran acciones no sólo permitidas, sino aproba-

das y laudables como lo serian las mayores virtudes.

Ni la voluntad de un pueblo muchas veces injusta, ni sus intereses particulares, ni sus leyes, ni sus usos hace ni harán justo jamás lo que no lo es por su naturaleza: sólo es verdaderamente justo lo que es conforme á los derechos del jénero humano. La violencia y las conquistas pueden ser conformes á los intereses de un pueblo ambicioso, y los que satisfacen en su obsequio estas tiránicas pasiones pueden ser á sus ojos personajes ilustres y virtuososos; mas un pueblo semejante no es mas que una gavilla de malhechores y de asesinos para cualquiera que tiene ideas sanas y rectas del derecho de jentes, violado insolentemente por una nacion enemiga de todas las demás. El interés permanente del hombre en jeneral, del jénero humano, de la grande sociedad del mundo, exîje que un pueblo respete los derechos de otro pueblo; así como el interés jeneral de toda sociedad particular prescribe que cada uno de los miembros respete los derechos de sus asociados.

Nada puede dispensar á los hombres de ser justos: la justicia es necesaria á todos los habitantes de la tierra; es la piedra angular de toda asociacion; sin ella no puede haber sociedad, cuyo fin no es otro que el ponerse los hombres al abrigo de sus mútuas injusticias. El Gobierno y las leyes no pueden tener lejítimamente otro objeto que el de estimular, mover y obligar á los ciudadanos á vivir unidos, observando las reglas de la justicia. La Política no puede ser otra cosa que las reglas inmutables de la justicia, fortificadas con las recompensas y castigos de la sociedad. Obligar á los hombres á ser justos, es obligarlos á que sean humanos, benéficos, pacíficos y sociables; es obligarlos á que trabajen en la felicidad de sus semejantes, para adquirir un justo derecho al afecto, á la benevolencia, al aprecio y á la proteccion de los otros hombres.

Ser justo es cumplir fielmente los deberes que prescribe la vida social; es conocer el interés que el hombre tiene en merecer de sus conciudadanos los afectos y disposiciones provechosas á su propia felicidad en todos los casos en que pueda encontrarse. La justicia enseña al hombre á reprimir sus pasiones, porque le demuestra, que dándolas un libre curso, suscitaría contra sí el odio y las pasiones de los otros. La justicia hace que el hombre observe la buena fé de sus tratados y convenios, que modere su amor propio, que se juzgue á sí mismo con imparcialidad, que no se arrogue sino aquello que le es debido, que dé á los otros lo que ellos pueden exîjir de él mismo: el hombre que así obra, reprime los ímpetus del orgullo, de la vanidad, de la envidia, de los zelos, que producen á cada instante tantas divisiones y contiendas en el mundo. Apreciarse á sí mismo; desempeñar su destino en la sociedad; mostrar consideracion, urbanidad, induljencia con todos los hombres, y deferencia, miramientos y respecto á todos los que gozan de superioridad sobre nosotros por las ventajas que facilitan á la sociedad; ser gratos y reconocidos á los que nos han hecho beneficios; hacer bien á los otros hombres á fin de merecer su amor, son evidentemente otros tantos actos de justicia.

Nunca estará de mas el insistir sobre las ventajas que la justicia acarrea á los hombres, ni ménos repetirles que esta virtud basta para hacernos felices (1), y que la falta de ella es la causa inmediata de todo

(1) El justo, dice Epicuro, es el único entre los hombres que vive tranquilo y sosegado, el injusto por el contrario, siempre está cercado de temores é inquietudes. *Justus à perturbationibus maximè liber est: injustus autem à plurimis perturbationibus obsidetur.* Vid. Diog. Laert. de Vit. et. dogm. Philosoph. lib. X. Sec. 120.

el mal moral. Por no conocer las ventajas de la equidad, los Gobiernos, destinados á mantener la justicia, dejeneran en despotismo y tiranía. Por haber desconocido los derechos de la equidad, los pueblos en todos tiempos se han destruido unos á otros con fatales guerras, á que han dado motivo por lo comun la ambicion, las pretensiones injustas, ó la codicia de los soberanos. Por no conocer los deberes de la equidad, en casi todas las naciones los poderosos oprimen á los débiles, y quieren gozar, con esclusion de los otros ciudadanos, de los derechos que la justicia confiere á todos igualmente. La injusticia es la que transforma tantas veces á los padres de familia, á los esposos, á los maestros, á los ricos y á los grandes en tiranos detestables, los cuales, sin embargo, tienen valor para exîjir el afecto, la sumision y los sinceros homenajes de los que ellos hacen contínuamente desdichados.

La justicia es, pues, evidentemente la base de todas las virtudes, el oríjen y manantial comun de donde dimanan, y el centro al que todas vienen á parar. Esta virtud encierra en sí todas las virtudes morales ó sociales. La probidad, la integridad, la buena fé, la fidelidad, la humanidad, la beneficencia, el agradecimiento, &c. no son, como verémos pronto, sino disposiciones fundadas en la justicia; ó por mejor decir, no son sino la misma justicia, considerada bajo diversos aspectos. Asiqué, exîjir de los hombres que sean justos, es lo mismo que exîjir que tengan todas las cualidades necesarias para hacer constantemente agradable y dichosa la sociedad. Sólo el hombre justo es quien puede merecer por escelencia el nombre de social.

CAPÍTULO VII.

De la Humanidad.

La *Humanidad* es el afecto que debemos á los demas hombres como á miembros de la sociedad universal, á quienes, por lo mismo, prescribe la justicia que mostremos buena voluntad, y que les demos los socorros que exîjiriamos para nosotros mismos. Tener humanidad, como el nombre de esta virtud lo indica, es conocer lo que todo hombre en calidad de tal debe á las criaturas de su especie: la humanidad es la virtud del hombre por esencia (1).

Un sér sensible que ama el placer y huye del dolor, que desea ser socorrido en sus necesidades, que se ama á sí mismo y quiere ser amado de los otros, por poco que reflexîone, conocerá que los demas son hombres como él, con los mismos deseos y las mismas necesidades; y asi es que esta analogía ó conformidad le mostrará el interés que debe tomar por sus semejantes, sus deberes para con todo hombre, lo que ha de hacer por su felicidad, y las cosas de que por equidad se debe abstener respecto de él.

La justicia me ordena que demuestre buena voluntad á todo hombre que se ofrece á mi vista,

---

(1) Séneca dice que la virtud constituye al hombre (*virtus virum facit*). Efectivamente la palabra latina *virtus*, de la que se ha derivado esta otra, *virtud*, nace de *vir*, é indica una cualidad esencial y constitutiva del hombre; de suerte que pudiera mui bien traducirse, *humanidad*; de que resulta que la palabra *virtus*, tan malamente aplicada por los Romanos al valor guerrero, era directamente opuesta á su verdadero sentido.

puesto que yo reclamo esta misma virtud aun de los hombres que ni me conocen ni conozco, cuando el destino me lleva á sus paises. El Chino, el Mahometano, el Tártaro tienen derecho á mi justicia, á mi asistencia, á mi humanidad, porque yo, como hombre, exijiria sus socorros si me hallase entre ellos.

Asi la humanidad, fundada en la equidad, condena esas antipatías nacionales, esos ódios religiosos, esas crueles preocupaciones, que cierran el corazon del hombre á sus semejantes: ella condena ese afecto que se circunscribe al estrecho círculo de allegados y conocidos; proscribe el amor esclusivo á los miembros de una misma sociedad, á los ciudadanos de una misma nacion, á los individuos de un mismo cuerpo, á los partidarios de una misma secta. El hombre verdaderamente humano y justo se interesa en las felicidades y desgracias de todos los de su especie. Una alma verdaderamente grande abraza en su cariño á todo el género humano, y querria ver felices y dichosos á todos los hombres (1).

---

(1) Homero en la Odyssea esplica mui bien la humanidad: Eumeo dice á Ulysses, su señor, disfrazado en traje de mendigo, »no es lícito despreciar al estranjero ni al pobre, aun »cuando le veamos reducido á un estado mas vil y miserable »que el en que os veo; porque el mismo Júpiter es quien nos envia al desconocido y al pobre.”

Honra igualmente, dice Phocylides, *al estranjero que al ciudadano, parque todos somos viajeros esparcidos por la tierra.* PHOCYLID. CARM. Ciceron y Arriano nos proponen el ejemplo de Sócrates: Preguntándole uno de qué pais era, respondió, *del mundo.* CICER. JUSCUL. lib. 1. Arrian. lib. c. 9. Antonino dice: »Siendo por mi naturaleza un ente racional y »sociable, sean cuales fueren mi ciudad ó mi patria, diré »que, como Antonino, soi de Roma; y como hombre, del »mundo.” ANTONIN. lib. 6. §. 44.

Asiqué no prestemos oido á los vanos discursos y opiniones de aquellos que pretenden que el amar á todos los hombres es cosa imposible, y que el amor del jénero humano, tan ponderado por algunos sábios, es un pretesto para no amar á nadie. Amar á los hombres es desear su bienéstar, es contribuir á él en cuanto esté de nuestra parte. Tener humanidad es hallarse habitualmente dispuesto á mostrar benevolencia y equidad á cualquiera que necesitare de nosotros. Es verdad que en nuestros sentimientos y afectos hai grados determinados por la misma justicia; y así mayor cariño y amor debemos á nuestros padres y parientes, á nuestros amigos, á nuestros conciudadanos, á la sociedad de que somos miembros, á aquellos, en una palabra, que nos dispensan sus socorros y beneficios, y de quienes tenemos una necesidad contínua, que á los estraños, con quienes solamente nos unen los vínculos de humanidad.

Las necesidades mas ó ménos urjentes hacen los deberes de los hombres mas ó ménos indispensables ó sagrados. ¿Por qué debemos mayor amor á nuestra patria que á cualquier otro pais? Porque nuestra patria encierra las personas y objetos mas útiles á nuestra propia felicidad. ¿Por qué un hijo es deudor á su padre de un entrañable amor, con preferencia á cualquier otro? Porque su padre es, entre todos los seres, el mas necesario á su propia felicidad, y la persona con quien le unen mas estrechamente los vínculos del agradecimiento.

La necesidad es, pues, el principio de los vínculos que enlazan y mantienen á los hombres en sociedad. En razon de la necesidad que los unos tienen de los otros, se unen y estrechan los hombres entre sí. Un hombre que no necesitase de nadie, sería un ente solitario, inmoral, insociable, y falto de toda virtud, justicia y humanidad. El que

se imajina que no necesita de los otros, se cree por lo comun dispensado de mostrarles afecto.

Los soberanos y los grandes, persuadidos por su educacion de que son entes de especie diferente de los demás, son poco inclinados á mostrarse humanos con los otros. Es menester regularmente haber esperimentado la desgracia, ó temerla, para tomar parte en las penas que sufre el infeliz. Si la humanidad es el constitutivo del hombre ¡cuán pocos encontramos que merezcan el nombre de tales!

La moral debe proponerse reunir en uno solo el interés de todos los individuos de la especie humana, y principalmente el de los miembros de una misma sociedad. La Política deberia concurrir incesantemente á estrechar los vínculos de la humanidad, bien fuese recompensando á los que mostrasen esta virtud, bien infamando á los que reusasen practicarla. En una palabra, todo debiera convencer á los mortales que han menester los unos de los otros, haciéndoles conocer que un gran poder, la clase, el nacimiento, las dignidades y las riquezas, léjos de conferirles el derecho de despreciar á los que carecen de estos bienes, imponen á los que los poseen la obligacion de ser humanos, y de socorrer y amparar á sus semejantes. El desprecio de la pobreza, de la miseria, y de la flaqueza, es un ultraje hecho á la especie humana; y, en vez de engrandecer al que le comete, le envilece, le degrada, y le hace perder su dignidad y los derechos al amor y al respeto de sus conciudadanos.

CAPÍTULO VIII.

De la Compasion ó de la Piedad.

Compadecerse de los males de los hombres, segun la fuerza de la palabra, es sentir lo que ellos sienten, es padecer con ellos, es compartir sus penalidades, es como ponerse uno en su trabajosa situacion para sufrir el mal que los aflije. La *Compasion*, pues, es una disposicion habitual en el hombre á sentir con mas ó menos intension el dolor de los otros.

Para esplicar las causas de esta sensibilidad que interesa á los hombres en las penalidades y trabajos de sus semejantes, algunos Moralistas han recurrido á una cierta *simpatía*, esto es, á una causa oculta y quimérica que nada dice ni esplica. En la organizacion del hombre, en su sensibilidad, en una memoria fiel, en una imajinacion activa es menester buscar la verdadera causa de la compasion (1). El que tiene órganos sensibles, siente vivamente el dolor, y su idea se le recuerda con esactitud; su imajinacion se le presenta con fuerza á vista del hombre que padece; en aquel punto se turba, se estremece, su corazon se angustia y acongoja, sintiendo un dolor tan vehemente, que en algunas personas mui sensibles se manifiesta esteriormente con desmayos ó convulsiones. El efecto natural del dolor que esperimenta entonces la persona delicada y sensible, es buscar medios para que cese en los otros

(1) Es bien sabido el pasaje de un Sybarita que viendo trabajar á sus jardineros se sintió de tal modo conmovido y afectado, que prohibió el que jamás hiciesen nada en su presencia.

aquella penosa situacion que por comunicacion está sufriendo. Del consuelo dado al que padece, resulta un consuelo real y verdadero al que le socorre: placer suave que la imajinacion aumenta con la idea de que ha hecho bien á un hombre; de que con este beneficio tiene derecho á su cariño y gratitud; y de que ha obrado, en fin, de un modo que manifiesta que posee un corazon tierno y sensible: disposicion que todos los hombres desean hallar en sus semejantes, y de cuya falta se podria inferir algun defecto ó vicio de la conformacion interior.

Como los hombres son tan diferentes en su organizacion y en la fuerza de su imajinacion, por lo mismo no son todos capaces de sentir con igual viveza los males de los otros. Hombres hai en quienes es nula la compasion, ó no es bastante activa para determinarles á socorrer los trabajos que ven sufrir á los demas. Es mui frecuente hallar hombres á quienes el continuo goce del bien (1), y la inesperiencia del mal los endurecen á vista de los males de los otros, y aun les impiden el formarse una idea de ellos. El desgraciado es regularmente mucho mas compasivo que aquel que no ha esperimentado nunca lo que es desdicha é infortunio. El que ha sufrido los dolores de la gota, ó de otra enfermedad,

(1) *Cuanto mas favorecido se encuentra uno de los bienes de la fortuna*, dice un Moralista moderno, *ménos dispuesto se le vé á socorrer á los necesitados. Los pobres sacan mas socorros de los que son tan pobres como ellos, que no de los ricos y poderosos. El hombre no se compadece regularmente sino de los males que el mismo esperimenta en parte. Digo en parte; porque un hombre oprimido de la pena y del dolor, agota y consume en si mismo toda su sensibilidad; haciéndole tan incapaz de conmiseracion el esceso del infortunio, como el colmo de la prosperidad.* V. un libro intitulado: LES MOEURS. part. 2. cap. 4. art. 2.

se compadece mas que nadie de los que están enfermos como él. El pobre que ha esperimentado frecuentemente los horrores del hambre, conoce cuan dura es, y se compadece del hambriento, miéntras que el rico, siempre harto, parece que ignora que exîsten en el mundo millares de infelices, faltos aún de lo mas preciso.

Algunos Moralistas han creido que la compasion, ó esta disposicion á tomar parte en los infortunios de los otros, que se encuentra en las personas sensibles, bien organizadas y rectamente educadas, debia considerarse como la base de todas las virtudes morales y sociales (1). Mas la piedad, como una triste y dolorosa esperiencia lo acredita, es mui rara sobre la tierra: el mundo está lleno de criaturas insensibles, cuyos corazones poco ó nada se mueven con los infortunios de sus semejantes; en unos no exîste esta virtud, y en otros es tan débil, que el menor interés, la mas pequeña pasion, la mas lijera fantasía la ahoga ó aniquila.

A pesar de que todos los hombres desean pasar por sensibles, hai mui pocos que demuestren señales de una verdadera sensibilidad. Si en un primer impulso manifiestan piedad, con la misma prontitud que se manifiesta cesa en ellos. Los soberanos contemplan con ojos enjutos las desgracias de todo un pueblo; desgracias que las mas veces podria remediar una sola palabra de su boca. Padres hai de familias, que ven á sangre fria correr las lágrimas de esposas, hijos y criados, á quienes su mala condicion ó sus locos estravíos condenan á desdichas y llanto. Se encuentran á cada paso hombres codicio-

(1) La opinion de los Estoicos era enteramente contraria; pues llamaban á la piedad flaqueza, á la que no debia el sabio sujetarse.

sos, que ven sin piedad la miseria de los pueblos, cuando por sus estorsiones se hallan estos reducidos á la mas dolorosa mendicidad. En fin, son mui pocos los que, compadecidos de las desgracias y males de sus semejantes, se dignan consolarlos, y tenderles una mano benéfica (1): por el contrario, huyen del infortunio como de un espectáculo enfadoso, y buscan mil escusas para no socorrer al infeliz, mirándole regularmente como un sér incómodo, molesto y absolutamente inútil. ¡Pero qué digo! la mayor parte de los hombres se creen autororizados para ultrajar impunemente á los débiles y desgraciados, y disfrutan de un cruel y bárbaro placer en aflijirlos, avasallarlos y ridiculizarlos; y asi vemos que unos séres que como todos estan sujetos á los caprichos de la fortuna, lejos de apiadarse de la infelicidad agena, se complacen en agravarla con sus modales altaneros, burlas ofensivas, insultos y desprecios (2). Nada hai mas bárbaro, nada mas víl, nada mas inhumano que insultar al débil y al infeliz privado de todo ausilio; ni nada mas repugnante y vergonzoso para el corazon del hombre que el desprecio de sus semejantes y su crueldad orgullosa.

Para acostumbrarse á ejercer la piedad, y á interesarse en el bien y consuelo de los infelices, no basta tener un corazon sensible, el cual, como queda dicho, es un don de la Naturaleza (3), sino que

(1) *La vista del infeliz*, dice un célebre Filósofo, *causa en la mayor parte de los hombres el mismo efecto que la cabeza de Medusa: á su aspecto los corazones se transforman en piedras.* DE L'ESPRIT, *Disc. III. cap. XIV. pag.* 385. *Edic. en* 4.

(2) *Nil habet infelix paupertas durius in se,*
Quàm quod ridiculos homines facit.
JUVENAL. Satyr. 3. vers. 152.

(3) . . . . *Mollissima corda*
Humano generi dare se Natura fatetur
Quæ lacrimas dedit:
Idem sat. XV. vers. 131.

es menester ademas que ésta sensibilidad natural haya sido cultivada con mucho esmero. La educacion deberia ejercitar incesantemente la sensibilidad de los príncipes, de los grandes, y de cuantos están destinados á la opulencia. Desde mui temprano se debiera sofocar ese orgullo que los persuade á que de nadie necesitan, y que son entes de un órden mas sublime; debiera repetírseles que son hombres débiles como los demas, sujetos á accidentes, y que mil circunstancias inopinadas pueden sumerjirlos en un abismo de infortunios; era menester enternecer sus almas insensibles con el espectáculo doloroso y cruel de la miseria de muchos hombres: acalorar su imajinacion, pintándoles con los mas fuertes coloridos la situacion amarga y deplorable á que por contentar el luxo y la vanidad de algunos favorecidos de la suerte, viven sentenciados sus mismos semejantes á comer de por vida un pan bañado de sudor y de lágrimas. A la vista de estas escenas tan vivas y tan interesantes ¡cual será el hombre cuyo corazon no se conmueva y enternezca! Educado con estas ideas ¡cual seria el monarca, el grande ó el rico que no se arrepintiese de malgastar un supérfluo caudal, cuando tantos de sus semejantes perecen en el infortunio maldiciendo su existencia!

De este modo pudieran fomentarse los afectos piadosos en los corazones que la Naturaleza dota de sensibilidad; mas como ésta cualidad es por desgracia demasiado rara, á la equidad toca substituirla en los que no la tienen. Á estos debe hacérseles presente que son hombres y espuestos como los otros á los mismos contratiempos, y que para tener derecho á la piedad de sus semejantes, deben tomar parte en las miserias humanas, ó al menos consolarlas. El rico y el soberbio deben saber que un accidente imprevisto puede, cuando menos lo esperen, reducirlos al estado mismo del infeliz que

menosprecian. En fin, todo hombre que se tiene por sociable, deberia saber que sólo por ser hombre está obligado á interesarse en los infortunios de sus semejantes, y á remediarlos en cuanto le sea posible.

Sinembargo, mui pocos hombres cumplen con estos deberes tan sagrados: cada uno finje pretestos para no ser piadoso con aquellos que mas debieran moverle á compasion. El celo de la relijion sirve muchas veces de pretesto para aborrecer á los que están en el error, aun cuando se cree que sus estravíos pueden acarrearles desgracias infinitas; por consecuencia, se atormenta, se persigue, y aun no pocas veces se extermina á los hombres, á quienes, acaso, se podria atraer con la dulzura, y por quienes deberia sentir un corazon piadoso la mas tierna conmiseracion. Tampoco se halla piedad para los que por culpa suya se han hecho infelices y desgraciados; siendo así que deberiamos compadecernos de verlos en tal estado. Los estravíos de los hombres provienen de sus temperamentos, de su ignorancia, de su educacion, de sus pasiones indómitas, de su inadvertencia y de su atolondramiento; y de todos modos á los ojos del hombre de bien el malvado á quien detesta, y de quien huye, es sinembargo mas digno de piedad que de odio, considerando que él mismo trabaja incesantemente en hacerse infeliz y miserable.

CAPÍTULO IX.

De la Beneficencia.

No hacer bien, cuando se puede, á los hombres con quienes vivimos en sociedad, es violar el pacto social, es ser injusto. Todo entre los hombres es un cambio ó permuta; la beneficencia es el medio mas seguro de conquistar los corazones; y el

cariño, la estimacion y la admiracion de los que sienten sus efectos le sirven de recompensa y paga.

La beneficencia es una disposicion habitual de contribuir al bienéstar de aquellos con quien nos une nuestro destino, á fin de merecer su benevolencia y gratitud. Asiqué la beneficencia no puede ser desinteresada ó sin motivos (1). Si todo hombre, por su naturaleza, desea el afecto de sus semejantes, nada es mas natural y legítimo que poner los medios conducentes á este fin. Es verdad que los beneficios no son siempre pagados con los sentimientos que deberian escitar naturalmente; mas á pesar de los ingratos el hombre benéfico es siempre estimable á los ojos de la sociedad: sus felices disposiciones son aplaudidas por todos los corazones sensibles, cuyo juicio equitativo le venga de la injusticia de los otros.

Aquel que os da, os quita siempre alguna cosa, dice un antiguo Árabe (2). Todo beneficio da á su autor una necesaria superioridad respecto del que le recibe: *aquel*, dice Aristóteles, *que hace bien á alguno, le ama mas que lo que él es amado* (3). Cada cual teme encontrar en un bienhechor un señor orgulloso, que pone un precio demasiado grande al bien que dispensa. Hé aqui, sin duda, porque las

---

(1) »Qué es un beneficio? dice Séneca: un acto de be»nevolencia en que se da y recibe placer.” *Quid est ergò beneficium? benevola actio, tribuens gaudium, capiensque tribuendo.* Senec. de Benef. lib. 1. cap. 5. et 6.

(2) *Sentent. Arab. in Erpenii Grammat.*

(3) Montagne añade que *el que da, ama y quiere mas, que el que recibe; y todo obrero ama y quiere mucho mas su obra, que lo que esta obra, si tuviera sentido, le amaria á él.* Essais de Montagne, lib. II. cap. 8. Nosotros vendremos de nuevo á este principio, cuando hablemos de la ingratitud y del cariño paternal, mucho mas comun que la piedad filial.

almas nobles y vigorosas reusan comunmente los beneficios y socorros que pueden llegar á serles gravosos. La beneficencia es un arte dificil, pues consiste en consultar la delicadeza y el amor propio de aquellos á quien dispensamos un beneficio: muchas veces causa rubor y vergüenza el recibir un bien, porque se le mira como una cadena ó enganche á la esclavitud (1). Los beneficios dispensados con altivez indignan á los que los reciben, y sólo hacen ingratos. Por culpa del mismo bienhechor sucede con frecuencia, que no encuentre en los corazones los afectos que pretende inspirarles. Un beneficio no se recibe con agradecimiento, sino cuando se tiene confianza de que el bienhechor no se aprovechará de él para hacer sentir su superioridad de un modo incómodo al amor propio. Los beneficios que tienen por objeto el imponer una servidumbre, son verdaderos insultos y ultrajes, y por lo tanto odiosos á todo hombre que justamente quiere conservar su libertad. Las almas bajas y venales están prontas á recibir de todos y á manos llenas; mas el hombre de bien, que se aprecia á sí mismo, no puede consentir en perder el derecho á su propia estimacion; éste sólo recibe los beneficios, cuando está seguro de poder pagarlos con su gratitud. Sólo el hombre sensible y virtuoso es el que sabe verdaderamente hacer bien; y sólo el hombre sensible es el que sabe verdaderamente agradecer. *Es necesario*, decia Chilon, *olvidar el bien que se hace á otro, y solo tener presente el que se recibe.*

La beneficencia practicada sin eleccion de sujetos es mas bien debilidad que virtud, puesto que

(1) *Beneficium accipere, libertatem vendere est*, decian los Antiguos.

para ser apreciable, debe ser regulada por la justicia y la prudencia. El hacer bien á los malvados es dejarse engañar de ellos, y confirmarlos en su perversidad. Hacer bien á los insensatos es hacerles un mal verdadero, y es mantenerlos en sus disposiciones perjudiciales. La beneficencia del hombre imprudente cria ingratos, los cuales se consideran dispensados de agradecer lo que no hay valor para reusar. El hombre bénefico por debilidad merece mas bien la compasion que el aprecio de los hombres de bien, y siempre es víctima de los engañadores (1).

Para que la beneficencia sea justa, debe proponerse el bien público y la recompensa de la virtud: el vicio y la maldad ¿merecen acaso un premio? *No derrames tus beneficios*, dice Phocilides, *en los malos, porque esto es sembrar en la mar.*

Los beneficios derramados sin eleccion, los favores hechos á los indignos, son verdaderas injusticias que desalientan el mérito y los talentos necesarios á la felicidad de la vida social. Un Príncipe no es benéfico en manera alguna, cuando colma de favores á los hombres viles y bajos, ni cuando esparce los tesoros del Estado entre ciudadanos inútiles ó perversos; por el contrario, es injusto para con su pueblo, á cuyos enemigos recompensa entónces á su costa.

¿La beneficencia debe estenderse á los que nos

(1) Plutarco reprende á Nicias »el haber sido tan facil »en favorecer á los malvados que sólo pensaban en hacer »mal, como á los buenos que merecian sus liberalidades. »En una palabra, su debilidad era un fondo seguro para »los malvados, y su humanidad lo era para los hombres de »bien." PLUTAR. Vida de Nicias. El que logra un beneficio de un hombre débil, se jacta regularmente de haber *engañado* á su bienhechor como á un bobo.

han hecho algun mal? La mas noble venganza es ciertamente la de hacer bien á los mismos que nos han dado motivos de queja y resentimiento: esta venganza es capaz por sí sola de mudar el corazon de un enemigo. ¿Hai satisfaccion mayor que la de ejercer su imperio sobre aquel mismo que nos ha dado señales de desprecio? ¿Hai cosa alguna que manifieste mas grandeza y fortaleza de alma, que el hacer ver á un enemigo que no tiene poder para inquietarnos? *No vengarse de un enemigo, cuando se halla la ocasion, es una prueba de humanidad*, dice Plutarco; *mas el compadecerse de él cuando ha caido en la adversidad, y prestarle los socorros que pidiere, es la señal mas grande de benevolencia y jenerosidad.* (1).

La beneficencia no está reservada esclusivamente al poder, á la grandeza, al crédito y á la opulencia; todo ciudadano virtuoso puede ser benéfico dentro de la esfera en que la suerte le ha colocado. Todo hombre puede servir útilmente á su patria con sus virtudes, con sus talentos, con sus luces, ó con su trabajo. El sábio que ilustra á sus conciudadanos, el industrioso artífice, el laborioso agricultor, son dignos de aprecio y de amor; pueden con justicia gloriarse de ser bienhechores de su pais.

Lo que se llama *Espíritu público*, es la beneficencia aplicada á la sociedad en jeneral. Una sábia política debiera inspirarle y promoverle, principalmente en los corazones de los ricos y de los grandes, los cuales encontrarian en la gloria y en las distinciones del honor y del respeto una recompensa del empleo de sus riquezas, preferible, sin duda, á los vanos y locos dispendios que no tienen otro objeto que el luxo y la vanidad. El espíritu público, ó la beneficencia practicada en bien de una nacion entera, anuncia un buen Gobierno y unos ciudadanos activos y celosos de la estimacion de sus conciudadanos; semejantes disposiciones hacen ver que cada cual trabaja y se interesa en la conservacion y felicidad de su patria.

(1) Plutarco, *de la utilidad de los enemigos. Levanta del suelo*, dice Phocilides, *la acémila de tu enemigo, si la encontrares caida en el camino.* PHOCYLID. CARM. *vers.* 133.

Pero luego verémos tambien que la beneficencia debe ir acompañada de la modestia: vale mas, se dice comunmente, dar que recibir; el dar es, en efecto, una señal de poder ó de superioridad, en vez de que el recibir es una prueba de flaqueza ó de inferioridad. El reconocimiento, segun la fuerza de la palabra, es la confesion de la propia dependencia, y del poder del bienhechor. Es menester, pues, que el bienhechor consulte la delicadeza de los hombres, si quiere conseguir su afecto y su reconocimiento. El que con su conducta menosprecia á los que pretende favorecer y obligar, cobra él mismo su deuda. El hombre altivo y soberbio choca é irrita, y ya entónces deja de ser un bienhechor. Alegrarse y aplaudirse en su interior del bien que se hace á los otros hombres, es una cosa natural y lejítima; pero hacer con ellos ostentacion de su poder y superioridad, es aflijirlos cruelmente.

La liberalidad es un efecto de la beneficencia; y consiste en hacer participantes á los necesitados de los bienes que goza el liberal. Esta virtud ha de ser regulada por la equidad, la prudencia y la razon. Una liberalidad sin regla ni medida se llama prodigalidad; y ésta, como verémos adelante, es vicio y no virtud.

La jenerosidad es igualmente un efecto de la beneficencia. Esta virtud consiste en sacrificar una parte de nuestros derechos en obsequio de la so-

ciedad, ó de aquellos á quienes queremos acreditar nuestra benevolencia. Una disposicion tan noble, que al parecer hace olvidarnos de nosotros mismos, desatender nuestros intereses, y algunas veces hasta nuestra propia vida, es motivada por un amor grande á los hombres, por un deseo ardiente de complacerlos, ó por un fuerte entusiasmo de gloria, aun sin tener seguridad de conseguirla. Los Codros, los Curcios, los Decios fueron hombres jenerosos, embriagados del amor de su patria, hasta el estremo de correr á una muerte segura con la sola esperanza de ser admirados y queridos de sus conciudadanos.

¿Y cuál es, se preguntará quizá, la medida de la beneficencia, de la liberalidad y de la jenerosidad? Esta medida está determinada por la equidad, que nos prescribe que nosotros debemos hacer por los demás lo que quisieramos que ellos hiciesen por nosotros mismos. Pero, por otra parte, esta misma equidad nos demuestra, que no podemos exijir en justicia de la beneficencia ó generosidad de los otros mas sacrificios que los que hariamos por ellos.

La liberalidad, la beneficencia y la jenerosidad, para ser bien reguladas, deben proponerse por primer objeto las personas que tienen relaciones mas íntimas con nosotros; estas disposiciones son verdaderas deudas, cuando se trata de la patria, de nuestros padres, de nuestros parientes, de nuestros enemigos; son actos de benevolencia, de humanidad, de piedad, tratandose de socorrer á personas indiferentes, á desconocidos, á sujetos que solo tienen con nosotros unos débiles vínculos; y son, en fin, señales de una admirable grandeza de alma, cuando se estienden á nuestros mismos enemigos. "La perver»sidad del hombre, decia Dion segun Plutarco, »aunque tan dificil de desarraigar, no es sinem»bargo por lo comun ni tan feroz ni tan rebelde, que »no se corrija y dulcifique al fin, luego que han »llegado á vencerla los beneficios reiterados" (1).

En una palabra, la beneficencia es de todas las virtudes la mas poderosa para ser amado de los hombres, y estár satisfecho de sus semejantes y de sí mismo. Concluyamos, pues, este artículo con el consejo de Polybio á Scipion, el cual le exôrtaba á que nunca volviese á su casa sin haber con sus beneficios granjeadose un amigo. " Donde quiera »que se encontrare un hombre, decia Séneca, se »puede hacer un beneficio (2)."

CAPÍTULO X.

De la Modestia: del Honor: de la Gloria.

La Modestia en el hombre consiste en no hacer alarde de sus talentos y virtudes de un modo incómodo y desagradable á sus asociados. Un juicio demasiado favorable de nosotros mismos ofende á nuestros semejantes, porque deseando estos juzgar libremente de nuestras acciones, sienten un desplacer é incomodidad en que cada uno se confiera á sí propio en su opinion la preferencia ó recompensas que ellos no le han concedido todavia.

Para conocer que la Modestia se funda en la justicia, basta que cada uno haya esperimentado hasta qué punto la sociedad se vé molestada por aquellos hombres vanos y soberbios que sólo parece que viven en ella para hacer sentir á los otros su desprecio ofensivo, ó por aquellos personajes ridículos que, ocupados incesantemente de su méri-

(1) V. Plutarco en la *Vida de Dion.*
(2) *Ubicumque homo est, ibi beneficio locus est.* SENECA DE VITA BEATA *cap.* 24.

to real ó aparente, hacen sufrir á los otros la pesadez y el fastidio de su impertinente *egoismo*. Además, un sér sociable debe estudiarse á sí mismo, debe conocer que tiene imperfecciones y defectos, debe juzgarse con equidad, y reprimir en fuerza de estas consideraciones el orgullo que nace en él al compararse con los otros. El conocimiento de nuestros propios defectos es un remedio eficaz y seguro contra la exâjerada opinion que formamos de nosotros mismos.

Ningun hombre que está seguro de poseer virtudes, probidad ó talentos, puede despreciarse á sí mismo: semejante desprecio fuera injusto, si fuera posible. Siempre que el hombre está en su conciencia satisfecho de haber obrado bien, de poseer cualidades apreciables ó talentos útiles, adquiere un derecho á su propia estimacion, y reconoce los que tiene á la estimacion de los demas hombres; mas perderia estos derechos, si se creyese autorizado por ellos á ofender á los otros; y los ofenderia en realidad, si manifestase su altivez y su desprecio á otras criaturas de su especie, esencialmente amantes de sí mismas, celosas de su igualdad, y que nunca reconocen sino con pesar la superioridad de los otros.

La modestia sola es capaz de desarmar la envidia, que por lo comun hace á los hombres tan injustos. El hombre verdaderamente grande, ó que manifiesta talentos estraordinarios, se presenta en la sociedad como un jefe ó superior cuya autoridad temen todos. Esta es, sin duda, la causa de la aversion y de la envidia harto comunes, que escitan los grandes talentos, cuyo resplandor ofusca y obscurece á los medianos (1). La modestia es

(1) *Urit enim fulgore suo, qui prægravat artes Infrà se positas.* Horat. Epis. 1. lib. II. vers. 13.

la que obliga al hombre á ser equitativo, y á que olvide la desproporcion que el talento ó las virtudes ponen entre un gran hombre y los hombres comunes.

Los Príncipes, los Grandes y los Poderosos de la tierra naturalmente son temibles; para amarlos, queremos que bajen de su estado y se pongan á nivel con los otros; el hombre por su naturaleza teme á todos los que le parecen mas poderosos ó mas fuertes que él, porque estos le recuerdan de contínuo su bajeza ó mediocridad.

Todo hombre verdaderamente sociable debe ser induljente á las debilidades de los otros; si quiere merecer su estimacion y amor debe ser modesto, y resistir á los impulsos de un amor propio que le ocasionaria aborrecimiento ó menosprecio, en vez del cariño y estimacion que naturalmente apetece. El hombre virtuoso debe aspirar á la buena opinion de sus semejantes; mas la reflexion le demuestra que sus deseos quedarian frustrados, si con su arrogancia, orgullo y presuncion ofendiese á los hombres de quienes desea ser amado.

Por consecuencia, el deseo de la estimacion y el amor de la gloria, guiados por la razon, son mui bien compatibles con la modestia, la cual, léjos de quitar su valor al mérito y á la virtud, los realza y hace mas poderosos en el corazon de los hombres. El que conoce verdaderamente su propio valor, espera traquilo que se le haga justicia; mas el que no está seguro de su propio mérito, se cree en necesidad de advertírselo á los demas, y por su necia vanidad mueve por lo comun á risa y á desprecio.

Un amor propio inquieto, un orgullo insensato, una altanería presuntuosa son indicios de debilidad y de desconfianza en el mérito propio. La virtud sólida, los verdaderos talentos, la grandeza del

alma, el honor verdadero descansan tranquilos en sus justos derechos.

El *Honor* es el derecho lejítimo que hemos adquirido con nuestra conducta á la estimacion de los demas hombres y á nuestra propia estimacion. Envano aspira el hombre á la estimacion de la sociedad, sino cuando es un miembro útil de ella: ni puede estimarse ó aplaudirse á sí mismo, sino está seguro de haber merecido la estimacion de sus semejantes. Asi el hombre de honor (nunca distinto del hombre de bien) no puede ser deshonrado en ningun caso, sino cuando, cambiando de conducta, él mismo se priva del derecho que tiene á la estimacion de los otros y á la suya: puede mui bien ser denigrado por la calumnia y vituperado por la envidia; ciertas circunstancias desgraciadas podrán por algun tiempo empañar y obscurecer su reputacion, mas nunca perderá el derecho á la estimacion de sí mismo: derecho que no puede arrancarle poder alguno sobre la tierra.

Lo que la preocupacion condecora con el nombre de honor, no suele ser regularmente mas que un necio orgullo, una vanidad cosquillosa, una presuncion de sus inciertos derechos sobre la estimacion pública. Semejantes hombres de honor están siempre en un continuo alerta; temen que una sola palabra, un ademan puedan quitarles su quimérico honor; y para mostrar su derecho á la estimacion pública, los vemos con frecuencia cometer crímenes y homicidios para poner su honor en salvo. Sobre semejantes nociones y principios se funda el uso bárbaro de los duelos, los cuales, mui lejos de ser deshonrosos á los ojos de las naciones que se llaman civilizadas, hacen apreciables, como hombres de honor, á los que cometen semejantes atentados. El verdadero honor ni una afrenta le destruye ni se restaura con un asesinato. Un

hombre no puede ser ofendido en su honor si no le ofende él mismo. El valor es una verdadera cobardía, cuando no es capaz de sufrir y tolerar nada. El honor verdadero sólo puede consistir en la virtud; la virtud no es ni puede ser cruel y sanguinaria; antes es amable, sufrida, tolerante y modesta; no arrogante y soberbia, porque se haria odiosa ó despreciable.

Ciceron nos enseña que Sócatres maldecia y detestaba á los que separaban lo útil de lo honesto, mirando esta distincion como el orijen y manantial de todos los males (1).

Los antiguos filósosofos llamaban *honesto* lo que nosotros llamamos bueno, justo, laudable, útil á la sociedad. En efecto, todo lo que tiene estas cualidades es honesto, y segun la fuerza de la palabra es digno de honor. Esto supuesto, la virtud sola es digna dél, y el hombre de bien y el de honor son dos cosas iguales. A mas de esto, los mismos Filósofos llamaban *vergonzoso* á lo que nosotros llamamos malo ó dañoso á la sociedad. Segun este principio, una venganza feroz, un homicidio, lejos de ser acciones honrosas, debieran cubrir de vergüenza y de infamia á quien las ejecute.

Tácito observa que *el desprecio de la reputacion conduce al desprecio de la virtud* (2). El deseo del aprecio y de la reputacion es un afecto natural que no se puede reprobar sin estar locos, y es un motivo poderoso para escitar las grandes almas al bien de los hombres. Ésta pasion sólo es vituperable

---

(1) Cicero *de Legibus*, lib. 1. cap. 12. idem *de Officiis*, lib. 3. cap. 3.

(2) *Contemptu famæ, contemni virtutes.* Annal. lib. IV. capit. 38. *in fine.*

cuando se refiere á lo que no merece estima, ó se vale de medios destructores del órden social (1).

"No debemos desear, dice Antonino, las alabanzas de la multitud, y sí sólo ambicionar las »de aquellas personas que viven conforme á la na»turaleza." La gloria es bien definida, *la Alabanza que dan los buenos*, es decir, los que juzgan con rectitud, y merecen ser alabados: la virtud solamente merece la estimacion de los hombres de bien; y la virtud no consiste mas que en las disposiciones útiles á la felicidad de las criaturas de nuestra especie. La gloria es el patrimonio de los que hacen grandes bienes al hombre, y de ningun modo de los que le aflijen y destruyen. ¡Cántos pretendidos Héroes son nada en realidad á los ojos de los que tienen ideas verdaderas de la gloria! Mas los grandes crímenes sorprenden de tal suerte la imajinacion del vulgo, que honra y admira con demasiada frecuencia los delitos mas detestables, y coloca en la clase de los dioses á los que ni aun merecen el título de hombres. La preocupacion ofusca y ciega de tal manera á los pueblos, que admiran á los mismos cuyos furores esperimentan. La admiracion que se tributa á semejantes héroes es un indicio de perversidad, de bajeza y de embrutecimiento.

Un conquistador cree que sus proezas le conducirán á la gloria, y para esto empieza robando provincias y reinos; arruina sus propios Estados; y sacrifica sus mismos súbditos por exterminar los ajenos. En un héroe semejante, la razon no descubre

(1) El Honor, dice Platon, es un placer divino: *Plato de Legibus lib. V.* "La gloria, dice Ciceron, es la verdadera »recompensa de la virtud; nada hai mas poderoso que ella »para escitar á los hombres de un superior talento á las »buenas y grandes acciones." *Cicero in Consol.*

otra cosa que un demente, un vandido, un malvado sin honor y sin vergüenza. El sabio Plutarco observa con mucha razon, que el sobrenombre de *justo*, que llama mui *majestuoso* y mui *divino* aplicado al virtuoso Arístides, ha sido mui poco ambicionado por los grandes Soberanos del mundo. "Estos, dice el mismo Plutarco, desean mas llamarse *Poliorcetes*, tomadores de ciudades; *Ceraunni*, rayos de guerra; *Nicanores*, ó vencedores; y aun algunos han hecho alarde de los nombres de *águilas* y de *buitres*, prefiriendo el vano honor de estos títulos, que sólo denotan fuerza y poder, á la sólida gloria de los que acreditan virtud (1).

Un conquistador apreciable es aquel que se sujeta á sí mismo, y sabe refrenar sus pasiones. Si se dijere á esto, que la moral no habla con los héroes, en este caso un héroe es sólo una bestia feroz y cruel, incapaz de vivir con los hombres, y mucho ménos de gobernarlos. Los que tienen la bajeza de ensalzar á estos falsos héroes, cuya gloria consiste en amarrar naciones al carro de sus triunfos, son los que los incitan al crímen, y merecen igualmente ser condenados á una infamia eterna.

(1) Plutar. *Vida de Arístides.* A estos azotes de la antigüedad la historia moderna puede oponer los Ricardos *corazon de leon*, los Roberto-*el-diablo*, y la inmensa tropa de Príncipes que han merecido el sobrenombre de *Grandes*, por los grandes males que han causado á sus mismas naciones, y á las que han tenido la desgracia de ejercitar sus grandes almas.

CAPITULO XI.

De la Templanza: de la Castidad: del Pudor.

Las pasiones son efectos naturales de la organizacion de los hombres, y de las ideas que se han formado ó que han adquirido de la felicidad; mas si el hombre es un ente racional y sociable, debe tener ideas verdaderas de su bienéstar, y procurar obtenerle por aquellos caminos que sean compatibles con las intereses de la sociedad en que se encuentra. El insensato que sigue los ciegos impulsos de sus pasiones, ni es intelijente, ni sociable, ni racional. Intelijente es aquel que toma las justas medidas para obtener su felicidad; sociable es el que sabe conciliar su bienéstar con el de sus semejantes; racional es el que distingue lo verdadero de lo falso, lo útil de lo dañoso, y refrena sus deseos. El hombre no llega jamás á ser lo que debe, sino muestra circunspeccion y cordura en su conduta.

La templanza es un hábito en el hombre de contener los deseos, los apetitos y las pasiones dañosas á sí mismo ó á los demas hombres. Esta virtud, como las otras, se funda en la equidad. ¿Qué sería de una sociedad donde cada uno se entregase desenfrenadamente á sus mas desarreglados caprichos? Si cada uno, por su propio interés, desea que sus conciudadanos refrenen sus caprichos, él tambien debe conocer que los otros hombres pueden exîjir con justicia que contenga los suyos dentro de los límites prescritos por el interés general.

Por otra parte, si, como dejamos dicho, aun el que vive solitario debe, por su propia conservacion y felicidad, reprimir sus mal ordenados apetitos, mucho mas obligado está el hombre á enfrenarlos en la vida social por el influjo que tienen sus acciones en ella sobre un gran número de hombres, que influyen en él recíprocamente con las suyas. Si los escesos del vino son dañosos al que se entrega á este vicio, mucho mas perjudiciales le serán en la sociedad, donde estos escesos le hacen despreciable, y pueden, trastornando su razon, hacerle cometer acciones que las leyes castiguen.

Algunos rígidos Moralistas, para hacer al hombre parco y moderado, le prescriben una separacion total de los placeres, y aun le ordenan que los aborrezca, los huya y los deteste; pero estas máxîmas tan duras y crueles le pondrian en una guerra contínua con su naturaleza, formando del hombre un misantropo enemigo de sí mismo y odioso á la sociedad.

Los apetitos del hombre deben ciertamente ser regulados por la razon, porque debe estar convencido, que hai placeres de los cuales ha de privarse por su propio bien, temeroso de las consecuencias, muchas veces terribles, que estos podrian acarrear á él y á sus asociados. Contra las seducciones de semejantes placeres debe armarse un ente sociable; y contra las pasiones injustas y criminales debe combatir incesantemente á fin de adquirir el hábito de resistirlas.

El hábito, en efecto, nos hace fáciles las cosas que en un principio nos parecian dificiles (1). Uno de los principales objetos de la educacion debiera ser acostumbrar desde mui temprano á los hombres á resistir los ímpetus inconsiderados de sus deseos, por el temor de los efectos que pueden resultarles de ellos.

La Templanza tiene por principio el temor de

---

(1) *Gravissimum est imperium consuetudinis.* PUBLIUS SYRUS.

disgustar á los otros, y de dañarse á sí mismo: temor que, llegando á ser habitual, basta para contrabalancear los esfuerzos de las pasiones que pueden inducirnos al mal. Todo hombre que no sea capaz de temor, no podrá en manera alguna reprimir los impulsos de su corazon. Asi vemos que los hombres esentos de temor por el privilejio de su estado y condicion, son por lo comun los mas dañosos á la sociedad. Un temor justo y bien fundado de los que nos rodean, y de quienes necesitamos para ser felices, forma al hombre verdaderamente sociable, y le hace obligatoria la templanza. Por esta el hombre se habitúa á reprimir las efervescencias repentinas de la cólera ó del rencor á los objetos que ponen algunos obstáculos á sus deseos: por ella aprende á reusar los placeres deshonestos, esto es, que le harian odioso y despreciable en la sociedad: por ella, en fin, resiste tambien á las seducciones del amor, pasion que tantos daños produce á los hombres.

La castidad, que resiste los deseos desarreglados del amor, es una consecuencia de la templanza, ó del temor de los efectos de los placeres sensuales. La pasion natural que inclina mútuamente los dos sexôs, es una de las mas violentas en muchísimos hombres; mas la esperiencia y la razon dan á conocer los peligros de entregarse á ella inconsideradamente. Las leyes de casi todas las naciones, y las opiniones de la mayor parte de los pueblos civilizados, conformes en este punto con la Naturaleza y la recta razon, han reprimido el amor desarreglado, para precaver los desórdenes que causaria en la sociedad. Segun estas mismas ideas la continencia absoluta, el celibato, la renuncia total aun de los placeres lejítimos del amor, han sido y son miradas como perfecciones y esfuerzos de una virtud sobrenatural.

Los pensamientos inflaman los deseos, acaloran la imajinacion, y dan mayor actividad á nuestras pasiones. De aquí se infiere que la templanza nos prescribe refrenar nuestros pensamientos, y desterrar de nuestra alma todos aquellos que puedan recordarnos ideas deshonestas, capaces de irritar nuestras pasiones ácia los objetos cuyo uso nos está prohibido; porque es mui cierto que meditando de contínuo el placer que un objeto puede causarnos ó que la imajinacion nos exâjera, no hacemos sino atizar nuestros deseos, darles una nueva fuerza, hacerlos habituales, y transformarlos en necesidades imperiosas é indomables. *La Templanza*, dice Demofilo, *es el vigor del alma.* Ella supone la fortaleza, virtud que siempre mereció la consideracion de los hombres.

Estas reflexîones, confirmadas por la esperiencia, nos descubren la utilidad del *Pudor*. Este puede definirse, el temor de encender y avivar en nosotros mismos ó en otros pasiones peligrosas con la manifestacion de los objetos capaces de escitarlas.

Algunos han creido que esta virtud no tenia otra base que la preocupacion, las conveciones de los hombres, y los usos de los pueblos civilizados. Pero exâminada la cosa mejor y mas de cerca, es forzoso reconocer que el pudor está fundado en la razon natural, que nos demuestra que si la lascivia y la disolucion son capaces de producir los mayores daños en la sociedad, es claro y evidente que el interés de la misma sociedad exîje el que se cubran y reserven cuidadosamente los objetos que pueden despertar deseos criminales. Si se nos cita el ejemplo de los salvajes, que andan desnudos enteramente, dirémos que los salvajes, careciendo de una razon bien cultivada, no deben servirnos de modelos en manera alguna. El impudente Diógenes mismo decia que *el pudor es el colorido de la virtud.*

Por la misma razon la Templanza, que refrena nuestros pensamientos y nuestras acciones, nos prescribe tambien refrenar nuestras palabras, nos prohibe todo escrito obsceno, y condena toda conversacion deshonesta, como capaces de ofender el pudor, y de presentar al espíritu imájenes lascivas que enciendan y fomenten las pasiones de los hombres.

Para habituar á los hombres á la templanza, fué sin duda alguna por lo que el Cynismo y el Estoicismo obligában á sus sectarios á privarse de los placeres y de las comodidades de la vida. Por lo mismo Pitágoras prescribia un rigoroso silencio á sus discípulos. En fin, para amortiguar las pasiones de los hombres, algunas Relijiones han prescrito las abstinencias, los ayunos y las mortificaciones, cuyo objeto es claramente habituar á la templanza, y acostumbrar á privarse de las cosas capaces de inflamar las pasiones. Si estos preceptos han sido llevados algunas veces al esceso por algunos sectarios estravagantes y fanáticos, por lo ménos su error nacia de un principio racional. La Medicina ¿no nos muestra en la dieta ó el ayuno el remedio mas seguro y eficaz contra muchas enfermedades? La abstinencia total del vino, prescrita por el Alcoran, si fuese mas relijiosamente observada, libraria á los Musulmanes de un sin número de accidentes, á los cuales la embriaguez, tan comun y frecuente, espone á los habitantes de nuestros paises.

Las virtudes cuando son escesivas dejan de ser virtudes, y se convierten en locuras: las ideas de perfeccion, sacadas de su quicio, son falsas y engañosas luego que nos infatuan para destruírnos; entónces son efectos del orgullo, que pretende hacernos superiores á la humana naturaleza, ó de una imajinacion delirante. La verdadera Templanza va acompañada de la moderacion, que nos ha-

ce evitar los escesos en todo jénero. La verdadera moral, siempre guiada por la razon y la prudencia, ordena al hombre que viva conforme á su naturaleza, y que jamás pretenda ser superior á ella: sabe que los preceptos demasiado rijidos no sólo son inútiles para el mayor número de los mortales, sino que los inclinan y estimulan á ser entusiastas soberbios, ó mentirosos hipócritas. Los *Joghis*, ó penitentes de la India, son unos engañadores, y no hombres continentes y moderados. El fanático, que hace consistir la perfeccion en irse debilitando y destruyendo poco á poco, se convierte en un miembro podrido é inútil de la sociedad.

CAPÍTULO XII.

De la Prudencia.

El Hombre en sociedad está obligado á concertar sus movimientos con los de los hombres que le rodean; él necesita de su asistencia, de su afecto y de su estimacion, y por lo tanto debe poner los medios para conciliárselas. Vé aquí lo que constituye la *Prudencia*, la cual se cuenta en el número de las virtudes. La Prudencia no es mas que la esperiencia y la razon aplicadas á la conducta de la vida. Podemos definirla, el hábito de elejir los medios mas seguros de conciliarnos la benevolencia y los socorros de los demás hombres, y de abstenernos de todo lo que puede disgustarlos ó indisponerlos. La esperiencia, fundada en el conocimiento de los hombres, nos hace prudentes, esto es, nos indica como debemos obrar para agradarlos, y lo que es menester evitar para no perder su estimacion y cariño, tan indispensables para nuestro bien y felicidad.

La justicia es la base de la Prudencia, lo mis-

mo que de todas las demás virtudes: espuestos de contínuo á sufrir con impaciencia las imprudencias, los defectos, las inconsideraciones y los caprichos de los otros, forzosamente debemos concluir que la misma conducta que nos desagrada en ellos, por necesidad ha de disgustarles en nosotros, y oponerse á los efectos de cariño que buscamos en ellos.

La circunspeccion que, segun la fuerza de la palabra, consiste en *mirar al rededor de sí*, en prestar atencion á los que nos rodean, es una cualidad necesaria á todo el que quiere vivir en sociedad. El imprudente parece que se olvida de que está en compañía de otros hombres cuyos derechos debe respetar, cuyo amor propio ha de consultar, y de cuya benevolencia debe hacerse digno; y obra como un demente que á ojos cerrados rompiese por medio de la multitud, atropellando á cuantos encontrára, sin considerar que de esta manera se espone á los golpes y encuentros de cuantos asi neciamente provoca.

Tal es por lo comun la suerte del perverso; contra todos se arma, y todos contra él. La imprudencia, la inadvertencia, el atolondramiento, frutos ordinarios de la superficialidad, de la disipacion, y de un carácter frívolo, son los manantiales de todos nuestros disgustos y desagrados.

El hombre sociable reflexiona, se observa á sí mismo, considera y respeta á los demás. Si la felicidad es un objeto que merece toda nuestra atencion, es claro y evidente que cada uno de nosotros tiene el mayor interes en estar en lo que hace, en reflexionar sobre su modo de proceder, y en indagar si el camino que sigue puede conducirle al término que se propone. El tumulto de los placeres, la disipacion contínua, y una vida demasiado ajitada, son los osbtáculos que impiden muchas veces el buen uso de la razon humana.

La vanidad, la inconsideracion, el descuido y la desatentacion son cualidades malas y perjudiciales, porque nos impiden dedicar á los objetos mas interesantes para nosotros los momentos que consagramos al placer. Hé aqui el orijen verdadero de la mayor parte de los males que agovian á los hombres. Muchos de ellos permanecen en una infancia perpetua, y mueren sin haber nunca llegado á la edad de la maduréz; la gravedad en las costumbres les parece ridícula y fuera de tiempo; nadie piensa con seriedad en lo que hace; nadie se ocupa en las cosas mas necesarias á su felicidad permanente; y cada uno, en fin, sólo trata de buscar entretenimientos pasajeros, y no en hacer sólido y durable su bienéstar.

"*La gravedad*, dice un célebre filósofo, *es el antemural de la honestidad pública: asi el vicio comienza desconcertando aquella, para con mas seguridad echar esta por tierra.*" (1). La gravedad en las costumbres es una atencion consigo mismo, nacida del temor de hacer por inadvertencia acciones capaces de indisponer ó desagradar á los otros con quienes vivimos. Esta especie de gravedad es el fruto de la esperiencia ó de una razon cultivada; ella es conveniente á todo hombre verdaderamente sociable, el cual, para merecer la benevolencia de los demás, debe arreglar su conducta y sus discursos, y mostrar con sus procedimientos que presta la necesaria atencion á los objetos que la merecen. La gravedad llega á ser ridícula y se convierte en pedantería cuando, fundada en una vanidad pueril, sólo se propone por objeto pequeñeces y bagatelas que mira como importantes; entónces la gravedad es despre-

(1) M. Diderot. Enoyclop. art. *Gravité*.

ciable, porque intenta que miren los otros con respeto cosas que en realidad no son acreedoras á él. La gravedad justa y conveniente es aquella que hace respetar los objetos verdaderamente importantes á la sociedad, y que dá á entender que nos respetamos á nosotros mismos y á nuestros asociados; entónces se funda en la prudencia, ó en el justo temor de perder la buena opinion de nuestros semejantes.

En el lenguaje órdinario nada es mas comun que el confundir la prudencia con el artificio, y el ardid con el arte por lo comun vituperable de conseguir el hombre sus fines. La verdadera Prudencia es la eleccion de los medios necesarios para ser felices en el mundo. Ulyses era un engañador, y no un hombre considerado y prudente.

CAPÍTULO XIII.

De la Fortaleza: De la Grandeza de Alma: De la Paciencia.

Los Moralistas, tanto antiguos como modernos, han numerado entre las virtudes á la *Fortaleza.* Los unos han designado con este nombre el valor guerrero ó la intrepidez que menosprecia los peligros y la muerte, cuando se trata de los intereses de la patria. Esta cualidad es sin duda útil y necesaria; por consecuencia es una virtud, siempre que tiene verdaderamente por objeto la justicia, la conservacion de los derechos de la sociedad y la defensa de la felicidad pública. Mas la fortaleza deja de ser virtud cuando no tiene por base la justicia, cuando nos hace violar los derechos de los hombres, cuando sirve á la injusticia. El valor ó la fortaleza de un Romano, que vemos calificada de virtud por escelencia, era un verdadero atentado contra los derechos mas sagrados de todos los pueblos de la tierra. En este sentido ha dicho con razon un célebre Escritor, que *el valor no es virtud, sino una dichosa cualidad, comun á los malvados y á los hombres grandes* (1). Caton ha dicho en el propio sentido que *hai mucha diferencia entre apreciar la virtud y menospreciar la vida* (2).

La Fortaleza es, segun los Estoicos, la virtud que combate por la justicia. De donde se deduce que la Fortaleza no es en manera alguna la virtud de los Conquistadores y de tantos Héroes célebres en la historia. La fortaleza de un hombre de bien es el vigor del alma confirmada en el amor de sus deberes, é inviolablemente asida á la virtud: es una disposicion habitual y meditada á defender los derechos de la sociedad, y á sacrificar por ésta los mas caros intereses. Las almas dominadas del amor del bien público, son capaces de un feliz entusiasmo, de una pasion tan fuerte, que las enajena hasta olvidarse de sí mismas: los corazones inflamados del deseo de gloria, sólo ven este grande objeto, y se sacrifican por obtenerle: el temor de la ignominia suele poder mas que el de la muerte. Estas disposiciones se hacen habituales con el ejemplo y la opinion pública, las cuales, estimulando de continuo á los hombres dotados de una imajinacion ardiente,

---

(1) M. de Voltaire.

(2) *Plutarco en la vida de Pèlopidas.—No tires de la espáda*, dice Phocylides, *para matar, sino para defender.* Phocylides, Carm. 29. Plutarco en la vida del mismo Pelopidas hace mencion de un epitafio sentencioso compuesto en honor de algunos Lacedemonios que habian perecido en un combate: *Estos*, dice, *han muerto, persuadidos de que la felicidad no consiste ni en vivir ni en morir, sino en vivir y morir con gloria.*

los impelen á ciertas acciones que muchas veces parecen sobrenaturales.

En una sociedad no todos sus miembros son capaces de este ardor laudable y de esta grandeza de alma que medita: el valor militar no es en un gran número de soldados sino efecto de la imprudencia, de la inconsideracion, de la temeridad ó de la rutina. Las ideas de bien público, de justicia, de patria, son nulas en muchos guerreros, porque no se acostumbran á reflexionar sobre estos objetos, demasiado grandes y serios para los espíritus superficiales: ellos combaten ya por el temor del castigo, ya por el de quedar deshonrados á los ojos de sus camaradas, cuyo ejemplo los incita y estimula.

El valor guerrero no es igualmente necesario á todos los miembros de una sociedad, mas la firmeza y el valor de ánimo son cualidades mui útiles en todos los estados de la vida. La Fortaleza moral es una disposicion útil y ventajosa á nosotros mismos y á los otros; y de ella nacen la *constancia*, *la firmeza*, *la grandeza de alma y la paciencia*. La templanza, como hemos visto, supone la fortaleza para resistir á nuestras pasiones, y para refrenar los impulsos de nuestros deseos desarreglados. La Fortaleza es necesaria para perseverar en la virtud, la cual, en mil circunstancias, parece contraria á nuestros intereses momentáneos.

La fortaleza, la constancia, la firmeza, serán siempre miradas como disposiciones ó cualidades laudables en los entes de nuestra especie. Aun las mujeres mismas aborrecen á los cobardes, porque necesitan de protectores que las defiendan. La fortaleza de ánimo es admirada, cuando produce grandes sacrificios; nosotros solamente amamos á los hombres con cuya constancia y firmeza sabemos que podemos contar. Por la misma razon, la pusilanimidad, la flaqueza y la inconstancia nos desagradan, y sólo que-

remos tratar con aquellos en quienes suponemos un carácter sólido, capaz de resistir á las seducciones momentáneas que á otros suelen desviarlos del fin y objeto que se proponen.

Los hombres aprecian tanto la fortaleza, que la admiran aun en el crimen mismo: esta es la causa, como hemos dicho antes, de la admiracion que á los Pueblos causan los destructores del jénero humano. En general, todo lo que anuncia un gran vigor, una gran firmeza, una grande obstinacion, admira y parece sobrenatural al vulgo, como incapaz de semejantes cualidades. Hé aqui ciertamente el principio de la veneracion que producen en el mismo vulgo las grandes austeridades, los jéneros estraordinarios de vida, y las singularidades con que los fanáticos ó impostores se granjean á veces el respeto. En una palabra, todo lo que anuncia fortaleza, tanto en lo físico como en lo moral, siempre causa admiracion. *Los hombres*, dice Montagne, *nada tienen por útil si no es dificultoso*; *la facilidad les parece sospechosa.* Esta es la razon porque se hacen admirables muchas veces ciertos actos de fuerza y de valor, que no prueban virtud alguna: tales son tambien los fundamentos de la veneracion que los antiguos y los modernos han tributado á la Moral austéra é insociable de los Estoicos.

La fortaleza solamente es una virtud cuando es útil, ó cuando dá consistencia á las demás virtudes. La fortaleza y la firmeza en las cosas de ninguna utilidad sólo prueban una vanidad pueril; la firmeza en las cosas dañosas ó desagradables á los otros nace de un orgullo delincuente, y merece el ódio y el desprecio. La verdadera Fortaleza es la firmeza en el bien; la obstinacion es la firmeza en el mal. La terquedad, la aspereza de carácter, la dureza, un humor negro é indomable, la falta de induljencia, una grosera descortesía, son vicios verdaderos, con los

que ciertos hombres de limitado talento se imajinan á veces que se hacen apreciables; mas semejantes cualidades, tan dañosas y desagradables en el mundo, provienen regularmente de la presuncion y de la pequeñez. Rendirse á la razon, no resistir nunca á la equidad ó á la sensibilidad de su corazon, observar y respetar las convenciones y usos fundados en razon, someter su amor propio al de los demás, todas son cualidades que nos hacen ámables, y que manifiestan mas nobleza y valór que no una feroz inflexibilidad, ó que un necio orgullo. La verdadera Fortaleza es aquella que nos hace inflexibles siempre que se trata de la virtud; para ser laudable, debe ir acompañada de una cierta timidez, que nos hace evitar cuidadosamente lo que puede desagradar á los otros, ofenderlos, y hacernos perder su estimacion y su aprecio. Esta timidez no sólo es compatible con el valor, con la grandeza de alma, con la fortaleza, sino que es, como ésta, la guardia de las virtudes (1).

La verdadera grandeza de alma supone la virtud; sin esta no es mas que una vana presuncion. La justa confianza que uno tiene de sus facultades es la que le anima á emprender grandes cosas, sin que le arredren ni detengan los obstáculos, que para el comun de las jentes serian horrendos y espantosos. La grandeza de alma, fundada en el co-

---

(1) Plutarco dice que »los mas cobardes y temerosos de las »leyes, son regularmente los mas valientes é intrépidos con»tra los enemigos; y que aquellos que mas temen la mala »reputacion, temen ménos los dolores, las penalidades y las »heridas. Por esto tenia razon el que dijo que *donde está »el temor, alli tambien está la vergüenza.*» Antes habia dicho que los Lacedemonios tenian capillas consagradas ál temor, persuadidos de que el temor es el vínculo de toda buena policía. Plutarco en la vida de Agis y de Cleomenes.

nocimiento de su propia dignidad, hace al hombre virtuoso superior á las injurias, á las afrentas y á los dicterios que turbarian y serian mortales á tantos corazones pusilánimes. Segun Plutarco, los Espartanos, tan famosos por su valor, pedian á los dioses en sus súplicas *fortaleza para soportar las injurias*: la grandeza de alma las hace perdonar, y superior siempre á la envidia, á la maledicencia y á la calumnia, desprecia sus tiros impotentes, como incapaces de ofenderla, ó de turbar su serenidad inalterable. La grandeza de alma es franca é injenua, porque, fortificada con el conocimiento de su propio mérito, desconoce la necesidad de engañar y seducir con tramas y artificios; medios infames, propios sólo de la debilidad. La grandeza de alma es benéfica y jenerosa, porque es necesaria una grande enerjía para sacrificar sus intereses al interés de los otros.

La grandeza de alma presta á las acciones del hombre estrechamente unido á la virtud este vigor que se llama desinterés heroico. Por ella, como dice Séneca, "la mala opinion que los hombres forman de nosotros nos produce un placer, cuando »estamos seguros de la bondad y justicia de nues»tras acciones." La conciencia segura del hombre de bien le hace entónces superior á los juicios del público, y le indemniza de sus injusticias. Nunca el hombre virtuoso aparece mas grande á la vista del mundo entero, como cuando sufre con valor las injusticias de la suerte; entónces parece que mide sus fuerzas con las del destino, y que lucha cuerpo á cuerpo con él. Séneca dice que "no hai un espectá»culo mas grandioso y sublime para los dioses y pa»ra los mortales, que el ver al hombre de bien pe»leando con la fortuna." Mas este espectáculo (indigno ciertamente de los dioses, dueños y señores de la fortuna) es interesante y poderoso para los hom-

bres, como espuestos todos á los reveses de la suerte.

La Grandeza de alma ó la Fortaleza produce la paciencia, cualidad que muchos pretendidos héroes miran como una prueba de pequeñez y de flaqueza. Á los hombres les importa mucho fortificar sus almas, y prepararse de antemano á soportar tantos males como asedian por todas partes nuestra vida. ¿Qué sería de una sociedad, si los que la componen no pudiesen sufrirse los unos á los otros? La paciencia es, pues, una virtud social que nos hace capaces de sufrir las desgracias de la fortuna, los defectos y las imperfecciones de los hombres, y las adversidades de la vida. Nada es mas necesario en las vicisitudes contínuas á que están sujetas las cosas humanas, que el estar preparado á sufrirlas con firmeza. *Es un gran mal*, dice Anacharsis, *el no poder sufrir mal alguno; y es menester sufrir, para sufrir menos.* Asiqué el dejarse dominar de la impaciencia, el irritarse por todo lo que nos es contrario, no es consolar sus penas, sino redoblarlas incesantemente, y enconar mas y mas las llagas que el tiempo podria curar. El hombre impaciente es mui desgraciado en la sociedad, la cual le da á cada paso tantos motivos de inquietud y de disgusto. El que no tiene paciencia es un hombre débil, cuyo bienéstar depende de cualquiera que pretenda irritarle.

La paciencia es la madre de la induljencia, tan necesaria, como pronto veremos, en todas las situaciones de la vida. La vanidad persuade á ciertos hombres, que su gloria consiste en no sufrir cosa alguna; mas la esperiencia diaria nos hace ver que el hombre afable y paciente interesa á todos, y que es mucho mas estimado que no aquel que se deja arrastrar de la cólera. Es mui esencial acostumbrar á la fogosa juventud á refrenar la impaciencia; á someterse á la necesidad, contra la cual es siempre inútil revelarse; y á fortalecerla con anticipacion

contra las adversidades, de que nadie puede jactarse que siempre estará libre.

En una palabra, la fortaleza es el apoyo de todas las demas virtudes. La fortaleza es necesaria en un mundo lleno de vicios; los hombres flacos y pusilánimes siempre andan vacilantes en el camino de la vida. Sin una audacia jenerosa no se hallaria quien tuviese valor de anunciar la verdad, la cual por lo comun sólo halla enemigos implacables en los mismos que debieran amarla y seguirla.

CAPÍTULO XIV.

De la Veracidad.

Sócrates decia que la virtud y la verdad eran una misma cosa (1). En efecto, si la verdad, como asi todo nos lo prueba, le es al hombre urjente y necesaria; si es de la mayor utilidad al jénero humano entero; si es el objeto de todas las investigaciones de los seres racionales, parece que los Moralistas hubieran debido colocar la *Veracidad* en el número de las virtudes sociales. Nosotros la definirémos, una disposicion habitual á manifestar á los hombres las cosas útiles y necesarias á su felicidad.

Esta virtud, como todas las demas, se deriva visiblemente de la justicia, pues que se funda en el pacto social, que nos obliga á contribuir á la felicidad de nuestros semejantes: fin que no podemos

(1) Wollaston reduce todas las nociones del bien y del mal moral á las de la verdad y la mentira. Pero esta idea parece realmente mas sutil que verdadera. Séneca decia igualmente que *lo bueno está siempre unido á lo verdadero, porque si lo bueno no es verdadero, no será un bien, sino una apariencia de tal.* La verdad, dice Pindaro, es el fundamento de la virtud mas sublime.

conseguir sino asistiéndoles con nuestros consejos, con nuestras esperiencias, y con nuestras luces. Todo hombre sociable es á los otros hombres deudor de la verdad, por la misma razon que les es deudor de sus ausilios, á fin de adquirir el derecho de contar con los suyos.

El engañador se asemeja al monedero falso: el que reusa comunicar á sus semejantes las verdades útiles á su felicidad, puede ser comparado al avaro, que de todos esconde y reserva sus tesoros. Los hombres entanto aman la verdad encuanto les es útil; mas cuando la consideran contraria á sus inteses dejan de apreciarla. Nuestros engaños y estravíos provienen regularmente, de que fijamos la idea de utilidad en las cosas que nos son dañosas, y por consecuencia la idea de verdad en lo que falsamente juzgamos útil. Decir la verdad á los hombres, es manifestarles lo que real y constantemente es útil á su bienéstar, y no aquello que solo es útil y conforme á sus preocupaciones.

Las verdades que se llaman *peligrosas*, son aquellas que se oponen á las preocupaciones públicas; mas estas verdades no por esto son ménes útiles, puesto que los grandes males y calamidades de las naciones resultan de sus falsas ideas y de sus dañosas preocupaciones. Cualquiera que hubiese dicho en Roma que un pueblo conquistador no era mas que una cuadrilla de bandidos detestables, hubiera pasado por un insensato, y el ambicioso Senado le habria castigado como á perturbador del público reposo y enemigo de la Patria. Sinembargo, todo hombre virtuoso hubiera mirado á este valiente y esforzado ciudadano como á un sabio, amigo de la paz, amigo del jénero humano, y amigo de los mismos Romanos, á quienes procuraba desengañar de las injustas y bárbaras preocupaciones, de que eran víctimas.

Los magistrados de los Amycleos, fatigados de los falsos rumores que muchas veces habian amenazado á la capital de ser sitiada, prohibieron con pena de muerte el que jamás se hablase de esto. Los enemigos, aprovechándose de este silencio impuesto por la ley, vinieron de veras sobre la ciudad, la tomaron, y sus habitantes fueron pasados á cuchillo. No hubo un ciudadano tan jeneroso y esforzado que advirtiera á su patria del peligro á que se hallaba espuesta. Un Amycleo valeroso ¿habria sido culpable, si, menospreciando una ley tan estravagante, hubiese anunciado con esfuerzo y enerjía una verdad peligrosa; pero necesaria á la salud de todos sus conciudadanos?

La Veracidad es virtud, cuando descubre á los hombres lo que es necesario á su comodidad, á su conservacion y á su felicidad permanente; mas deja de ser útil, y aun llega á ser un mal, cuando los aflije sin provecho, ó perjudica sus intereses. Si anuncio de un modo inconsiderado á una madre tierna, sensible, y gravemente enferma, que su querido hijo está en peligro de muerte, cuando ella se encuentra imposibilitada de salvar sus vidas, la digo una verdad inútil y dañosa; la causo un mal real é infalible dándola golpe tan mortal. Si un Tirano envia asesinos que maten á mi virtuoso amigo, ¿estaré obligado á descubrirles que este amigo se halla refujiado en mi casa? No por cierto: ántes me haria culpable y criminal en descubrir la verdad á unos hombres perversos que no se horrorizan de ser ministros del enemigo de su patria. Solo debo decir la verdad si ella es útil; y nunca lo es á los malvados.

A la prudencia, á la razon y á la justicia pertenece distinguir las verdades que es necesario decir, y las que es menester callar ó disimular; las verdades realmente útiles, y las que son inútiles ó per-

judiciales. Toda verdad que se dirije al bien de la sociedad, no puede ser callada sin delito; mas toda verdad que, sin aprovechar á la sociedad, puede ser dañosa á cualquiera de sus miembros, es una verdad perjudicial.

La verdad en la conducta se llama *rectitud*, *buena fé*, *franqueza*, *sinceridad*, *candor*, *fidelidad*. Todas estas cualidades son apetecibles y recomendables en la vida social; el hombre recto é injenuo puede estar seguro de la estimacion y de la confianza de todos sus semejantes. Los mas consumados embusteros desean hallar en los demás hombres las cualidades de que carecen ellos. Querer conocer á los hombres, es desear saber sus diiposiciones verdaderas; los que muestran candor é injenuidad, ó que tienen, como suele decirse, *el corazon en los labios*, son mui apreciables en el comercio de la vida. Por el contrario, tememos y nos recelamos de todo hombre taciturno y reservado, porque ignoramos los medios de tratar con él; y amamos tanto un carácter abierto y franco, que muchas veces, prendados de su franqueza, cerramos los ojos á sus defectos. La buena fé y la veracidad son tan raras en el mundo, porque desde la mas tierna infancia se le acostumbra al hombre á la mentira, á la disimulacion, y á la falsedad: asi despues los vicios y las malas cualidades del corazon hacen forzosamente que los hombres no depongan la máscara que los encubre. Solo el hombre de bien no tiene porque temer el presentarse con su rostro descubierto. *Aquel*, dice el sabio, *que camina con rectitud, camina con confianza.*

CAPITULO XV.

De la actividad.

La virtud debe ser activa y laboriosa; las virtudes puramente contemplativas son poco ó nada útiles á la sociedad, cuando ésta no esperimenta sus efectos. Segun el dictámen y confesion de todos los Moralistas, la ociosidad y la pereza son cualidades despreciables, y que conducen infaliblemente al vicio; el interés de la sociedad exije que cada uno de sus miembros contribuya, segun sus fuerzas, á la conservacion y prosperidad del cuerpo. Por lo mismo parece que debieran haber formado una virtud de la *Actividad*, de la ocupacion, del amor al trabajo, en el cual se halla solamente el medio mas justo y mas honesto de subsistir, ó al menos de evitar el tédio ó el hastío, tirano cruel de todos los ociosos.

Esto supuesto, nosotros definirémos la Actividad, una disposicion habitual á contribuir con nuestro trabajo al bien de la sociedad. Séneca compara con mucha razon la sociedad á una bóveda que se mantiene por la compresion recíproca de las piedras que la componen (1). Cada cuerpo, cada clase de ciudadanos, cada familia, y cada individuo debe, segun sus medios, contribuir á la conservacion del todo, en el que, siguiendo la comparacion de Séneca, no debe haber ninguna piedra desunida ó desnivelada; siendo el Legislador la clave que contiene á las otras

(1) *Societas nostra lapidum fornicationi simillima est; quæ casura, nisi invicem obstarent; hoc ipso sustinetur.* Senec. Epist. 95. pag. 471. tom. 2. Edit. Varior. Cito la pajina, porque esta carta es mui larga.

cada una en su lugar. El Soberano á todo debe estar atento: sus ministros deben coadyuvar sus designios; los majistrados deben ocuparse en la observancia de las leyes; los grandes y los poderosos deben sostener á los debiles; los ricos deben socorrer á los pobres; el labrador debe alimentar la sociedad; el sábio y el artista deben ilustrarla y facilitar sus trabajos; el soldado debe defender la sociedad que le mantiene, &c.

El hombre ocioso es en la sociedad un miembro inútil, y sin injusticia no puede aspirar á las ventajas de la vida social, á la estimacion, á los honores, y á las distinciones á que tiene derecho aquel que atento al bien de su pais contribuye de algun modo á este bien. Hé aqui como los intereses particulares están estrecha y necesariamentente unidos, y no se pueden separar del interés comun.

Estas sencillas reflexiones nos dan á conocer lo que debemos pensar de aquellos inconsiderados Moralistas, que aconsejan á las criaturas racionales y sociables que se retiren á los bosques, que huyan de la sociedad, y que cuiden únicamente de sí mismos, sin tomar parte alguna en el interés jeneral. Una Moral mas sensata y racional obliga á todo ciudadano á contribuir, segun sus fuerzas, á la utilidad pública. Una sábia política debe llamar á todos los ciudadanos al servicio del Estado, y guiada por la justicia, no deberia preferir ni conceder distinciones algunas sino á los que mas se aventajasen á los otros en actividad, en talentos, y en mérito personal.

En una sociedad justa y bien ordenada, no debe ser permitido á ninguno el separarse de los otros ó vivir sin ser útil; sólo en una sociedad corrompida es en la que el hombre de bien, por las injusticias que sufre, se aparta y huye de ella á la soledad de su retiro. La nacion á quien la tiranía oprime, puede ser comparada á una bóveda que se arruina con el peso enorme de la clave, que desune y desconcierta las piedras que la componen. En este ruinoso edificio no hai union ni trabazon alguna; unos cuerpos son enemigos de los otros; cada uno vive sólo para sí; los ciudadanos se dividen y dispersan; falta el espíritu público; una profunda indiferencia se apodera de todos los corazones; y el sábio, obligado á envolverse tristemente en su manto filosófico, se vé reducido á gozar dentro del pequeño círculo de sus iguales de los consuelos que envano buscaria en los otros hombres.

La ambicion es una pasion laudable, noble y justa, cuando nace de la idea de la consideracion tributada á los servicios hechos por la patria; esta pasion es lejítima, siempre que va acompañada del deseo y de la capacidad de hacer un gran número de hombres felices; pero es vituperable cuando no tiene mas objeto que el ejercer un poder injusto; es vil y baja cuando usa de este poder en daño de los infelices y desgraciados, ó se aprovecha de las calamidades y ruina de la patria para su propio bien. La ociosidad, la inaccion, y el retiro llegan á ser deberes forzosos para el hombre justo, siempre que se vé imposibilitado de obrar el bien: la actividad sólo es una virtud cuando contribuye á la utilidad jeneral.

Si reflexionamos sobre estos principios, hallarémos las causas de la mayor parte de los desórdenes que reinan en las sociedades. Por un efecto preciso de la injusticia de los políticos, que solamente se proponen sus viles intereses, la actividad de cuantos participan del poder, tan sólo se emplea en su interés personal; la virtud y los talentos, escluidos de los empleos, quedan sentenciados á consumirse en la inaccion. De este modo la sociedad se llena de malvados, que únicamente son activos para hacer mal; ó de ociosos, perpetuamente ocupados en ver como pueden distraerse del tedio y fastidio, ya por medio

de futiles entretenimientos, ya con los mas horribles y vergonzosos vicios. Asi la miel es devorada de estos zánganos perjudiciales, mui distantes de contribuir al bien de una sociedad, á quien no profesan ningun amor ni aficion.

Escitar los ciudadanos al trabajo, emplearlos segun sus talentos, substraerlos de la ociosidad, y no permitir que sin hacer nada se aprovechen de los trabajos de la sociedad, tales debieran ser los continuos é infatigables desvelos de una sabia política. Todo hombre que trabaja es un ciudadado apreciable; mas el que vive en la inaccion es un miembro inútil y corrompido, á quien sus vicios no tardarán en hacerle molesto y perjudicial á sus asociados. Es necesario haber trabajado para poder gozar del reposo; un reposo contínuo es de todos los estados el mas fatigoso y cansado para el hombre (1). La inaccion produce en el alma tantas enfermedades, como las que ocasiona en el cuerpo la falta de ejercicio (2).

CAPÍTULO XVI.

De la Dulzura de carácter. De la Induljencia. De la Tolerancia. De la Complacencia. De la Urbanidad, ó de las dotes agradables en la vida social.

De las virtudes sociales que acabamos de esplicar nacen ciertas cualidades que hacen amables á los que las poseen, y cuya falta llega á ser muchas veces

(1) Un Poderoso decia un dia delante de uno de sus arrendadores, *que le ocupaba un mortal fastidio*; el arrendador le respondió: *esto consiste, señor, en que siempre es Domingo para vuesamerced.*

(2) "La inaccion, dice el autor de la obra ya citada LES »MOEURS, es una especie de letargo, tan pernicioso para el »alma como para el cuerpo." Part. 2. cap. 2. art. 2. §. 1.

mui perjudicial á la armonía social y á la suavidad de la vida. Estas cualidades son verdaderamente útiles á la sociedad, porque estrechan mas las relaciones de sus miembros; no son virtudes en un sentido rigoroso, pero se derivan de ellas; y todas, como las virtudes, se fundan en la justicia, la cual nos advierte que debemos hacernos amables, si queremos adquirir el derecho de ser amados. Un ente verdaderamente sociable debe, por su propio interés, poseer ó adquirir cualidades capaces de conciliarle la aficion de los que con sus favorables sentimientos contribuyen á su felicidad. Todo hombre que se ama en realidad, debe aspirar á que los otros participen de un afecto tan natural en él. El hombre mas vano y presuntuoso se aflije é incomoda, cuando se ve privado del aprecio y de las consideraciones de los mismos que al parecer desprecia.

La induljencia y la afabilidad son cualidades necesarias en la vida social, porque nos hacen soportar los defectos y las debilidades de los otros; ellas se fundan en la equidad, que nos hace ver que para obtener el perdon de los defectos y debilidades á que todos estamos sujetos, debemos perdonar y sufrir las flaquezas de nuestros prójimos. La induljencia es fruto de una paciencia meditada, de un hábito contínuo de vencernos, y de resistir á la cólera, que nos subleva contra las personas y los objetos que nos ofenden. Esta cualidad dimana claramente de la humanidad; virtud que, como hemos visto, nos hace amar á los hombres tales como son. La compasion hace que lloremos y nos compadezcamos aun de los mismos malvados, porque vemos en ellos dolorosamente las primeras víctimas de sus delincuentes locuras.

La afabilidad y la induljencia verdadera son frutos raros de la reflexîon, de la esperiencia y de la razon: en los hombres vivos y sensibles son el mas

grande esfuerzo de la razon humana. Estas disposiciones solamente son naturales en un pequeño número de almas fuertes y sensibles á un tiempo mismo, en quienes la naturaleza cuida de atemperar y moderar las pasiones. Las imajinaciones vivas y los naturales impetuosos encuentran en su temperamento obstáculos invencibles á la induljencia. La dulzura ejerce tal poderío sobre los corazones de los hombres, que los mas coléricos la rinden homenajes y deponen las armas en su obsequio.

Cuanto mas ilustrado es el hombre, mas necesidad tiene de ser induljente (1). Ninguno lo es ménos que los ignorantes y los necios. El hombre grande es demasiado fuerte para que le ofendan pequeñeces indignas aun de llamar su atencion; y con dificultad advierte las ridiculeces ó defectos, solamente notables á la malignidad del vulgo. Los ignorantes carecen de induljencia, porque jamás han reflexionado en la frajilidad humana; los necios tampoco la conocen, porque las necedades de los otros, y principalmente de las personas de talento, llegan á desagradarlos y les aproximan á los necios. Es necesario haber nacido sensible y afable, tener humanidad, y haberse habituado á la moderacion, á la templanza y á la equidad para poseer ó adquirir esta induljencia, tan necesaria y tan rara en la vida social.

La induljencia que tenemos con las opiniones

(1) La induljencia, dice un Filósofo célebre, es una justicia que la débil humanidad con razon exîje de la sabiduría. Mas ninguna cosa nos hace mas induljentes, mas superiores á todo ódio y aversion, y mas dóciles á los principios de una moral humana y suave, que el conocimiento del corazon humano: asiqué los hombres mas ilustrados han sido casi siempre los mas induljentes. *L' Esprit*, Disc. 1. cap. 4. pag. 35. edit. en 4.

y los errores de los hombres, se llama *Tolerancia*. Si consultamos la esperiencia, la equidad, la razon y la humanidad, conoceremos fácilmente que nada es mas necesario que esta cualidad ó disposicion; y que no hai una cosa mas tiránica á veces ni mas imprudente que el aborrecer y atormentar á nuestros semejantes porque no piensan como nosotros. Los hombres ¿son dueños por ventura de tener ó no tener las opiniones que les han sido inculcadas desde la infancia, y que se les han dado á conocer como esenciales á su felicidad? ¿Es acaso ménos contrario á la razon el detestar á un hombre por sus errores, que por no haber nacido de unos mismos padres, por no haber recibido las mismas ideas ó por no haber aprendido el mismo idioma que nosotros? Las opiniones verdaderas ó falsas son los hábitos que se contraen desde la edad mas tierna, las cuales de tal modo llegan á identificarse con el que las ha recibido, que es imposible por lo comun el desarraigarlas despues (1). Tan injusto es aborrecer á uno porque se engaña, como aborrecerle porque no tenga tan buena vista, tanta destreza, ó tanto talento como nosotros. Los errores de los hombres con relacion á los objetos que juzgan mas importantes á su bien, son siempre involuntarios; los hombres no son tercos y obstinados en sus ideas, sino porque contemplan peligroso cambiarlas por otras; intentar destruirlas, es querer que renuncien á su felicidad por sólo complacernos. Todo hombre que,

(1) Con razon dice Montagne, "*no hubo jamás en el mundo dos opiniones enteramente conformes, como ni dos pelos, ni dos granos. La cualidad mas universal es la diversidad.*" *Essais.* lib. 2. cap. 37, á su conclusion.

El Doctor Swift observa mui bien que *los hombres tienen por lo comun bastante relijion para aborrecerse, mas mui raras veces la necesaria para amarse los unos á los otros.*

abusando de su poder, violenta á otro para hacerle adoptar sus propias opiniones, le confiere el derecho de usar con él de la misma violencia, cuando la superioridad de fuerzas esté de parte suya. El Mahometano que teniendo la fuerza de su parte, atormenta al Bracman, al Persa, ó al Cristiano, los autoriza para que le otormenten á él cuando puedan.

En una palabra, nada es mas injusto, mas inhumano, mas estravagante, ni mas contrario al reposo de la sociedad que aborrecer y perseguir á sus semejantes por sus opiniones. Pero se nos dirá puede ser, ¿si estas opiniones son dañosas y perjudiciales, no será preciso refrenarlas? Las opiniones no son peligrosas y perjudiciales, sino cuando se quiere hacerlas adoptar á otro por fuerza; siendo el crimen del que primero emplea la violencia. El que pretende tiranizarnos, nos da derecho á resistirle, y nunca se quejará con justicia de que se usen las mismas armas contra él. Los injustos agresores pueden ser repelidos ó castigados mui justamente. Se nos dirá quizá, que el que tiene opiniones verdaderas, tiene tambien derecho de usar de su fuerza para atraer á la verdad á los que vé descarriados; mas en materia de opiniones cada uno juzga por mas seguras las suyas; y si en virtud de esta presuncion uno se creyera autorizado para violentar ó perseguir á los otros, es claro y evidente que todos los pueblos de la tierra, pretendiendo cada uno conocer esclusivamente la verdad, se creerian tambien autorizados para exterminarse los unos á los otros por sus sistemas diferentes. De donde se infiere que nada hace á los hombres mas insociables que el defecto de induljencia en materia de opiniones. Si alguno merece ser privado de los derechos de humanidad, es ciertamente aquel que quisiera ver exterminados impía y cruelmente á cuantos no piensan como él.

Como el hombre debe, por su interés mismo, hacerse agradable en la sociedad, de aqui es que la *complacencia* honesta es mirada como una laudable cualidad. Podemos definirla, una disposicion habitual á conformarse á los deseos y gustos racionales y lejítimos de los que viven con nosotros. Cualquiera que reusa prestarse á los deseos y placeres legítimos de los otros, manifiesta su presuncion, anuncia un jenio y caracter poco sociables, y pierde el derecho á la complacencia de sus asociados. La complacencia es uno de los vínculos mas suaves de la vida, porque supone una dulzura de carácter, una docilidad y una induljencia que nos hacen amables. Mas esta virtuosa cualidad nunca jamás debe confundirse con una débil condescendencia para con los vicios, ni con una baja y servil adulacion, que fomenta las mas culpables disposiciones. Los límites de la complacencia, lo mismo que los de las demas cualidades sociales, están prescritos por la equidad, que nos prohibe conformarnos á los gustos viciosos y perversos. La complacencia es culpable, cuando es dañosa, ya sea á aquellos con quienes la usamos, ó á la sociedad; entónces es una bajeza digna del mayor desprecio.

La complacencia justa, humana y sociable es alma de la vida; estrecha mas y mas los vínculos de la union conyugal; conserva la amistad; y nos habitúa á tener contentos á los que viven con nosotros. La complacencia, contenida en sus justos límites, nos hace amados de todo el mundo; mas cuando es ilimitada, nos hace despreciables aun de aquellos mismos con quienes la usamos. Asiqué la complacencia debe funda se en la bondad, en la filantropía, en un deseo de agradar por medios justos y permitidos; mas ella nos envilece luego que se propone un sórdido interes. La complacencia de un cortesano, de un gorrista, de un adulador, de-

muestra solamente la bajeza de sus almas, haciéndolos despreciables aun de los mismos que reciben sus inciensos. El verdadero amigo estima al que le ama, y nunca exîje cosas que le degraden; si le exîjiera una débil complacencia, el amigo sería un verdadero tirano.

Los sencillos y sólidos fundamentos de todas las cualidades sociales de que acabamos de hablar, son la bondad y la dulzura de carácter: dón precioso de la Naturaleza que dificilmente se encuentra en las almas impetuosas, en los espíritus altivos, y en las personas sin educacion y trato del mundo. El hombre vulgar no sabe ni aprendió nunca á vencerse á sí mismo. Sinembargo la Moral ofrece á los que la consultan un poderoso ausilio para combatir los impulsos del orgullo y de un temperamento demasiado irritable, enseñandonos á ser equitativos, y convenciendonos con reiteradas esperiencias de que los que carecen de afabilidad é induljencia con los hombres, irritan y arman á estos contra sí, y principalmente á las personas altivas y coléricas; en fin, nos hace ver que, por el contrario, la dulzura de carácter triunfa de la violencia, y consigue mejor sus fines que no la fuerza ó el artificio. Entrando en su interior, todo hombre racional logra dulcificar su carácter, y dar á su conducta el tono necesario para complacer á la sociedad. El ejemplo de los cortesanos nos prueba por sí mismo hasta qué punto el carácter puede ser modificado. ¿No vémos en la corte á los hombres mas orgullosos, mas coléricos y mas vanos sufrir con paciencia los mas crueles sonrojos, y oponer un respetuoso silencio á los mas ofensivos discursos de sus amos y señores?

El hombre sociable se observa, se reprime, y trabaja consigo mismo, cuando la Naturaleza no le ha concedido las dotes necesarias para hacerse agradable. Só pena de ser castigado con el aborrecimiento de cuantos le rodean, un hombre dotado de entendimiento y reflexion está obligado á reprimirse, á pesar sus acciones, á culparse cuando ha obrado mal y á correjirse de sus defectos. Todo el que no reprime sus pasiones y su jenio, necesariamente mortifica y ofende á los demas, y no puede gloriarse de merecer su cariño.

Hai además otras cualidades que contribuyen á que el hombre sea apreciado en el comercio de la vida; tal es principalmente la *urbanidad ó buena crianza*, que podemos definir, el hábito de mostrar á las personas con quienes vivimos los sentimientos y las consideraciones que se deben recíprocamente los que componen una sociedad; y tal es tambien el cuidado de conformarse á las reglas de la decencia. En fin, deben contarse en el número de las disposiciones ó cualidades agradables en el comercio de la vida, el injenio, el buen humor, la alegría, los conocimientos tanto útiles como agradables, las ciencias, el buen gusto, los talentos, &c. de cuyas recomendables cualidades hablarémos en el discurso de esta obra (1).

En jeneral, la vida social exije una atencion contínua sobre nosotros mismos, un deseo de complacer á los otros, una timidez racional con que apartemos de nuestras palabras y de nuestras acciones todo lo que puede ofender ó desagradar: sin esta laudable timidez, la sociedad se haria molesta y fastidiosa. Si la justicia prescribe á todo hombre que respete á su semejante, la humanidad le ordena que sufra y disimule sus flaquezas. Todo el que por su vanidad y altivez no hace por reprimir su carácter y moderar su mal humor, debe vivir solo, como incapaz del trato y comercio de los hombres.

---

(1) Véase la Segunda Parte, Seccion 2. cap. 7.

El que quiere vivir agradablemente, no debe nunca perder de vista á sus asociados. Segun un Moralista moderno mui sensato, toda la vida del hombre debe ser *una atencion continua sobre lo presente, una prevision de lo futuro, y un recuerdo de lo pasado* (1). Asiqué, como vamos á manifestar, el malvado es siempre un imprudente, un insensato, un atolondrado, que en su embriaguez ó en su locura trabaja él mismo en destruir la felicidad que piensa hallar practicando el mal. Ningun hombre puede decir que no necesita de otro; ninguno en sociedad puede hacerse feliz á costa y con perjuicio de todos los demás; de donde se infiere que, por la naturaleza misma de las cosas, ningun hombre tampoco puede dañar á sus semejantes sin dañarse á sí propio.

---

(1) V. *Leçons de la Sagesse.*

SECCION TERCERA.

DEL MAL MORAL Ó DE LOS DELITOS, *Vicios y defectos de los hombres.*

CAPÍTULO PRIMERO.

De los Delitos: de la Injusticia: del Homicidio: del Hurto: de la Crueldad.

El exámen que acabamos de hacer de las virtudes sociales, y de las cualidades apetecibles que se derivan de ellas ó que las acompañan, nos prueba claramente que solo practicándolas puede el hombre en sociedad obtener el afecto, la estimacion y la felicidad por la que incesantemente suspira. Unos intereses tan evidentes debieran ser motivos bastante poderosos para determinar á todo ente racional, bien sea á cultivar las felices disposiciones que ha recibido de la naturaleza, bien á procurar adquirirlas y hacerlas habituales por las recompensas que acarrean, bien, en fin, á combatir, reprimir y aniquilar, si es posible, las inclinaciones desarregladas, las pasiones peligrosas, y los vicios y defectos que forzosamente le hacen odioso, despreciable, delincuente y desgraciado. Hagamos ver, pues, á todo hombre del modo mas claro y evidente, que no hai vicio que no sea castigado severamente, tanto por la naturaleza

misma de las cosas, como por la sociedad; y que toda conducta dañosa para los demás, viene siempre á recaer sobre el que la practíca. *La pena*, dice Platon, *siempre sigue al vicio*: Hesiodo dice que *nace con él*. El hombre deja de ser felíz en el momento mismo que se hace culpable.

Si, como tantas veces hemos dicho, la virtud es el hábito de contribuir al bienéstar de la vida social, el *Vicio* debe ser definido, el hábito de dañar y destruir el bien de la sociedad, de la cual, siendo nosotros miembros, indispensablemente hemos de sentir el efecto recíproco. Si la virtud sola merece la estimacion, el afecto y la veneracion de los hombres, el vicio merece su ódio, su desprecio y sus castigos. Si en la virtud solamente consiste la verdadera gloria y el honor verdadero, el vicio no puede causar sino vergüenza é ignominia. Si la buena conciencia, ó la bien merecida estimacion de sí mismo, es una dicha reservada á la inocencia y á la virtud; el temor, el oprobio, los remordimientos y el propio desprecio deben ser las atribuciones del crimen. Si solo el hombre virtuoso puede ser tenido por verdaderamente sábio, racional é ilustrado, el vicioso es un ciego, un insensato, un niño sin razon ni esperiencia, que entiende mal, ó no conoce su interés. Si el hombre que practica la virtud, es un sér verdaderamente sociable, todo nos manifiesta que el malo es un frenético que trabaja en romper los vínculos de la sociedad, y que echa por tierra la casa misma que le sirve de asilo. En fin, si todas las virtudes se derivan de la justicia, todos los delitos, los vicios y los defectos de los hombres, son violaciones mas ó menos graves de la equidad, de los derechos del hombre, y de lo que toda criatura sociable se debe á sí y á las demas de su especie.

Ofender á sus asociados, es ser el hombre injusto,

porque ninguno tiene el derecho de hacer mal á sus semejantes; y es perjudicarse á sí mismo el granjearse por su conducta el desprecio ó el resentimiento de la sociedad, la cual, por su propia conservacion, está obligada á castigar á los que la ultrajan. Se llaman *delitos*, *crímenes*, *atentados*, las acciones que perturban evidentemente la sociedad. El homicidio, la opresion, la violencia, el adulterio, el hurto, son delitos ó violaciones graves de la justicia, que aterrorizan á todos los ciudadanos: no hai miembro alguno de la sociedad que no esté interesado en el castigo de semejantes escesos, porque cada cual puede ser su víctima; todo hombre que se entrega á ellos, se declara enemigo de todos; en el hecho mismo de cometer uno de estos delitos, declara que renuncia á su union con los otros, y por consecuencia á la proteccion y al bienéstar que la sociedad otorga solamente bajo la condicion espresa de ser justo, de contribuir á su felicidad, ó al ménos de no poner obstáculo alguno á ella. El malvado desencadena á todos los hombres contra sí, anula sus propios derechos, y se espone al ódio y resentimiento de los mismos de quienes necesita para su felicidad.

Siendo la vida el mayor de todos los bienes del hombre, es claro que no hai otro alguno que la sociedad deba defender con mayor interés: el homicidio es, pues, mirado justísimamente como el mas negro atentado que se puede cometer. El que priva de la vida á otro hombre, es un injusto, un inhumano, un impío; y por lo tanto, un monstruo contra quien la sociedad debe armarse. El que mata á su bienhechor, añade á estos criminales horrores la mas atroz ingratitud. El que mata á su mismo padre, debe inspirar un horror mui particular, porque éste ha desatendido unos afectos que el hábito debiera haber identificado con él:

con razon se supone que, habiendo atropellado los obstáculos y roto los vínculos mas poderosos para no cometer un atentado semejante, el parricida debe haberse familiarizado de tal modo con el crímen, que para él sea ya un juguete la vida de los demas hombres.

Los delitos, lo mismo que las virtudes, son por lo comun efectos del hábito, porque poco á poco es regularmente como los hombres se hacen malvados (1). El crímen meditado es mucho mas odioso que aquel que solamente es producido de la efervescencia de una pasion repentina, capaz de causar en el hombre una locura momentánea: el que así ha cometido un delito, merece compasion; un solo crímen no siempre anuncia un corazon del todo depravado; mas el crímen reflexivo ó reiterado indica un natural endurecido en el mal, para quien la perversidad se ha hecho habitual y necesaria, y por lo tanto éste es ya entónces indigno de toda piedad y conmiseracion. Los grandes delitos manifiestan un natural indómito, una especie de delirio, ó unas disposiciones funestas, arraigadas con la costumbre, que hacen ordinariamente al hombre capaz de cometer á sangre fria las acciones mas atroces. Los Calígulas, los Nerones, los Comodos fueron ciertamente unos dementes perjudiciales y dañinos, pero mucho ménos odiosos que un Tiberio, cuya crueldad fué siempre tranquila y reflexiva.

Pensar con placer en las ventajas que pueden resultar de un delito, ocuparse de continuo en el interés que puede haber en cometerle, irritar incesantemente la imajinacion con la pintura del provecho que de él ha de provenir, hé aquí los grados

(1) *Nemo repente fuit turpissimus.* Juvenal. Satyr. 2. v. 83.

que conducen á los hombres al crímen; y que ciegan y obscurecen sus ojos para no ver las consecuencias. El hombre dominado por la cólera desea en aquel momento la destruccion del que le irrita; mas acostumbrado á reflexionar sobre las consecuencias de sus acciones, tiembla de horror á vista del peligro á que le espondria el ímpetu de una pasion temeraria; y si tiene una alma verdaderamente grande, olvida la injuria que ha recibido, y no piensa jamás en la venganza.

Los grandes crímenes anuncian comunmente la falta de una educacion capaz de moderar á los hombres, esto es, de habituarlos á combatir sus ciegas inclinaciones. Las personas de buena educacion están acostumbradas á no pensar en el crímen sino con horror; la idea sola de un asesinato les hace temblar; el hurto es siempre para ellas la accion mas infame; pero estas mismas personas dejarán de mirar el homicidio bajo el mismo aspecto, cuando la preocupacion les persuada que un desafio es una cosa necesaria á su honor. Otros juzgarán serles permitido el hurto y la rapiña, porque se creerán autorizados para ellos por la ley, la costumbre y la opinion: ¡cuantos hombres se imajinan autorizados para apropiarse los bienes de sus conciudadanos con el permiso ó la tolerancia del Príncipe!

Para fijar nuestras ideas acerca de las acciones de los hombres, es menester definirlas con esactitud y precision. Esto supuesto, el *hurto* es toda accion que priva á un hombre injustamente y contra su voluntad de lo que tiene derecho á poseer: es una violacion de la propiedad que toda sociedad se obliga á conservar á cada uno de sus miembros. No hai ley alguna que pueda autorizar las acciones contrarias al fin de la sociedad. Así ningun hombre justo suscribirá jamás á las opiniones introducidas por el despotismo y altamente refutadas por la equidad natural, la cual

prohibe á los hombres apoderarse del bien de los otros, y mira el hurto como un crímen, bajo cualquier nombre que se le diere para encubrirle. Esta misma equidad muestra que las conquistas son verdaderos robos de reinos y provincias, y que las guerras injustas son verdaderos asesinatos. Ella muestra tambien que los impuestos que no tienen por objeto la utilidad pública son robos manifiestos: que los provechos ilícitos, los injustos emolumentos, el reusar el pago de lo que se debe, las estorsiones, las rapiñas y las violentas esacciones del despotismo, son hurtos tan criminales como los que se hacen en los caminos públicos (1). Los ladrones comunes pueden disculparse al ménos con la miseria, con la falta aun de lo mas preciso, con la necesidad que carece de ley; mas los tiranos y sus cómplices roban para adquirir lo que no necesitan, haciendo de ello un uso evidentemente contrario al bien de la sociedad particular y de todo el jénero humano.

Cuando una nacion ha llegado á corromperse, fácilmente se familiariza con las acciones mas criminales. Por otra parte, el número y la dignidad de los culpables como que en cierto modo ennoblece la conducta mas delincuente y deshonrosa; y la neglijencia de los Lejisladores parece tambien que la absuelve y la autoriza. Un Grande que de todos toma prestado; un Pródigo que, despues de haber locamente

(1) Los pícaros no se detienen en dar á las cosas sus verdaderos nombres. Cuando los Arabes Beduinos han robado una caravana, ó asaltado á los caminantes, dicen ellos que *han ganado* lo que cojen. Los esactores de las rentas públicas llaman tambien á su ocupacion ú oficio, *trabajo*, y dan el nombre de *provechos* al fruto de sus estorsiones, llamando á esto *hacer un buen negocio*. En buena y sana Moral, todo hombre, que se apodera de los bienes de los otros, ó que, gozando de un sueldo ó recompensa de la sociedad, nada hace en su servicio, es un verdadero ladron.

disipado su fortuna, arruina á sus acreedores; un Comerciante que, abusando de la confianza que se deposita en él, trastorna y embrolla sus propios negocios con su falta de conducta y sus temerarias empresas, y hace bancarrota por último, todos estos no son por lo comun ni castigados ni envilecidos; ellos se presentan en el mundo con atrevimiento y desvergüenza, y á veces hacen alarde y aun especulacion de sus infames estafas. Á los ojos del hombre justo, todos estos no son mas que ladrones, los cuales debieran ser castigados por las leyes, ó cuando nó, desterrados al ménos de la compañía de los buenos. Si todos los que viven á costa de otros son verdaderos estafadores, los aduladores y los gorristas del pródigo ó del tramposo son tambien unos verdaderos encubridores de ellos.

La Moral nos hace formar el mismo juicio de todos aquellos vendedores de mala fé, que sin pudor y sin remordimientos se aprovechan de la sencillez, del poco conocimiento, ó de la necesidad de los otros para engañarlos indigna y torpemente.

Muchos mercaderes se persuaden que su profesion los autoriza para aprovechar todas las ocasiones de ganar; que toda ganancia es lejítima; y aun aquellos mismos que, en cualquiera otra cosa, temerian violar las reglas de la probidad mas severa, y ofender y lastimar su conciencia, no tienen ni conciencia ni probidad, cuando se trata de su negocio. Hai ademas hombres tan perversos, que se jactan con el mayor descaro del abuso vergonzoso que hacen de la credulidad de los otros. La ignorancia demasiado comun en que vive el pueblo de los verdaderos principios de la justicia, es causa de que, sobre todo en las grandes ciudades, casi todos los vendedores por menor sean malos y ladrones. Sólo entre los comerciantes de una clase mas elevada se hallan honor y buena fe; sentimientos que solamente puede inspirar la buena educacion.

La indijencia, la pereza y el vicio conducen por lo comun á los delitos. Los hombres que tienen lo necesario, que lo adquieren con su trabajo, y carecen de vicios que satisfacer, no se dejan arrastrar del deseo de robar ni perturbar la sociedad. Los vicios hacen cometer los delitos para contentar las pasiones viciosas, que desgraciadamente se hacen habituales. El trabajador, cuando está sin ocupacion, forzosamente se vicia, entregándose á toda clase de crímines para saciar sus nuevas necesidades. El hombre opulento y poderoso se llena de vicios y de necesidades, porque se halla ocioso y desocupado; y no bastándole la mayor fortuna para hartar sus codiciosos deseos, se vé obligado á recurrir al delito con la vana esperanza de hacerse mas dichoso.

La *Injusticia* puede ser definida en jeneral, una disposicion á violar los derechos de los otros en favor de nuestro interés personal. La *Tiranía* es la injusticia que los que la gobiernan, ejercen contra la sociedad. Fundándose toda autoridad lejítima en las ventajas que causa á los hombres sobre quien se ejerce, la autoridad se trueca en tiranía luego que se abusa de ella en daño de estos, y en este caso es y se llama usurpacion. Como sólo por gozar de las ventajas de la justicia es por lo que los hombres viven en sociedad, se vé claramente que la injusticia aniquila el pacto social; no reuniendo la sociedad en este caso sino enemigos siempre dispuestos á dañarse, esto es, opresores y oprimidos.

La injusticia relaja y disuelve los vínculos de la sociedad conyugal: un marido despótico y tirano no tiene derecho al amor de su esposa; un padre injusto solamente halla enemigos en sus propios hijos; un amo injusto no debe contar con el cariño y aficion de sus criados: todo hombre injusto, en fin, parece que con su conducta anuncia á cuantos tienen relaciones con él, que renuncia á su afecto; que

consiente en que le aborrezcan, que de nadie necesita, y que sólo piensa en sí mismo. En una palabra, la justicia es el apoyo del mundo, y la injusticia el orijen y manantial de todas las calamidades que le aflijen.

Si la humanidad, la compasion, la sensibilidad son virtudes necesarias á la sociedad, la falta de estas cualidades no puede ménos de ser odiosa y criminal. Un hombre que á nadie ama, que niega sus socorros á sus semejantes, que se muestra insensible á sus trabajos, que recibe placer en verlos sufrir, cuando debiera compadecerse de sus miserias, es un monstruo indigno de vivir en sociedad, y á quien su horrible carácter le condena á huir á un desierto con las fieras que se le asemejan. Ser inhumano, es dejar de ser hombre; ser insensible, es haber recibido de la naturaleza una organizacion incompatible con la vida social; ó bien es haber contraido el hábito de endurecerse á la vista de los males que debiera compadecer. Ser cruel, es encontrar placer en las aflicciones de los demas; crueldad que degrada y hace al hombre inferior á las bestias: el lobo despedaza la presa para comérsela, es decir, para satisfacer la urjente necesidad de su hambre; en vez de que el hombre cruel recrea su imajinacion con la idea de los tormentos de sus semejantes; se complace en su duracion; busca modos injeniosos de hacer mas agudos los aguijones del dolor; y se recrea con el espectáculo de los males que vé sufrir á otros.

Á poco que se reflexîone, nos horrorizarémos al notar cuan inclinados son los mas de los hombres á la crueldad. Un pueblo entero corre á bandadas á ver el suplicio de las víctimas que las leyes condenan á la muerte, y á considerar con una curiosidad ansiosa las convulsiones y agonías del infeliz que los jueces entregan al furor de los verdugos; cuanto mas crueles son sus tormentos, tanto mas

escitan la atencion de un populacho inhumano, en cuyos rostros sinembargo se trasluce al momento el horror que les causa. Un proceder tan estravagante y contradictorio nace de la curiosidad, esto es, de la necesidad de ser hombre fuertemente conmovido; efecto que ninguna cosa le produce con tanta viveza como es la vista de su semejante hecho víctima del dolor y luchando con la muerte. Una vez satisfecha esta curiosidad, luego tiene entrada la conmiseracion, esto es la reflexion, el volver el hombre sobre sí, el que su imajinacion le subtituya en cierto modo al infeliz á quien vé padecer. Al principio de esta horrorosa trajedia, atraido el espectador de su curiosidad, se anima y fortalece con la idea de su propia seguridad, con la comparacion ventajosa de su situacion con la del reo, con la indignacion y el ódio que producen los delitos cuyo castigo vá á sufrir este desgraciado, y con el espíritu de venganza que la sentencia del juez le inspira; mas por último estos motivos cesan, permitiéndole interesarse en la suerte de un hombre como él, al que la reflexion le demuestra sensible y despedazado por el dolor.

Sólo asi pueden ser esplicadas estas alternativas de crueldad y de compasion tan frecuentes entre las jentes del pueblo. Las personas bien educadas se hallan regularmente esentas de esta bárbara curiosidad, porque la costumbre de la reflexion las hace mas sensibles, y sus órganos ménos fuertes apenas podrian resistir y presenciar el espectáculo de un hombre cruelmente atormentado. De aqui puede inferirse, como se ha dicho en otra parte, que la piedad es fruto del uso del entendimiento y de las facultades del alma, en quien la educacion, la esperiencia y la razon han amortiguado esta cruel curiosidad, que conduce al comun de los hombres al pie de los suplicios.

Los niños son por lo comun crueles, cómo se vé por el modo con que tratan á los pájaros y animales que caen en sus manos; si bien es cierto que lloran amargamente despues que los han quitado la vida porque se ven privados de ellos: su crueldad es motivada por la curiosidad, á la cual se junta el deseo de ensayar sus fuerzas, ó de ejercitar su poder. Un niño solamente escucha los impulsos repentinos de sus deseos y de sus temores; si él tuviera fuerzas bastantes, acabaria con cuantos contradicen sus caprichos. Por lo tanto en la edad mas tierna es en la que deben ser reprimidas las pasiones del hombre; entónces deben sofocarse todos los afectos crueles, acostumbrarles á lastimarse de las penalidades ajenas, y hacerles ejercitar la piedad, tan rara y tan necesaria en la vida social (1).

La Historia nos presenta los tronos ocupados frecuentemente por tiranos feroces y crueles; nada es mas raro que Príncipes á quienes desde la infancia se les haya enseñado á reprimir sus afectos desarreglados; por el contrario, se les da una idea tan alta de sí mismos, y una idea tan baja de los otros, que miran á los pueblos como destinados por la naturaleza para servirles de juguetes. De este modo llegaron á formarse tantos monstruos, que se complacieron en sacrificar millones de hombres á sus indómitas pasiones, y aun á sus caprichos pasajeros. Al incendiar á Roma, Neron no se propuso otro objeto que satisfacer su curiosidad; él quiso ver un grande incendio, y saciar su orgullo con la idea de su poder, que le permitia emprenderlo todo contra

(1) Dícese que una Nacion sábia negó la Majistratura á un hombre respetable, á causa sólo de saber de él que en su juventud se complacia en perseguir y matar las aves. En otro pais, un hombre fué echado del Senado por haber ahogado á un pajarillo que acosado se refujió en su pecho. *Addison, Mentor moderno*, n. 61.

un pueblo esclavizado. El orgullo fué siempre uno de los principales móviles de la crueldad y del olvido de lo que se debe á los hombres.

Léjos de formar el corazon de los poderosos de la tierra tierno y sensible, todo concurre á inspirarles sentimientos feroces: ejercitando su ardor guerrero, se los familiariza con la sangre, se los habitúa á contemplar sin piedad millares de hombres pasados á cuchillo, ciudades reducidas á cenizas, campos talados, naciones enteras inundadas en lágrimas; y todo solamente por satisfacer su codicia, ó para recrear sus pasiones. Hasta los placeres y entretenimientos mismos de su ociosidad son góticos y salvajes, pues que no tienen al parecer otro objeto que el hacerlos insensibles y bárbaros. Tal es la ocupacion importante y diaria que desde mui temprano se les dá de persiguir los animales, de acosarlos sin descanso, de estrecharlos hasta el último estremo, y de verlos luchar cruelmente con la muerte (1).

(1) Nada es mas cruel que la caza del ciervo, placer por lo comun reservado á los Reyes y Príncipes: este animal se queja y llora cuando se halla acosado. *Questuque cruentus, atque imploranti similis*, dice Ovidio: parece que implora la piedad del hombre su enemigo: sinembargo, á las mujeres es á las que ordinariamente se las reserva el privilejio de embotar el cuchillo en su garganta. No hai cosa que contribuya tanto á ser los hombres crueles, como el tolerar que los niños se diviertan y entretengan en atormentar á los animales. Locke habla de una madre juiciosa y prudente, que se complacia en que sus hijos tuviesen pájaros y aves para su recreo, pero que los remuneraba ó castigaba segun les daban bueno ó mal trato. *Véase su Tratado sobre la Educacion.* Plutarco entre los antiguos, y M. Rousseau en su *Emilio*, han defendido con mucha elocuencia la causa de los brutos contra la crueldad de los hombres. Los papeles ingleses de 1770 refieren, que un cazador, al ver que un pobre llevaba en la mano una cabeza de carnero para comer él, su mujer y sus hijos, gritó diciendo: *estos bribones son causa de que nos cueste tan caro el mantener nuestros perros.*

¿Y será este el medio de formar almas tiernas y compasivas? Un Príncipe acostumbrado á ver las congojas y agonías de un bruto palpitante bajo el cuchillo ¿se dignará acaso tomar parte alguna en los trabajos y penas de un hombre, que en su dictámen es de una especie inferior á la suya, gracias á sus cortesanos y maestros?

La guerra, este crímen espantóso y frecuente de los Reyes, es evidentemente la que perpetúa la injusticia y la inhumanidad sobre la tierra. ¿Es otra cosa el valor guerrero que una verdadera crueldad usada á sangre fria? Un hombre criado en el horror de los combates; acostumbrado á estos asesinatos colectivos que se llaman batallas; que por su profesion debe menospreciar el dolor y la muerte ¿se enternecerá fácilmente de los males de sus semejantes? Un hombre sensible y compasivo sería ciertamente malísimo soldado.

Asi la crueldad de los Reyes contribuye necesariamente á fomentar esta fatal disposicion en los corazones de un gran número de ciudadanos. Si las guerras han llegado á ser ménos crueles que antiguamente, es porque los pueblos, á medida que se alejan del estado bárbaro y salvaje, han entrado á juicio consigo, y conocido los riesgos á que se espondrian, si no pusiesen límites á su inhumanidad; asiqué se procura ya conciliar en cuanto es posible la guerra con la piedad. Esperémos, pues, que con el socorro de los progresos de la razon, los Soberanos, mas humanos y mas piadosos, renunciarán al placer feroz de sacrificar tantos hombres á sus injustos caprichos. Esperémos que leyes mas humanas y sábias disminuirán el número de las víctimas jurídicas, y moderarán el rigor de los suplicios, que sólo escitan la curiosidad del pueblo, y alimentan su crueldad, sin disminuir el número de los delincuentes.

Para ser inhumano y cruel, no se necesita exterminar á los hombres, ó hacerles padecer suplicios rigorosos. Todo hombre que por satisfacer su pasion, su furor, su venganza, su orgullo ó su vanidad, causa á los otros una infelicidad duradera, posee una alma dura, y debe ser tachado de crueldad; un corazon sensible y tierno debe aborrecer á esos tiranos domésticos que se alimentan diariamente con las lágrimas de sus mujeres, de sus hijos, de sus parientes, de sus criados, y de todos aquellos en quienes ejercen su autoridad despótica. ¡Cuantos hombres con su implacable humor hacen sufrir los mas intensos y contínuos suplicios á todos los que les rodean! ¡Cuântos hombres hai que se avergonzarian de pasar por crueles, y que dan á beber de contínuo el veneno de la tristeza á los desgraciados que la suerte ha puesto en su poder! ¿El avaro no se ha endurecido á la piedad? El disoluto, el pródigo, el fastuoso, ¿nó reusan por lo comun lo necesario á las personas que mas razon tienen de amar, al paso que todo lo sacrifican á su vanidad, á su lúxo, á sus criminales placeres? El descuido, la inatencion, la neglijencia, suelen ser muchas veces verdaderas crueldades. Todo aquel que, cuando puede, descuida ó no quiere remediar las desgracias de su semejante, es un bárbaro, á quien la sociedad debiera castigar con el vituperio y la infamia, y al que las leyes debieran hacer conocer los deberes de toda criatura sociable.

CAPÍTULO II.

Del Orgullo. De la Vanidad. Del Luxo.

El orgullo es una alta idea que forma el hombre de sí mismo, acompañada del menosprecio de los demás. El orgulloso es injusto en cuanto no se aprecia con equidad; él exajera su propio mérito, y no hace

justicia al de los otros. El orgulloso manifiesta su imprudencia y su necedad; aspira á la estimacion, al aprecio y á las consideraciones de los otros, al paso mismo que los ofende con su conducta, no acarreándose por lo comun sino su ódio y su desprecio. El orgulloso es un hombre insociable, que se imajina que es el único centro de la sociedad, de la que quiere obtener esclusivamente el respeto y la atencion, sin tener por su parte consideraciones algunas á los derechos de sus asociados. El hombre orgulloso no vé en todo y por todo sino á sí propio; se figura que sus semejantes no existen sino para adorarle y rendirle sus homenajes, sin estar obligado por su parte á mostrarles su reconocimiento: el orgulloso es colérico, inquieto, irritable; todo lo cual denota la falta de un mérito real y verdadero: la buena conciencia, esto es, la estimacion merecida de sí mismo y de los demás produce por sí propia la fortaleza, la confianza y la seguridad, y nunca teme verse privada de sus derechos.

¿No es en realidad desconocer el hombre sus propios intereses, el manifestarse orgulloso? El que aflije á los otros, les da motivo á que exâminen los títulos del que pretende elevarse sobre ellos, y raras veces resulta de este exâmen que el orgulloso sea digno de la opinion que tiene ó que pretende que tengan de sí mismo. El verdadero mérito nunca es orgulloso, antes bien vá regularmente acompañado de la modestia (1), virtud tan necesaria para atraer

(1) El que se exâmina profundamente, dice el Filósofo ya citado, reconoce siempre las ventajas de la modestia: ni se ensoberbece de sus luces; ni conoce su propia superioridad. El talento es como la salud, que cuando se disfruta es cuando ménos se advierte.

De L' Esprit. Disc. II. c. VII. pag. 90. Edit. en 4.

á los hombres á que reconozcan la superioridad que se tiene sobre ellos, la cual siempre con trabajo llegan á confesar.

Todo hombre, sin la menor duda, se ama á sí mismo, y se prefiere á los otros; mas todo hombre desea ver estos sentimientos confirmados por los demas. Para que con justicia pueda apreciarse á sí mismo, y ver su amor propio apoyado en el dictamen público, es menester que acredite sus talentos, sus virtudes, unas disposiciones verdaderamente útiles, y unas cualidades que obliguen á los otros hombres al respeto. El amor lejítimo de sí mismo, el aprecio fundado sobre la justa confianza de tener merecido el cariño y benevolencia de los otros, lejos de ser vicios, son actos de justicia, que deben ser ratificados por la sociedad, y á los cuales ésta no puede ménos de suscribir.

Prohibir al hombre de bien que se ame, que se estime, que se haga justicia, que reconozca su mérito y valor, es prohibirle que disfrute de la satisfaccion de una buena conciencia, la cual, como hemos visto, no es otra cosa que el conocimiento del juicio ventajoso que produce una laudable conducta. La opinion de su propia dignidad sostiene al hombre de bien contra la ingratitud, que ordinariamente le niega las recompensas que tan justamente tiene merecidas. La confianza que inspira el verdadero mérito permite ciertamente al hombre sabio esta ambicion lejítima, que supone la voluntad y el poder de hacer bien á sus semejantes. ¿Qué sería de la sociedad, sino les fuese permitido á las almas virtuosas aspirar á los honores, á las dignidades y á los destinos, en los qué un corazon magnánimo puede ejercitar su beneficencia? En fin, los sentimientos de honor, el respeto de sí mismo, la nobleza de ánimo, impiden al hombre virtuoso envilecerse, y prestarse á las bajezas y á los medios vergonzosos, con los cua-

les tantos hombres con el mayor afan se engrandecen, sacrificando su honor á la fortuna. Las almas bajas y rastreras nada tienen que perder, porque acostumbradas al menosprecio de los demas, nunca han sabido apreciarse á sí mismas.

No prohibamos, pues, al hombre virtuoso, benéfico é ilustrado que se aprecie á sí propio cuando tiene derecho para ello; prohibamos, si, á todo hombre que pretende agradar á la sociedad, el que exájere su propio mérito, ó que haga de él un vano alarde en ofensa de los demas, porque perderia desde entónces la estimacion de sus conciudadanos: digámosle que la presuncion, ó la confianza infundada de los talentos y de las virtudes que no se poseen, es un orgullo mui ridículo, propio solamente de un necio, que en su delirio se figura estar dotado del mérito que en realidad no tiene. Temamos hacernos despreciables con esta fatuidad, que se enamora de sí misma y de las cualidades de que tan destituida se encuentra. Si es cierto que estas cualidades nos adornan, no molestemos á los otros á fuerza de querer hacérselas conocer; si son falsas, nos hacemos impertinentes y ridículos en el mismo momento que los otros han llegado á descubrir nuestro error ó impostura. Evitemos la arrogancia y la altanería que tanto ofenden y lastiman; desechemos como una locura toda insolencia, la cual consiste en manifestarse orgulloso con aquellos mismos á quienes se debe sumision y respeto: la grosería, la brutalidad y la falta de cortesía son los efetos ordinarios de un orgullo que se hace superior á toda consideracion, reusando conformarse con los usos establecidos, y mostrar las deferencias y atenciones que los hombres se deben mútuamente. Todo orgulloso cree sin duda que solo él está en la sociedad.

La *Impudencia* puede ser definida el orgullo del vicio; la desvergüenza es la osadía ó el descome-

dimiento de la vergüenza: sólo la corrupcion mas completa y escesiva puede hacer que uno llegue á vanagloriarse de lo mismo que debiera avergonzarle á los ojos de sus conciudadanos. El esclavo, el hombre vil ó corrompido, que se gloría de tal, debe ser tenido por un insolente, por un hombre sin vergüenza.

La *Vanidad* es un orgullo fundado en ventajas que son inutiles para los demas. *La Vanidad*, se dice comunmente, *es la gloria de las pequeñas almas.* Un hombre verdaderamente grande nunca se lisonjea de poseer aquellas cosas que reconoce inutiles para la sociedad. El orgullo del nacimiento es una pura vanidad, pues que se funda en una circunstancia casual que no depende en manera alguna de nuestro propio mérito, y de la cual no resulta bien alguno al resto de los hombres. La ostentacion, el fausto, la pompa y el ornato son señales de una vanidad ridícula; y manifiestan que un hombre se estima á sí mismo y quiere ser estimado de los otros por meras esterioridades, en nada interesantes para el público. ¿Qué ventajas resultan de que un hombre deslumbre la atencion de las jentes con sus doradas carrozas, con sus magnificas libreas, con sus costosos frisones? Los convites suntuosos del pródigo no son útiles mas que para algunos gorristas que pagan con adulaciones al necio que los regala.

El luxo es una emulacion de la vanidad que reina entre los ciudadanos de las naciones opulentas. Esta vanidad, alimentada con el ejemplo, llega á ser para los ricos la mas urgente de las necesidades, por quien y á quien se sacrifica todo. En vista de los atentados y delitos que esta vanidad epidémica ocasiona todos los dias, no es posible suscribir al dictámen que algunos Escritores, por otra parte bien intencionados, han formado del luxo. Es verdad que él atrae las riquezas á un Estado; ¿mas estas riquezas socorren las miserias del mayor número? No sin duda: los metales atraidos por el luxo se reconcentran desde luego en un pequeño número de manos, y no salen de ellas sino para alimentar el luxo de los ricos, sin dar el menor socorro á los labradores, á los ciudadanos laboriosos, ni á las artes verdaderamente utiles, que el luxo mira con desden. Los tesoros del hombre vano estan reservados á su fausto, á su molicie y á sus placeres. Él los reparte á manos llenas entre los aduladores, los corredores de sus vicios, las rameras, y los pícaros de toda especie; no conoce el placer de la beneficencia, y nunca tiene con qué alentar ni socorrer á los virtuosos desgraciados; los dispendios necesarios para su luxo no le dejan medios algunos de hacer bien. La vanidad endurece el alma y cierra el corazon á la benevolencia y á la compasion. En fin, asi como de pequeñas causas multiplicadas resultan los mas grandes efectos, de la vanidad pueril del luxo dimana siempre la ruina de los mayores Estados. La vanidad nacional es siempre efecto de un Gobierno injusto y vano: descontento cada uno con su suerte, sólo trata y se afana por salir de su esfera.

Es, pues, igualmente interesante á la Política y á la sana Moral contener y deprimir el luxo, y curar á los hombres de la fatal vanidad que le produce. Para esto es necesario formarse ideas esactas de este mal contajioso, tan funesto á las sociedades como á los individuos. Parece debe entenderse por *Luxo*, todo gasto ó dispendio que solamente tiene por objeto la vanidad, el deseo de igualar ó de esceder á los otros, y el designio de hacer de sus riquezas una inutil ostentacion; ademas deben llamarse *gastos de Luxo* todos aquellos que esceden nuestras facultades, ó que debieran ser empleados en usos mas necesarios y conformes á los principios de la Moral. El Soberano de una Nacion opulenta no puede ser acusado de luxo

cuando, sin oprimir á sus súbditos, erije ó edifica un Palacio, cuya magnificencia anuncie á los ciudadanos que aquella es la residencia de un Jefe supremo, ocupado en su felicidad y digno de sus respetos. Este mismo Soberano puede tambien adornar su habitacion y morada con la pompa y magnificencia que el buen gusto le dicte, con tal que estos adornos no sean comprados á costa de la felicidad pública. Pero un Monarca que, para saciar su orgullo, arruina su pueblo con impuestos, le abisma en la miseria, y le insulta despues ofreciendo á su vista soberbios edificios, es un Tirano, reo de un luxo criminal, y cuyos enormes y costos dispendios sólo merecen el odio y execracion de las almas justas.

Que un Príncipe, animado del reconocimiento, construya un asilo espacioso y cómodo para los Militares inválidos que le han servido, no podrá por esto acusarseles de luxo ó de vanidad; pero si consultando unicamente su inclinacion al fausto, en vez de un retiro de la indijencia, erije un soberbio Palacio, gravoso para su pueblo, este Monarca ya no es benéfico, sino que trata de satisfacer su orgullo, manifestando un luxo mui inutil, y habria empleado mucho mejor su dinero, si omitiese estos vanos ornatos, á fin de sustentar con su importe mayor número de infelices.

Un Grande ó un particular opulento pueden sin luxo construir para sí una habitacion agradable, y adornarla con gusto y comodidad; mas son unos insensatos, si se proponen igualar la magnificencia de un Rey; son criminales, si la erijen á costa de sus conciudadanos; y son en fin, culpables de la locura mas reprehensible, si contentan su vanidad arruinando á su descendencia.

Todo hombre de conveniencias puede vestirse de un modo que le distinga del pobre; y puede asimismo sin luxo gastar coche y tener un cierto número

de criados; pero si cada dia hace ricos vestidos, costosos trenes y preciosas alhajas; si llena su casa de inutiles y ociosos criados, daña y perjudica á todos aquellos á quienes debiera aliviar; él hace, sí, ricos á los plateros, sastes y guarnicioneros; mas priva á los campos de labradores que los cultiven, multiplica los holgazanes y viciosos, y causa un verdadero mal á la sociedad; y si de este modo trastorna y pierde su casa y sus negocios, se perjudica á sí mismo, y roba á sus acreedores. En fin, daña á los demas hombres menos pudientes que él, porque su ejemplo anima y fomenta la vanidad, siendo las comodidades y la pompa del rico un luxo destrutor para estos.

Los ricos y los grandes pueden mui bien disfrutar los placeres de la mesa, reunir en ella á sus amigos, darles una buena comida, y escojer para ella los mejores y mas delicados manjares. ¿Mas no es una vanidad estravagante no contentarse con los frutos y jéneros que produce el pais? ¿No es una verdadera locura el querer competir con los banquetes de los Soberanos, arruinándose enteramente? ¿No es una dureza y crueldad el sacrificar á su vanidad quimérica lo que bastaria para alimentar á muchas familias virtuosas, que ni aun pan tienen para su alimento?

Lo que en el rico es necesario, es un luxo para el pobre. El hombre opulento contrae mil necesidades que el pobre debiera siempre ignorarlas. El uso del tabaco es un luxo ruinoso para el trabajador ó jornalero, que apenas gana para vivir. El rico puede frecuentar los espectáculos sin arruinarse, mas el artesano se pierde si se aficiona á ellos.

El luxo, por último, saca á todos los hombres de su esfera, y fomenta en ellos mil necesidades imajinarias, á las que locamente sacrifican con frecuencia las necesidades mas verdaderas y los mas sagrados deberes. En un pais lo agradable prevalece siem-

pre sobre lo útil; la vanidad de lucir y de aparentar hace que nadie esté tranquilo y satisfecho; cada uno se escede en gastos; y todos, desde el Soberano hasta sus mas ínfimos súbditos, viven descontentos con su suerte. No hai uno que no esté atormentado de una vanidad envidiosa, que le hace avergonzarse de ser sobrepujado por los otros; cada uno se tiene por despreciable desde que no puede escederlos ó igualarlos. Esta vanidad degenera en una manía tal, que el suicidio no es raro en las ciudades dominadas por el luxo; el sonrojo de verse el hombre abatido y humillado á vista de los otros hombres le reduce á la desesperacion.

La ambicion que, por las desolaciones que produce en el mundo, se llama la pasion de las grandes almas, no es regularmente sino efecto de una vanidad inquieta y descontenta de su suerte: esta sed insaciable de dominacion y de gloria, es una locura que en lugar de conducir á la verdadera gloria, debiera conducir á la pública execracion. Un Conquistador es las mas veces un jenio pequeño y miserable, el cual, siendo incapaz de gobernar bien á los antiguos súbditos que el destino le ha confiado, tiene la necia presuncion de creer que gobernará mucho mejor á los nuevos que intenta subyugar. Si Alejandro con la sabiduría de su conducta y de sus leyes hubiese hecho felices los Estados que habia heredado de sus padres, se le perdonarian quizá sus conquistas en el Asia; mas este Héroe, engreido con sus victorias, tiene la necia vanidad de ser tenido por hijo de Júpiter, y muere sin haber dado la mas pequeña señal de sabiduría, de talento, ni de virtud, sin las cuales no existe ciertamente ni honor ni gloria verdadera.

Lo que vulgarmente se llama *honor* en la mayor parte de las naciones, es sólo, como hemos visto, una vanidad cosquillosa, que inquieta siempre

con el conocimiento de su poco mérito, y temerosa de verse humillada en la opinion de los otros, conduce muchas veces al hombre á los mas terribles escesos. En fuerza de las preocupaciones en que se funda este honor, el hombre culpable de un asesinato, de un verdadero delito, se presenta soberbio y orgulloso enmedio de la sociedad, su feroz vanidad le persuade que tiene derecho á la estimacion pública, por haber tenido la audacia de matar á un ciudadano á sangre fria, y de insultar á las leyes.

En fin, de todos los vicios de los hombres, quizá ninguno hace cometer tantos delitos como la vanidad, sin contar las locuras y caprichos á que los precipita á cada paso. Esta vanidad persuade á los poderosos de la tierra, que un fausto ruinoso para los pueblos es el único medio de merecer la atencion y respeto de los hombres imbeciles; segun estos principios, las naciones estan condenadas á regar la tierra de sangre y de sudor para que sus soberbios y orgullosos tiranos luzcan con ostentacion, erijan suntuosos edificios, y conserven el esplendor de su trono. ¡Príncipes! dejad vuestra pompa; gobernad con justicia á vuestros súbditos; trabajad en hacerlos felices, y no tendreis necesidad de ofuscarlos con un vano aparato, indicio seguro de una pequeña alma, que asi procura ocultarse bajo la máscara de una grandeza aparente.

Los Grandes, los Nobles, los Ciudadanos mas distinguidos de las naciones, por un efecto de sus preocupaciones, sacrifican de contínuo su felicidad permanente y duradera á las necesidades imajinarias que inventa la vanidad. Asi los vemos permutar su tiempo, su libertad, su honor, su fortuna, y aun su vida, por títulos, por vanos sonidos, por cintas y por dijes; ¡futiles distinciones, de las cuales, á falta de mérito y de virtudes, necesitan tantos hombres para hacerse nobles é ilustres á los ojos de sus

conciudadanos! Los privilejios injustos, las vanas precedencias, las prerogativas ideales producen ordinariamente contiendas, divisiones y partidos que desunen las Cortes, que ponen á las naciones en guerra, y que á veces trascienden y trastornan al universo entero.

La Moral, á pesar de no ser atendida, no puede ménos de repetir de continuo á los hombres que cultiven su razon, que reflexionen las consecuencias de sus locas vanidades, y que se convenzan de que en la virtud sola consiste la gloria, el honor, la nobleza y verdadera grandeza. ¡Cuán pequeños aparecen los mas grandes hombres á los ojos de los que meditan y ven lo pequeñuelo de las causas que ordinariamente mueven la máquina del mundo! Insustanciales y municiosas disputas, vanas opiniones, hipotesis ridiculas y pueriles, tercamente sotenidas por hombres los mas necios y caprichosos, bastan para encender ódios inmortales, y para turbar el reposo de las naciones.

La obstinacion, confundida las mas vecs con la firmeza, con el amor de la virtud, con el celo por la justicia, no es comunmente sino efecto de una vanidad despreciable, por la que el hombre forma un punto de honor en no darse por vencido. El hombre terco tiene la locura de creer que su razon superior no puede engañarle en manera alguna; su amor propio raras veces le permite ser justo; persiste en la injusticia, y se imajina que va toda su gloria en no retractarse jamás. ¿Hai un estravío mas comun y mas funesto? ¿Qué cosa ciertamente mas honrosa y mas noble que una franca confesion de su error ni mas sincero que el homenaje que se rinde á la verdad? Siempre reconocemos una grandeza de alma y una fortaleza admirable en el que sabe sujetar su vanidad; asi como despreciamos al hombre terco y porfiado, cuyo inflexible orgullo no quiere ceder jamás. ¡De cuántos torrentes de sangre nó ha sido mil veces inundada la tierra por la obstinacion y terquedad de algunos especuladores y políticos, empeñados en hacer adoptar á las naciones sus dictámenes como oráculos infalibles! ¡Qué de males y desolaciones no ha causado la máxima soberbia y perniciosa de tantos Soberanos, persuadidos que se les tenia de que *la autoridad jamás debe retroceder*! Nunca un Príncipe es mas grande, ni mas amado de su pueblo, que cuando reconoce que ha sido engañado, y remedia los males que han podido causar sus errores.

Amamos á las personas tímidas y dóciles, porque nos prometemos dispóner de ellas á nuestro agrado y voluntad; mas sinembargo esta misma timidez, que tan amable nos es, y que frecuentemente confundimos con la modestia, no suele ser á veces sino efecto de una vanidad secreta, la cual se humilla, temerosa de no ser respetada tanto como ha creido que merece: este amor propio delicado no quiere arriesgarse á los asaltos que conoce no puede sostener.

En una palabra, no hai formas de que el amor propio no se revista para encubrirse. Cuando esta pasion hipócrita no tiene valor para mostrarse á descubiertas, toma tales rodeos y disfraces que apenas pueden conocerlos los mas atentos observadores. Sin equivocacion podemos decir que la vanidad, clara ó encubierta, es el móvil universal de la mayor parte de los hombres: muchas veces camina tan de oculto, que hasta nosotros mismos la ignoramos; á cada momento se trasforma y nos engaña; y á veces, sin advertirlo nosotros, nos arrastra poco á poco á las mas ofensivas y criminales acciones, que nos causan eternos pesares y arrepentimientos.

Los intereses mal entendidos, un amor propio inconsiderado, una pueril vanidad, hé aqui los ver-

daderos azotes y castigos de las naciones y de las sociedades particulares: estas por desgracia vienen á ser unas palestras, donde cada uno se presenta, por decirlo asi, á ostentar y hacer alarde de su vanidad; cada uno quiere en ellas sobresalir, dominar á los otros, y hacer siempre uno de los primeros papeles. Asi es que entre los entes que se llaman sociables, se hace necesaria una incómoda circunspeccion y un temor continuo, á fin de no ofender las pretensiones impertinentes de cuantos se nos acercan. Los mas íntimos y familiares amigos se hallan espuestos por lo tanto á desavenirse, á separarse para siempre, y aun á quitarse la vida los unos á los otros por una sola indiscreta palabra, insufrible á su vanidad y orgullo. Nada mas dificil ni mas peligroso que vivir entre hombres que hacen consistir su honor y su gloria en vanas puerilidades, que hacen á veces á los ciudadanos de una nacion civilizada tan coléricos, tan vengativos, y tan crueles como los salvajes mas estúpidos. Al ver los objetos en que los mas de los hombres fijan su vanidad ó sus derechos, podemos mirarlos como unos niños, incapaces de llegar jamás á la edad de madurez (1). No se ven en el mundo mas que hombres, cuyo amor propio de continuo se considera lastimado y ofendido por el de los demas; sólo vemos en él insensatos que tienen la locura de exijir de todos lo que ellos no conceden á nadie.

Al orgullo, á la presuncion, á una loca vanidad debe atribuirse ciertamente el vicio de esos tiranos de la sociedad, que se llaman hombres *delicados y exîjentes*. Una altivez la mas injusta los persuade que se les falta al respeto á cada momento, y que no se les guardan las atenciones que merecen; siendo asi que ellos son los que faltan con mucha frecuencia á lo que deben á sus mismos amigos, y á todos los hombres.

Nada es mas incómodo en el comercio de la vida que los hombres de este carácter; nada mas injusto que el orgullo de los que quieren ser amados de todos, no amando ellos á ninguno; nada tan comun como hombres que desean ser respetados de aquellos mismos á quienes desprecian, manifestándoselo á veces sin la menor reserva ni rodeo. Nada mas insociable que un amor propio que todo lo refiere á sí mismo, sin jamás respetar el amor propio de los demas. Los hombres mas exîjentes y delicados son por lo comun los que tienen menos derechos á la estimacion de aquellos de quienes exîjen el respeto y la devocion mas completa.

Al considerar la conducta de la mayor parte de los hombres, ocupados de contínuo en sus pueriles vanidades, podemos mirarlos como unos niños á quienes la razon no puede curar de sus locuras. Una necia vanidad y un orgullo despreciable dirijen é inficionan todas sus acciones, y son las palancas que hacen mover al mundo.

Mas por otra parte, aquel que se despreciase enteramente á sí mismo, poco ó nada se afanaria en merecer la estimacion de sus semejantes, que tan apreciable debe ser para todo hombre. Los que se reconocen poco dignos de aprecio y consideracion, se abandonan, y cometen bajezas de las cuales su amor propio ya envilecido no se avergüenza: si les queda todávia alguna enerjia, se hacen impudentes y atrevidos, despreciando altamente el *qué dirán*. Nada es mas peligroso que los hombres envilecidos que han renunciado enteramente

(1) El caballero Digby observa que »los hombres tienen »un deseo tal de parecer superiores á los otros, que llegan al »estremo de gloriarse de haber presenciado lo que nunca vie»ron. De aqui las mentiras y patrañas de los viajeros, las exâ»jeraciones de los novelistas, &c. &c. &c.

á la estimacion publica. (2)

Haciéndose el hombre justicia á sí mismo, entrando algunas veces en el fondo de su corazon, podrá moderar poco á poco los ímpetus violentos de una vanidad que parece innata en la naturaleza humana. La equidad nos enseña á no encarecernos las cualidades fáciles de poseer. Si todo el hombre, de buena fé consigo mismo, se preguntase en qué consiste pues esta preeminencia que se arroga sobre los otros; si exâminase á sangre fria los títulos con que exîje los respetos y consideraciones de los demas, y que no teniéndolos, se adjudica de su propia autoridad, es de creer que este exámen habitual le haria mas reservado, y desde luego mas apreciable á la sociedad, la cual le agradeceria los sacrificios que hiciese en su obsequio. Hagámonos, pues, verdaderamente estimables, y no necesitarémos de artificios para hacer que nos estimen. ¡Cuantos hombres se ahorrarian de mil inquietudes y penalidades, si reconociesen lo que son!

Por falta de estas sencillas reflexîones, una desagradable vanidad vicia todas las acciones del hombre; puebla la sociedad de una multitud de insensatos, que prefieren el necio placer de parecer felices al de serlo realmente; y llena el trato de las jentes de vanidosos, de fatuos, de impertinentes, de presumidos, de hombres *hechos de persona*; y de atolondrados, que se esfuerzan y fatigan por hacerse ridículos, y aun insoportables muchas veces. La mitad del jénero humano se ocupa de contínuo

(1) »Decir uno de sí mismo ménos bien de lo que puede »y debe, es necedad y no modestia: contentarse uno con me»nos de lo que vale, es cobardía y pusilanimidad, segun »Aristóteles.

Essais de Montagne, lib. II. cap. 6.

en burlarse de la otra mitad en venganza de las ofensas que los unos se hacen á los otros. Cada cual se esfuerza sólo en aparentar, en llamar la atencion de las jentes é infundirlas respeto, finjiendo aquellas cualidades que supone capaces de hacerle conseguir la preferencia que ambiciona; mas ninguno entra en su interior (1); ninguno se fatiga en adquirir las cualidades que el público no podria ménos de reconocer y respetar. En fin, ninguno procura mostrar en su conducta aquella modestia que le agrada siempre en los demas. Para conseguir un lugar distinguido en la opinion pública, los mas de los hombres se toman unos trabajos tan molestos como contínuos, y por último sólo consiguen regularmente hacerse incómodos y despreciables á los ojos de aquellos mismos, cuyos respetos ansiaban. El camino mas seguro para la estimacion es merecerla con virtudes reales y verdaderas. Todo hombre que se aprecia á sí mismo en mas de lo que vale, sólo consigue por lo comun degradarse, y perder una parte de lo que justamente merece.

CAPÍTULO III.

De la Cólera. De la Venganza. Del mal Humor. De la Misantropia.

La cólera es un aborrecimiento repentino mas ó ménos permanente de los de objetos que juzgamos contrarios á nuestro bienéstar. Nada es mas natural que esta pasion en un hombre perpetuamente ocupado en su propia conservacion y felicidad; pero nada tampoco mas necesario á una criatura racional y sociable que reprimir los movimientos

(1) *At nemo in sese tentat descendere, nemo.*
PERS. SATIR. 4. VERS. 23.

impetuosos, tan perjudiciales á sí propio como á los que viven con él. En jeneral la razon prueba que todo hombre en sociedad debe, por su mismo interés, armarse contra todas las impulsiones que le perturban é impiden usar de su juicio, de su reflexîon, y de la esperiencia que debe servirle de guia. " El »sábio, dice Epicuro, puede ser ofendido por el odio, »por la envidia y por el desprecio de los hombres; »pero esté seguro que en él consiste hacerse superior »á toda injuria con la fuerza de su razon. La sabidu»ria es un bien tan sólido, que impide al que la po»see salir de su estado natural, ó cambiar de ca»racter con la cólera, aun cuando su voluntad fue»se esta" (1).

La cólera, lo mismo que todas las pasiones, puede ser detenida, contrapesada, y reprimida con el temor de las consecuencias molestas que puede acarrear tanto á nosotros como á los demas hombres. Todo hombre sociable debe ser racional, es decir, debe distinguir los movimientos naturales que puede seguir sin peligro, de aquellos que prudentemente debe resistir: debe estar habituado á regular sus movimientos de un modo conveniente á la sociedad: debe haberse acostumbrado desde mui temprano á vencerse, y con la costumbre de hacerlo facilitar el vencimiento. Es menester repetirlo: todo hombre que no está habituado á resistir á las propensiones de su naturaleza es un miembro dañoso en la sociedad. Los Príncipes, los Grandes, los Ricos, así como las jentes del pueblo, son los mas sujetos á la cólera, por-

---

(1) *Detrimenta quæ ex hominibus, sive odii, sive invidiæ, sive contemptùs causa fiunt, sapientem autumat ratione superare. Eum verò qui semel fuerit sapiens, in contrarium habitum transire non posse nec sponté variare.* Diogen. Laert. de vitis et dogmatibus Philosophorum. Lib. X. Sec. 117.

que sus pasiones en la infancia han sido aduladas ó no reprimidas. Sería inútil hablar aquí de los efectos temibles de la cólera de los Reyes, cuando el universo entero ha retumbado en todos tiempos á los espantosos rujidos de estos leones desencadenados, ó á los gritos de las naciones desoladas por sus furores.

Aunque á primera vista los ímpetus de la cólera manifiesten vigor, fortaleza y enerjía en el alma, los mas de los Moralistas han atribuido esta pasion á la debilidad. Efectivamente, ella supone una movilidad en los órganos que los pone en estado de ser fácilmente afectados; esta descomposicion tan fácil de la máquina, ó esta *irritabilidad*, se advierte sobre todo en las mujeres, á quienes la naturaleza ha hecho por lo comun mas sensibles, mas débiles, y por lo tanto mas sujetas á la cólera que los hombres. Igualmente los niños, desde la edad mas tierna, dan con sus gritos, sus lágrimas, sus pataleos y sus convulsiones, señales nada equívocas de la cólera que los ajita siempre que no se condesciende con sus caprichos: si sus fuerzas correspondiesen á sus furores, una criatura sería capaz de acabar con su nodriza ó con su madre, cuando le quitan ó no le dan un dulce ó un juguete: poco á poco sus órganos se van fortificando, y se hace mas tranquilo y contenido, castigándosele ademas por sus corajes y enojos, que son á veces capaces de poner en peligro su salud y aun su vida; el temor le enseña á contenerse, y de este modo va adquiriendo la razon por grados, hallándose insensiblemente criado de un modo conveniente para vivir en sociedad.

Todo hombre, que vive con sus semejantes, debe saber que se halla rodeado de otros que, como él, están llenos de defectos, de vanidades, de pasiones y de flaquezas; y por lo tanto debe concluir de aquí, que su propio interés le prescribe soportarlos con induljencia, y que una cólera continua le pondria en un

estado contínuo de guerra con todos aquellos que tratase. El que es propenso á la cólera, es habitualmente desgraciado: todo le ofende, el ódio habita de asiento en su corazon, y suscita esta desagradable pasion en todos los que sus furias y enojos horrorizan, y hacen á veces infelices. El hombre colérico no puede jamás gozar de una felicidad durable, á causa de que la menor cosa le inquieta y le perturba. Descontento con todo el mundo, á nadie hace felíz: es como un tirano enmedio de los esclavos, de cuya aversion recela á cada paso; el terror que inspira está escrito en el rostro de su mujer, de sus hijos, y de sus criados, los cuales sólo descansan en su ausencia.

La dulzura es un medio seguro de desarmar la cólera: sinembargo hai hombres de tal modo dominados de esta pasion, que la dulzura misma los irrita mas aún, y los precipita en una especie de rabia y desesperacion; entónces la vergüenza del mal que han obrado, ó la vanidad, juntándose á la cólera, da á esta nuevas fuerzas, y la convierte en delirio. Este fenómeno en la moral nos prueba evidentemente que el hombre de natural tranquilo goza de una superioridad que el hombre colérico, aun en su locura, forzosamente reconoce.

En efecto, la cólera es en algunas personas un frenesí, una pequeña rabia, una verdadera locura. A no ser asi ¿cómo esplicar la conducta de algunos coléricos? ¿de aquellos, digo, que en los accesos de su ciega furia emprenden con los objetos inanimados, aporrean las mesas y paredes, se hieren muchas veces gravemente, y aun se arrojan á la misma muerte? Se vé, pues, que el hombre entregado á la cólera, al paso que se hace temible á todo el mundo, debe temerse á sí propio, y nunca puede prevér hasta qué punto le llevarán sus furias. Si aun estando solo es capaz de dañarse á sí mismo, ¿qué podrá suceder hallándose en compañía de otros? Jamás el colérico está seguro de volver á su casa, porque siendo incapaz de sufrir nada, puede á cada paso encontrarse con hombres tan coléricos y temibles como él que le castigarán quizá de su humor insociable. La *Cólera*, dice un sábio del Oriente, *comienza por la locura, y acaba con el pesar.*

Aristóteles era de opinion que la cólera podia algunas veces servir de arma á la virtud; mas nosotros dirémos con Séneca y Montagne que en todo caso "ésta es un arma de nuevo uso, porque nosotros, dice aquel, manejamos las demás armas, y »ésta nos maneja á nosotros; nuestra mano no la »guia, sino que es ella quien guia nuestra mano, »siendo dificil entónces contenerla" (1).

Aunque la cólera sea una pasion peligrosa, hai sinembargo una que debemos aprobar. Esta es aquella cólera social que deben necesariamente suscitar en todas las almas justas el crimen, la injusticia y la tiranía, con las cuales no le es permitido á ninguno mostrarse indiferente, debiendo irritar á todo buen ciudadano, ó producir en su corazon una indignacion permanente. Esta cólera lejítima, llamada por Ciceron *ódio civil*, es una pasion que anima á todos aquellos que se interesan fuertemente en la felicidad del jénero humano. Todo hombre que no se turba ni altera al ver las injusticias y opresiones que se hacen á sus semejantes, es un débil y mal ciudadano. En este sentido dicen los Arabes que *por su cólera es reconocido el sábio* (2).

La cólera oculta, alimentada en el fondo del corazon y por largo tiempo reprimida, no es ménos cruel en sus efectos; ella es la que produce la *venganza*. Esta temible pasion, fomentada por el pensamien-

(1) *Essais*. Lib. II. cap. 31. al fin.
(2) *Sentent. Arab. in Erpenii Grammat.*

to, atizada por la imajinacion, y fortificada por la reflexion, se hace mas peligrosa todavía que la cólera mas exaltada, la cual pronto se desvanece. La violencia repentina y manifiesta merece mas induljencia, siendo ménos temible que el furor oculto de aquellos hombres tan dueños de sí mismos, que disimulan sus sentimientos hasta el momento que les presenta la ocasion de vengarse á su placer. Por lo regular se puede contar con la bondad de corazon y con la jenerosidad del que es fácil de irritarse, porque cuanto mas vivas son las llamaradas de su cólera, son ménos duraderas; en vez de que jamás es segura ni sincera la reconciliacion de un hombre, que disimula y que sabe ocultar y reprimir por largo tiempo en su corazon la cólera nacida de una ofensa. La pasion de la cólera es tanto mas incómoda, cuanto es mas dificil ocultarla: asiqué el vengativo es verdugo de sí propio, mientras acecha y espía las ocasiones de ser cruel con otros.

La venganza tiene siempre por movil al orgullo ó la vanidad. Vengarse, es castigar al que ha escitado nuestra cólera; es hallar un placer en darle á conocer que uno puede hacerle desgraciado. La venganza es comunmente cruel, porque el pensamiento y la imajinacion exajeran el ultraje que hemos recibido. El vengativo cree que su venganza es incompleta, si aquel de quien se venga ignora de qué mano le vienen los golpes que recibe. Hé aqui sin duda por qué Calígula recibia un gran placer en mandar venir á su presencia las víctimas que destinaba á perecer en los tormentos; y hé aqui tambien por qué decia á sus satélites *que las hiriesen de modo que sintieran los horrores de la muerte* (1)

(1) Italia nos ofrece el ejemplo de una venganza la mas atroz y estraña que ha podido contarse. Una mujer de mala vida, irritada de la infidelidad de su amante, disimuló el deseo de vengarse por espacio de dos años que duró su nueva pasion: al cabo de este tiempo volvió este hombre á los amores de su primera dama, la cual le recibió con ardor, y ninguna reconvencion le hizo; mas le clavó un puñal en el corazon inmediatamente despues de haberle dejado cometer un pecado con ella, por el cual, segun su sentir, se condenaria el desdichado.

Como los hombres son siempre jueces sospechosos y recusables en su propia causa, las leyes de todos los paises civilizados se han reservado el derecho de vengar á los ciudadanos, quitándoles la facultad de castigar las ofensas que reciban. En esta parte las leyes son conformes al interés de la sociedad y de los individuos; son justas, porque impiden á los hombres ser injustos y crueles; y son sociables, pues que de este modo dan á conocer que los hombres espuestos de contínuo á irritarse recíprocamente, deben reflesionar sobre las consecuencias de sus acciones, y olvidar las ofensas que no suelen ser las mas veces sino pequeñeces y efectos de la humana debilidad. La naturaleza, la justicia, la humanidad, la grandeza de alma, y la filosofia proscriben á una la venganza, y hacen obligatorio el perdon de las injurias (1)

Hubo quien decia que la venganza era *el manjar de los Dioses*, es decir, un placer tan grande, que ellos le envidiaban á los mortales. ¡Mas qué dioses

(1) La Filosofia habia enseñado desde el principio á los hombres la doctrina del perdon de las injurias. Plutarco nos dice que los Pitagóricos se consideraban obligados á darse la mano en señal de reconciliacion, antes de ponerse el Sol, cuando se habian ofendido los unos á los otros. *Aquel*, dice Menandro, *es el mas virtuoso entre los mortales, que sabe mejor soportar las injurias con paciencia.* Juvenal ha dicho despues, que la venganza es sólo un placer para las pequeñas almas.

. . . . minuti
Semper et infirmi est animi, exiguique voluptas,
Ultio. . . . . JUVEN. SATYR. XIII. vers. 189.

podian ser estos sino aquellos entes vengativos de la Mitolojía, que sensibles á los despreciosos de los hombres, sólo diferencian sus castigos para ejecutar despues en ellos una venganza mas ruidosa y horrible! Estos dioses coléricos, implacables, disimulados en sus venganzas, é insociables, no pueden servir de modelos á los hombres que viven en sociedad: todo nos convence de que la vanidad es una verdadera pequeñez, que la induljencia y la humanidad son virtudes amables y necesarias, y que la verdadera fortaleza supone la paciencia. ¿No es hacerse uno á sí mismo desgraciado, llevar siempre consigo el odio y la rabia en el seno de su corazon? La venganza sólo sirve para eternizar las enemistades en el mundo; el placer futil que nos causa, va siempre seguido de eternos arrepentimientos; ella es ocasion de que la sociedad nos tenga por hombres peligrosos: aquel, dice Filemon, *que perdona una injuria, obliga á su enemigo á injuriarse á sí propio.* Todo, pues, nos persuade que el hombre que sabe perdonar, es á los ojos de los demas hombres mucho mas apreciable, mas fuerte y mas grande que no el insensato que le ha ultrajado, ó que el débil que nada puede sufrir. "Un débil, dice un Moderno, puede combatir; »un débil puede vencer; mas un débil no puede ja»más perdonar" (1).

La jenerosidad que hace perdonar las injurias, es un afecto desconocido de las pequeñas almas, de las jentes del pueblo, de los hombres comunes. Los salvajes, segun las relaciones de los viajeros, son implacables en sus venganzas, las cuales se perpetúan entre ellos de unas razas en otras hasta la destruccion entera de sus diversas tribus. El espíritu de venganza, que subsiste todavia en muchos pueblos que se precian de civilizados, y la idea que se tiene de que un hombre de valor no debe nunca sufrir una afrenta, son reliquias aun de la barbarie que introdujeron en Europa las naciones feroces y guerreras, que en lo antiguo sojuzgaron el vasto Imperio de los Romanos.

(1) *Addison. Mentor moderno N. 20.*

Mas ni hombres de esta naturaleza, ni soldados bárbaros y feroces son modelos que han de imitar hombres mas sabios, esto es, mas instruidos en los intereses de la sociedad, y en lo que constituye el valor, la grandeza de alma, y la verdadera gloria. El hombre inculto y salvaje está mui lejos de reflexionar, y sigue ciegamente los impulsos momentáneos de su furor; mas el hombre civilizado es verdaderamente sociable, y se acostumbra á reprimir las pasiones, cuyas peligrosas consecuencias ha llegado á conocer. Por la esperiencia se distingue el hombre de razon del niño, del salvaje, y del imprudente (1).

Hai ademas otra cualidad ó disposicion, que aunque no produce los efectos impetuosos de la cólera ó las crueldades lentas y reflexivas de la venganza, no por esto deja de hacer á muchas personas incomodas y molestas en la sociedad. Hablo, pues, del *mal Humor*, el cual es una disposicion habitual á irritarse. El *mal Humor* nace por lo comun de un temperamento viciado, é influye de un modo mui enfadoso en el carácter, á ménos que este vicio de la organizacion no haya sido cuidadosamente reprimido ó

(1) En todos los paises donde la justicia no se administra con fidelidad, se ven reinar comunmente las mas crueles venganzas. Cuando la ley no venga al hombre, él se venga á sí mismo; haciendolo las mas veces sin regla ni medida. He aqui la causa, ciertamente, de los frecuentes asesinatos que se cometen en los paises despóticos, en los cuales la justicia es siempre mui mal administrada. Nada precipita mas á los hombres á la desesperacion que la falta de justicia.

rectificado en la educacion con el habito, el trato del mundo, ó la reflexion. Hai personas de tal suerte dominadas por el humor, ó cuya bilis tan facilmente se exalta, que las mas pequeñas cosas irritan sus animos; nunca gozan de la menor serenidad; y podria decirse que se alimentan con hiel y vinagre, y que, acostumbradas al lúgubre placer de atormentarse á sí mismas, no pueden sufrir la paz y el contento de los otros. Todo hombre en quien la cólera es habitual, es tan desgraciado como insociable. Es mui dificil que aquel que vive descontento con todo el mundo, sea capaz de conciliarse la amistad de ninguno.

Por no hacerse unas reflexîones tan naturales, muchos atrabiliarios se constituyen los verdugos de sus familias y de la sociedad. ¿Cuántos esposos hai que, sin motivos algunos para ello, viven como verdaderamente enemigos, sin poder mirarse con tranquilidad, ó hablarse sin enfado? ¿Cuántos padres melancólicos, que no pueden mirar sin enojo los mas inocentes juegos de sus hijos? ¿Cuántos amos, que se tendrian por de ménos valer si no tratasen con aspereza á sus tímidos criados? Hai hombres que sólo parece tienen amigos para hacerles sufrir á todo momento los efectos de su maldito humor. En fin, hai jentes tan llenas de bilis que no se presentan en el mundo sino es para derramarla en todas partes. Todo disgusta é indígna á estos Misantropos, á cuyos ojos la naturaleza entera les parece fea y desfigurada.

Las personas dominadas de un humor negro ¿ignoran acaso que en todas las posiciones de la vida el hombre debe amar para ser amado? ¿Hai un estado mas cruel que el de una mujer que se vé condenada por toda su vida á sufrir las estravagancias de un marido, á quien sus caricias no pueden suavizar su inveterado mal humor? Unos hijos oprimidos

y acorbardados con el rostro serio y austéro de un padre ¿podrán tener verdadero amor á este tirano cuya agradable sonrisa no vieron jamás? Un amo regañon, y á quien todo le disgusta ¿podrá nunca estar servido con celo y amor de unos criados contínuamente intimidados? ¿De qué amigos puede ser digno un hombre insociable y brutal, cuyo trato los aflije y los humilla? ¿No es una ridícula presuncion creer que todo el mundo, y aun hasta aquellos mismos que no dependen de él en manera alguna, viven destinados para sufrir el mal humor de un hombre que nada quiere soportar?

Un necio orgullo, junto con una bilis exâltable, constituye regularmente el carácter de esos hombres feroces y melancólicos, que con tanta frecuencia emponzoñan el trato de la vida. Envano suelen decir que *no pueden remediarlo*, y que su mal humor es efecto de su temperamento. Trabajando en nuestra enmienda de contínuo, observándonos cuidadosamente, combatiendo con los defectos de nuestra organizacion, podemos mui bien correjirlos y ser verdaderamente sociables: la conciencia de nuestros propios defectos debiera inspirarnos induljencia para con los ajenos; mucho mas cuando por otra parte el mal humor nos los exájera frecuentemente, y aun algunas veces los defectos y culpas de los otros solo exîsten en nuestra enferma fantasía. En el acceso de su mal sepárese el hombre bilioso, si lo cree necesario, de la sociedad que le molesta y que le aflije; en los intervalos mas tranquilos pregúntese á sí propio por la razon de su mal humor, y hallará que las mas veces su tristeza y melancolía no tienen fundamento alguno; y que hace mui mal en irritarse contra los demás y en atormentarse á sí mismo.

La induljencia, la paciencia, la dulzura, el deseo de agradar, son los únicos vínculos que pueden conservar unidos entre sí á unas criaturas im-

perfectas. La cólera y el mal humor, lejos de remediar cosa alguna, sólo sirve de perturbar y disolver la sociedad.

La Misantropía, ó la aversion á los hombres, es un mal humor habitual y contínuo, que nos hace aborrecer á los mismos con quienes debemos vivir en sociedad. Esta disposicion, verdaderamente inhumana y salvaje, proviene de muchas causas á que todo hombre racional debe resistir con el mayor cuidado; y en especialidad de un orgullo sumamente irascible, que nos ciega para no ver nuestros defectos, que aumenta los ajenos aun mas de lo que son, y que nos hace juzgarlos con demasiado rigor. El misantropo no conoce ni la induljencia ni la piedad. La envidia y los zelos, pasiones siempre mal contentas, tienen comunmente mucha parte en el mal humor contra el jénero humano. La bilis se exâlta en estremo á vista de la prosperidad de los que el envidioso considera ménos beneméritos que él. La envidia es la filosofia de muchos cortesanos, cuyos malos sucesos los hacen por lo comun mordaces, satíricos y misantropos.

Sinembargo puede mui bien suceder que el alejarse de la compañía de los hombres proceda alguna vez de un orijen ménos impuro. Un hombre justo y sensible puede llegar á indignarse de haber sido por largo tiempo espectador ó juguete, bien sea de la perversidad, bien de la locura de sus semejantes, y desde entonces concebir una grande aversion ó desprecio contra ellos. Aunque esta misantropía, fundada sobre una esperiencia incómoda y fatal, parezca ménos reprensible que la que nace de la envidia, no obstante se descubre siemen ella un defecto de justicia, porque envuelve á todos los hombres en la misma condenacion y odio.

La verdadera sabiduria, siempre libre de preo-

cupaciones, no puede aprobar el aborrecimiento de los hombres en un ente criado para vivir con ellos: ella aconseja, sí, la prudencia en evitar la compañía de los insensatos y de los malvados; condena un humor sombrío que no se aviene con ninguno; y dá por malo y reprensible un aborrecimiento obstinado, que nos condena á no ser útiles á los demas hombres, ó que destruye la benevolencia universal. El misantropo es las mas veces un malvado, que nó sabiendo hacerse amar de ninguno, toma el partido de aborrecer á todo el mundo.

La Moral debe trabajar en hacer al hombre sociable, mostrándole que sus intereses van siempre unidos estrechamente con los de sus semejantes: la razon, guiada por la esperiencia, le hará ver que su destino es exîstir en medio de un mundo, donde necesariamente ha de estar molestado, ya por los malos y perversos, ya tambien por los necios é imprudentes, cuyo número es infinito; el hombre, pues, se armará de paciencia, de valor y de induljencia, á fin de terminar con tranquilidad su carrera; y en fuerza de estas consideraciones procurará enfrenar su indignacion y su cólera, las cuales le inquietarian, le atormentarian, y le harian vivir siempre descontento con su suerte, y en un estado perpetuo de guerra con los que le rodean.

El mal Humor, la insociabilidad, la misantropía, son vicios reales y verdaderos. Los Moralistas, que reputan estas cualidades por perfecciones y virtudes, y que persuaden al hombre que hai un mérito real y verdadero en separarse de sus semejantes, en vivir solitario y sin ser de provecho alguno para la sociedad, ignoran clara y visiblemente que la virtud debe ser siempre útil y benéfica.

CAPÍTULO IV.

De la Avaricia, y de la Proligalidad.

Por pequeña que sea la idea que uno se haya formado de los intereses de la sociedad, y de lo apreciables que son la humanidad, la beneficencia, la compasion y la liberalidad, reconocerá que la avaricia es una cualidad inhumana y despreciable, pues que es incompatible con todas estas virtudes. Esta pasion consiste en una sed inestinguible de las riquezas sólo por sí mismas, sin hacer nunca uso de ellas ni para su propio bienéstar ni para el de los demas. Las riquezas, en las manos del hombre sensato, no son la felicidad, pero sí los medios de obtenerla, porque le facilitan el que un gran número de hombres concurran á su propia felicidad. El Avaro es un hombre solitario, reconcentrado en sí mismo, y cuyo corazon está siempre cerrado para sus semejantes. Acostumbrado á privarse de todo ¿qué atencion pueden merecerle las necesidades de los otros, ni cómo alargarles una mano benéfica? El Avaro solamente vive con su oro; este ídolo inanimado es el objeto único de sus adoraciones y de sus cuidados; le adora en secreto, y le sacrifica perpetuamente todas sus demas pasiones, asi como todas las virtudes sociales; nada concede á sus deseos, y se aplaude de las privaciones que tolera, las cuales son para él contínuos goces y placeres, puesto que le conducen al fin que se propone, que es el atesorar.

Los Moralistas han condenado con mucha razon la avaricia; los Poetas han disparado á manos llenas los dardos de la sátira contra ella; mas sinembargo no han exâminado con prolijidad las cau-

sas ocúltas y poderosas que inspiran y alimentan en algunos hombres esta pasion insociable, que los ata y enlaza con vínculos indisolubles. Se nos pinta al Avaro como á un hombre infeliz, porque se priva de los placeres que los demas deseamos; mas el Avaro es poco sensible á estos placeres; él se crea un placer distinto, superior en su imajinacion á todos y que le ofrece todos los placeres reunidos. ¿Por qué contempla sóla y unicamente su tesoro? Porque su tesoro retrata en su fantasía todos los bienes y placeres del mundo; este tesoro le representa la facultad de adquirir honores, palacios, terrenos, haciendas, alhajas preciosas, y deleites carnales, caso que sienta los estímulos de la sensualidad. En una palabra, en su cofre el Avaro lo vé todo, es decir, vé la facilidad de tener, si él quisiera, todo lo que es objeto de los deseos de los otros; esta posibilidad le basta, y no apetece mas; si empleára su dinero en la adquisicion de algun objeto particular, su ilusion cesaría, y no quedándole sino la cosa adquirida, ó la memoria de algun placer acabado, no vería ya en su imajinacion la facultad de tener todo lo que se puede adquirir con el dinero.

El Avaro se priva de todo, es verdad; mas cada privacion es un placer para él: quizá en esto hará algunas veces sacrificios costosos; mas en toda pasion dominante tambien se sacrifican todas las demas al objeto que esta prefiere. El Avaro sabe mui bien que es despreciado y aborrecido (1); mas á la vista de su cofre se aprecia á sí mismo y considera en él su poderío, su amigo el mas se-

(1) . . . . *Populus mè sibilat: at mihi prauds*
Ipse domi, simùl ac nummos contemplor in arca.
HORAT. SATYR. I. Lib. I. ver. *66.*

guro, en quien se encierra lo que le puede proporcionar las ventajas que no podria esperar del resto de la sociedad. El Avaro desconoce la compasion, porque no tiene necesidades, ó á lo menos porque puede satisfacerlas; tampoco ama á nadie, porque su dinero absorve todos sus afectos; reusa lo necesario á su muger, á sus hijos y á sus criados, porque lo necesario le parece superfluo: ensuma, vive atormentado de mil inquietudes; ¿mas toda pasion no está sujeta *al* temor é inquietud de perder el objeto que prefiere su amor? El Avaro no es mas felíz, ni mas desgraciado que el ambicioso, que se aflige y teme perder su poder; que el amante, que sospecha de la fidelidad de su amada; ó que el deseoso de gloria, que teme igualmente el que ésta se le escape. No hai, pues, pasion alguna fuerte y dominante que no cause inquietud, y no escite por ciertos momentos vergüenza y remordimientos; mas estas ideas de pesar se ven mui pronto disipadas con las ilusiones que presenta á la imajinacion el objeto de que el hombre se halla fuertemente inflamado.

Así el Avaro es ciertamente infelíz tanto por los tormentos de su misma pasion, como por la idea de los efectos que ella produce en los demas: no sólo él priva á los otros hombres de todo, sino que el Avaro es capaz de las acciones mas bajas para saciar la sed que incesantemente le abrasa; en fin, en los escesos de su locura, es capaz de ahorcarse, si ha perdido su oro, porque esta pérdida le priva del objeto que le daba la vida.

La avaricia, como otras muchas, es una pasion esclusiva que separa al hombre de la sociedad. Seria un error el creer que el hombre es avaro por el bien de los otros. Un padre de familia prudente y justo es económico sin ser avaro; por tanto resiste á sus gustos y caprichos, se priva de

las cosas inutiles, y aminora sus gastos para consolidar la suerte de sus hijos; mas el avaro es *personal*; no es por el bien y cariño de los demas por lo que se carga de una pasion insoportable para los que no se hallan enteramente infestados de ella. Todos los dias vemos hombres que sin tener herederos, sin amar á sus parientes, sin intencion de hacer nunca el menor bien á nadie, no gozan de su inmensa fortuna, sino que viven en una verdadera indijencia, y hasta los bordes del sepulcro no cesan de acumular tesoros, de los que ellos no usan ni usarán jamas (1). Los verdaderos avaros aman el dinero por sí y para sí solos; le miran como á un bien real, y no como la representacion de la felicidad, ó como un medio de obtenerla. El hombre sociable y racional mira el dinero unicamente como el medio de lograr los placeres honestos, y el hombre virtuoso no conoce otro placer mayor ni mas verdadero que el de hacer felices: es benéfico y liberal, porque sabe que en el ejercicio de la beneficencia consisten las ventajas que tienen las riquezas en comparacion de la pobreza ó de la medianía.

El hijo del avaro es por lo comun pródigo, porque la avaricia del padre le ha mortificado mucho, y por lo tanto se precipita al estremo opuesto: ademas éste mismo padre, negando todo á su hijo, no le ha dejado aprender el buen uso que se puede hacer de sus riquezas. El pródigo se figura que merecerá el aprecio y estimacion adoptando un vicio contrario al de su padre.

La prodigalidad es el vicio opuesto á la avaricia. Esta pasion, fundada en la vanidad, consiste

(1) *Non propter vitam faciunt patrimonia quidam,*
Sed vitio caesi propter patrimonia vivunt.
JUVENAL. SATYR. XII. vers 50. 51.

en derramar sin medida ni discrecion los bienes de fortuna, ó en hacer de sus riquezas un uso poco útil, tanto para sí como para la sociedad. El pródigo no es un hombre benéfico, sino un insensato que no conoce el verdadero uso del dinero, que nada reusa á sus mas desarreglados deseos, que quiere hacerse célebre y famoso con sus gastos inútiles, ó con una especie de menosprecio afectado de las riquezas, cuyo buen empleo constituye todo su valor (1). Cesar daba al Pueblo Romano fiestas que le costaban millones de sextercios; mas estas prodigalidades, efecto de su ambicion, no tenian otro fin que corromper mas y mas á un pueblo ya vicioso y pervertido. Las prodigalidades de Marco Antonio y de Cleopatra en hacer desleir perlas de inmenso precio para beberlas en un convite, eran verdaderas locuras nacidas de la embriaguez de la opulencia.

La Prodigalidad en los Príncipes, que por lo comun se condecora con el nombre de beneficiencia, es una debilidad delincuente: los Pueblos están destinados á jemir oprimidos para que puedan sus Monarcas satisfacer esta pasion. Un Soberano pródigo se vé mui pronto obligado á ser un tirano; y es cruel con su pueblo, porque quiere contentar á los cortesanos que le rodean, y tiene siempre delante de sí, miéntras que ni vé á sus vasallos, ni se cuida de que sean dichosos ó nó: sus cautelosos Ministros cierran todas las sendas por donde pudieran llegar á sus oidos las quejas y clamores del reino.

¿Será por ventura beneficiencia robar á la sociedad toda entera para enriquecer á los mas inútiles ó mas dañosos de sus miembros? Las prodigalidades de Neron y de Heliogábalo eran otros tantos ultrajes hechos á la miseria pública.

(1) *Nescit quò valeat nummus? Quem præbeat usum?* HORAT. SATYR. I. Lib I. vers. 73.

El pródigo se perjudica á sí mismo porque una vez arruinada su fortuna, ningunos recursos le quedan en sus amigos; inconsiderado en la eleccion de estos, no ha derramado por lo comun sus larguezas sino entre aduladores, gorristas, hombres sin costumbres ni honor, é ingratos que están mui creidos de haberle pagado suficientemente con sus débiles complacencias y bajas adulaciones. Solo el hombre sábio y prudente es el que sabe usar de la fortuna; mas el hombre vicioso, vano y frívolo no sabe mas que abusar de ella.

El avaro y el pródigo convienen en una cosa, y es que ni el uno ni el otro saben el uso de las riquezas que ambos desean igualmente. El uno las codicia para acumularlas, el otro para disiparlas: ambos, si tienen ocasion, usurpan lo ajeno siendo injustos y criminales: los dos se ven aborrecidos y detestados, porque el avaro no hace bien á nadie, y el pródigo solamente á los ingratos. El avaro roba para enriquecerse, mas el pródigo roba y defrauda á sus acreedores, se arruina á sí mismo, y sólo enriquece á bribones y hombres despreciables, que son los que saben mui bien aprovecharse de sus locas estravagancias.

CAPÍTULO V.

De la Ingratitud.

"Nada, ha dicho un antiguo, se estingue mas »pronto que un beneficio" (1). No hai vicio mas detestable, ni mas comun que la ingratitud. Platon le considera como que en sí comprende todos los demas.

(1) Un Español tambien ha dicho: » Al que le dais, lo es»cribe en la arena; y al que le quitais, lo esculpe en el bronce.»

La ingratitud, pues, consiste en el olvido de los beneficios recibidos, y á veces llega al estremo de aborrecer al bienhechor. Nada es mas odioso, mas injusto, ni mas insociable que esta cualidad criminal: ella hace al que la tiene enemigo de sí mismo en cierto modo, y ademas no puede ménos de granjearle el ódio de la sociedad entera: cada cual conoce ciertamente que la ingratitud desalienta los corazones benéficos, y destierra del comercio de la vida la compasion, la bondad, la liberalidad y el deseo de hacer bien, vínculos suaves que enlazan entre sí á los hombres. No hai uno que no tome personalmente parte en el ódio de los ingratos. Desconocer los beneficios recibidos, anuncia una insensibilidad, una injusticia, una locura, una vileza estraordinaria; mas aborrecer al que nos ha hecho bien, indica una espantosa ferocidad. Si los hombres reunidos deben prestarse mútuamente socorros, ¿qué motivos les escitarán á ejercer su benevolencia, cuando temen con razon que el premio de ella sea la ingratitud y el odio?

Por desinteresadas que quieran ser la jenerosidad, la benevolencia y la liberalidad, estas vitudes siempre tienen necesariamente por objeto el adquirir derechos al cariño de aquellos á quienes se obliga con ellas. Ningun hombre hace bien á su semejante con el designio de labrarse en él un enemigo: el ciudadano animoso y magnánimo, en servir á la Patria, no puede proponerse el fin de llegar á ser odioso y despreciable á sus ojos, porque todo el que hace un bien, espera con razon el reconocimiento, el cariño, ó al ménos la equidad de aquellos á quienes favorece. Aun cuando la beneficiencia se estienda á los mismos enemigos, el que la ejercita se gloría de que asi desarmará su ódio y los convertirá en amigos. Los derechos al reconocimiento y á la gratitud son, pues, mui justos y fundados, como que son los motivos naturales de la beneficiencia; ni es posible, sin ser loco ó

injusto, defraudar al bienhechor de estos derechos: la ingratitud es tan ofensiva y molesta, que es capaz de aniquilar la humanidad en el fondo de los mas virtuosos corazones.

Servir á los ingratos, ó hacer bien á los injustos y enemigos, sería, segun se dice comunmente, la prueba de la virtud mas heróica, de la magnanimidad mas admirable, y de la mas rara jenerosidad; mas tambien puede serlo muchas veces de la mayor debilidad. Sinembargo, pocos hombres son capaces de un desinterés tan perfecto, el cual supondría un entusiasmo no comun y una imajinacion fecunda que se indemnizase á sí misma de la injusticia de los otros. Todo hombre que nos favorece, muestra que aspira á nuestro afecto y estimacion, y no podemos reusárselos sin injusticia: él nos manifiesta evidentemente que nos quiere bien, que se interesa por nosotros, que nos trata, en fin, con aquella consideracion que naturalmente deseamos hallar en nuestros semejantes. Por lo tanto, sean los que fueren sus motivos, nosotros no podemos ménos de acreditar nuestro agradecimiento á cualquiera que manifiesta su interés y buena voluntad por nosotros.

Segun estas verdades tan claras y palpables, ¿no es de admirar que haya tantos ingratos en la tierra? No obstante, son muchas las causas que concurren á multiplicarlos. El orgullo y la vanidad son en jeneral los verdaderos manantiales de la ingratitud. Es mui comun que cada uno pondere y exájere su propio mérito mucho mas de lo que realmente vale, y en este caso mira los beneficios como unas verdaderas deudas: cada cual se cree con razones suficientes para recibir los beneficios que se le dispensan, y asi no se considera obligado con ellos. Por otra parte se nos hace temible la superioridad que damos á aquellos de quienes recibimos los beneficios, y nos figuramos que abusarán de esta superioridad ó de los derechos que adquieren sobre nosotros; nos da

vergüenza confesar que dependemos de ellos, ó que necesitamos de sus socorros para nuestra felicidad. En fin, siempre tememos que los bienhechores pongan á sus beneficios tan alto precio que no podamos satisfacersele. Los ingratos están bien comparados á los malos deudores, que temen y huyen de encontrarse con sus acreedores. Por último, la envidia, esta pasion fatal que suele irritarse con los beneficios mismos que recibe, y que hace al envidioso injusto y cruel con los que debiera apreciar y querer, es por lo comun la causa de la mas negra ingratitud.

Es tambien preciso confesar que el arte de hacer bien, como hemos advertido hablando de la beneficencia, no es conocido de la mayor parte de los hombres, y que exije una modestia, una delicadeza, un tacto mui fino, á fin de no ofender ó mortificar el amor propio de aquellos á quienes se pretende obligar, y cuya gratitud se quiere merecer. Este amor propio es tan irritable, que el bienhechor necesita de todos los recursos de su talento para no ofender á las personas que desea ver obligadas. Los orgullosos, los hombres vanos, imperiosos y pródigos, no conocen de ningun modo el arte de hacer bien, y asi no logran comunmente formar sino ingratos: sólo las personas sensibles son las que saben servir y obligar. El orgulloso, cuando hace algun bien, sólo se propone estender su imperio, aumentar el número de sus esclavos, y mostrarles de contínuo su pudor y superioridad. El hombre vano únicamente desea hacer ostentacion de sus riquezas ó de su crédito, y derrama sin distincion sus favores para aumentar su corte. Todos los que en hacer bien sólo aspiran á multiplicar á su alrededor aduladores, esclavos y juguetes de sus fantásticos caprichos, poco reconocimiento pueden prometerse de ellos; estos hombres viles y despreciables siempre se figuran que hacen bastante con sus bajas y serviles complacencias. Sola

la virtud modesta es la que puede atraerse la confianza de las almas justas y virtuosas; y solas las almas de esta naturaleza son las verdaderamente reconocidas.

Es mui raro que los Grandes sepan en verdad obligar ó hacer bien: poco acostumbrados á la moderacion, obligan con altaneria, y exijen regularmente sacrificios mui costosos en cambio de sus favores. Nada es mas sensible y cruel para un alma justa que el no poder amar ni apreciar á los que le hacen bien y verse interiormente obligada á odiarlos ó despreciarlos. ¿Cómo es posible amar sinceramente á unos hombres que, con su conducta altanera y sus procedimientos orgullosos, ellos mismos se adelantan desde luego á dispensar á todos aquellos á quien favorecen del reconocimiento y de la gratitud que estos querrian demostrarles? ¿Hai una situacion mas espantosa que la de un buen hijo, á quien la tiranía de su padre le fuerza á no amar al autor de sus dias, cuando su corazon querria poder manifestarle la mas tierna gratitud y el amor mas síncero y entrañable? Los tiranos en todo jénero sólo hacen ingratos.

Los Príncipes, los Ricos, y los Grandes de la tierra tambien se hacen por lo comun culpables de la mas negra ingratitud, á causa de que, elevados sobre los demas, se imajinan que ningun hombre tiene derecho de creer que haya podido hacerles servicios dignos de su reconocimiento. Rodeados de embusteros y aduladores, están en la firme persuasion de que todo se les debe de justicia, que nada deben á los que les sirven ni á otra persona alguna, y que la dicha de servirlos es un honor harto grande, por el que se hallan dispensados de la gratitud que exijen de los otros. Los tiranos, siempre inquietos y tímidos, estan prontos por la menor sospecha á pagar los servicios con la desgracia, y muchas veces con la muer-

te (1). Por otra parte, los servicios distinguidos dan á sus autores un lustre que abrasa é irrita las pequeñas almas de los orgullosos potentados, los cuales son regularmente mui débiles y miserables para envidiar con emulacion la gloria adquirida por aquellos ciudadanos, cuyas grandes acciones los ponen al nivél de sus soberbios Señores: la envidia no permite nunca á los tiranos que amen sinceramente á los que obscurecen su gloria.

Al temor de la superioridad y á la envidia que escitan los grandes talentos son debidas, como verémos mui pronto, las demostraciones ofensivas de la mas cruel ingratitud, de que se hacen reos los pueblos enteros con los majistrados y jefes que mas utilmente los han servido. Las Republicas de Atenas y de Roma nos ofrecen muchos ejemplos memorables de la injusticia de las naciones con sus mas grandes bienhechores. Los hombres en cuerpo ó sociedad jamás se avergüenzan de su ingratitud. El que sirve y hace bien al Público, regularmente por nadie se vé recompensado.

A la envidia, siempre reinante, deben atribuirse las injusticias frecuentes del Público con aquellos que le han proporcionado los mayores bienes ó los mas importantes descubrimientos: hé aqui porque los hombres de talento han sido siempre perseguidos cruelmente, han sido castigados en pago de los servicios que han hecho á sus contemporaneos, y se han visto obligados á esperar de la posteridad mas equitativa la recompensa y la gloria que merecian sus talentos y sus virtudes. El Público se compone de un pequeño número de personas justas, y de una multitud inmensa de hombres injustos, débiles y envidiosos, los cuales, obscurecidos por los grandes hombres, hacen todos sus esfuerzos para deprimirlos.

(1) El Sultan Bayaceto II. dió la muerte á Acomath, su Visir, el cual habia asegurado su trono, y aumentado considerablemente su Imperio, á causa de que, como este Príncipe lo reconocia, *se hallaba imposibilitado de recompensar dignamente los servicios que Acomath le habia hecho.* Por igual razon Calígula dió la muerte á Macron, â quien le debia el Imperio. Sabedor Tiberio de que el Agorero Léntulo en su testamento le habia nombrado su heredero, envió satélites que le matasen, para disfrutar asi mas pronto de su herencia. Luis XI. decia que *los grandes beneficios hacian grandes ingratos.*

¿Y debemos hacer bien á los ingratos? Sí; que es grandeza de ánimo el despreciar la envidia: es necesario hacer bien á los hombres para su misma confusion y vergüenza; es menester contentarse con el sólo dictamen y aprobacion de los hombres de bien; es forzoso apelar de sus contemporáneos ingratos á la posteridad siempre favorable con los bienhechores del jénero humano. En fin, á falta de sus aplausos y de las recompensas merecidas, todo hombre verdaderamente útil á sus semejantes, todo hombre jeneroso hallará en los aplausos de su propia conciencia el mas dulce premio de los servicios que hiciere á la sociedad. La injusticia y la ingratitud hacen que regularmente la virtud sea la sóla y mayor recompensa de sí misma.

CAPÍTULO VI.

De la Envidia. De los Zelos. De la Murmuracion.

La envidia, este tirano encarnizado del mérito, de los talentos y de la virtud, es una cualidad insociable que hace aborrecer á los que poseen ventajas y cualidades estimables.

Los zelos, hijos lejítimos de la envidia, son la inquietud que produce en nosotros la idea de una felicidad, que suponemos que otros gozan mirándo-

nos privados de ella nosotros.

El orgullo es el oríjen de la envidia; el amor preferente que todo hombre se profesa á sí mismo, le hace aborrecer en los otros las ventajas, por las que logra en la sociedad una superioridad que cada cual desea para sí. *Aquellos*, dice Sofocles, *que desprecian y ultrajan á los hombres grandes, no se figuran que hacen mal en esto, porque están seguros de ser celebrados y aplaudidos.* Todo mortal que se distingue por sus talentos, por su mérito, por su felíz suerte, por su crédito, ó por sus riquezas, es objeto de la envidia pública, á causa de que cada uno querría gozar con preferencia á él de todas estas ventajas. Los Príncipes, los grandes y los ricos son envidiados, porque se sabe que su poder y su fortuna les proporcionan un imperio, que cada uno desearía ejercer en su lugar, vanagloriándose que haria de él mejor uso.

Los zelos, por el contrario, suponen una idea baja de sí mismo, una falta de las ventajas ó cualidades que se reconocen, ó que se suponen que exîsten en aquellos que causan los zelos. Un amante está zeloso de su rival, porque teme no tener á los ojos de su amada tantas prendas como el que motiva sus inquietudes. Los pobres viven zelosos de los ricos, porque aquellos se sienten destituidos de los medios que éstos pueden emplear para obtener todos los placeres que los otros no pueden conseguir.

La envidia y los zelos son pasiones naturales en todos los hombres; pero pasiones que por su propio reposo y por el bien de la sociedad debe reprimir con el mayor cuidado todo hombre. La vida social es un contínuo tormento para el que es afligido de esta desdichada pasion; todo á sus ojos es un espectáculo de rabia y de dolor; no hai ventajas que otro disfrute, que no causen una herida

mortal al envidioso. La opulencia de sus conciudadanos le entristece; su elevacion le irrita; su reputacion le ofende; los elojíos que se les dan, son puñaladas para él; la gloria que se granjean, los desespera; en una palabra, no hai para el hombre envidioso paz ni tranquilidad alguna: si quiere sustraerse al espectáculo de la felicidad pública, tan molesto á sus ojos, no hai mejor cosa como que huya y se esconda á devorar su propio corazon en una horrorosa soledad.

La envidia es un afecto vergonzoso que ninguno se atreve á manifestar, porque daría en rostro con él á todo el mundo: asique se procura ocultarle bajo una infinidad de formas diferentes. Ningun hombre se atreve á confesar que tiene envidia de otro: su pasion se disfraza con el nombre de amor del bien público cuando quiere deprimir á los que le molestan; entónces la envidia se indigna y clama al ver los eminentes destinos concedidos á hombres desnudos de todo mérito; se lamenta de que la opulencia esté en manos de jentes poco merecedoras de poseerla; bajo el pretesto de un amor puro de la verdad, entra en lo mas oculto de los corazones para atribuir motivos odiosos y viles á las mejores acciones; escudriña en la conducta de los hombres todo lo que puede rebajarlos de su justo valor; en fin, ama la murmuracion, porque ésta degrada á sus ribales.

La envidia suele ser la Moral de muchas jentes; el envidioso, poco sensible á los intereses de la virtud ó al bien de la sociedad, es un lince siempre que se trata de manifestar los vicios y defectos ocultos de aquellos cuya felicidad le ofende. La envidia es osada y rabiosa cuando no puede ocultarse con el nombre de celo por la virtud.

Bajo el pretesto de buen gusto, la envidia lo critica todo y nada encuentra bueno; y escuchan-

do con ansia sarcásmos y epígramas, la burla y la sátira mas picantes son para ella un manjar delicioso, con las que entretiene por algunos instantes el dolor y la pena que le causan el mérito y los talentos: ella adopta sin exâmen alguno la calumnia porque sabe que ésta deja siempre unas cicatrices mui difíciles de borrar; en una palabra, la malignidad, la perfidia y la perversidad son dignas compañeras de la envidia, con cuyo ausilio logra ésta al ménos afligir y desalentar al mérito, cuando no consiga sofocarle.

La murmuracion es una verdad dañosa para aquellos en quien recae. El murmurador no es un hombre veráz; es un envidioso, un maligno, un malvado, cuyos discursos solo pueden ser agradables á los que se le asemejan. Sino hubiera envidiosos la murmuracion sería desterrada de la sociedad, pues que si con tanta ansia y placer se dá oidos á la murmuracion, es porque deprime á los otros en la opinion pública, y porque cada uno vé un enemigo ménos en el hombre grande que es acometido, ó á quien la perversidad procura destruir. *El murmurador*, dice Quintiliano, *no se diferencia del perverso, sino en la ocasion de hacer mal* (1). Si solamente daña con sus palabras y discursos, es por ser demasiado cobarde para hacerlo tambien con sus acciones.

El murmurador es un hombre vano y soberbio, que descubriendo las enfermedades y flaquezas de los otros, quiere persuadirnos que se encuentra sano y sin ella. A mas de esto, se jacta de ser verídico, siendo asi que no es sino un hipócrita, que aparenta sentimientos ó afectos virtuosos, falsos en el fondo y en la realidad, pues que no van acompañados de

(1) *Maledicus à malefico non distat nisi occasione.* QUINTIL. Institut. orator. lib. 12. cap. 9. n. 9. de la Edicion de Gesner. Gotting. 1738. en 4.

bondad, de indulgencia y de humanidad. El murmurador debiera ser mirado como un enemigo del público; mas sinembargo se le dá oidos, y aun con razon pudiera decirse que los hombres sólo se reunen y se tratan para tener la miserable complacencia de hablar mal los unos de los otros.

Para curar á los hombres de la envidia y de los zelos, que tanto los atormentan, asi como de la murmuracion y de la calumnia, sería conveniente hacerles ver que todos sus esfuerzos son inútiles contra el mérito y la virtud. Envano la murmuracion se emplea contra el hombre de bien. ¡Ah! ¿No es bien sabido que ningun mortal sobre la tierra está esento de defectos? Una injusta crítica ¿podrá hacer despreciables las producciones del talento? ¿No es mui cierto tambien que el talento es desigual, y que está sujeto á irregularidades y tropiezos? Algunas pequeñas faltas ¿han hecho nunca caer en el olvido las obras inmortales del entendimiento humano? ¿Logrará nunca la calumnia denigrar la probidad? Tarde ó temprano la iniquidad se descubre, confunde al envidioso que la fomenta, y hace que la inocencia, en vez de ser oprimida, aparezca mas amable y mas interesante.

¡ Cuán pocos envidiosos habria, si se reflexîonase cuán pocos hombres hai verdaderamente felices ó dignos de envidia! Los grandes son envidiados, porque se supone que son los mas dichosos entre los mortales; ¿pero cómo un hombre que piensa, podrá envidiar á unos cortesanos perpetuamente atormentados de su recíproca envidia, de contínuos sobresaltos, de las mas acerbas pesadumbres, y de inquietudes y zozobras tan largas como la vida? El rico es el objeto de los zelos y la envidia del pobre; mas para desengañar á éste, hágasele ver que, á pesar de todos los medios que tiene para lograr su felicidad y su reposo, éste mismo hombre rico ningun uso hace de

ellos: devorado por la sed de las riquezas, nunca se halla harto ni satisfecho; corroido por la ambicion, jamás está contento con su suerte; hastiado de placeres, ninguno ya le sirve de recreo; fatigado, en fin, de su ociosidad, el fastidio le abruma, como que es el mas cruel de todos los tormentos con que la Naturaleza puede castigar al hombre que no quiere trabajar. Todo le muestra al pobre laborioso que su destino, que tan lamentable le parece, le exime de una infinidad de necesidades imajinarias, de intrigas y de aflicciones de espíritu, como son las que ajitan de contínuo á la grandeza y la opulencia.

Para que los envidiosos ó malignos, que prestan oidos á la murmuracion, se desengañen del placer que esta les causa, deben saber que esta misma persona, cuyos horribles discursos oyen con ansia y placer, y con cuyas mordaces y crueles sátiras se complacen, al dejar su compañía va á divertir á sus espensas á otro corro de jentes, igualmente dispuestas y prontas á la murmuracion.

En fin, para sacar de su error al murmurador mismo, que tiene deleite en hacer daño, le dirémos que el vil y bajo papel que representa, haciéndole temible, nunca jamás le hace querido ni apreciable. Un ente sociable ¿ambicionará acaso ser tenido por malvado? ¿Hai un oficio mas vil y mas bajo que el de público delator? ¿No es hacerse cómplice de su infamia, escucharla con gusto? ¿Y no es, por último, deshonrarse á sí mismo, el dispensar su amistad y confianza al infame delator? *El delator*, dice un moderno, *siendo el mas vil de todos los hombres, deshonra á las personas que le tratan, mucho mas que las deshonraria el trato de un verdugo; puesto que la conducta del primero es efecto de su malvado carácter, cuando el verdugo solamente hace su oficio* (1). Este causa

(1) Vease la Obra Inglesa *Adventurer*, N. 46.

un mal haciendo su deber, mas el otro por gusto y complacencia. ¿Hai un gusto mas detestable que correr de casa en casa denigrando á sus conciudadanos, divulgando los hechos que pueden serles dañosos, y quitando á todos la reputacion y el reposo sin provecho alguno de la sociedad? El murmurador nos dirá quizá que es necesario ser veráz, y que al público le es importante conocer á los hombres, añadiendo ademas que él no murmura sino de las personas indiferentes, á las que nada debe. Mas nosotros le contestarémos que la verdad sólo es útil al público cuando se trata de crímenes y delitos mas no de flaquezas y defectos ocultos: el hombre veráz es un cobarde asesino, siempre que divulga verdades capaces de quitar la buena opinion, de resfriar la benevolencia, y de perjudicar al bien de sus conciudadanos; en razon de que ninguno favorece á aquellos de quienes tiene una mala idea. Por último, le dirémos que un ente sociable debe, aun á las personas desconocidas, á las indiferentes y á las estrañas, sus respetos y consideraciones, y que faltando á estos deberes, dá motivo á cualquiera para que le denigre á él mismo, y para que divulgue sus faltas secretas. ¿Hai hombre alguno que pueda jactarse de no tener defectos? Si ninguno puede llevar á bien el que se publiquen sus debilidades, se infiere claramente que debemos ocultar las ajenas.

Bajo cualquier aspecto que la murmuracion sea considerada, es culpable por los daños, enemistades y quejas que produce de contínuo. Ella es ocasion de grandes males, y de ningunos bienes; y el murmurador es siempre aborrecido, aunque la murmuracion agrade. La murmuracion es hija del ódio, del mal jenio, de la envidia y de la ociosidad. Ella, pues, no debe gloriarse de un origen tan despreciable. La vaciedad de entendimiento, la incapacidad de vivir ocupado útilmente, y la ociosidad dan pá-

bulo á este vicio detestable; siendo cierto que el que no sabe hablar de las cosas, habla de las personas. Nada es mas útil que saber callar; la locuacidad es uno de los mayores azotes de todas las sociedades.

CAPÍTULO VII.

De la Mentira. De Adulacion. De la Hipocresía. De la Calumnia.

El don precioso de la palabra debe servir á los hombres para comunicarse sus pensamientos, para socorrerse mútuamente en sus necesidades, para transmitirse las verdades útiles, y no para destruirse y engañarse recíprocamente. El mentiroso peca contra todos estos deberes, y por consecuencia perjudica á sus asociados. Mentir es hablar contra lo que se piensa; es inducir á los otros en el error; es violar las convenciones en que se funda el comercio del lenguaje, el cual llegaria á ser mui funesto, si los hombres sólo se sirviesen de él para engañarse los unos á los otros. Digamos, pues, con la franqueza de Montagne: *Ciertamente que el mentir es un maldito vicio. Nosotros no somos hombres, ni vivimos unidos los unos con los otros sino por la palabra: si llegasemos á conocer el horror y el peso de este vicio, le declarariamos la guerra á sangre y fuego con mas ardor y justicia que á todos los demás crímenes* (1). Aristóteles dice que *la recompensa del embustero es no ser creido aun cuando diga verdad.*

Todos los Moralistas están de acuerdo sobre el horror que debe inspirar la mentira: los que han llegado á contraer este desgraciado hábito, pierden toda la confianza de los hombres, y la palabra, por

(1) *Essais de Montagne.* Lib. I. cap. 9.

decirlo así, es inútil en ellos. Este vicio es ciertamente bajo y servil, porque anuncia temor ó vanidad; el hombre de bien es sincero, y nada tiene que temer en decir la verdad, siempre útil y ventajosa para él. Los niños y los criados son los mas sujetos á mentir, porque su conducta inconsidera los espone á cada paso á regaños y correcciones. Apolonio decia que *el mentir era propio de esclavos.*

Los persas, segun Herodoto, notaban de infamia á los embusteros: las leyes de los Indios, por testimonio de Philostrato, ordenaban que todo hombre convencido de mentira fuese declarado incapaz de obtener niguna majistratura. Esta infamia atribuida á la mentira subsiste todavia entre las naciones modernas, en las cuales un *mentís* ó *miente Vm.* se reputa un insulto tan grave que se tiene por preciso lavarle con la sangre.

Segun Plutarco, Epeneto acostumbraba á decir que *los embusteros son la causa de todos los delitos que se comenten en el mundo* (1). Tiene razon por cierto: el error y la impostura son los manantiales fecundos de todas las calamidades que aflijen al jenero humano. Prescindiendo de los errores nacidos de la ignorancia de los hombres, hai un gran número que les vienen á estos de los falsarios que han querido abusar de su credulidad, para someterlos con mas seguridad, á su imperio y dominacion.

Un impostor nace en la Arabia, y divulga en nombre de la divinidad mentiras que logra sean respetadas de una parte de sus conciudadanos; bien pronto estas mentiras, tenidas por sagradas, se preparan con la fuerza de las armas en el Asia, Africa, y Europa; y con ellas se creen autorizados unos fanáticos ambiciosos para conquistar toda la tierra, inundandola

(1) Plutarco: *Dichos notables de los Lacedemonios.*

de sangre. La ley de Mahoma se establece con la violencia, trastorna y muda los tronos, y sobre las ruinas del mundo erije la tiranía musulmana. De este modo los embusteros forman frenéticos, que tienen por obligacion inquietar al universo; hipócritas, que saben aprovecharse de las desgracias de los hombres, y tiranos que encadenan los Pueblos, y los obligan á contribuir con sus vidas al lógro de sus injustos proyectos.

Entre los medios de engañar á los hombres, no hai uno que haya producido en todos tiempos mayores infortunios y desgracias que la *adulacion.* Diójenes decia que *el mas dañino de todos los animales salvajes era el murmurador; y de los animales domésticos, el adulador.*

La adulacion ha sido bien definida diciendo, que es un comercio de mentiras fundado por una parte en el mas vil interés, y por la otra en la vanidad. El adulador es un embustero que engaña para complacer, y hacerse agradable á aquel cuya vanidad intenta seducir. Es un pérfido que le clava un cuchillo untado de miel (1). *El que os adula, os aborrece,* ha dicho un sabio Arabe (2). En efecto, todo adulador se humilla forzosamente delante del necio á quien inciensa; mas como esta humillacion no puede ménos de ser mui costosa á su vanidad, debe necesariamente aborrecer y detestar al que asi le obliga á envilecerse. Los Príncipes y los Grandes se engañan groseramente, si se creen amados de cuantos los rodean. Ninguno puede amar al que le degrada. Á pesar de la bajeza y de la humillacion adoptadas en la Corte, ningun adulador hai que no se avergüenza interiormente de ellas.

(1) *Adulatio mellitus gladius.* HIERON.
(2) *Sentent. Arab. in Erpenii Grammat.*

La adulacion, dice Charron, *es peor que el falso testimonio, porque este no corrompe al juez, sino le engaña; en vez de que la adulacion corrompe el juicio, encanta el entendimiento, le hace inaccesible á la verdad* (1). Si tantos Príncipes obran el mal con tan asombrosa firmeza, es porque se hallan rodeados de aduladores que les aseguran que obran bien; que sus súbditos son felices; que el reino entero los bendice; y que pueden continuar sin temor en dar un libre curso á todas sus pasiones. Asi es como estos emponzoñadores públicos hacen inutiles las mas felices cualidades y disposiciones, inficionan á los mejores Príncipes desde la infancia, y hacen de ellos estúpidos tiranos, que por grados llegan á ser el azote de sus súbditos. Si no hubiera aduladores, no habría tiranos en la tierra. La adulacion es, pues, una traicion infame; es un crímen horrible que, despues de entregar la sociedad á la tiranía, espone al tirano á terribles revoluciones, y muchas veces á su propía ruina. El adulador es el mas peligroso enemigo tanto de los Pueblos como de los Reyes.

Todos los hombres aman la adulacion, porque todos tienen mas ó menos orgullo, vanidad y buena opinion de sí mismos. Son mui raros los hombres prudentes ó fuertes que resistan á las asechanzas de los aduladores; todos prestan acojida á la adulacion, aun cuando reconozcan que todo es falsedad en ella; cada cual dice con Terencio, *yo bien sé que tú mientes, mas continúa mintiendo, porque sinembargo me das un gran placer* (2).

Un Poeta célebre afirma con razon, que *no hai quien sea enteramente inaccesible á la adulacion*,

(1) *Charron, de la Sagesse.* Lib. III. cap. 10.
(2) *Mentiris, Dave; perge tamen, places.* TERENT.

porque el hombre mismo que manifiesta aborrecer la adulacion, en alabarle de esto, es adulado con placer suyo (1).

La adulacion comienza siempre cegando á los hombres. Indagando cuidadosamente cual es el débil de aquellos á quienes pretenden engañar, los aduladores al fin lo hallan; estos son comparados á los ladrones nocturnos, cuyo primer cuidado es apagar las luces en las casas donde entran á robar. Antistenes decia con igual propiedad, que *las mujeres cortesanas desean á sus amantes todos los bienes, ménos el juicio y la sabiduría.* Los aduladores desean lo mismo á todos los que quieren cazar en sus redes. *Si no reconoces en tí*, dice Demóphilo, *cualidades apreciables, está bien seguro de que los otros te adulan.*

Se ha observado con mucha razon que los mas detestables tiranos han sido siempre los mas adulados: esto no es de admirar. Los Príncipes mas perversos son por lo comun los mas vanos, los mas sospechosos y los mas temibles; juntándose entónces el temor á la bajeza, ésta es conducida por aquel fuera de todo límite, sin que nunca pueda ir bastante lejos cuando se trata de complacer á un tirano, que regularmente suele ser tan estúpido como malvado. La adulacion hace mas orgullosa á la necedad, y da mayor atrevimiento á la perversidad; el mismo Poeta dice que *es hacer un gran mal á los tontos, el aplaudirlos* (2).

La mas baja adulacion, la mas servil, la mas insípida no es desagradable á una pequeña alma; mas para el hombre vano, cuando tiene algun pudor, se necesita una adulacion mas delicada; es

(1) *Shakespear* en la Tragedia *El Otelo.*

(2) *Poetæ græci minores. Demophili sentenciæ.* Dion Cassio, hablando de Seyano, observa, que cuanto los hombres son mas necios y faltos de mérito, tanto mas hambrientos y codiciosos son de adulacion y de respetos. Dion Cass. Histor. in Tiber, lib. 58. cap. 5. pag. 879.

menester un veneno preparado por manos mas hábiles, porque una adulacion grosera ofenderia su vanidad. Tiberio se encojia de hombros al ver las bajezas que los Senadores poco diestros empleaban para adularle (1). Alejandro mismo, que llevó su locura al estremo de que le tuviesen por un dios, reprimió algunas veces á los aduladores que le lisonjeaban con poca delicadeza. La adulacion es desagradable cuando indica demasiada bajeza en el que la prodiga. La adulacion vale bien poco aun para las personas mas amantes de ella cuando proviene de un hombre despreciale; para agradarlas es necesario que el adulador muestre algun mérito, y sobre todo que afecte sinceridad; asiqué ningun hombre puede apreciar las adulaciones inverosímiles, porque siempre desea que estas tengan alménos algunos visos de verdaderas.

Sea como fuere, la adulacion indica siempre bajeza en el que la prodiga, y necia vanidad en el que se deja sorprender de ella. A primera vista parece que el adulador hace á la persona á quien adula un entero sacrificio de su orgullo y de su amor propio; mas esto no es porque esté libre de estos vicios, sino porque sabe reprimirlos y ocultarlos. Nada es mas comun que ver á los esclavos mas humildes en presencia del dueño, usar con sus inferiores la mas insolente altanería. Aunque la

(1) *Memoriæ proditur, Tiberium, quotiens curiâ egrederetur, græcis verbis in hunc modum eloqui solitum: ô homines ad servitutem paratos! scilicet etiam illum, qui libertatem publicam nollet, projectæ servientium patientiæ tædebat.* TACIT. ANNAL. Lib. 5. cap. 65. in fine.

ambicion sea fruto del orgullo, tambien se humilla á la lisonja para conseguir la facultad de abatir á los otros, y que sientan el peso de su poder subalterno. Ninguno mas soberbio y feroz que un esclavo, el cual se desquita con los otros de los ultrajes que recibe de aquellos á quienes por necesidad adula. Humillándose hasta la tierra, recobra el adulador mayor ímpetu y violencia.

Algunos rījidos Moralistas han sido de opinion que jamás era lícito mentir, aun cuando se tratase de la salud del universo entero. Pero una Moral mas humana, en la propuesta hipótesis, hallaría mui dura é insociable una máxîma tan absoluta. Una disimulacion que salvase al jénero humano ¿no sería la accion mas noble de que fuese un hombre capaz? Una disimulacion que salvase á la Patria ¿no sería una accion mui virtuosa y digna de un buen ciudadano? Una verdad qne la destruyese ¿no sería un crímen horroroso? Una disimulacion que salvase la vida de un padre, de un amigo,, de un hombre inocente injustamente oprimido ¿podría ser mirada como un delito por un hombre justo y sensato? La virtud es siempre útil á las criaturas de nuestra especie. Una verdad perjudicial á uno y sin provecho para la sociedad, es un mal verdadero: una disimulacion útil á los que debemos amar, y que á ninguno es dañosa, no es vituperable en manera alguna.

La mentira igualmente se halla en las acciones que en las palabras. Hai hombres cuya conducta es una mentira contínua. La hipocresía es una verdadera mentira en las acciones y en las palabras, cuyo objeto es engañar, mostrando en la esterioridad unas virtudes que el hipócrita no tiene. El malvado mas decidido y resuelto es mucho ménos peligroso que el pérfido que nos engaña con la máscara de la virtud, porque contra aquel puede uno precaverse, en lugar

de que es casi imposible preservarse de los golpes imprevistos del hombre que nos deslumbra con esterioridades engañosas. El hipócrita con razon es comparado al cocodrilo, el cual, segun dicen, como que llora y se lamenta de los que quiere y está pronto á devorar.

La hipocresía requiere mucho arte para engañar por largo tiempo sin deponer la máscara que la encubre; y asi es cien veces ménos costoso adquirir las virtudes que la hipocresía afecta, que no el mostrarlas en la apariencia. ¡ De cuantos tormentos y afrentas se librarian los hombres, si fuesen mas verídicos ó siguiesen la máxîma de no parecer sino lo que realmente son! Engañar por largo tiempo supone una atencion y trabajo contínuo, de que pocas jentes son capaces. La mejor y mas sana política consiste en ser el hombre bueno y sincero.

La traicion es una mentira en la conducta ó en los discursos: ésta consiste en hacer mal á los que debemos hacer bien, ó á los que habemos engañado con apariencias de buena voluntad. Ser traidor á la Patria, es entregar á sus enemigos la sociedad que estamos obligados á defender: ser traidor á un amigo, es dañar á un hombre á quien hemos asegurado de nuestro afecto y cariño. La traicion supone una cobardía y una depravacion detestable; aquellos mismos que se aprovechan de ella, no pueden apreciar ni querer á los infames que la cometen. Se busca y apetece algunas veces la traicion, pero se aborrece siempre á los traidores, como de quien uno jamás puede fiarse. Todo tirano es un traidor que daña á la sociedad, por cuya felicidad está obligado á velar incesantemente; y todo ciudadano que favorece ó sostiene la tiranía, es un traidor que sus conciudadanos deben mirar con horror.

La vanidad, de que se hallan inficionados tantos hombres frívolos y lijeros, produce una infinidad de

mentiras, que se llaman *pretensiones vanas é impertinentes*, las cuales atormentan á los que las tienen, tanto como á los que se ven precisados á sufrirlas en el comercio de la vida. Si la hipocresía y la impostura son verdaderas mentiras, es evidente que todos los que manifiestan semejantes pretensiones son unos verdaderos embusteros. De aqui es que las personas sensatas no pueden ménos de despreciar á una multitud de hombres que con su jactancia, su fatuidad, su afectacion y vanidad introducen de continuo discordias é inquietudes en la sociedad. Las tertulias donde las jentes se reunen para divertirse y solazarse, son regularmente los parajes donde vienen los embusteros á molestarse recíprocamente con sus ridículas pretensiones, sus impertinencias y sus necedades. El uno pretende ser tenido por valiente, el otro por científico, el otro por virtuoso; mas ninguno se afana por adquirir real y verdaderamente estas cualidades que le harian apreciable en justicia. *Sed lo qüe quereis parecer*; hé aquí la máxima que debe seguir todo hombre sábio y prudente.

Si las vanas pretensiones de los hombres son mentiras que incomodan á la sociedad, y que esta condena por ridículas, hai todovía otras, á las cuales la misma sociedad muestra un justo horror por los desórdenes espantosos que producen en ella; de cuyo número es la calumnia. Esta consiste en mentir contra la inocencia, en imputar á esta falsamente defectos ó acciones capaces de privarla de la estimacion pública, y aun de que se la irrogue un injusto castigo. De donde se infiere que este crímen viola insolentemente la justicia, la humanidad, la piedad, y en una palabra, las mas santas virtudes; por consecuencia debe llamar la atencion y el interés de todos los ciudadanos, porque todos están espuestos á los tiros manifiestos ú ocultos de la calumnia.

Á pesar de lo horroroso de semejante crímen, es

sinembargo mui comun en la tierra; no habiendo nada mas digno de admiracion que la prontitud con que se estiende y propaga entre los hombres. Por un fenómeno mui estraño, al primer aspecto los hombres detestan la calumnia, y sinembargo siempre son sus cómplices y siempre la dan crédito. Para que cese nuestra admiracion, basta atender á los manantiales de este crímen destructor, como son la envidia, la venganza, la cólera, y la malignidad que disfruta un secreto placer en destruir ó conturbar la felicidad de los demas. Por otra parte, la imprudencia, la superficialidad y el atolondramiento impiden ver las cosas como son en sí, y prevér las consecuencias de nuestros discursos. Las mismas causas que producen la calumnia, la propagan con la mayor facilidad; y los hombres que se deleitan en la depresion de los otros, la adoptan sin exámen. La malignidad va siempre estrechamente unida con la envidia. El celo de la virtud suele irritar al hombre de bien pero crédulo, contra el calumniado, de manera que no le deja pesar tranquilamente las pruebas y testimonios de su causa. En fin, la imprudencia, tan comun entre los hombres, hace que no presten la atencion necesaria en el exámen de los hechos que se propalan, sino que los adopten con facilidad, y que se difundan con la misma, sin prevér hasta qué punto esta facilidad puede llegar á ser funesta al desgraciado, de quien se sacrifica la reputacion, y tal vez la vida.

Discrecion, reflexîon, y un exámen detenido y maduro, son los únicos medios de preservarse de un crímen tan detestable en sus efectos, y en el cual hasta la credulidad se hace culpable. Los Príncipes, perpetuamente rodeados de hombres envidiosos y lisonjeros, debieran no dar oidos á los discursos que los esponen muchas veces á sacrificar á los hombres mas virtuosos al ódio ó la envidia de algunos

malvados, que solo poseen el arte horroroso de hacer mal.

Para no dejarse llevar de la calumnia, basta el reflexionar sobre las pasiones de los hombres: ademas la esperiencia acredita cuan pocas personas son capaces de ver bien los hechos mismos de que son testigos, y cuan pocos cuentan fielmente lo que han visto ú oido; muchas veces es dificil comprobar los hechos que mejor debieramos saber; las circunstancias que nos parecen indiferentes ó de poco valor, pueden agravar ó atenuar la imputacion: en fin, todo debe hacernos recelar y desconfiar tanto de los otros como de nosotros mismos, porque con mucha facilidad y frecuencia estamos sujetos á engañarnos con la mejor fe del mundo.

Todo, pues, debe hacernos conocer hasta qué punto la mentira puede ser funesta bajo cualquiera forma que se presente: la mentira produce la mala fe, la perfidia, el fraude, la doblez, las charlatanerias, los engaños de toda especie, y las fábulas y patrañas de que tantas naciones se alimentan. Si la veracidad, como hemos visto, es una virtud necesaria, todo lo que conspire á engañar á los hombres debe ser vituperado. Ademas, todo impostor alarma el amor propio de los demas, porque ninguno quiere ser engañado, y cada cual procura vengarse del hombre que ha pretendido engañarle. El afecto que se le profesaba, se convierte en aborrecimiento y desprecio; la venganza del amor propio ultrajado, injusto muchas veces, llega al estremo de negar al que nos ofende todo mérito y toda virtud.

Guardémonos, pues, no solo de engañar á los hombres, sino tambien de mantenerlos en sus errores, porque no hai preocupacion, no hai mentira, no hai impostura, que no acarree á los hombres las consecuencias mas transcendentales. Aunque no siem-

pre debemos decir todas las verdades á los hombres en particular, porque muchas veces les serian inútiles y dañosas, somos, sí, constantemente deudores de la verdad á la sociedad, como que es luz y guia de ella: la mentira no se proporciona á sí misma sino una utilidad pasajera; se puede ocultar al hombre la verdad y disimularsela en algun caso por su beneficio; pero jamás puede ni debe engañarse á la sociedad toda entera por su bien, pues para esta los errores jenerales tienen siempre unas consecuencias que transcienden hasta los siglos mas remotos (1).

CAPÍTULO VIII.

De la Pereza. De la Ociosidad. Del Fastidio y sus efectos. De la pasion del Juego, &c.

Todos los hombres miran el trabajo como una penalidad, de la que quisieran eximirse. El hombre laborioso, obligado á ganar el pan con el sudor de su rostro, tiene envidia del rico dado á la ociosidad, siendo asi que éste tiene mas de que lamentarse que no él. El pobre trabaja para acumular, con la esperanza de que descansará algun dia. Las preocupaciones de algunos pueblos hacen que los hombres miren el trabajo como vil y bajo, y como el atributo despreciable de los desgraciados (2). En una palabra,

---

(1) *Véase la Seccion IV. de esta Obra: cap.* X.

(2) En los paises cálidos, los hombres son indolentes y perezosos, y por consecüencia esclavos, indijentes, displicentes y miserables. La maxima de los habitantes del Indostan es, *que mas vale estar parado*, *que andar*; *acostarse*, *que sentarse*; *dormir*, *que velar*; *y morir*, *que vivir*. El Gobierno, aun mas que el clima, hace á los hombres indolentes

se advierte jeneralmente en los hombres una inclinacion natural á la pereza, la cual, mirada bajo su verdadero aspecto, es en la realidad un vicio, una disposicion dañosa para nosotros y para los demas, que la Moral condena, y que nuestro propio interés, asi como el de la sociedad, nos obliga á combatir infatigablemente. La apatía, la indolencia, la molicie, la neglijencia, la flojedad, la aversion al trabajo, la ignorancia son cualidades que nos hacen inútiles y despreciables al cuerpo de que somos miembros, y que nos imposibilita conseguir el bienéstar que todos naturalmente apetecemos. En fin, si, como hemos visto, la actividad ó el amor al trabajo es una virtud real, es evidente que la inaccion y la holgazanería son vicios ó violaciones de nuestros deberes. Los hombres viven en sociedad para trabajar en beneficio de su mutua felicidad.

La pereza, la neglijencia, la inercia son verdaderos crímenes en los Soberanos, destinados á velar incesantemente sobre las necesidades, los intereses y la felicidad de las Naciones. La ociosidad y la apatía son vicios vergonzosos en un padre de familia, encargado por la Naturaleza de trabajar para el bienéstar de los que le están subordinados. La pereza es un defecto punible en los criados, que se han obligado á servir y trabajar para sus amos. Todo hombre que recibe recompensas y beneficios de la sociedad, se obliga por su parte á contribuir, segun sus fuerzas, á la utilidad pública, y será un ladron si faltare á sus pro-

---

y perezosos. El despotismo cria esclavos sin aliento ni valor; ó forajidos que infestan los paises. Esta es la verdadera causa y orijen de la pereza, de la miseria, y de los desordenes de ciertos Estados de la Europa, los mas favorecidos de la Naturaleza.

mesas. El trabajador, el artesano, el jornalero, han de trabajar, so pena de morirse de hambre, ó ser víctimas de los delitos que su pereza les hará cometer tarde ó temprano.

Nunca, dice Xenophonte, *el alma entregada á la pereza produce nada bueno*: un adagio mui sabido nos dice que *la ociosidad es madre de todos los vicios*. De ella, en efecto, nacen los mas locos caprichos, los gustos mas depravados, los placeres mas insensatos, los dispendios mas estravagantes; recursos todos para suplir la falta de ocupaciones útiles, las cuales impedirían á los Príncipes, á los ricos y á los grandes el tener que sufrir el peso de la ociosidad que los abruma. *No hai*, dice Demócrito, *una carga mas pesada que la pereza*. Seguramente, la pereza va siempre acompañada del fastidio, suplicio rigoroso de que se vale la Naturaleza para castigar á los que reusan el trabajo.

El fastidio es aquella languidez, aquella paralisis mortal que produce en el hombre la falta de sensaciones variadas y agradables. Para evitar el fastidio, es necesario que los órganos, tanto esteriores como interiores de la máquina humana, se hallen en accion de modo que se ejerciten sin dolor. El fierro se enmoece sino se le frota de contínuo, y lo mismo sucede á los órganos del hombre; el demasiado trabajo los desgasta, y la ociosidad los hace perder la facilidad ó el hábito de cumplir el oficio á que estan destinados.

El pobre trabaja corporalmente para subsistir: luego que sus miembros cesan de trabajar, trabaja su espíritu ó su pensamiento, y como regularmente este espíritu carece de cultura, su falta de ocupacion le conduce al mal: sólo el crimen puede suplir al trabajo corporal, una vez abandonado el trabajador á la pereza. *Todo perezoso*, dice Phoci-

lides, *tiene sus manos prontas al robo* (1).

El hombre opulento, á quien su estado dispensa del trabajo corporal, tiene su imajinacion en un perpetuo movimiento. Atormentado incesantemente de la necesidad de sentir, busca en sus riquezas medios de variar sus sensaciones, y muchas veces recurre á ejercicios bien penosos: la caza, el paseo, los espectáculos, la comida regalada, los placeres sensuales, la disolucion dan á su máquina sacudimientos variados, que por algun tiempo pueden mantenerle en la actividad necesaria á su bienéstar; pero luego que los objetos que le conmovian agradablemente, han producido en sus sentidos el efecto de que eran capaces, sus órganos se cansan y fatigan con la repeticion de unas mismas sensaciones; estos necesitan nuevos modos de sentir, y agotada la naturaleza con el abuso de los placeres que produce, queda sumerjido el rico imprudente en una mortal languidez. *No hai*, decia Bion, *quien tenga mas penalidades que aquel que no quiere tener ninguna.*

El buei que trabaja, es ciertamente un animal mas apreciable ó mas útil que el rico ó el grande ociosos. Lo mismo que la vida del cuerpo, la vida social consiste en una accion contínua. Los hombres que nada hacen en obsequio de la sociedad, son unos cadáveres capaces de inficionar á los vivos. Vivir, es hacer bien á sus semejantes, es ser útil, es obrar de un modo conforme al bien de la sociedad. ¡*Amigos*! ¡*yo he perdido este dia*! esclama el buen Tito cuando no habia tenido ocasion de hacer algun bien á sus súbditos.

---

(1) PHOCYLID. CARM. vers. 144. *El trabajo*, dice mas adelante, *aumenta la virtud. El que no sabe cultivar las artes, debe trabajar con la hazada*: vers 147.

Sinembargo, por una estraña fatalidad, los Príncipes, los ricos y los poderosos de la tierra, que deberían alentar y vivificar las Naciones, se abandonan por lo comun á la indolencia, siendo unos cuerpos muertos, incómodos para los que les rodean; ó si se ocupan de algun modo, y dan con la accion indicios de que viven, es para turbar la tranquilidad pública. La desocupacion habitual en que vejetan los ricos y los grandes es visiblemente el verdadero orijen de los vicios que los corrompen, y que comunican á los demas. Escitar todos los ciudadanos al trabajo, ocuparlos útilmente, y perseguir é infamar la ociosidad, es y debe ser uno de los primeros cuidados de todo buen gobierno.

La curiosidad tan inconstante y siempre insaciable que reina en las sociedades opulentas, es una necesidad contínua de esperimentar nuevas sensaciones, capaces de dar algunos instantes de vida y movimiento á unas máquinas entorpecidas: esta necesidad llega á ser tan imperiosa, que para satisfacerla arrostra el hombre peligros é incomodidades innumerables: esta necesidad es la que lleva los hombres á bandadas á los espectáculos y á las novedades de toda especie, donde cada uno espera encontrar algun alivio momentáneo á su languidez habitual. Mas los espíritus vacíos y las almas incapaces de hallar en sí mismas el bien, encuentran en todas partes este fastidio, que les sigue y cerca de contínuo. Este mismo fastidio hallan en las diversiones, en las tertulias, en las concurrencias bulliciosas y lucidas, en las partidas de juego, y en los mismos convites, cenas y bailes, donde seguramente creian gozar de los mas vivos placeres.

Sólo en sí mismo puede el hombre hallar un asilo contra el fastidio. Para prevenir los sinies-

tros efectos de esta fatal paralisis, es menester que la educacion inspire desde la infancia á las personas que sin necesidad del trabajo corporal gozan de la opulencia, el gusto del estudio, del trabajo de espíritu, de las ciencias y de la meditacion. En el ejercicio de sus facultades intelectuales se les puede ofrecer un medio de ocuparse agradablemente, de variar sus recreaciones y de abrirse un manantial inagotable de placeres útiles á sí mismos y á la sociedad, que los harían felices, y les granjearían el respeto y las consideraciones de todos: en fin, debe hacérseles contraer el hábito del trabajo de espíritu y de cabeza, con cuyo ausilio sabrán algun dia substraerse del fastidio, de que se ven aflijidas la estólida opulencia, la grandeza ignorante, y la depravada molicie.

Habituando á la juventud desde mui temprano á la reflexion, á la lectura; á la investigacion de la verdad, se le facilita un modo de emplear el tiempo agradablemente para sí, y provechosamente para la sociedad. Asi se acostumbra el hombre á vivir sin penalidad consigo mismo, y se hace útil á los demas; el trabajo mental, cuando por fortuna se aficiona á él, ocupa sus momentos ociosos, y distrae su alma de futilidades, vanas puerilidades, gastos ruinosos, y sobre todo de placeres obscenos ó entretenimientos criminales, á que recurren los hombres ociosos para libertarse del fastidio que los persigue.

Todo el mundo se lamenta de la brevedad del tiempo y de la corta duracion de la vida, al paso que casi todo el mundo prodiga este tiempo que llama tan precioso; la mayor parte de los hombres mueren sin haber sabido gozar verdaderamente de nada. El reposo solamente es dulce para el que trabaja; el placer es sólo delicioso al que no abusa de él (1); las

(1) *Voluptates commendat rarior usus.*
JUVENAL. SATYR. XI. vers. 208.

diversiones mas gustosas llegan á ser insípidas para el imprudente que se ha entregado á ellas inconsideradamente. Con pesar se sale de un mundo, en que se ha perdido lastimosamente el tiempo por alcanzar un bien que jamás se ha encontrado. El arte de emplear el tiempo es ignorado del mayor número de aquellos mismos que se quejan de su rapidez; una muerte siempre temible dá término á una vida, de qué no se ha sabido sacar partido alguno para su propia felicidad.

La ignorancia es un mal, porque deja al hombre en una suerte de infancia, en una vergonzosa inesperiencia, en una estupidez que le hace inútil á sí mismo, y poco ó nada ventajoso para los demas. Un hombre que no ha cultivado su espíritu, no tiene otros medios de distinguirse en el mundo que su fausto, su pompa, su lujo y su fatuidad; no sabiendo como emplear el tiempo, á todas partes lleva su displicencia, su necedad y su presencia incómoda; siempre cargado de sí mismo, se hace molesto y pesado á los demas; y así es que su estéril conversacion recae siempre sobre pequeñeces indignas de ocupar á un ente racional. Caton decia mui bien, que *los holgazanes son enemigos irreconciliables de las personas laboriosas*: son ciertamente el azote de la sociedad, y quieren que los otros sufran el mal é incomodidad que sufren ellos de contínuo.

El tiempo, tan precioso y siempre tan corto para las personas que saben emplearle útilmente, se hace insoportablemente largo para el ignorante holgazan que le prodiga á futiles bagatelas, á estravagancias, á conversaciones frívolas, y á ocupaciones muchas veces mas funestas que la ociosidad (1). El jue-

(1) Entrando un dia el célebre Locke en casa del Conde Shastesbury, encontró á este Lord y sus amigos enteramente ocupados y embebecidos en el juego. Fastidiado nuestro Filósofo

go, bueno solo para dar al espíritu descanso por algun tiempo, es para el holgazan una ocupacion tan séria, que con frecuencia le espone á la pérdida total de su fortuna: su alma entorpecida necesita sacudimientos fuertes, vigorosos y reiterados, y los halla solamente en una diversion terrible, durante la cual está continuamente vacilando indecisa entre la esperanza de enriquecerse y el temor de arruinarse.

La ignorancia y la incapacidad de ocuparse con utilidad son las que visiblemente producen y perpetúan la pasion del juego, tan fatal y temible por sus deplorables efectos. Un padre de familia, por dar alguna enerjía y movimiento á su espíritu, arriesga en una carta ó un dado su bienestar, su fortuna, la de su mujer, y la de sus hijos: una vez esclavo de esta pasion detestable, y acostumbrado á los movimientos vivos y frecuentes que producen el interés, la incertidumbre y las contínuas alternativas del terror y la alegría, el jugador es ordinariamente un fu-

---

de haber sido por tanto tiempo mudo espectador de tan estéril diversion, sacó del bolsillo con aceleramiento su librito de memoria, y se puso á escribir con apariencias de atencion y cuidado: notándolo uno de los jugadores, le rogó que les comunicase las buenas ideas que acababa de apuntar en su librito de memoria; á lo cual contestó Locke dirigiendo la palabra á todos: "Señores, deseando aprovecharme de las luces y conocimientos »que debo prometerme de unas personas de vuestro mérito, me »he puesto á escribir la conversacion que habeis tenido por espa»cio de dos horas." Esta respuesta avergonzó de tal modo á los jugadores, que dejaron los naipes para divertirse de una manera mas conforme á personas de talento.

"Debemos, dice Séneca, conceder algun descanso á nuestro »espíritu, y renovar sus fuerzas con algunos recreos; mas estos »mismos recreos deben ser siempre ocupaciones útiles y provechosas." *Sic nos animum aliquando debemus relaxare, et quibusdam oblectamentis reficere; sed ipsa oblectamenta opera sint; ex his quoque, si observaveris, invenies quod possit fieri salutare.*

rioso, al que nada puede sujetar ni retraer sino es la pérdida de todos sus bienes.

Segun las convenciones de los juzgados entre sí, se llaman en el mundo *deudas de honor* las contraidas en el juego. Conforme á los principios de una Moral inventada por la corrupcion, las deudas de esta naturaleza han de ser satisfechas con preferencia á todas las demás; un hombre se cree sin honor, si no paga lo que ha perdido en el juego sobre su palabra, miéntras que de ningun modo es castigado ó despreciado aunque descuide ó reuse el pagar á los mercaderes, á los artesanos, y á los pobres jornaleros; ¡causando su descuido ó su mala fé el que familias enteras se vean sumerjidas en la miseria mas profunda!

No son estos solos los peligros del juego; esta pasion cruel espone á otros muchos. Los favorecidos del juego manifiestan serenidad; mas aquellos contra quien la fortuna se declara, están dominados de la mas triste melancolia, y algunas veces esperimentan los furores convulsivos de los frenéticos mas peligrosos. De aqui las frecuentes riñas y pendencias que se mueven entre unos hombres, que buscando en los principios pasar y entretener el tiempo, acaban no raras veces con quitarse la vida.

Aunque el juego no llegase á producir efectos tan crueles, siempre debe ser condenado, si tiene parte en él la avaricia y la codicia. ¿Hai cosa mas insociable y contradictoria que ver á conciudadanos, á hombres que se llaman amigos y que se reunen para divertirse, hacer todos sus esfuerzos para quitarse unos á otros una parte de su fortuna ó toda ella? Nunca el juego debe llegar al estremo de producir una pesadumbre y afliccion al que perdiere. El juego fuerte supone siempre unas almas vilmente interesadas, que desean arruinarse y aflijirse recíprocamente.

La ociosidad produce ademas otras muchas estravagancias y crímenes que perturban el reposo y la felicidad de las familias: ella es la que multiplica la disolucion de las costumbres, los galanteos, los desórdenes, los adulterios: si tantas mujeres se estravían del camino de la virtud, es porque no saben en manera alguna ocuparse en cosas que serian mas importantes para ellas.

Tales son los terribles efectos que producen á cada paso la ociosidad y el fastidio, que siempre vá en pós de ella.

Al fastidio deben atribuirse casi todos los vicios, los escesivos y locos dispendios, y los estravagantes caprichos de los grandes, de los ricos, y aun de los mismos Príncipes, los cuales no conocen otra ocupacion que los placeres, y despues de haberlos prontamente agotado, pasan toda su vida en una languidez contínua, esperando que otros nuevos deleites vengan á dar alguna actividad á sus adormecidos espíritus.

Todo holgazan es un miembro inutil de la sociedad, que no tarda ordinariamente en hacerse tan dañoso á esta, como incómodo y molesto á sí mismo (1). Ocupando al hombre de pueblo sin oprimirle con un trabajo demasiado penoso, se le hará su estado mas agradable, y se le preservará de vicios y delitos. Los malhechores y malvados no son tan comunes bajo un mal gobierno, sino porque los hombres aburridos y desalentados con la tiranía, prefieren la ociosidad á una vida laboriosa; forzosamente entónces el crimen es para éstos el único medio de subsistir.

(1) Por las leyes de Solon estaba permitido á todo ciudadano el denunciar al que no tenia ocupacion alguna. Entre los Gimnosofistas, no se daba de comer á los jóvenes hasta que daban cuenta y razon de lo que habian hecho durante el dia.

La ociosidad de un Soberano es un delito tan grande como la tiranía. Los súbditos de un Monarca holgazan no pueden con sus mas penosos y ásperos trabajos dar abasto á las necesidades infinitas, á los inmensos caprichos, y á los vicios que ha menester para entretener y ocupar el tiempo.

Si á los Príncipes, á los Grandes y á los ricos se les acostumbrase desde niños á que viviesen útilmente ocupados, se les preservaría de las locuras y escesos, en que los precipitan con demasiada frecuencia la ociosidad y la ignorancia. La pereza y los vicios de los Grandes son imitados por el pueblo; asiqué éste, para satisfacer las pasiones que el ejemplo le ha inspirado, se entrega ciegamente á lo malo, é insulta atrevidamente las leyes y los suplicios.

Ademas de la ociosidad, cuyos funestos efectos acabamos de esponer, hay todavia una pereza de temperamento, la cual, por el entorpecimiento y la inercia que produce, es tan perjudicial como la inaccion y la incapacidad de vivir ocupado: esta pereza puede mui bien compararse á un verdadero letargo. Mientras que las otras pasiones imitan al delirio en su furor y sus accesos, ésta como que adormece las potencias del hombre; el que es dominado de ella, se hace indiferente aun para los objetos que mas interesantes deben ser á todo racional. Los perezosos de esta especie, léjos de avergonzarse de una cualidad tan poco sociable, se aplauden de ella, y encuentran un oculto deleite, y algunas veces se vanaglorían de esto como si fuesen en realidad dichosos, como si fuesen en realidad filósofos.

Es un engaño el creer, dice un Moralista célebre, *que solo las pasiones violentas*, *como la ambi-*

cion y el amor, son las que pueden triunfar de las otras. La pereza, por lánguida y macilenta que parezca, no deja por esto de ser comunmente la dueña y señora de las pasiones; triunfa sobre los proyectos y sobre todas las acciones de la vida; consume insensiblemente en sí las pasiones y las virtudes (1). Él mismo dice en otra parte, *que de todas las pasiones, la mas desconocida de nosotros, es la pereza; esta es la mas ardiente y la mas perversa de todas, aunque su fuerza sea insensible, y mui ocultos los daños que causa. Si consideramos atentamente su poder, verémos que siempre domina en nuestros afectos, en nuestros intereses, y en nuestros placeres. La pereza es el pez Remora, cuya fuerza, dicen, detiene los navíos. Para dar, en fin, la verdadera idea de esta pasion, es necesario decir, que la pereza es como la bienaventuranza del alma, que la consuela en todas sus pérdidas y equivale á todos los bienes. . . . . . . De todos los defectos, el que con mas facilidad confesamos, es la pereza; persuadidos de que participa de todas las virtudes sociales y pacíficas, y que, sin destruir enteramente las otras, no hace mas que suspender su accion.*

A mas de esto, los que se hallan poseidos de esta suerte de pereza, hacen de ella un mérito y una virtud. Mas esta apatía del corazon, esta indiferencia por todo, esta privacion de toda sensibilidad, este desapego del aprecio y de la gloria no pueden ser mirados de ningun modo como virtudes morales ó sociales: un sér verdaderamente sociable debe interesarse en la felicidad y en las desgracias de los hombres; debe compartir sus placeres y sus penalidades; debe adherirse fuertemente á la justicia; debe estar siempre dispuesto á prestar á sus

(1) *Reflexiones Morales du D. dela Rochefoucault.*

semejantes los servicios y ausilios de que sea capaz. El perezoso es un peso inutil sobre la tierra, y un muerto en la sociedad. Él no puede ser ni buen Príncipe, ni buen padre de familia, ni buen amigo, ni buen ciudadano. Un hombre semejante, reconcentrado en sí mismo, sólo exîste para sí. Una vida enteramente ociosa, la pereza filosófica de los Epicureos, la apatía de los Estoicos, elojiadas por tantos Moralistas, son vicios reales y verdaderos, porque todo hombre que vive con los hombres, vive con ellos para serles útil. Solon quería que todo ciudadano que reusára tomar parte en las facciones de la República, fuese separado de ella como un miembro corrompido. Si esta ley parece demasiado rigorosa, sería bueno al ménos que todo ciudadano indiferente á los males de su patria, ó que en nada contribuye á su felicidad, fuese castigado con el desprecio de los hombres (1).

CAPÍTULO IX.

De la Relajacion de las Costumbres. De la Disolucion. Del Amor. De los Placeres deshonestos.

El hombre social, como se ha repetido muchas veces, debe, por su propio interés y el de sus asociados, refrenar sus pasiones naturales, y resistir el ímpetu desordenado de su temperamento. Nada es mas natural al hombre que el amar el placer; pero enseñado por la esperiencia, huye de los placeres que sabe pueden cambiarse en

(1) »La pereza y la indolencia, dice Demósthenes, tanto en la vida doméstica como en la vida civil, no llegan »á conocerse desde luego en el descuido de uno y otro de»ber, sino en la suma total de ellos. DEMOSTH. PHILIPPIC. IV.

penalidades, teme dañarse á sí, y se abstiene de todo lo que puede hacerle perder la estimacion de sus semejantes.

Esto supuesto, deben contarse en el número de los vicios todas las disposiciones y cualidades que bien sea inmediatamente, ó por sus consecuencias necesarias, puedan perjudicar al que se entrega á ellas, ó producir alguna turbacion en la sociedad. Muchos hombres son esclavos de sus mas perversas inclinaciones, porque no raciocinan sobre sus acciones; el vicio es duro, áspero é inconsiderado, en vez de que la razon y la equidad mantienen igual y justa la balanza. Los hombres son viciosos, porque sólo piensan en lo presente.

El amor, esta pasion tan locamente alabada de los Poetas, y tan deprimida de los Filósofos, es un afecto inherente á la naturaleza del hombre; es efecto de una de las mas urjentes necesidades; mas si no se contiene dentro de límites justos, todo nos muestra que es el manantial de los mas espantosos desastres. La naturaleza ha hecho dependientes del amor la conservacion y multiplicacion de nuestra especie, y por consecuencia la conservacion y felicidad de la sociedad: asíque el hombre y los animales son sensibles al amor, y buscan con ansia sus placeres; pero la esperiencia, la templanza y la prudencia nos enseñan y nos habitúan á resistir y refrenar las instigaciones de un temperamento impetuoso, ó de una naturaleza siempre ciega, cuando no vá guiada de la razon.

Hablando de la templanza, hémos probado suficientemente la importancia de esta virtud en la conducta de la vida; sin ella el hombre, arrastrado de continuo por el atractivo del placer, sería siempre y constantemente enemigo de sí mis-

mo, é introduciria el desorden en la sociedad. Hemos hecho ver igualmente las ventajas del pudor, centinela respetable de las costumbres, y hemos probado asimismo, que ocultando los objetos capaces de escitar pasiones destructoras, el pudor oponia fuertes y felices obstáculos á la fogosidad de la imajinacion á veces indomable, cuando se acalora y enciende.

Regularmente el amor es un niño criado en la ociosidad y blandura, y ya hemos indicado que esta pasion conduce á los hombres á la disolucion, y se hace en ellos hábito y necesidad: esta pasion llena el vacío inmenso que la ociosidad deja comunmente en la cabeza de los Príncipes, de los Ricos, de los Grandes, y particularmente de las mujeres del gran mundo, á quienes su estado condena al parecer á la inercia y la molicie. Hé aquí, como se ha visto, el verdadero orijen de la *galantería*, fruto por otra parte necesario de la comunicacion demasiado frecuente de los dos sexôs. La galantería en los hombres desocupados, es el deseo de agradar á todas las mujeres, sin amar con verdad á ninguna. Por inocente que parezca este trato fraudulento, como fundado en la urbanidad y buena crianza, en la deferencia y en las consideraciones debidas al bello sexô, no deja por esto de ser mui peligroso en sus efectos: porque debilita las almas de los hombres (1), y dispone á

(1) César nos enseña, que los antiguos Jermanos apreciaban sobremanera la castidad, como virtud que fortifica á los hombres, y que declaraban infames á los que antes de la edad de veinte años conocian los deleites del amor. Segun el Padre Laffiteau, los jóvenes, entre los salvajes, no pueden usar del matrimonio sino un año despues de su celebracion. *Les Moeurs des Sauvages*, par le P. Laffiteau: y César *de Bello Gallico*, lib. VI. cap. 21. casi al principio.

las mujeres á familiarizarse con las ideas que pueden acarrearles consecuencias las mas funestas. La debilidad no está segura sino evitando el peligro: es mui dificil que una mujer espuesta de continuo á las seducciones de un gran número de solicitadores, tenga la fortaleza necesaria para resistirlos. Nada es mas importante que el prevér y precaver los peligros de que la virtud, en un mundo depravado, se halla continuamente rodeada.

Si, como se ha demostrado antes, el hombre *solitario*, esto es, considerado con relacion á sí mismo, está obligado á resistir á los impulsos de una naturaleza ciega y brutal, y á oponerle las leyes de una naturaleza mas esperimentada, se sigue de aqui que el hombre en cualquiera situacion que se encuentre, debe, á fin de conservarse, combatir y refrenar los pensamientos y deseos que le harian abusar de sus fuerzas con daño siempre de sí mismo. De donde se infiere, que los placeres del amor están prohibidos al hombre ó la mujer *solitarios*: el interés de su conservacion y de su salud exije que no hagan abuso de sí mismos, y teman contraer hábitos ó necesidades que no podrian satisfacer sin que algun mal irremediable fuese la consecuencia de ellas. La esperiencia nos acredita, en efecto, que el hábito de obedecer á los caprichos de un temperamento demasiado fogoso, es de todos los hábitos el mas contrario á la conservacion del hombre, y el mas dificil de estirpar. Se infiere de esto que la templanza, la continencia y la pureza deben acompañar al hombre aun en lo escondido de un desierto inaccesible al resto de los humanos.

Esta obligacion adquiere todavía mas fuerza en la vida social, en la cual las acciones del hombre no solamente influyen en sí mismo, mas tambien son capaces de influir en los otros. La castidad, la continencia, el pudor son cualidades respetadas en todas

las naciones civilizadas; la impureza, la disolucion, la impudencia son, por el contrario, jeneralmente miradas como vergonzosas y despreciables. ¿Se fundará acaso esta opinion en preocupaciones, ó en convenciones arbitrarias? Nó: ella tiene por base la esperiencia, la cual nos prueba sin desmentirse nunca que todo hombre entregado por hábito á la disolucion, es comunmente un insensato que se pierde, y que es incapaz de ocuparse útilmente en beneficio de los demas. El disoluto, atormentado de una pasion esclusiva, irrita continuamente su imajinacion lasciva, y sólo piensa en los medios de satisfacer las necesidades que esta imajinacion le crea. Una doncella que ha llegado á violar las reglas del pudor, y que está dominada de su temperamento, aborrece el trabajo, es enemiga de toda reflexion, se mofa de la prudencia, es incapaz de ser una madre atenta y laboriosa, y sólo piensa en el deleite sensual: ó cuando con el contínuo abuso este deleite pierde en ella su aliciente, entónces sólo trata de sacar provecho de la venta de su hermosura.

Para conocer los efectos que la disolucion, el gusto habitual de los placeres y la relajacion deben causar en las almas virtuosas, basta examinar los resultados de estas brutales cualidades en aquellos que la suerte ha destinado á gobernar los Imperios, las cuales destruyen visiblemente en ellos toda actividad, adormeciéndolos en una contínua molicie, que muchas veces, mas que la crueldad, arruina los Estados. ¿Qué atenciones pueden esperar los Pueblos del Asia de sus voluptuosos Sultanes, perpetuamente ocupados en los asquerosos placeres de sus serrallos, donde se sujetan y esclavizan á los caprichos y artificios de sus favoritas ó sus Eunucos? Bajo un Neron, ó un Heliogábalo, Roma fué un lupanar, donde las infames prostitutas, desde el centro de la disolucion, decidian de la suerte de los ciudadanos, disipaban las

rentas del Estado, y distribuian los honores y gracias á hombres, en quienes la corrupcion ocupaba las veces del mérito, del talento y de las virtudes. Una Nacion es perdida (1), cuando la relajacion de las costumbres, autorizada con el ejemplo de los Gefes y recompensada por ellos, llega á ser universal; entónces el vicio descarado y atrevido no se cubre ya con las sombras del misterio, y la disolucion corrompe y contamina todas las clases de la sociedad: poco á poco la misma honestidad, puesta en ridículo, tiene que sonrojarse de sí misma.

El horror y el desprecio, debidos á la disolucion, se fundan justamente en sus efectos naturales: las ideas que tenemos de sus infelices víctimas, no son ciertamente efecto de la preocupacion. En las sociedades donde la virtud y el honor de las mujeres dependen del cuidado que tienen ellas de conservar su castidad, donde la educacion las arma y mortifica contra la flaqueza de sus almas ó la fuerza de su temperamento, se puede naturalmente suponer que una jóven que ha quebrantado las lindes del pudor, está perdida sin remedio, para nada vale ni sirve, y no puede ser mirada en adelante sino como el instrumento venal de la lascivia pública. Por consecuencia una prostituta está escluida de los concursos decentes; es un objeto de horror para las mujeres honestas; ningunos respetos merece aun de aquellos mismos que por ser disolutos no son escrupulosos en tratarla; desterrada, por decirlo asi, de la sociedad, se vé obligada á abandonarse á la disipacion, la intemperancia, el luxo y la vanidad. Incapaz de reflexionar y falta de prevision, sólo vive en el dia presente, no piensa en el de mañana, se acaba y consume con sus

(1) *Desinit esse remedio locus, ubi quæ fuerant vitia, mores sunt.* SENEC. Epist. 39. in fine.

escesos, ó arrastra dolorosamente hasta el sepulcro una vejez indijente, enfermiza y despreciable.

Sinembargo, en obsequio de estos objetos de ódio y de desprecio vemos todos los dias á tantos ricos y á tantos grandes abandonar sus amables y virtuosas esposas, arruinarse voluntariamente, y no dejar á su posteridad sino deudas y trampas. Mas la virtud no ejerce sus derechos en las almas corrompidas con la disolucion; los hombres depravados desconocen los hechizos del pudor y la honestidad, y necesitan de impudencia y descaro; el vicio descubierto y los coloquios obscenos y torpes los han disgustado para siempre de toda conversacion honesta y de una conducta reservada. Vé aqui porque los maridos libertinos prefieren las mas veces una cortesana comun y sin mérito á esposas dotadas de prendas y virtudes; pero que no les proporcionan los mismos placeres que encuentran, por un gusto perverso y corrompido, en el trato y comercio con las prostitutas, á quienes ellos no pueden ménos en su interior de aborrecer y despreciar, abandonándolas á su desgraciada suerte, cuando han llegado á fastidiarse de ellas.

Tales son las consecuencias del amor desarreglado; á este envilecimiento deplorable son traidas las imprudentes jóvenes por los infames seductores, á quienes las leyes debieran castigar. Pero en la mayor parte de las naciones, la seduccion no es tenida por delito; los que la cometen, se vanaglorian de ella como si fuese un triunfo, y hacen alarde de las victorias que consiguen de un sexó frájil y crédulo, cuya debilidad parece que autoriza para engañarle del modo mas cruel. ¿Cuánta debe ser la depravacion de las ideas en aquellas naciones, donde á semejantes acciones no se imponen ni castigos ni infamia? ¿Qué almas tendrán esos mostruos de lujuria, cuyos atentados son causa de la desolacion y afrenta de familias virtuosas? ¿Hai una crueldad mayor que la

de esos disolutos que por satisfacer un deseo momentáneo, entregan por toda su vida las víctimas que han seducido al oprobio, al llanto y á la miseria? Mas la disolucion, cuando ha llegado á ser habitual, aniquila la piedad en el corazon y la reflexion en el alma; y multiplicando los escesos sofoca en el libertino los remordimientos que los primeros delitos han podido causarle. Por otra parte, siendo tan ciego que no vé los males que se hace á sí mismo, ¿cómo ha de acriminarse y arrepentirse del daño que causa á los demas?

Los que miran la relajacion y disolucion de las costumbres como cosas sobre que un gobierno debe cerrar los ojos, ¿han reflexionado con toda atencion y seriedad sus consecuencias? ¿No se ven á cada paso familias enteras arruinadas por padres libertinos, que no transmiten á sus hijos sino sus gustos depravados, con la imposibilidad de satisfacerlos? Unos ejemplos tan frecuentes ¿no prueban y convencen el esceso de ceguedad y de locura á que conducen las mas veces las inclinaciones vergonzosas? La mayor fortuna no puede resistir á la seduccion de estas sirenas, á la voracidad de estas ambrientas harpías, cuando han llegado á dominar y apoderarse del alma de un disoluto. Nada es bastante á satisfacer los deseos desenfrenados, los estravagantes caprichos, la vanidad impertinente de unas mujeres que no conocen reglas ni medida. La ruina completa de sus amantes es el sólo término de sus estafas: entónces el necio arruinado y perdido no puede ménos de ceder su lugar á un nuevo mentecato, el cual, cuando le llegue el turno, será tambien robado y destruido: tales son el amor y la constancia que los amantes insensatos pueden esperar de estas criaturas viles y mercenarias que merecen su loca aficion.

Si el libertinaje produce diariamente tan deplorables, efectos aun á los ricos y á las personas mas acomodadas ¿que daños nó producirá á las jentes de una fortuna limitada? El libertinaje embrutece al hombre de letras adormeciendo su talento: distrae al mercader de su comercio, y le transforma en un bribon: saca al artista de su taller: hace que el jornalero se disguste del trabajo que necesita para su diaria subsistencia: en fin, el libertinaje, arruinando al hombre opulento, conduce al trabajador al hospital ó á la horca. Pocos son los malhechores, á cuya pérdida no hayan contribuido en mucha parte las mujeres de mala vida. Un miserable, las mas veces, roba, asesina, y comete atentados para saciar la vanidad ó las necesidades de una prostituta, que le arrastrará tarde ó temprano al suplicio.

Á este desarreglo de costumbres deben atribuirse ordinariamente las frecuentes pendencias y los sangrientos desafios, que llevan al sepulcro á tantos jóvenes aturdidos. ¡Cuántos imprudentes coléricos, por unos necios zelos, tienen la cruel estravagancia de arriesgar su misma vida, disputándose los favores públicos, comunes y despreciables de una vil prostituta? ¿No se necesita tener las mas estrañas ideas del honor, para fundarle en la posesion de estas mujeres disolutas que son del primero que llega? Mas es propio del amor, ó mas bien de la disoluta relajacion, el no dar lugar á reflexiones juiciosas, y pensamientos racionales.

Prescindiendo del justo desprecio que el libertinaje ocasiona á los que se entregan a él; prescindiendo del decaimiento del ánimo que produce, la Naturaleza cuida de castigar de un modo directo á los imprudentes, en quienes las ideas de honestidad y de razon no pueden reprimir sus inclinaciones desarregladas. La juventud debiera estre-

mecerse á vista de las enfermedades espantosas con que el placer sensual le amenaza, y al contemplar que los frutos de sus desórdenes pueden ademas infestar su mas remota descendencia; pero estas consideraciones no tienen fuerza en el alma de estos hombres embrutecidos que, aun á costa de su misma vida, procuran satisfacer sus abominables y vergonzosas pasiones. El vicio es un tirano que da á sus esclavos un fatal valor, capaz de hacerles arrostrar las enfermedades y aun la muerte.

No parece sino que todo en la sociedad escita y fomenta, particularmente en los Ricos, y Grandes, el gusto funesto del vicio y de la sensualidad. La educacion pública, los discursos obscenos, los espectáculos poco castos (1), las novelas amorosas, y los malos ejemplos contribuyen incesantemente á sembrar en los corazones la semilla de la disolucion; una corrupcion contajiosa se introduce en ellos por todos los poros, y muchas veces sus almas están ya dañadas y corrompidas, aun antes de que la naturaleza haya dado á los órganos del

(1) Los Gobiernos, en algunas naciones, como que en cierto modo autorizan la corrupcion pública con los espectáculos licenciosos. El Teatro Inglés es ciertamente una escuela de prostitucion. Muchas Piezas del Teatro Francés, como *La fille capitaine*, *la femme juge et partie*, *George Dandin*, *L'Escole des femmes*, &c. dan á la juventud lecciones y máximas contrarias á las buenas costumbres. La *Opera*, en algunos paises, sólo parece que ha sido inventada para fomentar en los corazones el gusto de la disolucion por medio de cantos, máximas y bailes lascivos. Las frecuentes *paradas*, ó revistas militares, hacen perder el tiempo al pueblo y corrompen sus costumbres. Los Dramas ménos licenciosos presentan siempre los mas de ellos á la juventud objetos capaces de irritar las pasiones.

cuerpo la suficiente consistencia. De aquí esa vejéz precoz que se observa, sobre todo, en los Grandes y en los habitantes corrompidos de las cortes, cuyas razas miserables y endebles anuncian claramente los vicios de sus padres. El disoluto no solamente se daña á sí mismo, sino que tambien vincúla su debilidad y sus vicios en sus desgraciados descendientes.

No hablarémos aquí de ciertos gustos estravagantes y perversos, contrarios á los designios de la naturaleza, de los cuales están infestadas Naciones enteras. Sólo, sí, dirémos que estos gustos incomprensibles parecen sin duda efectos de una imajinacion depravada, la cual para reanimar los sentidos desgastados con los placeres comunes, los inventa nuevos y capaces de avivar por algun tiempo á los infelices, á quienes su debilidad y aniquilamiento han reducido á la desesperacion. De este modo la naturaleza se venga de los que abusan de los deleites sensuales, y los reduce á buscar el placer por caminos que hacen al hombre inferior á los brutos. Las disoluciones injeniosas y torpemente estudiadas de los Griegos de los Romanos y de los Orientales (1), manifiestan que estos pueblos tenian una imajinacion falta ya de recursos para inventar nuevos deleites que bastasen á satisfacer el apetito embotado ya é insensible de unos enfermos que carecian de estímulos naturales.

(1) Las relaciones del Oriente nos dicen que, por un efecto de la poligamia, los Mahometanos ricos, los Persas, los Mogoles, y los Chinos, se hallan por lo comun decaidos y debilitados á la edad de treinta años, ó enteramente insensibles á los placeres naturales; siendo ésta, sin duda, la causa de los gustos depravados y vergonzosos que reinan en Asia.

Se nos preguntará, quizá, qué remedios pueden oponerse á la disolucion de las costumbres tan radicada en algunos paises, que es casi imposible el extirparla. A esto responderémos, que una educacion mas vijilante impediría que la juventud llegase á contraer unos hábitos, capaces de influir en el bienéstar de toda su vida: dirémos, que los padres, mas arreglados en su conducta, formarian unos hijos ménos viciosos: dirémos que los Soberanos virtuosos influirian con sus ejemplos en sus súbditos: cerrando á los vicios el camino del favor, de los honores, de las dignidades y de las recompensas, un Príncipe conseguiria al ménos disminuir la corrupcion pública y escandalosa que reina en la Corte, como en su centro y domicilio. El ejemplo de los Grandes, siempre imitado fielmente de los pequeños, haria volver en breve tiempo la honestidad y el pudor, desterrados tanto hace del seno de las naciones opulentas; estas no tienen sobre las pobres sino la funesta ventaja de poseer muchos mas vicios y torpezas, y muchas ménos fuerzas y virtudes.

Cuando hablemos de los deberes de los esposos, harémos ver los inconvenientes tan terribles como funestos que resultan á las familias y á la sociedad de la infelicidad conyugal, *de la coqueteria*, y de esos galanteos, que en algunas naciones familiarizadas con la corrupcion, se miran temeraria y osadamente como bagatelas, pasatiempos y gracejos.

Si la razon condena la disolucion, necesariamente ha de proscribir todo lo que puede provocar á ella; asiqué la razon prohibe los discursos y conversaciones licenciosas, las lecturas perjudiciales, los trajes provocativos, las miradas deshonestas, &c: por la misma razon ordena que se aparte la mente de aquellos pensamientos lascivos, que podrian poco á poco conducir á criminales acciones; estas,

reiteradas, forman hábitos permanentes que resisten á todos los consejos de la razon. *Es menester*, dice Isócrates, *que el hombre cuerdo sujete no sólo sus manos, sino tambien sus ojos.*

Como los placeres del amor son los mas vivos de cuantos la máquina del hombre puede esperimentar, son tambien por su naturaleza los mas difíciles de ser reemplazados: por la misma razon la esperiencia nos manifiesta que son los mas destructores del hombre; sus organos no pueden sufrir, sin un notable detrimento, los movimientos convulsivos que estos placeres les causan. Hé aquí el por qué, arrastrado por sus hábitos, es regularmente el disoluto esclavo de ellos hasta el sepulcro; incapaz ya de satisfacer sus necesidades inveteradas, su imajinacion ajitada de contínuo no le permite reposo alguno. Nada es mas digno de compasion que la vejez enferma y despreciable de los hombres, cuya vida ha sido consagrada á los placeres.

CAPÍTULO X.

De la Destemplanza ó Gula.

Todo lo que daña á la salud del cuerpo, todo lo que perturba las facultades intelectuales ó la razon del hombre, todo lo que le hace perjudicial á sí mismo ó á los otros, debe ser reputado vicioso y criminal, y no puede ser aprobado por la sana Moral. Si la Templanza es una virtud, la Destemplanza es un vicio, el cual puede ser definido, el hábito de entregarse á los apetitos desarreglados del sentido del gusto. Todos los escesos del paladar, la glotoneria, y la embriaguez, deben ser mirados como unas cualidades dañosas á nosotros mismos y á nuestros asociados.

Á la medicina pertenece demostrar los riesgos á

que la Destemplanza espone al cuerpo; acorde con la Moral, ella nos enseña que el gloton, esclavo de una vil pasion, y sujeto á enfermedades crueles y frecuentes, vejeta en un estado de languidez, y halla por lo comun una muerte prematura en los placeres que su estómago no puede resistir.

La Moral, por su parte, vé en el hombre guloso un desgraciado, cuya alma, consumida en una pasion brutal, sólo se ocupa en los medios de satisfacerla. En los paises en que el luxo ha fijado su domicilio, los ricos, y los grandes, cuyos órganos están embotados con el abuso que de ellos han hecho, se ven reducidos á buscar en los alimentos precoces, raros y costosos, los medios de reanimar un apetito estenuado: no abasteciéndoles ya su pais de nada bastantemente agradable, los vemos ocuparse con el mayor empeño en imajinar nuevas combinaciones, capaces de irritar sus paladares entorpecidos; y poner en contribucion los mares y los paises mas remotos para escitar sus desgastados sentidos. Á esta flaqueza fisica de la máquina se junta una necia vanidad, que se finje un mérito en presentar á la admiracion de los convidados las producciones mas costosas, con la idea de darles una alta opinion de la opulencia del que los regala; éste tiene la noble ambicion de que se diga que tiene una mesa delicada, y no se avergüenza de participar de una gloria, que sólo debia ser propia de su mayordomo ó cocinero.

En los placeres de la mesa y en la gloria de ofrecer á sus convidados manjares bien condimentados, raros y costosos, es en lo que sobre todo muchos hombres fundan su representacion y grandeza; los convites suntuosos les parece que demuestran buen gusto, jenerosidad, nobleza y sociabilidad; el hombre opulento, y el hombre constituido en dignidad gozan interiormente de los aplausos que les dispensan una multitud de aduladores y de jentes desconocidas, que reunen casualmente y sin eleccion para que sean testigos de su pretendida grandeza y de su soñada felicidad. De este modo las casas de los ricos y de los grandes se convierten en hosterías abiertas y francas para todo el que llega, cuyos dueños tienen la necedad de arruinar y consumir su fortuna y salud en obsequio de unas jentes que apenas conocen, y á los que sinembargo tienen la locura de tener por amigos. Ningunos mas despreciables que estos amigos de la mesa, atraidos sólo por la buena comida, y á los que se les podria llamar con mas razon *amigos del cocinero*, que amigos de su amo (1): éste, despues de haber destruido su fortuna, como sucede harto frecuentemente, se vé sorprendido al hallarse abandonado de sus pretendidos amigos; y llega á conocer, aunque mui tarde, que sólo reunia en su casa glotones, cuya amistad residia únicamente en su estómago, y que en nada le agradecen los escesivos y locos gastos hechos en su obsequio, ó mas bien en el de su necia vanidad.

En efecto, el pródigo como hemos visto, no es un hombre benéfico, sino un estravagante, por lo comun insensible, que sacrifica su fortuna á la manía de ostentarla. ¿Cómo un hombre verdaderamente sensible dejaría de arrepentirse de los dispendios enormes de sus festines, si llegase á reflexionar que estos dispendios bastarian á suministrar lo necesario á muchas familias indijentes, que apenas tienen un bocado de pan? Pero los beneficios de esta clase no le dan al rico el vano esplendor que pide su vanidad; él desea más ostentar y arruinarse neciamente, que dar un pequeño socorro á los necesitados y miserables; discurre que su clase ó su empleo le obligan á usar de

(1) Plutarco califica á los amigos de esta especie, de *amigos de la marmita*.

prodigalidad y luxo; y se disculpa con esta obligacion de no ocurrir á las necesidades y miserias del pobre.

Los gastos exorbitantes de los grandes y de los ricos, y las dilapidaciones y robos de sus mesas, contribuyen tambien á que la suerte del pobre sea mas apurada; á estas causas debe atribuirse la carestía de las provisiones y comestibles de primera necesidad que se observa en los paises, donde el luxo hace á la pobreza mas infeliz de lo que es en sí misma. Los contínuos festines, los esquisitos y costosos manjares, y los robos y desperdicios de los criados, consumen y destruyen en un dia, en una poblacion grande, los víveres que bastarian para abastecer por un mes á los labradores de una provincia.

¡Empero tales son los efectos de este luxo tán ensalzado en las apolojías de muchos! La reflexion nos le muestra como el cruel destructor del rico á quien arruina, y del pobre al que priva constantemente de lo necesario. Todo nos prueba que la sana política, á una con la Moral, debe proscribirle, é inspirar á los ciudadanos la frugalidad no ménos útil á la salud y á la fortuna de los ricos y de los grandes, que á la comodidad y al bienéstar del pueblo, en el qué los gobiernos regularmente se muestran mui poco interesados.

Á su neglijencia, ó al entendido interés debe atribuirse la embriaguez tan comun en el bajo pueblo. Harto manifiestos y patentes son los daños y perjuicios que causan los escesos del vino y la relajacion habitual en las clases mas ínfimas de la sociedad, sin que se procure buscar los medios de correjirlos: bien léjos de ello, en algunas naciones, la política es cómplice de estos desórdenes; por un sórdido y mezquino interés, ó por los derechos que el gobierno impone sobre las bebidas, la destemplanza del pueblo se mira como un bien para el Estado; y se temeria

una disminucion de las rentas públicas, si el pueblo fuese mas sóbrio y racional (1).

La ociosidad, la pureza y la dificultad de adquirir los alimentos convenientes determinan el pueblo á la embriaguez, y sobre todo le hacen contraer el hábito de los licores fuertes que le destruyen en poco tiempo. Estos llegan á serle necesarios para reanimar su máquina estenuada por falta de alimento, á causa de que producen en su paladar sensaciones mui fuertes; mas privándole habitualmente de la razon, tarde ó temprano llegan á embrutecerle enteramente, y á que sea incapaz de subsistir con su trabajo.

En algunas naciones, la multitud de solemnidades y fiestas, que condenan al artesano á que no pueda trabajar, dan motivo á que el pueblo, enmedio de su ociosidad, se entrgue al juego y á la borrachera; de este modo queda privado del provecho que le rendiria su trabajo, é imposibilitado de dar pan á sus hijos. Á mas de esto, su embriaguez le espone á riñas y quimeras accidentales, y tambien á delitos. Con precaver la ociosidad, precaveria la política una multitud de desórdenes que tiene que castigar, y que nunca logra disminuir.

Aunque en algunas naciones, la embriaguez es aborrecida de las jentes honradas y de buen trato, este vicio subsiste en las provincias, y es el

(1) En Rusia, el Soberano tiene estancada la venta del aguardiente, con la particularidad que se tiene un rejistro de lo que todos los años necesita de este licor cada familia. En todas las naciones de Europa, los Gobiernos cargan escesivos impuestos sobre el vino y los licores; por consecuencia tienen el mayor interés en que el Pueblo se emborrache. Los licores alambicados son el recurso de los pobres, principalmente en los paises en que vale mui caro el vino.

recurso comun de todos los holgazanes. ¿Cuántos hombres que se tienen por racionales, no encuentran otro medio de emplear el tiempo que les incomoda, sino es bebiendo hasta perder su poco juicio? Si los habitantes de los paises meridionales son mas sóbrios, los del Norte pretestan en los rigores de su clima motivos urjentes para embriagarse habitualmente, y se vanaglorían por lo comun de su vergonzosa destemplanza. ¡Buena gloria, por cierto, la que resulta á un ente racional de privarse periódicamente del entendimiento, y de hacerse inferior á las bestias!

La borrachera es ciertamente un placer de salvajes: asi vemos á estas tribus de hombres, ó mas bien de niños inadvertidos, de que el nuevo mundo se halla poblado, ser sojuzgadas por los licores fuertes, cuyo funesto conocimiento se le deben á los benéficos Européos. Al uso inmoderado de estos mortales brebajes atribuyen muchos viajeros la destruccion casi entera de estos pueblos imprudentes y sin razon.

Anacarsis decia, que la vid producía tres especies de uba, la primera el placer, la segunda la borrachera, y la tercera el arrepentimiento. La esperiencia diaria basta para convencernos de que nada es mas contrario que la destemplanza á la salud y á la virtud del hombre. Debilitado el cuerpo, trae á pasos precipitados la vejez, las enfermedades y la muerte. La destemplanza, dice Demócrito, *da cortas alegrías, y largos disgustos*. Una vida sensual y delicada hace contraer una molicie, que nos hace inútiles y despreciables: el esceso del vino, turbando del todo la cabeza, embrutece al hombre que se entrega á él, le aburre del trabajo, le impide pensar en sus deberes y cumplirlos, y muchas veces le conduce á los crímenes y al suplicio.

Una criatura verdaderamente racional debe velar en su conservacion; y una criatura verdaderamente sociable debe mantener su tranquilidad, y no turbar ni perder jamás sus facultades intelectuales, temerosa de ser arrastrada, sin saberlo y aun contra su voluntad, á cometer acciones que la degradarian, y que, recobrada su razon, la llenarian de vergüenza y de pesar (1).

CAPÍTULO XI.

De los Placeres honestos; y de los torpes.

Una Moral feroz y repugnante á la naturaleza del hombre le prohibe y acrimina todos los placeres; mas una Moral mas humana le estimúla á la virtud, haciéndole ver que esta sóla puede producirle placeres esentos de amargura y de pesares. La razon nos permite y nos manda gozar de los beneficios de la naturaleza, seguir las inclinaciones arregladas, y buscar los placeres y recreos que no sean dañosos ni á nosotros ni á los demas; ella nos aconseja que los usemos con la medida prescrita por el interes de cada hombre, y por el buen orden del interés jeneral de la sociedad.

Los hombres buscan el placer en todas sus acciones; este es el fin y término de nuestras pasiones y deseos; y si nosotros tan raras veces le encontramos, es ó porque le buscamos donde no existe, ó porque abusamos imprudentemente del que hallamos.

En la Seccion I. Cap. IV. hemos difinido el pla-

---

(1) . . . . , . *Hic murus Aheneus esto,*
Nil conscire sibi nulla pallescere culpa.
HORAT. Epist. 1. Lib. 1. vers. 60. 61.

cer; hemos distinguido dos especies de placeres; hemos dicho que los placeres que obran inmediatamente en nuestros órganos se llaman *placeres de los sentidos ó placeres corporales*, y los que sentimos interiormente, se llaman *placeres intelectuales*, ó placeres del alma y del corazon.

Una multitud de Moralistas han declamado en todos tiempos principalmente contra los placeres de los sentidos, y aun algunos los han proscrito del todo. Sinembargo estos placeres en sí mismos nada tienen de criminal cuando, siendonos útiles, no causan á nadie perjuicio. Los placeres de la mesa, cuyos abusos acabamos de exâminar; nada de vituperable tienen en sí propios, puesto que es mui natural y mui conforme á la razon gustar de los alimentos agradables al paladar, y preferir estos á los insípidos ó desagradables; mas sería contrario á la naturaleza usar de estos manjares sin medida, y esponerse á largas y penosas enfermedades por satisfacer un placer pasajero. Odioso y criminal sería el devorar en banquetes y festines la sustancia del pobre; y sería asímismo una necedad y tontería arruinar y destruir su fortuna por contentar un apetito harto comun: la pasion desordenada á los manjares raros y costosos, ó á los vinos delicados, nos hace seguramente despreciables. Un gloton jamás ha merecido aprecio: un hombre descontentadizo es regularmente infeliz y desgraciado.

La vista puede mui bien, sin delito alguno, recrearse en la hermosura que la naturaleza dá á sus obras. Una mujer hermosa merece admiracion; mas este placer nos sería fatal, si encendiese en nuestros corazones una llama peligrosa; y pasaria á ser delito, si escitase en nosotros una pasion capaz de hacernos cometer acciones deshonrosas contra el objeto que en un principio habiamos admirado inocentemente.

Nada malo ni dañoso tiene el oir con gusto can-

ciones alhagüeñas y gratas al oido; mas este placer puede acarrearnos consecuencias reprensibles, si afemina nuestro corazon torpemente, disponiéndole á la sensualidad y á la disolucion, ó si nos hace olvidar nuestros deberes esenciales.

Es natural apetecer y buscar los bienes y comodidades de la vida, y preferir los vestidos suaves al tacto y agradables á la vista á los toscos y mal hechos; mas es una puerilidad tener siempre ocupado el espíritu en fútiles adornos; y ademas sería una insensatez malgastar su fortuna sólo por satisfacer una necia vanidad. La Moral no condena el luxo y sus placeres, sino encuanto fomentan las pasiones estravagantes, que nos hacen olvidar lo que debemos á la sociedad. El amor al fausto y á la pompa cierra nuestros corazones al clamor de las necesidades de nuestros semejantes, nos arruina, y arruina la patria.

Los espectáculos y diversiones que la sociedad nos ofrece, son descansos y recreaciones que la razon aprueba siempre que no produzcan consecuencias perjudiciales; mas ella condena los espectáculos licenciosos, que puedan inspirar en el alma de la fogosa juventud imájenes lascivas y maximas ponzoñosas en su corazon. ¿La sana Moral no deberá clamar contra todo lo que inspira ó fomenta pasiones ruinosas á la sociedad? ¿Cómo el sexo débil y de una imajinacion viva y exaltada podrá resistir las pasiones que el teatro le ofrece diariamente bajo las apariencias mas seductoras?

Muchos Moralistas, á quienes se les acusa comunmente de una severidad ridícula, condenan los espectáculos, mirandolos como manantiales de corrupcion. Por rigoroso que parezca este dictámen, la sana Moral, en cumplimiento de sus deberes, no puede ménos de suscribir á él. Si el amor es una pasion funesta por los daños que produce, si la disolucion es un mal,

si la sensualidad es peligrosa, ¿qué efectos deben causar estas pasiones, que en el teatro se presenten bajo tan alhagüeñas apariencias, en una juventud imprudente, que corre apresurada á él sin otro intento que irritar mas y mas los deseos á que en su corazon dá alvergue? Prescindiendo de tantos dramas licenciosos admitidos ó tolerados en algunos paises, la juventud, si hablase con franqueza, convendria en que lo que busca en el teatro no son ni la doctrina virtuosa, ni *las* prudentes maximas que se pueden encontrar en los dramas, sino la hermosura y los hechizos de una actriz, y las imájenes y conceptos lascivos. El dulce veneno del vicio es el que ansiosamente van á beber tantos voluptuosos holgazanes que han cifrado en los espectáculos su principal ocupacion. Los mas opulentos de ellos nos prueban con su conducta, que no es en manera alguna la virtud la que van á buscar y aplaudir. El teatro, en el estado en que se encuentra, es un escollo en que naufragan de continuo la felicidad conyugal, la razon, la fortuna y las costumbres.

Sin engaño podemos formar el mismo juicio de esas asambleas públicas y nocturnas, conocidas con el nombre de *Bailes*, donde el libertinaje curioso, las intrigas criminales y las aventuras casuales ó concertadas atraen y reunen las personas de ambos sexos. Es mui dificil de creer que el deseo de hacer un ejercicio útil á la salud sea el que escite una aficion tan viva por el baile en un sinnúmero de mujeres delicadas y de hombres afeminados. Frecuentes y multiplicados ejemplos nos prueban que para muchas personas el baile es un placer inocente. Pero por una cruel y necesaria consecuencia, en las sociedades corrompidas, los placeres mas inocentes en su orijen se convierten en veneno por el abuso que de ellos hace el vicio, sirviendo sólo para difundir y multiplicar la corrupcion: ésta llega á ser una necesidad indispen-

sable en una multitud de opulentos viciosos y holgazanes, que en todo y por todo buscan el vicio como el único alimento conveniente á sus afeminadas almas. La Moral mas sencilla forzosamente debe parecer rigorosa y feroz á los hombres sin virtud, ó á los disipados y aturdidos, incapaces de prevér las consecuencias, á veces terribles, de sus necios entretenimientos. A semejantes entes envano la razon dirije sus lecciones.

En las manos del hombre imprudente y depravado todo muda de naturaleza, y todo se hace perjudicial y dañoso. La lectura no le agrada sino encuanto fomenta sus inclinaciones desarregladas. De aqui tantas novelas de amor, tantos versos y producciones que, siendo la insustancialidad su menor defecto, forman el único estudio de los mundanos, sirviéndose de ellas para robustecer las inclinaciones mas funestas al reposo de las familias y de la sociedad.

La moral, mal que les pese á muchas jentes, no puede aprobar de ningun modo los placeres ó los entretenimientos de que resultan visiblemente los mayores males: el hombre de bien resiste y se opone á la opinion pública siempre que ésta es contraria á la pública felicidad, invencible y estrechamente unida con las buenas costumbres. Todos los placeres capaces de favorecer las pasiones que es necesario refrenar, no pueden ser inocentes á los ojos de la razon. ¿Es posible que los hombres no puedan recrearse sin imajinar en cosas torpes, sin inclinarse al vicio, ni sin dañarse á sí y á los demas? El gran mal de los ricos proviene de que quieren descansar y divertirse, sin haber antes trabajado verdadera y útilmente.

Los diversos juegos inventados para dar algun descanso al espíritu fatigado de sus ocupaciones habituales, no son reprensibles sino cuando se toman

como las únicas ocupaciones importantes. El juego es un loco furor cuando nos espone á la ruina; y un indicio de la vaciedad de los que sin él no sabrian ocuparse, ni conversar los unos con los otros. Un jugador de profesion no es bueno para nada, y siempre se encuentra aburrido y fastidiado, miéntras no tiene ó naipes ó dados en la mano (1).

En una palabra, la razon no condena los placeres de los sentidos; el abuso que de ellos se hace comunmente y su uso demasiado frecuente es lo que los hace insípidos ó nos los convierte en necesidades urjentes, que no podemos entónces ya satisfacer sino con detrimento nuestro y de los otros.

Los placeres intelectuales ó del alma son, como hemos dicho antes, los placeres que los sentidos nos han ofrecido, renovados por la memoria, contemplados por la reflexìon, comparados por el juicio, y animados, exáltados, embellecidos y multiplicados por nuestra imajinacion. Cuando retirados, por decirlo asi, en lo interior de nuestras almas, recordamos los objetos ó las sensaciones que nos han causado placer, los consideramos bajo muchos aspectos, los comparamos entre sí, y nos los pintamos bajo formas y modos mas seductores á veces que lo es la misma realidad. Mas los placeres intelectuales, lo mismo que los placeres de los sentidos, pueden ser laudables ó reprensibles, honestos ó criminales, ventajosos ó perjudiciales tanto á nosotros como á nuestros semejantes. Á la razon pertenece dar reglas al entendimiento, y poner límites á nuestra imajinacion, sujeta con demasiada frecuencia á enloquecernos, descarriarnos y llevarnos al mal. Un ánimo vivo y una imajinacion ardiente son guias mui peligrosas, si llegan á perder de vista la antorcha de la razon. La moral debe dirijir nuestros pensamientos, y desterrar de nuestra alma las ideas que pueden acarrearnos consecuencias funestas. Los estravíos del entendimiento son precursores inmediatos de los estravíos de la conducta.

(1) Dícese que los naipes fueron inventados para entretener á Carlos VI, Rei de Francia, cuando enfermó de demencia; hoi pudiera decirse que la enfermedad de este Príncipe ha cundido por toda Europa, puesto que en todos los paises los naipes constituyen la felicidad ó el recurso del trato y sociedad de toda clase de jentes.

Los placeres del alma pueden ser ó mui honestos ó mui criminales. La ciencia, el estudio, las lecturas útiles dejan en nuestro cerebro vestigios ó ideas, las cuales, embellecidas por una infeliz imajinacion, forman un manantial inagotable de goces y placeres para nosotros mismos y para aquellos á quienes comunicamos nuestros descubrimientos. Mas el cerebro del hombre ignorante, holgazan y vicioso no se llena sino de ideas futiles, lascivas y torpes, capaces de dar una fermentacion la mas dañosa á sus pasiones y á las de los otros. La imajinacion arreglada de un hombre de bien retrata con verdad las ventajas de la virtud, la gloria que resulta de ella, el amor que produce, y las delicias y tranquilidad de una buena conciencia: la loca imajinacion de un ambicioso le representa las futiles ventajas de un poder incierto, del que no sabe usar; la de un fátuo presumido le muestra la vana ostentacion de su fausto, de sus trenes, de sus libreas y de su pompa; la de un avaro se ceba en la idea de sus inmensos bienes, de los cuales no gozará jamás.

La imajinacion es, pues, el oríjen ó manantial comun del vicio y de la virtud, de los placeres honestos ó ilícitos; ella es la que, regulada por la esperiencia, exalta á los ojos del hombre de bien los placeres morales, los atractivos de la sabiduría, la belleza de la virtud. Estos placeres son del todo desconocidos de un sinnúmero de espíritus limitados, de

esas pequeñas almas para quienes la virtud sólo es un vano nombre, ó para tantos hombres sin reflexion que no creen ver en ella mas que un objeto triste y lúgubre. ¿Qué son la beneficencia, la humanidad y la jenerosidad para la mayor parte de los ricos, sino la privacion de una porcion de sus bienes, que destinan á los mas futíles placeres? Estas virtudes presentan una idea mui distinta á quien medita sus efectos en los corazones de los mortales, que conoce cuán deliciosa es la retribucion del agradecimiento, y que se representa en su imajinacion á sí mismo como un objeto digno del amor de sus conciudadanos.

La conciencia es casi nula en el aturdido que no reflexiona, en aquel á quien su pasion le ciega, en el estúpido que carece de imajinacion, y esta es sinembargo necesaria para pintarnos con viveza los diversos efectos que nuestras acciones buenas ó malas producirán en nuestros asociados; es preciso haber meditado al hombre para saber el modo con que se le agrada ó se le ofende. Esta imajinacion pronta y esta reflexion constituyen la sensibilidad, sin la cual los placeres morales no se imprimen, y la conciencia sólo habla débilmente. ¿Qué placer encontrará en consolar á otro aquel á quien la pintura de sus males no le afecta lo bastante para necesitar en ellos de consolarse á sí mismo? Es menester oir resonar en su corazon los clamores del infortunio para encontrar placer en remediarle.

El hombre que no siente, ó que no piensa, de nada sabe gozar; la naturaleza entera está como muerta para él; las artes que la representan, no afectan sus ojos amortecidos. La reflexion y la imajinacion son causas del placer que sentimos en la contemplacion del universo: ellas hacen del mundo fisico y del mundo moral un teatro encantador, en el que todas sus escenas nos interesan vivamente. Miéntras que una

multitud imprudente corre á placeres engañosos é instables, el hombre de bien, sensible é ilustrado encuentra en todas partes deleites que gozar; despues de haber hallado placer en el trabajo, le halla de nuevo en las recreaciones honestas, en las conversaciones útiles y en el examen y contemplacion de las variedades infinitas de la naturaleza; la sociedad, tan molesta para los hombres que se incomodan y fastidian recíprocamente, ofrece al hombre que piensa, una multitud de observaciones curiosas y útiles; y acumulando hechos, atesora con ellos los materiales que le sirven y recrean en su soledad. Los campos, tan uniformes y monotonos para los habitantes nunca contentos de las grandes poblaciones, le ofrecen á cada paso mil placeres nuevos. El tumulto ruidoso de las ciudades y las estravagancias mismas del vulgo son para él espectáculos instructivos é interesantes. En una palabra, todo nos prueba y hace ver que sólo hai verdaderos placeres para el hombre que siente y que medita; todo le demuestra las ventajas de la virtud y los inconvenientes que resultan de las locuras y defectos de los hombres.

CAPÍTULO XII.

De los Defectos. De las Imperfecciones. De las Ridiculeces, ó de las Cualidades desagradables en la vida social.

Examinados los vicios ó las cualidades dañosas á la vida social, nos resta hablar ahora de los defectos ó de las imperfecciones molestas y desagradables á los que viven con nosotros. Los defectos de los hombres, asi como sus vicios, son resultados de su temperamento diversamente modificado por el hábito: podemos definirlos, la falta ó privacion de las cualidades necesarias para hacerse el hombre agradable en la sociedad.

Interesado siempre un ente sociable en agradar á las personas con quienes vive, no sólo se considera obligado á refrenar sus afectos, y á combatir sus inclinaciones desarregladas, sino tambien á corregir los defectos que pueden minorar la benevolencia á que aspira. Ninguno vé ni reconoce sus propios defectos; mas el hombre sociable debe estudiarse á sí mismo, procurar verse con los mismos ojos con que le miran los otros, y juzgar sus imperfecciones como él juzga las que advierte en sus semejantes; lo que él halle molesto y desagradable en ellos, le hará conocer lo que á ellos les molestará y desagradará en él. Así es como el hombre sábio puede sacar un provecho real y verdadero de las imperfecciones y debilidades de los hombres; y de esta manera aprende á evitar en sus acciones lo que á él le disgusta en la conducta de los otros. Sabe ademas que no debe omitir cosa alguna para merecer la estimacion y el cariño de sus conciudadanos, y que los menores defectos, aunque no causen las sensibles y repentinas consecuencias del crímen, no dejan por eso al fin de lastimar profundamente á las personas que los esperimentan de contínuo. *La menor sobrecarga*, dice Montagne, *hace saltar la paciencia* (1).

Todos los hombres tienen defectos mas ó ménos incómodos para los que los esperimentan, y nosotros mismos padecemos á veces por aquellos á que estamos sujetos sin conocerlos; estos nos molestan en los otros, al paso que no cuidamos de correjirnos de ellos en manera alguna. Todos somos mui perspicaces y penetrantes cuando se trata de las imperfecciones y flaquezas de los otros, y estamos siempre ciegos en tratándose de las nuestras. ¿Cómo esplicar este fenómeno? Es mui facil de resolver. Nosotros estamos

(1) Montagne, *Essais*, lib. 1.

habituados á nuestro modo de ser y de existir, y, bueno ó malo, le juzgamos necesario á nuestra felicidad; mas no es lo propio en órden á los defectos de los otros, á los cuales nunca nos acostumbramos. Nosotros deseamos que ellos se corrijan, porque sus defectos nos ofenden; y nosotros nunca nos correjimos, á causa de que nuestros defectos nos agradan, pareciéndonos perfecciones.

Causa la mayor admiracion ver en el mundo multitud de personas que siendo así que hace mucho tiempo que viven juntas, se separan á veces repentinamente, y se enemistan para siempre; mas esta admiracion cesará, si se considera que los defectos que al principio parecian soportables, esperimentándolos de contínuo, se hacen insufribles; ellos son unas lijeras picaduras que, reiteradas mas y mas, hacen al fin dolorosas é incurables llagas. Hé aquí sin duda porque nada es mas raro que el ver constantemente unidas las personas, cuyo humor ó carácter se avenga bastantemente para estrecharse con una grande y permanente familiaridad; esta misma familiaridad, que debia al parecer desterrar de ellas toda pena é incomodidad, contribuye á que las personas de un trato familiar y frecuente conozcan con mas facilidad sus defectos recíprocos. Esta es la verdadera causa de la comun desunion que se vé entre los esposos, los parientes y los mas íntimos amigos.

El hombre social debe, pues, juzgarse á sí mismo con imparcialidad; debe correjirse de los defectos que pueden alterar ó disminuir la benevolencia que desea; mas por otra parte la humanidad le recomienda que tenga induljencia con las imperfecciones de sus semejantes, y, á una con la justicia, la misma humanidad le persuade que á solo este precio puede esperar hacer tolerables sus propias debilidades. El que no tiene induljencia es, como hemos visto, un ente insociable que él mismo se condena á ser juzga-

do con rigor. Ningun hombre sobre la tierra está esento de defectos (1); asiqué el irritarse incesantemente contra las debilidades de los otros, es manifestarse incapaz de vivir en sociedad. Una grande induljencia, una dulzura permanente de carácter, una constante atencion, un humor ameno y alegre, una prudente condescendencia, son las únicas cualidades que pueden cimentar la union de los hombres: estos, cuando se exáminan de cerca, suelen dejar de quererse y apreciarse.

El escesivo temor de que nos ofendan los defectos de nuestros semejantes, nos conduce á la desconfianza y á la misantropía, disposiciones mui contrarias á la vida social, y que dan lugar á creer que el hombre en quien se hallan es de un carácter sospechoso. Los que no confian en la virtud de los otros, dan ocasion á presumir que no la tienen ellos. ¡*Todos los hombres son unos malvados*! decia un misantropo á un hombre de bien á quien veía con frecuencia. ¿ *En qué lo conoceis* ? le preguntó éste; *en mí mismo*, contestó inmediatamente el misantropo.

El hombre desconfiado, que de todo recela y á quien todo se le hace sospechoso, es necesariamente mui infelíz. Perpetuamente rodeado de asechanzas y peligros imajinarios, ni conoce las dulzuras del reposo, ni los placeres de la sociedad, y se vé solo en el mundo, espuesto á los tiros y tramas de una multitud de enemigos. La desconfianza continua es un tormento largo y cruel, del que la Naturaleza se vale para castigar á los tiranos, y á todos aquellos que saben que tienen merecido el ódio de los hombres. El perverso está siempre armado de temores y sospechas.

(1) *Nam vitiis nemo sine nascitur: optimus ille est,*
Qui minimis urgetur.
Horat. Satyr. III. vers. 68.

Mas tambien por otra parte, la confianza escesiva tampoco es virtud, sino una señal de flaqueza y de inesperiencia. Hasta haber esperimentado á los hombres no se les puede dispensar la confianza. ¡Pero desgraciado de aquel que no hálla persona digna de merecerla! La prudencia es una virtud media entre la desconfianza misantrópica y la confianza escesiva. No se puede sin peligro confiar de todo el mundo; mas tambien llegaria á ser mui infelíz el que de ninguno confiase. *Fiarse de todo el mundo, y no fiarse de nadie, son dos vicios*, dice Séneca; *pero en el uno se encuentra mas virtud, y en el otro mas seguridad.*

Siendo la firmeza, el valor, la constancia y la fortaleza virtudes ó cualidades sociales, debemos mirar la debilidad, la cobardía y la incónstancia como verdaderos defectos, y aun á veces como vicios imperdonables. El hombre débil está de continuo vacilante en su conducta; poco dueño de sí mismo, es siempre del primero que llega, y se halla dispuesto á dejarse llevar adonde se le quiere conducir. Es imposible contar con un hombre sin carácter; como que no tiene objeto fijo, ninguna resistencia opone á los impulsos que se le dan, viniendo á ser el juguete continuo de los que fácilmente le dominan. Sin carácter, sistema, ni principios en su conducta es inconstante é irresoluto, y siempre está fluctuando entre la virtud y el vicio. El que no sigue con firmeza algun principio ó regla, es tan incapaz de resistir á sus propias pasiones como á las de los otros. La debilidad es por lo comun efecto de una pereza habitual y de una indolencia que llega á veces al estremo de dejarse arrastrar del delito. Un Soberano sin firmeza es un verdadero azote de su pueblo. El hombre débil puede ser amado y com-

padecido, pero no merecer la estima de los otros: este causa muchas veces, sin saberlo, mayores daños que el malo descubierto, cuya conducta conocida hace que se huya de él. Un carácter demasiado fácil inspira una confianza que casi siempre queda desmentida.

Ningunos mas desagradables y ménos seguros en el comercio de la vida que estos carácteres débiles y pusilámines que, por decirlo asi, se vuelven á todos vientos. ¿Cómo ha de contarse un solo instante con unos hombres que se aconsejan con el primero que encuentran, que cambian de consejo tan pronto como cambian de corrillo ó de encuentro, y que abandonan á sus amigos al primero que quiere deprimirlos? Jamás un hombre débil, sin carácter y sin firmeza, puede ser tenido por un sólido y buen amigo.

Hai pocos hombres en el mundo que sean con firmeza lo que son, que muestren un carácter resuelto y decidido, que se propongan un fin ácia el cual se dirijan con pasos firmes y seguros: nada es tan raro como un hombre sólido que siga un plan sin perderle de vista (1): de aqui todas las variaciones, las contradicciones, las inconsecuencias que observamos en la conducta de la mayor parte de los hombres; se los vé, digámoslo asi, continuamente descarriados, sin objeto fijo, y prontos á cambiar de camino al menor interés que se les presente. La Moral debe proponerse fijar invariablemente la consideracion de los hombres sobre sus verdaderos intereses, presentándoles los motivos mas poderosos para afirmarlos en el camino de la felicidad.

La falta de firmeza en los principios y de estabilidad en el carácter hacen que los vicios y defectos de los hombres sean tan contájiosos. El comercio del mundo, la frecuentacion de la Corte y de los Grandes, y el trato con las mujeres, al paso que sirven para limarnos y pulirnos, contribuyen tambien muchas veces á borrar el carácter, y á corromper el corazon. Pretende el hombre complacer; toma el tono de aquellos con quienes trata; y de este modo se suele hacer vicioso ó malvado por pura complacencia. El hábito de sacrificar su voluntad y sus propias ideas á las de los otros, hace que el hombre deje de ser dueño de sí, desfigura y oculta su fisonomía, cambia á cada instante de principios y de conducta, y temería, de lo contrario, ser acusado de áspero, de singular, de impolítico, ó de pedante. *Es menester ser lo que los demas*, ha sido y es la máxima comun de tantas jentes sin vigor, sin principios y sin carácter, de que el mundo está lleno. Hé aquí como cunden los vicios, como se perpetúan los caprichos y las estravagancias, y como los hombres no hacen mas que copiarse los unos á los otros (1). Hé aquí tambien como los cautiva el ejemplo y el temor de ser desagradables á los hombres viciosos. En fin, hé aquí como la ignorancia ó la incertidumbre del fin que debemos proponernos, y ademas la debilidad son los verdaderos manantiales del mal moral, de los vicios, de las estravagancias, y á veces tambien de la perversidad de los hombres.

Es necesario vigor para ser virtuoso enmedio de un mundo corrompido ó insensato: *Tén la osadía de ser sábio*, ha dicho un antiguo; mas por falta de luces pocas jentes tienen este valor, que mil causas enfrenan y aprisionan. Ciertamente el Gobierno, á pesar de su gran poder sobre los hombres, no influye

(1) *Iidem eadem possunt horam durare probantes?*
HORAT. Epist. 1. Lib. 1. vers. 82.

(1) Un hombre de talento decia: las jentes del mundo son como las monedas, que se desgastan á fuerza de pasar de mano en mano.

del modo que pudiera sobre sus caractéres y costumbres. El despotismo solamente hace de sus esclavos unos autómatas dispuestos á obedecer al impulso del déspota; y este impulso por lo comun los encamina al mal. Un Gobierno militar da á toda una nacion el tono del aturdimiento, de la vanidad, de la presuncion, de la arrogancia, y de la licencia. Es preciso ser mui nervioso y robusto para resistir con constancia á las fuerzas que obran incesantemente sobre nosotros.

La lijereza, la imprudencia, la disipacion, un carácter frívolo ofrecen mas obstáculos á la felicidad social, que la malicia del corazon humano. Hai paises donde la lijereza y la inconstancia se tienen por un adorno ó gracia; mas es mui dificil hacer de un hombre casquivano é inconstante un amigo sólido, con cuyo afecto y discrecion pueda uno contar. ¡Cómo contar con quien ni aun de sí mismo tiene seguridad! La Moral, para ser bien practicada, exije atencion, firmeza y reflexion; que el hombre vuelva con frecuencia sobre sí; y que se recoja en su interior, de todo lo cual mui pocas personas son capaces. Hé aquí porque la Moral parece tan enfadosa y molesta á los espíritus frívolos, que la posponen á ridículas bagatelas; el hábito de pensar es el que únicamente puede dar á todo ente racional la facultad de convinar prontamente sus relaciones y sus deberes: la felicidad del hombre es un objeto tan grave, que merece algunos cuidados de su parte, y necesita fijar su consideracion sobre los medios de obtenerla: *Consúltate á tí mismo*, dice el Poeta Theognides, *porque el hombre precipitado es siempre un hombre perjudicial* (1).

Todo nos prueba la importancia de refrenar nuestra lengua en un mundo desocupado, curioso y lleno de malignidad; sinembargo nada es mas comun que la *indiscrecion*, ó la necesidad de hablar, de que tantas personas están atormentadas. Este defecto, terrible á veces por sus consecuencias, no siempre indica un corazon dañado, aunque suele producir efectos tan crueles como la perversidad. Él es debido á la imprudencia, á la lijereza, y regularmente á una necia vanidad, que se figura un mérito en alimentar la curiosidad de los otros; el indiscreto es tan falto de reflexion que él mismo divulga su propio secreto, y se compromete á sí mismo con tanta facilidad como á los demás: por lo comun es débil y sin carácter, puesto que no tiene valor ni fortaleza para guardar el depósito que neciamente se le ha confiado. Aunque la indiscrecion sea á veces tan peligrosa como la traicion misma, ella pasa no obstante por una falta lijera en un mundo frívolo, desocupado y curioso.

(1) *Poetæ Græci minores: Theognidis Carmina.*

La *Curiosidad*, ó el deseo de penetrar los secretos de los otros, es un defecto que anuncia comunmente la vaciedad de espíritu. El curioso es por lo regular un holgazan sin ideas, y ademas indiscreto. *Huye del hombre curioso*, dice Horacio, *que es siempre indiscreto ó parlero* (1). El hombre es curioso por vanidad: él cifra su gloria en poder decir *que sabe ó que ha visto*, lo cual es un gran mérito para con los necios ociosos.

Es dificil hablar mucho, y hablar bien. ¿Qué cosa mas molesta que esos crueles charlatanes, que esos eternos disertadores que se figuran estár siempre orando en la tribuna, y que nunca bajan de ella? Es ciertamente tener poco miramiento para con el amor propio de los otros no permitirlos hablar cuando les toca. Pero muchas personas están en la idea de que hablando mucho se manifiesta mucho talento. Un proverbio trivial, pero cuerdo, nos dice que *un vaso lleno suena menos que uno vacío.*

Por otra parte, nada es mas raro que hallar per-

(1) *Percontatorem fugito, nam garrulus idem est.* HOR. Ep. 18. l. 1. v. 69.

sonas que sepan escuchar, y nada mas comun que jentes que quieren ser escuchadas esclusivamente; esta injusticia y este amor propio esclusivo son mui frecuentes en la sociedad. Siendo el objeto de la conversacion el instruir ó deleitar, cada cual se cree con derecho de contribuir á este fin, y sería afrentar á los otros el querer escluirlos de ella. Por un efecto de esta vanidad se ven algunas veces hombres de talento, que sólo aprecian la compañía de los necios. *Es un necio*, decia un hombre de talento, *pero me escucha*.... *Hai jentes*, dice un autor moderno, *que apetecen mas ser Reyes en una mala compañía, que ciudadanos en otra buena.*

Si la conversacion debe tener por objeto ilustrar y complacer, el hombre puede hablar cuando conoce que ha de conseguirlo; mas es necesario no olvidarse de que los otros son capaces de contribuir á nuestra instruccion y á nuestro agrado. Es menester escuchar y guardar silencio cuando no tenemos cosa alguna útil ó agradable que comunicar. Lo vacío é insustancial de la conversacion, como hemos dicho en otra parte, es lo que hace tan comunes la murmuracion y la calumnia, porque cuando no se sabe hablar de las cosas, se ocurre á las personas.

El grande arte de la conversacion consiste en no ofender, en no ajar á ninguno, en hablar solamente de lo que se sabe, en no divertir á los otros sino con lo que les pueda ser útil é interesante. Este arte, que todo el mundo cree poseer, es sinembargo mui raro y difícil. Las sociedades están llenas de pedantes, que previenen contra sí por su necia vanidad en querer hablar de todo; ó de fastidiosos que nos molestan hablando de objetos poco ó nada interesantes. Un necio se imajina que lo que ocupa su corto entendimiento, debe interesar á todo el universo.

La esperiencia, la reflexîon, el estudio, y sobre todo la benevolencia y la bondad de corazon pueden

solas hacernos útiles ó agradables en el comercio de la vida. Las conversaciones de las jentes del mundo no son por lo comun tan estériles, sus visitas tan fastidiosas, sus asambleas las mas brillantes y sus banquetes los mas suntuosos tan enfadosos y molestos, sino porque la sociedad sólo reune personas que se aman y se aprecian mui poco, que apenas se conocen, que nada bueno tienen que decirse, y que únicamente se dicen y comunican bagatelas. Lo que se llama el *gran mundo* solo se compone en la mayor parte de personas mui vanas que á nada se creen mútuamente obligadas, y que, privadas de instruccion, no traen al trato de las jentes sino aspereza, sequedad é indisplicencia: la conversacion necesariamente debe ser lánguida y estéril, cuando ni el corazon ni el entendimiento pueden interesarse en ella. La amistad sincera y franca, la sabiduría y la virtud son las únicas que pueden dar vida y consistencia al trato de los hombres.

La vanidad hace al hombre insociable. La ignorancia, la ociosidad, la falta de costumbre en pensar, y la insensibilidad del corazon son las causas que tanto multiplican los fastidiosos, los decidores de bagatelas y fruslerías, los importunos y los fátuos que inundan las Cortes, las Ciudades y los campos. Todo hombre que carece de entendimiento es molesto á los otros, á causa de la necesidad que tiene de poner en movimiento su alma entorpecida y de distraer su fastidio; asiqué atormentado de contínuo con este fastidio personal y doméstico, no llega á conocer que su presencia es para los otros molestísima. Uno de los grandes inconvenientes del trato del mundo es hallarse espuestas en él las personas ocupadas y laboriosas á ser víctimas de un sinnúmero de importunos, de holgazanes, y de fastidiosos, que periódicamente vienen á decirnos que nada tienen que decir. Un poco de sentido comun bastaria para enseñarnos á no ser

importunos al hombre laborioso, y á no interrumpirle en sus ocupaciones. Hai instantes en que el mayor amigo debe temer incomodar á su amigo. Mas estas reflexîones tan naturales no entran en la consideracion de tantos estúpidos como la urbanidad tolera, al paso mismo que ellos violan todas sus reglas.

En mirando las cosas mas de cerca se hallará, que aun entre los que mas se precian de urbanidad y buena crianza, de saber vivir, y de conocimiento y trato de mundo, hai mui pocas personas que se puedan llamar urbanas y políticas. El fatuo, el petimetre, la coqueta descabezada y presumida pecan tan groseramente contra la urbanidad y cortesía, como el rústico peor criado. ¿Podrán ser tenidos por verdaderamente urbanos y políticos todos esos personajes, cuyo porte arrogante, cuyas miradas atrevidas, cuyos modales desdeñosos ó neglijentes van insultando á todo el mundo? Un petimetre, preciado de sus perfecciones, únicamente ocupado en sus futiles adornos, que presentándose en una concurrencia, á nadie atiende, se hace el distraido, no escucha lo que se le dice ni lo que se le responde, y que se vanagloría de sus irregularidades y caprichos, es evidentemente un desatento y desvergonzado, que ofende y desprecia las consideraciones debidas á la sociedad. Las personas mas enamoradas de sí mismas hacen por lo comun cuanto pueden para que los demas las ódien. El descaro ó desvergüenza consiste en un desprecio insolente de la estimacion y del concepto público, que todo hombre, sea quien fuere, debe siempre respetar.

Á muchas personas las hace soberbias y orgullosas el temor de ser menospreciadas, ó al ménos de que no se les muestre la consideracion que piensan merecer. *Es menester darse á estimar*, nos dicen los tales de continuo. Sí, ciertamente; mas

esto ha de ser con cualidades amables y respetables. El soberbio altanero se hace aborrecer, temeroso de no verse suficientemente apreciado.

Si el verdadero mérito ofende y molesta cuando se muestra con jactancia ¿qué efecto puede causar aquel cuyo mérito consiste sólo en sus vestidos, en sus trenes, y en unos modales que son en realidad afrentas para los que le escuchan? Pero semejantes hombres ridículos no necesitan mas que de sí mismos; ellos desprecian los juicios del público, de quien, á fuerza de insolencia, confian que serán admirados. Una alta opinion de sí mismo constituye el orgullo, el cual disgusta, aun cuando haya un verdadero mérito, porque usurpa los derechos de la sociedad, que quiere estár en posesion de apreciar por sí libremente á todos sus miembros. La vanidad es la alta opinion de sí mismo fundada en futiles apariencias. De donde se infiere que la presuncion, el fausto, y los modales soberbios dan á entender cualidades ó circunstancias propias para admirar á tontos, y no más. La sencillez, la modestia, la desconfianza de sí mismo son medios mas seguros para el acierto, que no las pretensiones impertinentes, la altanería, los tonos y aires de importancia, y los molestos modales de tantos descomedidos é importunos, que manifiestan con ellos que desconocen lo que se debe á los hombres. La presuncion y la fatuidad son enfermedades casi incurables. ¿Cómo curar á un hombre siempre contento de sí mismo, y que se cree superior al juicio y dictamen de los otros?

El espíritu de contradiccion, la terquedad, el escesivo calor en las disputas, el deseo de la singularidad son defectos que produce tambien la vanidad. Muchas personas se imajinan que es digno de alabanza no seguir el dictamen de nadie, creyendo que con esto manifiestan una sagacidad

superior; mas semejantes hombres no suelen acreditar regularmente sino su mal jenio y grosería. Ellos nos dirán sin duda que se sienten animados de un grande amor á la verdad; mas nosotros les responderémos que no es amarla el decirla de un modo molesto y ofensivo. La razon no puede agradar cuando toma un tono duro y grosero. Es mui dificil persuadir y convencer al que está lastimado en su amor propio.

La terquedad es efecto de una necia presuncion y de una pueril preocupacion, que nos sujieren que es vergonzoso el engañarse, que es una bajeza el confesarlo, y sobre todo, que *la nuestra siempre debe ser la última.* ¿Pero no es mas vergonzoso é insensato el resistir á la verdad? ¿no es mas noble y mas grande ceder con dulzura, aunque esté uno seguro de tener de su parte la razon, que no disputar sin fin con personas irracionales? El pueblo y los necios dan la razon al que mas grita y porfia; mas las personas sensatas se la dan al que tiene valor de retractarse cuando se ha engañado, ó al que no abusa de su triunfo, defendiendo la verdad (1).

La singularidad no prueba mérito alguno real: el apartarse de las opiniones ó usos admitidos en la sociedad muestra comunmente mas orgullo que sabiduría y talento. Es necesario resistir al torrente de la costumbre, cuando esta es evidentemente contraria á la virtud; mas es necesario tambien dejarse llevar de ella en las cosas indiferentes. Una conducta opuesta á la de todo el mundo admira algunas veces, mas nunca puede merecer una consideracion durable.

En jeneral toda afectacion disgusta, porque es

(1) Hallándose juntos un dia *Racine* y *Boileau* en la Académia de las *Inscripciones*, Boileau profirió, por descuido,

indicio de vanidad. Lo verdadero, lo sencillo, lo natural nos hace amables á los que viven con nosotros, porque estos quieren siempre vernos tales como somos. Es menester que uno sea mui dueño de sí mismo para bien representar su papel en el teatro del mundo sin temer que le quiten la máscara. Una gravedad afectada sólo anuncia un necio orgullo que se arroga todos los derechos y respetos; una minuciosa pedantería es la comun propiedad de las pequeñas almas: estos defectos no deben sinembargo confundirse con la gravedad de costumbres y la esactitud severa en cumplir sus deberes, las cuales nacen de una atencion contínua sobre nosotros mismos, y de un temor laudable de ofender á los otros por lijereza ó inadvertencia.

Ningunos son tan molestos en el trato como esos hombres *cosquillosos*, cuya sensible y delicada vanidad por la menor cosa se ofende. El que se conoce tan débil, no debiera esponerse al choque de la sociedad, en la cual no puede causar mas que molestia y fastidio. Una vanidad tan facil de ofenderse prueba debilidad, pequeñez de alma, inesperiencia pueril; todo hombre *cosquilloso* por necesidad se hace desgraciado en un mundo mas imprudente que perverso. ¿Hai nada mas incómodo y molesto que tener un alma tan débil que á cada momento se inquiete y perturbe por inadvertencias, ó por el menor descuido de las personas que frecuentan su trato? Sinembargo estas pequeñeces, en

una proposicion errónea. Racine, que ni aun á sus amigos les pasaba cosa alguna que le incomodase, no tomó la espresion de Boileau como una chanza, sino que de golpe cayó sobre él con aspereza y severidad, hasta el estremo de insultarle. Boileau se contentó con decir á Racine: *Confieso que no he tenido razon; pero prefiero no tenerla, á tenerla con ese orgullo.*

las que ningun hombre racional repara, suelen tener en un mundo vano y frívolo las mas graves consecuencias.

Jeneralmente la vanidad, como hemos dicho antes, es el vicio que produce mas daños en el mundo. Hai personas de toda edad y clase que parecen niños en el valor que dan á pequeñeces y bagatelas: muchos hombres, en su mayor edad, no hacen mas que mudar de juguetes; los ricos vestidos, las costosas alhajas, la variedad de adornos, las raras superfluidades vienen á reemplazar en ellos los juguetes de su infancia. ¡Cuan pequeña y mezquina no debe ser el alma de tantas jentes, cuyo afan por ataviarse y componerse absorve toda su fortuna y su tiempo! ¿Qué idea puede uno formarse de esas mujeres y de esos hombres degradados, que gastan dias enteros en el tocador y los adornos? El mayor castigo que puede darse á semejantes niños, es no hacer caso alguno de sus dijes.

Las naciones donde reina el luxo, están llenas de entes frívolos ocupados con la mayor seriedad en bagatelas, que son á sus ojos objetos los mas importantes: en ellas pierden su tiempo y su dinero: á semejantes pequeñeces sacrifican su felicidad y su reposo: por ellas se afanan, se comen de envidia, altercan y se injurian. La razon madura, ó la sabiduría consiste en apreciar las cosas en su justo valor. El que se hace superior á estas fruslerias, es mas feliz y mas grande que los que se esclavizan por ellas. La vanidad ofende á todo el mundo; la moderacion y la modestia no pueden ofender á nadie. El camino de la vida es una senda estrecha donde se encuentran una multitud de pasajeros, que todos procuran llegar al término de su felicidad; asiqué los vemos moverse con mayor ó menor actividad, siguiendo diversas direcciones, que se cruzan entre sí, y que regularmente son

opuestas las unas á las otras. En medio de esta confusa tropa, los malvados son unos ciegos que, á riesgo de sufrir el jeneral resentimiento, lastíman y atropellan á cuantos tropiezan en el camino. Estos viajantes imprudentes, atolondrados y distraidos, no teniendo un término fijo, se ajitan de mil modos, se encuentran, chocan y tropiezan con todo el mundo, causando á todos incomodidades y disgustos. Mas el sabio camina con precaucion, mira á todos lados, prevé y previene los obstáculos y peligros, huye de la multitud, y ausiliado con los socorros de sus asociados, se adelanta con paso firme al término del viaje, al que los mas apresurados no consiguen llegar. El aprecio, la consideracion, la benevolencia y la tranquilidad son el premio de la atencion que el hombre de bien observa en su conducta.

Por no reflexîonar sobre el objeto y fin de toda sociedad, no parece sino que los hombres sólo se han reunido para ofenderse recíprocamente con vicios y defectos, cuyos inconvenientes reconocen mui bien en los otros; pero no se dignan observar que estos defectos, á que ellos están tambien sujetos, deben necesariamente producir resultados semejantes. La *lijereza* es la incapacidad de atenerse fuertemente á los objetos que nos son interesantes. La *inconstancia* consiste en mudar á cada instante de intereses ó de objetos. El *atolondramiento*, en no tomarse tiempo para mirar con atencion los objetos, ó para reflexîonar maduramente las consecuencias de nuestras acciones. El *carácter frívolo*, en no poner su consideracion sino en objetos incapaces de producirnos una felicidad verdadera.

Tales son los enemigos que la razon tiene que combatir frecuentemente en la sociedad. La imprudencia, las continuas distracciones, la disipacion,

la vanidad, la embriaguez de los placeres, el ahinco en las cosas futiles son los obstáculos que se oponen á la reflexîon, y que mantienen á la mayor parte de los hombres en una infancia perpetua.

La *distraccion* es la aplicacion de nuestros pensamientos á otros objetos que los que deberian ocuparnos: es una falta de consideracion para con los que viven con nosotros. Este defecto, que á veces nos parece tan ridículo, es sinembargo mui comun y casi universal. ¡Cuan pocos son los que se ocupan en aquello que mas les interesa! Cada cual lo echa á un lado, y solo piensa en intereses por lo comun futiles que dominan su imajinacion, y absorven todas sus facultades: cada uno en sus desvaríos y delirios parece que olvida que vive en compañía de otros hombres, á quienes es deudor de su atencion y sus cuidados. Es mui facil conocer todos los inconvenientes á que nos espone esta distraccion moral. Un hombre sensato debe siempre estar atento, tanto á sí mismo como á los demas; *yo no habia caido en ello*, es una mala escusa para el que vive en sociedad. Mirar atentamente al término de nuestras acciones, *y ver lo que se hace*, hé aqui la base de toda la Moral. La vida social es un acto relijioso, en el que todo hombre debe decirse á sí mismo, *está en lo que haces* (1).

Muchas personas se creen disculpadas de sus faltas á pretesto de *olvido*. Mas la conducta de la vida supone una memoria bastante fiel para no olvidar los deberes esenciales, que incesantemente deben estár presentes en su alma. El olvido es un delito,

(1) Plutarco nos dice, que en los sacrificios de los antiguos uno advertia al Sacerdote que recojiese su atencion, diciéndole en voz alta: *Hoc age*: Prestad atencion á lo que haceis.

cuando por él perdemos de vista los deberes importantes de la justicia, de la humanidad y de la piedad. Un Ministro ó un Juez que olvidasen á un inocente en las prisiones con riesgo de su fortuna, de su salud ó de su vida, ¿son acaso ménos culpables que lo es un asesino? Sin hacernos tan criminales, el hábito de olvidar nos hace desagradables en la vida social; y ademas produce la inaptitud para nuestros negocios y para los ajenos. La vida del hombre, es preciso repetirlo de contínuo, requiere atencion, memoria y presencia de espíritu.

La *ignorancia*, que tambien se alega frecuentemente por escusa, que á veces se perdona con demasiada facilidad, y que solamente se castiga con la ridiculez, puede en muchas ocasiones ser un delito grave. ¿Qué de reconvenciones y baldones no debe hacerse un Juez, que sin ciencia ni conocimientos decide atrevidamente de la suerte de sus conciudadanos? ¿Qué remordimientos no debe esperimentar un médico ignorante, que á costa de la vida de los hombres ejerce una profesion en que no se halla suficientemente instruido? No es lícito ignorar los principios de un arte importante al bienéstar de nuestros semejantes; la presuncion ó demasiada confianza es un crimen cuando se trata de la salud de los hombres. Todo el que tiene la osadía de ejercer un oficio ó un empleo público de que se conoce incapaz, ignora enteramente los verdaderos principios de la probidad. La ignorancia es el manantial inagotable de los infinitos males que aflijen á los pueblos. En todos los estados de la vida, el hombre, por su propio interés y por el de los demas, debe procurar instruirse. Las luces contribuyen á desenvolver la razon, haciéndonos mejores, mas útiles á nuestros asociados, y mas amados de ellos.

La falta de esperiencia y de reflexîon constituye la ignorancia, tan perjudicial para nosotros como

para nuestros semejantes. El ignorante es despreciado, porque no es de utilidad alguna en la sociedad; el ignorante es digno de lástima y compasion, porque por lo comun es incapaz de ayudarse á sí mismo. La ciencia que, como se ha dicho antes, es fruto de la esperiencia y del hábito de reflexionar, es apreciada, porque el que la posee está en estado de dar socorros, consejos y placeres, que no pueden esperarse del ignorante. En todos los estados de la vida, desde el Monarca hasta el artesano, el hombre mas esperimentado ó el mas instruido es necesariamente mas querido y mas buscado que no el que carece de luces y de habilidad.

Si la razon, como hemos dicho, no es otra cosa que la esperiencia y la reflexion aplicadas á la conducta de la vida, dificil es formar del ignorante un ente racional y un hombre sólidamente virtuoso. Es necesario conocer y meditar sus deberes para saber arreglar la conducta de la vida. Es necesario conocer los usos del mundo para vivir en él con gusto, y evitar la ridiculez en que incurre el que ignora estos usos. El ignorante es un ciego, un aturdido que vá á tientas en el camino de este mundo, con riesgo de atropellar á los otros, ó de caer á cada paso. En una palabra, sin esperiencia y sin luces es imposible ser bueno.

Se nos dirá quizá, que se hallan á veces personas rústicas, sin ciencia ni instruccion, las cuales sinembargo, como por instinto, son virtuosas y fieles á sus deberes, mientras que hombres dotados de un talento sublime y de vastos conocimientos, se conducen mui mal, y sólo se hacen notables por sus errores ó por sus maldades. Á esto responderémos que los hombres mas sencillos pueden facilmente conocer las ventajas resultantes de la virtud, y los inconvenientes y desórdenes infinitos del vicio; y sin manifestar esteriormente luces mui sobresalientes, pueden hacer en su interior esperiencias y reflexiones, para regular sus acciones, las cuales muchas veces ó se escapan á la petulancia del hombre de talento, ó las desdeña su vanidad. De donde resulta que, á pesar de su sencillez, el hombre de bien es á veces mas apreciado que no lo es el de talento; éste se hace temible, y el hombre de bien amable. No es, pues, necio ni despreciable el que tiene talento suficiente para granjearse la estimacion y el afecto de sus semejantes. El hombre sencillo, virtuoso y moderado puede contar con una benevolencia mas firme y constante que no el que sólo divierte y entretiene á los otros con agudezas momentáneas, viniendo por último á ser enfadoso y molesto por su orgullo ó su malignidad. El hombre verdaderamente ilustrado es aquel que conoce y usa los medios necesarios para ser amado constantemente. Todo el que se figura hacerse apreciable por unos medios capaces solamente de disgustar, es un ignorante, un necio, un atolondrado.

La *ridiculez* consiste en la desproporcion de los medios con el fin que uno se propone. Volver las espaldas al objeto que se desea, constituye evidentemente la ignorancia, la ridiculidez y la necedad. ¿No es ser uno bien ignorante no saber que aquel á quien se teme, no es amado, que la arrogancia irrita, y que la jactancia y la fatuidad se hacen ridículas? ¿Cuántas jentes hai en el mundo, cuyo contínuo objeto es que los admiren y respeten, y que con su conducta insensata no consiguen sino que los desprecien y aborrezcan? Hé aquí los resultados de su altaneria y soberbia, de sus modales impertinentes, de sus infundadas pretensiones, de ese fausto y de esos gastos que no pueden sostener, y de su tono decisivo sobre materias que no entienden.

Al mirar las cosas como son en sí, se hallará constantemente que el orgullo y la vanidad son

pruebas indudables de necedad: ellas acreditan una perfecta ignorancia del camino que se ha de seguir para lograr la benevolencia y la estimacion de los hombres. Un talento estúpido y limitado, que se contiene humildemente dentro de su esfera, se hace mucho ménos ridículo y despreciable, que el hombre afectado que se complace en sus vanidades. En lo moral no hai una enfermedad mas incurable que la de un ignorante presumido, ó que la de un necio que tiene la desgracia de vivir mui pagado y satisfecho de sí mismo. El primer paso ácia la sociabilidad es conocer lo que nos falta y correjirnos de nuestros defectos.

Un ente verdaderamente sociable no debe perder jamás de vista á sus asociados. Las distracciones, el atolondramiento, la locura y el fausto se ven siempre castigados con la indignacion, el aborrecimiento, el desprecio ó la mofa. La ridiculez se hace temible, porque supone el desprecio; y el desprecio es lo que mas irrita á todo hombre amante de sí mismo. El hombre juicioso se corrije de todo lo que puede hacerle justamente despreciable, porque de lo contrario forzosamente ratificaria él mismo el juicio de los otros; pero desprecia la mofa é irrision que en un mundo vicioso es el fruto muchas veces de la virtud y el mérito.

Seguramente, si la ridiculez consiste en no adoptar las preocupaciones y las modas, que mui comunmente usurpan el lugar de la decencia y la razon, es claro que una conducta sábia y arreglada debe parecer singular y caprichosa en una sociedad vana y corrompida. Hé aquí por qué vemos á veces la virtud, la probidad, el pudor y la equidad misma espuestas á las sátiras é invectivas del vicio; este presume disculparse burlandose de las virtudes que no tiene, y que á tenerlas se avergonzaria de sí mismo. En el mundo, la virtud se asemeja repetidas

veces á la Matrona honesta de Horacio, la cual, precisada á bailar entre los protervos y licenciosos sátiros, lo hace con encojimiento y modestia (1).

Las virtudes mas respetables pueden verse espuestas en ocasiones á las impertinencias de la burla y de la mofa y á las invectivas de la ridiculez; pero fiado en su dignidad misma el hombre de bien desprecia los tiros de la sátira tan temibles para los mundanos, y esos ídolos imajinarios á que sacrifican su fortuna, su conciencia y aun su vida. Un temor pueríl de la opinion opone frecuentemente obstáculos insuperables á la virtud: este vano terror hace que, contra su conciencia y contra sus mismas luces y conocimientos, siga el hombre el torrente del mundo, haga *lo que los demas*, y se precipite al mal sin poderse contener. Los hombres mas ilustrados se constituyen á veces esclavos del uso, y viven en una lucha contínua con su propia razon. *La deshonra*, dice un Moralista célebre, *ofende ménos que la ridiculez.*

La burla, armada casi siempre de la envidia y de la malignidad, desconcierta á veces la sabiduria y la probidad; pero su jurisdiccion no alcanza á la virtud, sino al vicio, y al cabo no consigue sino es deshonrarse á sí misma cuando insulta á la virtud. Se necesita valor para tener la noble osadía de ser virtuoso en las naciones donde el vicio, soberbio y altanero con la multitud y elevacion de sus sectarios, lleva el atrevimiento á el alto grado de pretender burlarse de las cualidades, á cuya presencia deberia confundirse y temblar.

Todo burlon es un hombre vano y perverso: la burla demuestra siempre designio de ofender mas ó ménos á la persona contra quien se dirije; ella se propone dar en rostro con algun defecto, cuya manifes-

---

(1) *Intererit Satyris paulùm pudibunda protervis.*
De Arte Poet. vers. 233.

tacion cause risa en los otros. Madama Lambert ha dicho con mucha razon, que *las personas que tienen necesidad de murmurar, y gustan de burlarse, tienen tambien una malignidad secreta en el corazon. De la chanza mas moderada á la ofensa no hai mas que un corto trecho. Con frecuencia sucede que, abusando de la chanza, se llega á lastimar con ella; mas la persona contra quien se dirije, tiene sola el derecho de juzgar si es ó no chanza: si se la ofende y lastima, ya no será chanza, sino ofensa. La chanza*, decia un antiguo, *es como la sal, que se debe usar con precaucion.*

La chanza es casi siempre un arma peligrosa, y sus tiros son algunas veces mas crueles é insoportables que una injuria. Burlarse del que se tiene por amigo es serle traidor en realidad, es sacrificarle á personas indiferentes, es mostrar que se le estima en ménos que un chiste ó agudeza. Burlarse de las personas indiferentes es arriesgarse locamente á sus quejas y resentimientos; es provocar gratuitamente su cólera. Burlarse de sus superiores sería una temeridad digna de castigo. Las burlas ó chanzas no se pueden usar impunemente sino es con los amigos, y entónces es perfidia; ó con los inferiores y los infelices, y entónces es crueldad é infamia.

Sinembargo, nada es mas comun que esta especie de crueldad. Los hombres se complacen regularmente en burlarse de aquellos mismos que debieran compadecer y consolar, y usan con prodigalidad de la mofa y de la sátira con las personas, cuyos infortunios ó defectos debieran escitar su piedad. ¿Es un hombre contrahecho ó mal formado? ¿tiene un entendimiento corto y limitado? ¿ha cometido algun yerro ó equivocacion? ¿está acaso indijente y condenado á padecer y sufrir? Pues desde el mismo punto es el objeto de las burlas y chanzas continuas; la sociedad hace de él un juguete; y el infeliz padece y sufre las punzadas y heridas de una multitud de hom-

bres sin caridad ni honor, que procuran distinguirse y ser tenidos por decidores y chistosos á costa de semejantes desgraciados, á quienes abruman con el peso de su predominante superioridad. No hai persona que no se crea autorizada para insultar á los miserables.

Semejantes propiedades se hallan sobre todo en los niños, prontos siempre á notar los defectos, las enfermedades, las flaquezas y las deformidades de los que se presentan á su vista; y se encuentran tambien en aquellos en quienes la educacion y la reflexion no han sofocado esta inclinacion tan inhumana. Las jentes del pueblo usan y profieren igualmente sus dicharachos y las torpezas de su inculto talento contra los que padecen alguna imperfeccion ó desgracia natural; mas los niños y el vulgo, como hemos observado, son crueles regularmente.

Nada es mas frecuente que ver á los hombres reirse y burlarse de los accidentes y desgracias que suceden á los otros. Esta odiosa complacencia proviene de la comparacion ventajosa que uno hace de su misma seguridad y de sus propias perfecciones con la situacion molesta ó con los defectos de los demas. El hombre, cuando su naturaleza no ha sido convenientemente modificada, es un ente tan poco compasivo y piadoso, que es mui propenso á complacerse y alegrarse del mal de sus semejantes, por que no le padece, y en esta parte se encuentra ventajoso: cuando no reflexiona, no conoce en manera alguna que se halla espuesto á los mismos accidentes que aflijen á los otros, y que es mui odioso alegrarse de sus desgracias, de sus defectos ó de sus debilidades. Asi el hombre de entendimiento limitado viene á ser por lo comun el juguete del hombre de mayor talento; éste engreido con la idea de las ventajas que posee, no considera que es injusto y crüel con un hombre que debiera escitar su piedad.

Los hombres no deben olvidar el respeto y consideracion que se deben tener. Los hombres de talento particularmente deben observarse á sí mismos mucho mas aún que los otros, y temer el ofender á los demás. La vivacidad de espíritu, el fuego de la imajinacion, y la alegría causan muchas veces una locura y petulancia, contra las cuales es necesario armarse. Las personas de talento, en fuerza de la superioridad que tienen sobre las otras, son inclinadas ordinariamente á abusar de él en ofensa de los que tienen ménos: hé aquí, sin duda, lo que hace que los literatos sean mirados como peligrosos en el trato de los hombres.

La sangrienta ironía y las chanzas ofensivas no pueden complacer sino á los envidiosos y malvados, despreciables siempre á los ojos de todo hombre de verdadero mérito: y son efecto de cobardía, pues que atacan por lo comun á personas incapaces de defenderse. Nada mas bárbaro ni mas débil que la chanza ó la ironía en la boca de un Príncipe, las cuales imprimen á veces borrones indelebles, y bastan para hacer á uno infeliz toda su vida.

Todo hombre tan inconsiderado, que ofende con sus dichos agudos y picantes, ó con sus chanzas y chocarrerias, no sólo á un amigo, sino tambien á personas indiferentes, no debe ser admitido en el trato de hombres virtuosos, que saben respetarse los unos á los otros. Los burlones, los chanceros de profesion, los decidores de gracias y agudezas, los bufones son á veces hombres de talento, pero malignos y perversos; mas nunca ó rara vez se hacen apreciables por sus cualidades morales, mucho mas necesarias é importantes en el comercio de la vida, que no esas chanzas y agudezas tan celebradas frecuentemente en el mundo. *Desconfiad*, dice Horacio, *del que murmura de su amigo ausente; del que no le defiende cuando es acusado; del que hace reir con bufonadas:*

este seguramente tiene un corazon negro y depravado (1).

A pesar de esto, la falta de atencion, de gravedad y de reflexîon contribuyen tanto como el mal corazon á la burla, la cual no puede ser aprobada ó sufrida, sino cuando, sin herir ni ofender al que es objeto de ella, reanima y hace agradable la conversacion. Una vida verdaderamente social exîje que ninguno salga de la compañía de los otros dejándolos descontentos.

Las burlas, las chanzas y la sátira sólo son útiles y laudables cuando se emplean en jeneral contra los vicios reinantes en la sociedad, cuya insolencia y locura pueden á veces reprimir y moderar. ¿Qué cosa mas ridícula y mas digna de la sátira, que la vanidad de tantos hombres y mujeres gravemente ocupados en sus necias bagatelas, en su ostentacion, en sus dijes y cintas, en sus adornos, y en sus estravagantes modas? ¿Son por ventura semejantes hombres mas que unos niños ó unos entes frívolos, llenos los cascos de la idea de dijes y juguetes que les disgustan á cada instante? ¿Hai en el mundo un ente mas ridículo que un necio que sólo se presenta en la sociedad para ostentar su tontería, su impertinencia, su tren y sus vestidos? ¿Pueden verse sin risa las pretensiones de una *coqueta* envejecida y añeja, la cual hasta el sepulcro afecta los ademanes evaporados y el adorno y atolondramiento de la juventud? ¿Podrá verse sin compasion la vanidad de una multitud de jentes comunes, que tienen la manía de creer que copian el gusto y la magnificencia de los Grandes con sus ridiculeces? ¿Qué cosa mas molesta, que un charlatan insípido que se apodera de una conver-

(1) . . . . . . *Absentem qui rodit amicum:*
Qui non defendit, alio culpante: solutos
Qui captat risus hominum, famamque dicacis;
. . . . . *Hic niger est, hunc tu, Romane, caveto.*
HORAT. SAT 4. Lib. 1. vers. 81. y sig.

sacion, aturdiendo á todos con su garrulidad importuna? ¿Hai nada mas despreciable que la arrogancia de tantos hombres hechos de figura, que juzgan y hablan de todo sin entender cosa alguna? El hombre sensato ¿puede ver sin disgusto á esos ociosos, insoportables á sí mismos, que van periódicamente de corrillo en corrillo haciendo sentir su inutilidad y su fastidio? ¿Con qué aspecto puede mirarse á esos hombres mal humorados, á esos misantropos amasados con hiel y vinagre, que no salen de sus cabernas sino es para incomodar á los otros con su atrabiliario carácter? ¿Hai cosa mas contraria al placer y la social armonía, que esos espíritus de contradiccion que llevan por sistéma el no avenirse jamás con el dictámen de otro? ¿Hai un objeto mas merecedor de la sátira que ese juego contínuo y perpetuo, recurso miserable para suplir lo estéril de las conversaciones de tantos que recíprocamente se fastidian, porque nada tienen que decirse?

Empero el sábio, cuyo corazon es sensible, mas bien se hace en la sociedad un Heráclito que un Demócrito. Estas irregularidades y locuras dejan de ser ridículas á sus ojos, y las mira como dignas de llanto, al notar que semejantes puerilidades son, en los hombres frívolos á quienes enteramente dominan, el orijen y manantial de los delitos mas destructores, de las injusticias mas crueles, y de las disputas y controversias mas trájicas. Llanto y no risa causa el ver que vanos y futiles títulos, precedencias, puestos, dijes, cintajos y juguetes esciten la ambicion, y fomenten las intrigas, los ocultos enredos, las perfidias y los crímenes de tantos hombres niños, sinembargo de que parezcan sólo ridiculeces. Llanto y no risa causa el ver que un necio orgullo, encubierto bajo el nombre de honor, haga que diariamente corra en los duelos la sangre de tantos niños delincuentes, cuyas estravagancias dan compasion. Pro-

funda indignacion causa el ver que ese fausto impertinente, con el cual tantas jentes se distinguen, sea la causa de la ruina de una multitud de infelices mercaderes y artistas, tarde ó nunca pagados. Causa dolor reflexionar que ese juego, que recrea y entretiene á los ociosos, absorve á veces las mas grandes fortunas. En fin, no puede uno reirse sino compadecerse de esos galanteos torpes é indecentes, que turban para siempre la concordia, la confianza y la estimacion, tan necesarias al mantenimiento de la tranquilidad doméstica.

Las debilidades, los defectos y las estravagancias de los hombres los conducen frecuentemente al crimen y al infortunio. No hai vicio que no sea su mismo castigo (1), y que tarde ó temprano no produzca á la sociedad los daños y desastres que tan sensibles son para un alma virtuosa.

Compadezcámonos, pues, de los mortales por sus estravíos, consecuencias necesarias de su atolondramiento, de su inesperiencia, de las falsas ideas que se han formado de la felicidad, y de la errada senda que han emprendido para llegar á ella. Vivir con los hombres es vivir con unos entes la mayor parte débiles, ciegos é imprudentes; aborrecerlos, sería añadir la injusticia á la inhumanidad, sería vivir atormentados sin provecho de los demas. Huir de los hombres sería privarse de las ventajas de la vida social, la cual, á pesar de sus defectos, nos ofrece muchos bienes y placeres. Ningun hombre es gratuitamente malo; comete el mal porque espera algun bien; es malo porque es ignorante, falto de reflexion, y no prevé los efectos de sus acciones. Detestar y aborrecer á los hombres por sus flaquezas y sus vicios sería detestarlos y aborrecerlos por lo mismo que son dignos de compasion.

Amémos, pues, á nuestros semejantes, á fin de

(1) *Omnis stultitia laborat fastidio sui.* SENECA.

merecer su amor: no huyamos de ellos sino podemos socorrerlos: no los irritémos con un humor atrabiliario: invitémoslos á la virtud mostrándoles sus atractivos: desviémoslos del vicio descubriéndoles su deformidad: no hagamos con nuestros insultos mayores sus miserias, efectos de las preocupaciones que han bebido desde su infancia en la copa del error: no les privémos de la esperanza diciéndoles que sus males no tienen remedio, y que están destinados á padecer para siempre: consolémoslos mas bien con la esperanza de que cesarán sus males y penalidades: mostrémosles en los progresos de la razon y en la verdad el antídoto contra el veneno de que sus almas están infestadas: que esperen tiempos mas favorables, en que las Naciones maduras y esperimentadas llegarán á renunciar por fin á sus crueles locuras, y colocarán la virtud en el templo que debe serle consagrado: entonces ella establecerá la armonía social, inspirando un espíritu de amor y de paz á todos los pueblos del mundo, reuniendo los intereses de las Naciones y de sus Jefes, confundiendo en una sola la felicidad del ciudadano y de la Patria, y haciendo conocer á cada miembro de la sociedad que su bienéstar se halla unido íntimamente con el de sus semejantes, y que jamás aquel debe separarse de este.

Si al hombre no le es permitido entregarse á esperanzas tan sublimes y lisonjeras, séale al ménos el creer que los principios fundados en la Naturaleza humana serán adoptados por algunos hombres pensadores y reflexivos, que llegarán claramente á conocer que la virtud es la sola base de la felicidad pública y particular, al paso que el vicio vá destruyendo cada dia el bienéstar de las Naciones, de las familias y de los individuos. Estas son las verdades que procurarémos ampliar y mostrar mas y mas en la continuacion de esta Obra, aplicando nuestros principios á los hombres considerados en sus diferentes éstados.

Fin de la Seccion III. y de la Primera Parte.